El tiempo debe detenerse

Aldous Huxley

pocket edhasa

EL TIEMPO DEBE DETENERSE

OceanofPDF.com

ALDOUS HUXLEY

EL TIEMPO DEBE DETENERSE

Traducción de Miguel de Hernani

OceanofPDF.com

En nuestra página web: www.edhasa.es encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Time must have a stop*

Traducción de Miguel Hernani

Diseño de la colección: Jordi Salvany

Diseño de la cubierta: Edhasa, basado en un diseño de Jordi Salvany

Primera edición: septiembre de 2013
Primera edición en e-book: septiembre de 2015

© Laura Huxley, 1944
Copyright renewed 1972 by the Estate of Aldous Huxley
© de la presente edición: Edhasa, 2013, 2015
Avda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

ISBN: 978-84-350-4692-3
Depósito legal: B.28714-2013

Conversión a formato e.book: Newcomlab, S.L.L.

OceanofPDF.com

Pero el pensamiento es esclavo de la vida
la vida se deja engañar por el tiempo,
Y el tiempo, que cuida del mundo todo,
Debe detenerse.

SHAKESPEARE

OceanofPDF.com

CAPITULO I

Sebastian Barnack abandonó la sala de lectura de la biblioteca pública y se detuvo en el vestíbulo para ponerse su raído abrigo. Al observarle, la señora Ockham sintió su corazón atravesado por una daga. Este ser menudo y exquisito, con su rostro de serafín y su rizada cabellera rubia, era la viva imagen del suyo, de su hijo único, del hijo muerto e idolatrado.

Observó que los labios del muchacho se movían, mientras el cuerpo pugnaba por enfundarse en el abrigo. Se estaba hablando a sí mismo… Exactamente como hacía Frankie. Sebastian se volvió y pasó junto al banco donde ella estaba sentada, camino de la puerta.

–Es una noche muy desabrida –dijo la señora Ockham en voz alta, dejándose llevar del repentino impulso de detener a aquel fantasma vivo, de dar vida al punzante recuerdo en el corazón herido.

Sacado de los pensamientos que le absorbían, Sebastian se detuvo, se volvió y, durante uno o dos segundos, miró sin comprender a quien le hablaba. Después, se dio cuenta del significado de aquella anhelosa sonrisa maternal. Su mirada se hizo dura. Ya le había pasado aquello con anterioridad. La buena señora le estaba tratando como a uno de esos bebés a los que se dan palmaditas en sus cochecitos. ¡Ya le enseñaría a la vieja bruja! Pero, como de costumbre, careció del valor y de la presencia de espíritu necesarios. Finalmente, contestó, con una débil sonrisa, que sí, que era una noche muy desabrida.

Entretanto, la señora Ockham había abierto su bolso y sacado una caja de cartón blanco.

–¿Un chocolate, no?

Ofreció la caja. Era chocolate francés, el favorito de Frankie. Y de ella misma, al fin, y al cabo. La señora Ockham tenía debilidad por las golosinas.

Sebastian observó a su interlocutora con vacilación. El acento estaba muy bien y, a su modo sin forma, la ropa de paño era de clase, de buena calidad. Pero era una mujer gruesa y fea; por lo menos, tenía cuarenta años. El muchacho dudó, luchando entre el deseo de poner en su sitio a aquella impertinente y el no menos ardiente de probar aquellas deliciosas *langues de chat*. «Parece una torta», se dijo Sebastian, mientras contemplaba aquel rostro embotado y blando. «Una torta encendida y pelada, con el cutis echado a perder.» Tras este dictamen, estimó que podía aceptar los chocolates sin quebranto para su integridad.

–Gracias –dijo, y dirigió a la torta una de esas encantadoras sonrisas que las señoras de edad madura consideran siempre irresistibles.

Tener diecisiete años, comprender que el espíritu estaba ya tan formado como el de un adulto hecho y derecho y parecer un querubín de trece de Della Robbia resultaba un sino absurdo y humillante. Pero había leído a Nietzsche durante las últimas Navidades y, desde entonces, sabía que era preciso el Amor al propio Destino. *Amor Fati…* Aunque moderado por un saludable cinismo. Si la gente estaba dispuesta a dar algo porque uno pareciera más joven de lo que era, ¿qué razón había para no darle gusto?

–¡Qué bueno es!

Sebastian sonrió de nuevo con las comisuras de sus labios ennegrecidas por el chocolate. La daga, con dolor de agonía, penetró todavía más en el corazón de la señora Ockham.

–Quédese con la caja! –exclamó la pobre señora.

La voz temblaba, los ojos brillaban con las lágrimas. –No, no, no puedo…

–Tómela –insistió la señora Ockham–, tómela… –Y puso la caja en la mano del muchacho, en la mano de Frankie.

–Oh, gracias… –Era lo que Sebastian había esperado, lo que incluso había supuesto. Tenía ya experiencia de estas viejas sentimentales.

–Tuve un muchacho como usted –continuó la se ñora Ockham, quebrada la voz–. Muy, muy parecido. El mismo cabello, los mismos ojos… –Las lágrimas rodaron por las mejillas. La pobre señora se quitó los lentes y los limpió; después, se sonó, se levantó y se alejó con paso rápido hacia la sala de lectura.

Sebastian quedó inmóvil contemplándola hasta que la perdió de vista. Inmediatamente después, se sintió horriblemente culpable y mezquino. Dirigió la vista a la caja que tenía en la mano. Había hecho falta que muriera un muchacho para poseer aquellas *langues de chat; si* su propia madre hubiese vivido, sería casi tan vieja como aquella pobre señora de los lentes. Y si él, Sebastian, hubiese muerto, su madre no se habría mostrado menos desgraciada y sentimental. Impulsivamente, hizo un movimiento para arrojar los chocolates; enseguida, se dominó. No, aquello no sería más que tontería y superstición. Metió la caja en el bolsillo y se sumergió en el crepúsculo de niebla.

–Millones y millones… –se murmuró a sí mismo. La enormidad del mal parecía crecer con cada repetición de la palabra. Por todo el mundo, millones de hombres y mujeres estaban sufriendo; en aquel mismo momento, eran millones los que agonizaban; otros millones se inclinaban sobre ellos, con los rostros desencajados como aquella pobre bruja de las lágrimas rodando por las mejillas. Y había millones que tenían hambre y millones que estaban aterrados, enfermos o padeciendo insoportables angustias. Y millones maltratados por otros brutales millones. Y, por todas partes, había el hedor de los desperdicios, de las bebidas y de los cuerpos sucios; por todas partes aparecía la estupidez y la fealdad. El horror estaba siempre presente, incluso cuando uno se sentía bien y feliz… Siempre presente, a la vuelta de cada esquina y detrás de cada puerta.

Mientras bajaba por Haverstock Hill, Sebastian se sintió dominado por una inmensa y vaga tristeza. Nada parecía existir o importar en aquel instante, salvo la muerte y la agonía.

Y enseguida surgió en el recuerdo la frase de Keats… «La gigante agonía del mundo». La gigante agonía… Buscó en su memoria los otros versos. «A esta altura llega…». ¿Cómo era?

A esta altura llega, vuelta esta sombra,
tan sólo aquel para quien las miserias
miserias son que no le dan reposo…

¡Qué gran verdad era! Y era posible que Keats hubiera pensado en ello un desabrido anochecer de primavera, mientras bajaba por la colina desde Hampstead, como uno mismo lo hacía ahora, iría cuesta abajo, deteniéndose a veces para toser y dejar en el camino un trozo de sus pulmones o para meditar sobre su propia muerte, del mismo modo que sobre la de los demás. Sebastian comenzó de nuevo, murmurándose articuladamente los versos.

A esta altura llega, vuelta esta sombra,
tan sólo aquel…

Pero, cielos. ¡Qué mal sonaba la cosa cuando se la recitaba en voz alta! A *esta* altura llega, vuelta *esta* sombra, tan sólo *aquel*… ¿Cómo se le pudo escapar una cosa así? Aunque, desde luego, Keats era muy descuidado en ocasiones. Y, a pesar de ser un genio, no dejaba de incurrir a veces en las peores manifestaciones del mal gusto. Había cosas en el *Endymion* que daban a uno náuseas. Y cuando uno pensaba que se suponía que era *griego*… Sebastian se sonrió con ironía compasiva. Un día cualquiera enseñaría a todos lo que se podía hacer con la mitología griega. Entretanto, su espíritu volvió a las frases que se le habían ocurrido hacía un instante en la biblioteca, mientras leía el libro de Tarn sobre la civilización helenística. «¡Dejad los higos secos!», era como empezaba. «¡Dejad los higos se cos!…». Bien, en fin de cuentas, los higos secos podían ser buenos higos. Para los esclavos, de todos modos, quedaría únicamente el desecho. «¡Dejad los higos rancios!», pues. Además, en este caso particular, la palabra «rancio» sonaba bien.

Dejad los higos rancios, los gorgojos,
los azotes sin cuento,
los viejos que se asustan de la muerte…

Pero esto era muy pobre. Pulcro como lo peor de Wordsworth. ¿Qué tal estaría «temerosos de la muerte»?

Los viejos temerosos de la muerte,
zas mujeres

Sebastian quedó vacilante, preguntándose cómo podría sintetizar la triste vida del gineceo. Enseguida, de la misteriosa fuente de luz y energía del fondo de su cráneo, surgió la frase perfecta: «… las mujeres enjauladas».

El muchacho sonrió ante la imagen: todo un zoológico de jóvenes iracundas e ingobernables, una ensordecedora pajarera de mujeres maduras y viejas. Pero esto constituiría otro poema, un poema en el que se vengaría de todo el sexo femenino. Por el momento, se trataba de la Hélade, con la escualidez histórica que representaban Grecia y la gloria imaginaria. Imaginaria, desde luego, en cuanto se refería a todo un pueblo, pero realizable sin duda por un individuo y, ante todo, por un poeta. Algún día, no sabía cómo ni dónde, esta gloria estaría al alcance de su mano; Sebastian estaba convencido de ello. Pero, entretanto, convenía no hacer tonterías. La pasión de su nostalgia tenía que moderarse en la expresión con cierta ironía; el esplendor del ideal con que soñaba debía tener el contrapeso de un poco de absurdo. Olvidándose por completo del muchacho muerto y de la gigante agonía del mundo, retiró una *langue de chat* del depósito de su bolsillo y, con la boca llena, reanudó el embriagador trabajo de composición.

Dejad los higos rancios, los gorgojos,
los azotes sin cuento,
los viejos temerosos de la muerte,
las mujeres en jaulas con su celo!

Esto, en cuanto a historia. Ahora, en cuanto a imaginación.

En un junio perpetuo…

Meneó la cabeza. «Perpetuo» recordaba al director del colegio hablando del clima del Ecuador, en aquellas estúpidas clases de geografía. La alternativa se presentó con la palabra «crónico». La asociación con las venas varicosas y con el *cockney* de las fregonas le encantó, pero finalmente optó por la palabra «eterno».

De Platón en torno, se afanan ágiles
los Alcibíades de este junio eterno…

¡Fea la cosa! No era lugar para nombres propios. ¿«Qué musculaturas…», tal vez? De pronto, como maná llovido del cielo, surgieron las palabras «recios muchachos». Sí, sí, «recios muchachos de talante altivo». Se echó a reír. Y, sustituyendo «Platón» por «sabio», se obtenía:

Recios muchachos de talante altivo
siguen al sabio en este junio eterno…

Sebastian repitió las palabras dos o tres veces con verdadero deleite. Ahora, había que pasar al otro sexo.

¡Escuchad ahí cerca dulces músicas
de flautas e instrumentos!

Caminó, frunciendo el entrecejo. Aquellas bacantes que trenzaban sus pasos, aquellos senos y nalgas de Praxiteles, aquellas bailarinas de los vasos… ¡Qué difícil era dar sentido a todo el tinglado! Compresión y expresión. Exprimir las voluptuosas imágenes y extraer de ellas una copa de jugo verbal, a la vez astringente y fuerte, ácido y afrodisíaco. Era más fácil decirlo que hacerlo. Finalmente, los labios comenzaron a moverse. «Escuchad», murmuró de nuevo.

¡Escuchad ahí cerca dulces músicas
de flautas e instrumentos!

Por delante y detrás, giro tras giro,
en un ritmo de sabios movimientos,
¡Qué elásticas y blancas morbideces,
dejados ya sus velos,
nos muestran sus esferas tentadoras
y encienden llamaradas de deseo!

Suspiró y movió la cabeza. No estaba muy bien todavía, pero habría que dejarlo así por el momento. Y, entretanto, ya se hallaba en la esquina. ¿Iría derechamente a casa o daría una vuelta por Bantry Place, se vería con Susan y le recitaría su nuevo poema? Sebastian dudó un momento, hasta decidirse por lo segundo y doblar hacia la derecha. Se sentía con ganas de auditorio y de aplausos.

… blancas morbideces,
dejados ya sus velos,
nos muestran sus esferas tentadoras
y encienden llamaradas de deseo!

Pero tal vez fuera todo demasiado corto. Convendría deslizar tres o cuatro versos más entre esas morbideces y el final, explosión violácea de luces de Bengala. Algo acerca del Partenón, por ejemplo. O tal vez sería más divertido algo acerca de Esquilo.

Trágico en zancos, sublimes bostezos
de un orificio bucal torturado…

Pero, ¡oh maravilla!, aquí estaban las luces de Bengala, que subían, irresistibles y sin que nadie las invitara, a la garganta.

Y siempre, cegadores, dominando
las islas mil del jacintino Egeo,
qué ardores…

No, no, no. Demasiado vago, demasiado abstracto y sin carne…

¡Qué juventud ardiente como el toro,
qué frenesí de muslos y de senos,
como una forja al rojo que pasara
de un fuego al otro fuego,
siempre más brillante…

Pero «brillante» no tenía resonancia, no tenía significado alguno fuera del suyo. Lo que hacía falta era una palabra que, al mismo tiempo que describiera la creciente intensidad del fuego, llevara consigo la esencia de la fe apasionadamente idolatrada, el equivalente de todos los éxtasis, el poético, el sexual y hasta el religioso –si es que uno quería meterse en estas cosas–, y la superioridad sobre todos los habituales y mezquinos estados del ser.

Volvió de nuevo al principio, con la esperanza de tomar el impulso suficiente pára salvar el obstáculo.

Y siempre, cegadores, dominando,
las islas mil del jacintino Egeo,
¡Qué juventud ardiente como el toro,
qué frenesí de muslos y de senos,
como una forja al rojo que pasara
de un fuego al otro fuego…,
siempre más… más…

Vaciló un momento; enseguida, las palabras vinieron.

Siempre más puro, hasta la misma luz,
cópula incandescente
de Dioses que se abrazan en los cielos!

Aquí estaba, sin embargo, la esquina de Bantry Place y hasta se podía oír, a través de las ventanas cerradas y con los visillos corridos, a Susan en el piano, tocando aquella pieza de Scarlatti en la que había estado trabajando todo el invierno. Era la especie de música que se produciría si las burbujas de una botella de champaña subieran rítmicamente y, llegadas a la superficie, reventaran con un ruido tan seco y picante como el vino de cuyas profundidades procedían. El símil le agradó tanto que no se acordó de que no había tomado nunca champaña. Su última reflexión, en los momentos en que tocaba el timbre, fue que la música sería todavía más picante si se tocara el clavicordio y no el meloso Blüthner del viejo Pfeiffer.

Sentada al piano, Susan vio a Sebastian en el mismo instante en que éste entró en la sala de música. ¡Aquellos hermosos labios entreabiertos, aquel suave cabello por el que Susan quisiera hacer correr sus dedos –algo que Sebastian nunca le permitiría–, y que el viento había convertido en una maraña deliciosa de pálidos rizos! ¡Qué bueno había sido al venir a verla! Susan dirigió a Sebastian una sonrisa rápida y alegre y observó enseguida que había en el cabello del visitante gotitas de agua, parecidas al rocío que adorna las hojas del repollo. Pero aquí las gotas eran más pequeñas y se albergaban en un lecho de hebras de seda; sin duda estarían frías como el hielo. Pensar en esto fue bastante para que los dedos de la mano izquierda se armaran un lío.

El viejo Dr. Pfeiffer, que estaba paseando por la habitación como una fiera enjaulada –era una especie de oso, bajo y grueso, con pantalones desplanchados y los bigotes de una morsa–, se quitó de la boca el muy mordido pucho de su cigarro y gritó en alemán:

–*Musik*, *musik*!

Con un esfuerzo, Susan expulsó de su espíritu el pensamiento de las gotas de rocío sobre las hebras de seda, entró de nuevo en la vacilante sonata y siguió tocando. Con fastidio, se dio cuenta de que se había ruborizado.

Las mejillas se pusieron como amapolas y el cabello castaño adquirió un tono rojizo. «Remolachas y zanahorias», se dijo Sebastian sin indulgencia alguna. ¿Y la forma que tenía de enseñar las encías cuando se sonreía? Era una chica manifiestamente anatómica.

Susan tocó la última tecla y dejó caer las manos en el regazo, a la espera del veredicto del maestro. El veredicto llegó con un bramido y con una bocanada de humo.

–*Gut, gut, gut*! –Y el Dr. Pfeiffer dio unas palmadas en el hombro de Susan, del mismo modo que si hubiese estado animando a un percherón. Después, se volvió a Sebastian.

–Y aquí está *der* pequeño Ariel… *Oder*, tal pez, *der* pequeño Puck. ¿No? –Hizo un guiño con sus ojos entreabiertos, en lo que juzgaba un prodigio de maliciosa sutileza, la ironía más exquisita y elevada.

El pequeño Ariel, el pequeño Puck… Dos veces en una tarde y esta segunda sin ninguna excusa, sólo porque el viejo bufón lo encontraba gracioso.

–Como no soy alemán –replicó Sebastian con acritud–, no he leído a Shakespeare. Por tanto, no sé qué decirle.

–Der Puck, der Puck! –gritó el Dr. Pfeiffer. Y rió con tanta gana que excitó su bronquitis crónica y comenzó a toser.

El rostro de Susan tomó una expresión de ansiedad. ¡Dios sólo sabía cómo podía terminar aquello! Abandonó el taburete del piano y, cuando las explosiones y los resuellos horriblemente líquidos de la tos del Dr. Pfeiffer cedieron un tanto, advirtió que tenían que marcharse enseguida, pues su madre había mostrado especial interés en que volviera a casa temprano.

El Dr. Pfeiffer se secó las lágrimas que habían asomado a sus ojos, mordió una vez más el pucho de su cigarro, dio a Susan dos o tres más de sus palmadas de carretero y le dijo que, por el amor de Dios, se acordara de lo que le había dicho acerca de las escalas con la mano derecha. Después, tomando de la mesa una caja de plata y cedro, regalo que le hizo en su último cumpleaños un discípulo agradecido, se volvió hacia Sebastian, puso una manaza sobre el hombro del muchacho y, con la otra, colocó los cigarros bajo las mismas narices del «pequeño Puck».

–Tome uno –dijo con zalamería–. Tome uno de estos gruesos y magníficos habanos. Completamente gratis. *Und garantiert* de que no hacen fomitar ni a un mamoncillo.

–¡Oh, cállese! –gritó Sebastian hecho una furia y a punto de echarse a llorar; bruscamente, se agachó, se desprendió del brazo de su perseguidor y se escapó de la habitación. Susan quedó inmóvil unos segundos, vacilante, hasta que, sin decir una palabra, corrió tras de su amigo. El Dr. Pfeiffer se quitó el cigarro de la boca y gritó:

–¡Pronto, pronto! ¡Nuestro pequeño genio está llorando!

La puertá se cerró de golpe. Desafiando su bronquitis, el Dr. Pfeiffer comenzó a reírse de nuevo, a su modo sonoro y enorme. Dos meses antes, el «pequeño genio» había aceptado uno de sus cigarros y, mientras Susan luchaba como mejor podía con el «Claro de Luna», estuvo fumando durante cinco minutos. De pronto hubo un movimiento de pánico hacia el cuarto de baño, pero fue imposible llegar a tiempo. El sentido del humor del Dr. Pfeiffer tenía una robustez medieval; para nuestro hombre, aquel vómito en el descansillo del segundo piso era la cosa más divertida que había sucedido desde las bromas del *Fausto*.

OceanofPDF.com

CAPITULO II

Sebastian caminaba tan de prisa que Susan tuvo que correr, y, aun así, sólo pudo alcanzar a su primo a la altura del segundo farol. La muchacha le tomó por el brazo y le dio un apretón afectuoso.

–¡Sebastian!

–¡Déjame! –ordenó Sebastian con enfado, al tiempo que se zafaba. No estaba dispuesto a dejarse proteger ni compadecer por nadie.

¡Vaya! Susan había sido torpe una vez más. Pero ¿por qué Sebastian era tan susceptible? ¿Y qué motivo tenía para dar tanta importancia a las cosas de aquel viejo majadero de Pfeiffer?

Durante algún tiempo, ambos caminaron a la vera el uno del otro, en completo silencio.

–¿No has hecho hoy ninguna poesía?

–No –mintió Sebastian. Aquellas incandescentes cópulas de los dioses se habían apagado y estaban reducidas a cenizas. La simple idea de recitar ahora los versos, después de lo sucedido, ponía al muchacho enfermo, como si tuviese que comer los residuos quedados en los platos de la cena de ayer.

Hubo otro silencio. Era media vacación y, como estaban en época de exámenes, no había habido partido de futbol alguno. Susan meditaba. ¿Habría pasado Sebastian la tarde con aquella odiosa Esdaile? La muchacha, al pasar bajo un farol, miró un momento a su amigo. Sí, no cabía duda; Sebastian tenía ojeras. ¡Sucios! Susan se sintió repentinamente muy enfadada; era un enfado nacido de los celos, más doloroso porque era inconfesable. No tenía derecho alguno: nunca habían sido otra cosa que primos, casi hermanos. Además, resultaba penosamente manifiesto que Sebastian nunca había pensado ni del modo más remoto tratarla en otro concepto. Y, por cierto, cuando Sebastian le *pidió* aquella vez, hacia dos

años, que le dejara verla desnuda, se negó, poseída del pánico. Dos días después contó a Pamela Groves lo ocurrido, y Pamela, que asistía a uno de esos colegios progresivos y cuyos padres eran mucho más jóvenes que los de Susan, simplemente soltó una carcajada. ¡Cuánto ruido para nada! ¡Vaya! Pamela, sus hermanos y sus primos constantemente andaban en cueros entre ellos. Y lo mismo pasaba con los amigos de los hermanos de Pamela. Entonces ¿por qué no dar ese gusto al pobre Sebastian? ¡Ese estúpido recato victoriano! Susan se sintió avergonzada de los anticuados puntos de vista suyos y de su madre. La próxima vez que Sebastian se lo pidiera, se quitaría el pijama inmediatamente y se quedaría delante de su primo en la actitud –decidida después de cierta reflexión– de la matrona romana que aparecía en el grabado de Alma-Tadema del estudio de su padre, sonriente, con los brazos en alto, arreglándose la cabellera. Durante varios días ensayó la escena ante su espejo, hasta que finalmente llegó a la perfección absoluta. Pero, por desdicha, Sebastian nunca insistió y Susan no tenía valor para tomar la iniciativa. Y el resultado era que Sebastian se dedicaba a hacer las cosas más horribles con aquella perdida de Esdaile, sin que una tuviera derecho o motivo ni para echarse a llorar tan siquiera; mucho menos para darle un cachete, como era su deseo; para decirle cosas, para tirarle del pelo y… En fin, para obligar a Sebastian a que le diera un beso.

–Supongo que habrás pasado la tarde con tu preciosa Esdaile –dijo Susan por último, tratando de mostrarse desdeñosa y superior.

Sebastian, que había estado caminando con la cabeza gacha, levantó la vista.

–¿Qué te importa? –preguntó, al cabo de una pausa.

–Nada, absolutamente nada. –Susan se encogió de hombros y soltó una risita. Pero, interiormente, sintió enfado y vergüenza por su intervención. ¡Cuántas veces se había prometido no mostrar nunca más la menor curiosidad por aquellos estúpidos asuntos, no volver a escuchar aquellos horribles detalles que Sebastian contaba tan a lo vivo y con satisfacción tan manifiesta! Y, sin embargo, la curiosidad siempre podía más y Susan escuchaba anhelosamente todas las veces. Escuchaba precisamente porque aquellos relatos de los amores de Sebastian con otra resultaban

terriblemente penosos. Y es cuchaba también porque aquella participación en los amores de Sebastian, aunque sólo fuera en teoría e imaginativamente, suponía una oscura excitación y una especie de lazo sensual entre ambos, un abrazo mental, horriblemente doloroso y exasperado, pero un abrazo de todos modos.

Sebastian miraba a otro lado, pero, de pronto, se volvió hacia Susan, con una extraña sonrisa de triunfo, como si acabara de eliminar a un competidor en el campeonato.

–Muy bien, como quieras –dijo–. Tú lo has pedido. Pero no me eches la culpa si queda ofendido tu pudor de doncella.

Se echó a reír, con una risita áspera, y marchó, en silencio, frotándose la nariz, meditativa la expresión, con la yema de su índice derecho. ¡Qué bien conocía Susan aquel gesto! Era el signo infalible de que Sebastian estaba componiendo un poema o buscando el modo mejor de contar una de sus historias.

¡Aquellas historias, aquellas extraordinarias historias! Susan había vivido en los fantásticos mundos creados por Sebastian casi tanto tiempo y tan intensamente como en el mundo real. Más intensamente tal vez, porque en el mundo real dependía de su yo prosaico, mientras que, en el mundo de las historias, disponía de la rica imaginación de Sebastian y se veía impulsada y excitada por aquel torrente de palabras.

La primera de las historias en el recuerdo de Susan era aquella que Sebastian le contó en la playa de Tenby, el verano –debió de ser el de 1917– en que se encendieron cinco velas en el tortel de cumpleaños que ambos compartieron. Habían encontrado entre las algas una vieja pelota de goma roja, cortada casi en dos. Sebastian la sacó de un charco y le quitó la arena de que estaba llena. En la húmeda superficie interior había una excrecencia en forma de verruga. ¿Por qué? Sólo los fabricantes podían decirlo. Para un niño de cinco años, era un misterio inexplicable. Sebastian tocó la verruga con el índice. Era el botón de la tripa, murmuró. Miraron en torno, para cerciorarse de que nadie les oía; los ombligos estaban entre las cosas que no podían mencionarse. Los botones de todo el mundo crecían hacia dentro, como éste. Y cuando Susan preguntó «¿cómo lo sabes?», Sebastian hizo un relato muy circunstancial de lo que había visto hacer en su sala de consulta

al Dr. Carter con una niñita, la última vez que fue allí con tía Alice a causa de aquel dolor de oídos. El Dr. Carter estaba abriendo el vientre a la niña con un cuchillo y un tenedor enormes, para ver el botón por dentro. Y cuando la carne es demasiado dura para el cuchillo y el tenedor, se usan esas sierras que tienen los carniceros para cortar huesos. Sí, es la pura verdad, insistió Sebastian cuando Susan manifestó su aterrorizada incredulidad, la purísima verdad. Y para probarlo, Sebastian comenzó a serrar la pelota con el canto de la mano. La goma rajada cedió bajo la presión y su herida se hizo cada vez mayor, a medida que la improvisada sierra se hundía en ella. Para Susan, aquello no era ya una pelota, sino el botón de una niña; el propio botón, a todos los efectos prácticos. Sss, sss, sss… continuó Sebastian, aspirando profundamente el aire. El sonido coagulaba la sangre como el de una sierra de carnicero. «Y después, cuando ya han cortado bastante, te abren del todo», siguió Sebastian. «Así». El niño separó las dos mitades de la pelota. «Te abren y ponen lo de dentro fuera. Así. Después, lavan el botón con agua y jabón para quitarle la suciedad». Furiosamente, Sebastian arañó la misteriosa verruga; las uñas hacían en la goma un ruidito seco que Susan consideró horrible. Lanzó un grito y se tapó los oídos con las manos. Durante años quedó tan asustada del Dr. Carter que lloraba desesperadamente siempre que éste se le acercaba. Y aun ahora que conocía la insensatez de la historia del botón, la vista de aquella valija negra y de aquellas vitrinas del consultorio, llenas de tubos y botellas de cristal y de útiles niquelados, hacía nacer en Susan una vaga aprensión que, a pesar de todas las apelaciones al buen juicio, resultaba difícil de eliminar.

Tío John Barnack solía estar ausente meses enteros, viajando por el extranjero y escribiendo artículos para aquel periódico izquierdista que el padre de Susan no admitía ni para encender el fuego. Sebastian había vivido, por tanto, una buena parte de su existencia al cuidado de su tía Alice, en contacto permanente con el benjamín de la familia de ésta, la muchachita de la que estaba separado en edad sólo por un día. Con el crecimiento de aquel menudo físico y de aquel espíritu precoz y febrilmente imaginativo, las historias que Sebastian contaba a Susan –o, más bien, que se contaba a sí mismo, en la estimulante presencia de Susan– se hicieron cada vez más complicadas y detalladas. En ocasiones duraban semanas y

meses, en una serie interminable de entregas, creadas mientras iban o volvían de la escuela, mientras almorzaban frente a la estufa de gas de la habitación de los niños o mientras viajaban juntos en la imperial de los autobuses en los días fríos de invierno, con los padres refugiados prosaicamente en el interior. Por ejemplo, había la historia épica que duró casi sin interrupción todo el año 1923; la historia épica de los Larnimanes. O, más bien, de los La-a-arnimanes, porque el nombre se pronunciaba siempre en un murmullo y con una prolongación espantosamente significativa de la primera sílaba. Estos La-a-arni-manes eran una familia de ogros humanos que vivían en túneles que irradiaban de una caverna central, situada debajo de la casa de los leones del Zoológico.

–Escucha –murmuraba Sebastian cada vez que se encontraban ante la jaula del tigre siberiario–. Escucha. –Sebastian golpeaba con el pie el pavimento.– Está hueco. ¿No lo oyes?

Y, ciertamente, Susan lo oía. Escuchaba y temblaba imaginándose aquellos La-a-arnimanes sentados a cincuenta pies bajo tierra, en el corazón de una complicada y zumbadora maquinaria, contando el dinero que habían robado en las bóvedas del Banco de Inglaterra, asando a los niños que habían raptado por puertas se cretas de los sótanos y domesticando cobras que soltaban por las alcantarillas. Una de estas cobras era la que podía asomar una mañana cualquiera su silbante cabeza encapuchada por el desagüe del retrete, en el momento en que una se dispondría a sentarse. No es que Susan creyera en estas cosas, desde luego. Pero, aun no creyéndolo, era algo espantoso. Estos horribles La-a-arni manes, con sus ojos de gato, sus pistolas eléctricas y sus túneles subterráneos en zigzag no vivían, ciertamente, bajo la casa de los leones, aunque *era evidente* que el suelo sonaba a hueco cuando lo golpeaban. Pero esto no significaba que los La-a-arnimanes no existieran. La prueba de su existencia estaba en que Susan soñaba con ellos, en que cuidaba todas las mañanas de ver si aparecía alguna cobra.

Pero los Larnimanes eran ahora una vieja historia. Su lugar fue ocupado primeramente por un detective; después –Sebastian había leído el libro de su padre acerca de la Revolución Rusa–, por Trotsky; después, por Ulises, cuyas aventuras, durante el verano y el otoño de 1926, fueron algo

mucho más fantástico que las informaciones facilitadas por Homero. Con la llegada de Ulises, las chicas hicieron su primera aparición en las historias de Sebastian. Verdad es que ya habían figurado en historias más tempranas, pero sólo como víctimas de doctores, caníbales, cobras y revolucionarios. Es decir, en todas aquellas formas que ponían a Susan la carne de gallina, que hacían lanzar a la niña un aterrorizado grito de protesta. Pero, en la nueva Odisea, comenzaron a representar otra clase de papel. Se las perseguía y abrazaba, se las miraba por el ojo de la cerradura cuando estaban desnudas, se las sorprendía cuando se estaban bañando a medianoche en un mar fosforescente. Y Ulises se acercaba a ellas nadando.

¡Eran temas prohibidos, repulsivamente fascinadores, odiosamente atractivos! Sebastian se embarcaba en ellos de modo tranquilo y casual, *pianissimo* y *senza espressione*, por decirlo así, como si se apresurara por un aburrido pasaje de transición, por un simple ejercicio de cinco dedos interpolado en la romántica rapsodia de su Odisea. *Pianissimo, senza espressione.*… Y, de pronto, ¡bang! Como un acorde de Scriabin en un cuarteto de Haydn, brotaba de los labios de Sebastian una espantosa enormidad. Y a pesar de todos sus esfuerzos por tomar la cosa con naturalidad, como algo corriente, al modo de Pamela, Susan lanzaba exclamaciones, se ponía encendida, se tapaba los oídos y echaba a correr, dispuesta al parecer a no escuchar ni una palabra más. Pero siempre acababa escuchando. Y, a veces, cuando Sebastian interrumpía su relato para hacerle alguna pregunta directa y escandalosamente indiscreta, Susan hablaba incluso del escabroso tema, murmurando algo con la vista apartada o expresándose con voz muy alta y echándose a reír, perdido todo dominio de sí misma.

Gradualmente, la nueva Odisea fue extinguiéndose. Susan había obtenido sus certificados de música y de colegio y Sebastian pasaba sus horas de ocio leyendo a los poetas griegos e ingleses y componiendo poemas por su cuenta. Ya no había tiempo al parecer para nuevas historias y, cuando se encontraban juntos, Sebastian se dedicaba a recitar sus últimas poesías. Cuando Susan alababa las composiciones, como generalmente lo hacía –pues creía sinceramente que eran maravillosas–, el rostro de Sebastian se iluminaba.

–¡Oh, no resultan muy disparatadas! –solía decir. Sebastian con aires de crítico severo. Pero su sonrisa y el brillo incontenible de sus ojos delataban el verdadero pensamiento. Sin embargo, había ocasiones en que Susan no entendía algunos de los versos o en que éstos no le gustaban; en estos casos, si se atrevía a decirlo, Sebastian se encendía en ira y la llamaba estúpida y filistea u observaba, con tono sarcástico, que ello no tenía nada de extraño, ya que las mujeres tienen la misma inteligencia que las gallinas y era notorio que los músicos no tenían cerebro, sino únicamente dedos y plexo solar. A veces las palabras de Sebastian dolían a la muchacha, pero era más frecuente que sólo provocaran una sonrisa y la sensación, por comparación con aquel transparente infantilismo, de ser una persona deliciosamente madura, juiciosa y, a pesar de aquellas espléndidas aptitudes, superior. Cuando se comportaba de este modo, Sebastian se proclamaba a sí mismo tan chiquillo como prodigio e invitaba a Susan a quererle de un modo distinto, con un afecto protector y maternal.

Y, bruscamente, pocas horas antes del comienzo del curso, las historias comenzaron de nuevo, aunque con una gran diferencia: ya no eran pura ficción, sino autobiografía: Sebastian comenzó a contar a Susan los enredos con la señora Esdaile. El niño que había en Sebastian continuaba allí, con mucha necesidad todavía del amparo maternal, de ser protegido contra su propio infantilismo, pero el muchacho crecido que Susan adoraba secretamente con pasión muy distinta era ahora el amante de otra mujer. De otra mujer de más edad y más bonita y con experiencia infinitamente mayor; de otra mujer que era también rica, que vestía a todo lujo y que contaba con manicuras y con cuanto podía realzar su belleza. No había modo de competir con ella. Susan nunca hizo saber a Sebastian cuánto le afectaba aquello, pero el diario íntimo estaba lleno de notas amargas y la muchacha había humedecido muchas veces la almohada con sus lágrimas.

Frunciendo el entrecejo, Susan miró de reojo a su primo. Sebastian seguía acariciándose la nariz, meditando.

–Sigue, sigue… –exclamó Susan, dejándose llevar por un brusco resentimiento–. Frótate bien la trompa hasta que el pastel esté a punto.

Sebastian abrió mucho los ojos y miró en torno. Su rostro reveló cierta inquietud.

–¿El pastel a punto? –preguntó, a la defensiva.

–Todos esos floridos discursos y esas salidas ingeniosas… –replicó Susan–. Crees que no te conozco, por lo visto. Pues bien, apostaría que eres demasiado tímido para decir nada, incluso cuando estás… –La muchacha se calló, incapaz de evocar la odiosa imagen de aquellos amores.

En otra ocasión, esta insultante referencia a su timidez –aquellas torpezas e incoherencia humillantes que le afligían cuando se sentía en compañía extraña o impresionante– hubiera provocado en Sebastian un acceso de ira. Pero, en estos precisos instantes, la alusión le divirtió.

–¿Es que no puedo decir ni la menor mentira? –preguntó–. ¿Ni simplemente por amor al arte?

–Por amor a ti mismo, querrás decir. Para que parezcas un personaje de Noel Coward.

–De Congreve –protestó Sebastian.

–De quien te dé la gana –replicó Susan, feliz de tener una oportunidad de airear su acumulada amargura sin descubrir la naturaleza o la causa de la misma–. Una mentira cualquiera, con tal de no mostrarte como verdaderamente eres…

–Un Don Juan sin el valor de su conversación –indicó Sebastian. Era una frase que había inventado para consolarse del tristísimo papel que había representado en la fiesta de Navidad de los Boveney–. Y te fastidia que describa la conversación tal como debió haber sido, aunque no lo fuera. Por favor, no seas tan literal.

Sebastian dirigió tan encantadora sonrisa a la muchacha que ésta no tuvo más remedio que capitular.

–Muy bien –murmuró–. Lo creeré todo, a sabiendas de que es mentira.

La sonrisa de Sebastian se hizo mayor; ahora, el muchacho parecía el más alegre de los ángeles de Della Robbia.

–A sabiendas de que es *mentira* –repitió Sebastian. Y se rió con fuerza. Era la más graciosa de las bromas. ¡Pobre Susan! *Sabía* que aquellas proezas de conversación eran falsas, pero también *sabía* que él, Sebastian, había conocido a una señora joven, guapa y morena en la imperial del autobús de Finchley Road; que esta mujer había invitado al muchacho a tomar el té en su casa; que esta mujer, tras escuchar embargada varias

poesías, había dicho a Sebastian qué infeliz se sentía con su marido; y que esta mujer dejó con una excusa el salón y, cinco minutos después, llamó «Señor Barnack, señor Barnack…». «Y Sebastian fue hacia ella, cruzó el vestíbulo, penetró por una puerta entreabierta en una habitación a oscuras y, de pronto, se sintió enlazado por unos brazos desnudos y besado por unos labios húmedos… Susan sabía todo esto y muchas cosas más. Y lo bueno del caso era que la señora Esdaile no existía, que Sebastian había hallado su nombre en la lista telefónica, su rostro pálido y oval en un volumen de grabados victorianos y todo lo demás en la imaginación. ¡Y lo único a que la pobre Susan ponía reparos era la elegancia de la conversación!

–Hoy llevaba ropa interior negra de encaje –improvisó Sebastian, impulsado por su buen humor hacia un «beardsleyismo» enfático que en otra ocasión hubiera desdeñado.

–¡Claro que sí! –exclamó Susan, pensando amargamente en sus prendas ordinarias de algodón blanco.

Con su vista interior, Sebastian contemplaba a una Calipigia en punto de aguja, llena por todas partes de arabescos. Como uno de esos ornamentales caballos de porcelana, cuyas manchas de los costados son hojas y zarcillos. Se rió para sus adentros.

–Le dije que era el último descubrimiento arqueológico… La Afrodita rodada de Hampstead…

–¡Mentiroso! –exclamó Susan con vehemencia–. No le dijiste nada que se le parezca.

–Voy a componer un poema sobre la Afrodita Rodada –continuó Sebastian, sin hacer caso de la interrupción.

En su espíritu, se encendieron y crepitaron los fuegos artificiales de unas cuantas frases felices.

–Moteadas sus espaldas con volutas, su grupa de terciopelo con tatuaje de rosas de Bruselas. Y en torno al vientre… –murmuró Sebastian, siempre frotándose la nariz–. Y en torno al dulce vientre, como una red de lunares en flor, jardines y enrejados de encaje…

¡Caramba, de aquí podía salir algo bueno! Volutas y lunares… He aquí dos robustas estacas que sostendrían todo un tinglado de encajes y carnes de diosa.

–¡Oh, cállate! –suplicó Susan.

Pero los labios de Sebastian continuaron moviéndose. –Dibujada en el fondo rosado, la exquisita caligrafía se hincha y se encoge con cada alternado movimiento…

De pronto, Sebastian oyó que gritaban su nombre y los pasos de alguien que corría detrás de ellos.

–¿Quién diablos…?

Se detuvieron y se volvieron.

–Es Tom Boveney –dijo Susan.

¡Así era! Sebastian sonrió.

–Te apuestos cinco chelines a que dice: «¡Hola, Susan!, ¿qué tal la juerga?».

Con seis pies y medio de estatura, un ancho de tres pies y un grueso de dos, con cabello color de arena y rostro gesticulante, Tom se acercó como el expreso de la Corniche de la Riviera.

–¡Basty, muchacho! –gritó–. Eres el hombre que estaba buscando. ¡Vaya! Y aquí está también la linda Suse. ¿Qué tal esa juerga, Suse?

Se echó a reír y quedó encantado al ver que Susan y Sebastian le imitaban y se reían con desusado entusiasmo.

–Bien –continuó, volviéndose hacia Sebastian–. Ya está todo arreglado.

–¿Arreglado, qué?

–El problema de la cena. Al ver que tenías que marcharte al extranjero en cuanto acabara el trimestre, he dispuesto todo para que la cena se celebre al final de las vacaciones.

Hizo una mueca y dio unas palmadas afectuosas en el hombro de Sebastian. «Éste también», se dijo Susan. Y pensó que casi todo el mundo demostraba el mismo afecto hacia su primo y que éste lo explotaba. Sí, lo explotaba.

–¿Contento? –preguntó Tom.

Basty era su mascota, su favorito y, al mismo tiempo, el exquisito y brillante objeto de un amor que, por ser demasiado heterosexual congénitamente, no podía confesar ni tan siquiera comprender y darle nombre. Haría cualquier cosa por dar gusto a su amigo.

Pero, en lugar de irradiar satisfacción, Sebastian tomó un aspecto casi fúnebre.

–Pero, Tom… –balbuceó–. No debiste… Quiero decir, es una molestia para ti…

Tom rio de buena gana y apretó el brazo de Sebastian con gesto tranquilizador.

–No es ninguna molestia para mí.

–Pero los demás… –insistió Sebastian, agarrándose al último madero.

Tom advirtió que los demás amigos no mostraban preferencia alguna entre el comienzo o el final de las vacaciones.

–Una fiestuca es siempre una fiestuca… –comenzó a decir filosóficamente. Pero Sebastian le interrumpió con una vehemencia que debió reprimir por consideraciones de mera cortesía.

–No, no, ni pensarlo –exclamó con tono tajante. Hubo un silencio. Tom Boveney miró a Sebastian con expresión interrogante.

–Casi parece que no quieres venir –dijo, en pleno desconcierto.

Sebastian se dio cuenta de su falta y se apresuró a protestar; nada había que le apeteciera más. Y era verdad. Una cena en el Savoy, un teatro y, para terminar, un club nocturno; se trataba de una nueva experiencia. Pero tenía que rechazar la invitación y rechazarla por la más humillante e infantil de las razones: porque no tenía traje de etiqueta. Y ahora, cuando creía que todo había quedado resuelto, he aquí que Tom resucitaba la cuestión. ¡Al diablo con él! Sebastian sintió verdadero odio hacia aquel rústico gigante de amabilidad tan oficiosa.

–Pero, si quieres venir –insistió Tom, con sentido común exasperante–, ¿para qué demonios dices que no? –Se volvió hacia Susan.– ¿Puedes arrojar alguna luz sobre este misterio?

Susan vaciló. Sabía, desde luego, todo lo referente a la negativa de tío Tom respecto al traje de etiqueta que necesitaba Sebastian. Era algo mezquino por parte del tío. Pero, en fin de cuentas, no había en ello nada que pudiera avergonzar a Sebastian. ¿Por qué no lo decía con toda franqueza?

–Bien –dijo Susan lentamente–. Creo que es porque…

–Cállate. Cállate, te digo… –En su furia, Sebastian pellizcó tan fuertemente a Susan que ésta lanzó un grito de dolor.

–Lo tienes merecido –murmuró Sebastian fuera de sí, al tiempo que se volvía de nuevo hacia Tom. Susan se quedó atónita al oír decir a Sebastian que efectivamente iría y que Tom se había mostrado como un buenísimo amigo al tomarse la molestia de cambiar la fecha. Como un buenísimo amigo… Y Sebastian se las arregló para dirigir a Tom una de aquellas sonrisas angelicales.

–¿Cómo podías pensar que iba a organizar la fiesta sin ti, Basty? –Una vez más, Tom apretó el hombro de su mascota, de su favorito, de su niño prodigio, de su amado exquisito.

–Y ahora precisamente, cuando me voy al Canadá… y Dios sabe cuándo te veré de nuevo. A ti y a todos los amigos del Haverstock –añadió apresuradamente. Y para completar la coartada, se dirigió jocosamente a Susan–: y si no se tratase de una fiesta de hombres solos, te invitaría a ti también. Sería una buena juerga para nuestra Suse. –Dio una palmada en la espalda a la muchacha y se echó a reír.– Bien. Ahora, tengo que huir. No debí detenerme a hablaros, pero ha sido una verdadera suerte topar con vosotros. Hasta pronto, Suse. Hasta pronto, Basty. –Se volvió y echó a correr, con elegancia a pesar de su tamaño y su peso, como un profesional de la media milla, hasta desaparecer en la oscuridad de donde había surgido. La pareja reanudó su marcha.

–No puedo comprender –dijo Susan, después de un largo silencio– por qué no les dices la verdad. No es culpa tuya no tener traje de etiqueta. Y no creo que haya ninguna ley que te prohiba usar tu traje azul. Nadie te va a echar del restaurante, como sabes.

–¡Oh, por Dios santo! –gritó Sebastian, fuera de quicio por la sensatez enloquecedora de lo que Susan estaba diciendo.

–Quisiera que me explicaras por qué no se lo dices… –insistió Susan.

–No tengo deseos de explicar nada –dijo Sebastian con dignidad, a guisa de punto final.

Susan le miró, se dijo que su primo hacía un efecto ridículo y se encogió de hombros.

–Quieres decir que te resulta imposible explicar.

En el silenció que siguió, Sebastian bebió la amarga copa de su humillación. No quería explicar, porque, como había dicho Susan, no podía explicar. Y no podía explicar, no porque careciera de razones, sino porque las razones eran extremadamente íntimas. En primer lugar, estaba aquella chiflada de la biblioteca; el hijo muerto, por muy triste que la cosa fuera, no era motivo para que le trataran a uno como si estuviera en pañales. Después, Pfeiffer y sus hediondos cigarros. Y ahora, esta humillación última. No era únicamente que pareciera un niño, al mismo tiempo que se sentía más capaz que el más viejo de todos ellos. Era también que carecía del equipo y de las cosas que correspondían a su verdadera edad. Si hubiese tenido ropas decorosas y suficiente dinero de bolsillo, las otras humillaciones hubieran sido tolerables. Con sus gastos y el corte de sus trajes, hubiera neutralizado las engañosas apariencias de su edad y su estatura. Pero su padre le daba solamente un chelín por semana y le hacía usar aquellas prendas de paño ordinario hasta que quedaban raídas y cortas de mangas. Por otra parte, se negaba en redondo a comprarle un esmoquin. Los trajes de Sebastian confirmaban el testimonio del cuerpo que tan pobremente cubrían; era un niño con ropas de niño. Y he aquí a esta insensata de Susan que le pedía que dijera a Tom toda la verdad…

–*Amor Fati* –murmuró Susan–. ¿No decías que éste era ahora tu lema? –Sebastian no se dignó contestar.

Mirando, mientras caminaba a la vera, aquel rostro tendido, aquel cuerpo curiosamente rígido y forzado, Susan sintió que toda su irritación se fundía en una ternura maternal. ¡Pobre primo! ¡Cómo se las arreglaba para hacerse un desdichado! ¡Y por razones tan tontas! ¡Preocuparse por un esmoquin! Pero Susan estaba dispuesta a apostar a que Tom Boveney no tenía, en cambio, un lío con una hermosa mujer casada. Y, recordando cómo Sebastian se había animado hacía un momento al mencionar a la señora Esdaile, Susan, piadosamente, hizo un nuevo intento.

–No terminaste de contarme eso de la ropa interior de encaje –dijo finalmente, rompiendo el lúgubre silencio.

Pero esta vez no hubo respuesta; Sebastian se limitó a menear la cabeza, sin tan siquiera dirigir la vista hacia la muchacha.

Ya no había nada de divertido en la credulidad de Susan. Vista la cosa serenamente, a su propia luz, este asunto de Esdaile era precisamente otra de sus humillaciones.

El espíritu de Sebastian retrocedió a aquella horrible noche de dos meses antes. A la salida de la estación del subterráneo de Camden Town, había una muchacha con traje azul, toscamente bonita, con la boca muy pintada y abundante cabello muy rubio. Sebastian paseó arriba y abajo dos o tres veces, concentrando valor y sintiéndose muy mal, al estilo de como se sentía inmediatamente antes de una de sus horribles entrevistas con el director por cuestión de las matemáticas. Era la angustia del umbral. Pero después, una vez decidido, una vez sentado ante aquel rostro grande y maravillosamente bien afeitado, uno no se sentía tan mal. «A lo que parece, Sebastian, usted cree que, porque está extraordinariamente dotado en determinada dirección, se halla exento de trabajar en todo aquello que no le agrada». Y la cosa terminaba teniendo que quedarse dos o tres horas en las tardes de los días semifestivos o que hacer dos problemas diarios más durante un mes. Nada horripilante, al fin y al cabo, nada que justificara aquella angustia. Haciéndose fuerte con estas reflexiones, Sebastian se acercó a la muchacha del traje azul y dijo: «Buenas noches».

Al principio, la muchacha no le tomó en serio. «¡Un niño como tú! ¡Me avergonzaría de mí misma!». Sebastian tuvo que enseñarle su ejemplar de la *Antología de poetas griegos de la Universidad de Oxford* que, por casualidad, llevaba en el bolsillo. «Para Sebastian, en sus diecisiete años, de su tío, Eustace Barnack, 1928». La muchacha en azul leyó la dedicatoria en voz alta, miró con expresión dubitativa el rostro de Sebastian y volvió a dirigir la vista al libro. De la guarda, pasó a una página cualquiera del medio. «¡Cómo! ¡Es judío!». Miró curiosamente a Sebastian. «¡Nunca lo hubiera pensado…!». Sebastian le explicó. «¿Quieres decir que eres capaz de leer esto?» Sebastian demostró su habilidad en un coro de *Agamémnon*. La muchacha quedó convencida; quienquiera que fuera capaz de aquello tenía que ser más que un niño. Pero ¿tenía dinero? Sebastian sacó su portamonedas y enseñó el billete de una libra que todavía conservaba del regalo de Navidad de su tío Eustace. «Muy bien», dijo la muchacha. Pero no tenía sitio donde ir. ¿Dónde quería que fuesen?

Tía Alice, Susan y tío Fred estaban pasando el fin de semana fuera de Londres y en la casa sólo quedaba la vieja Ellen. Y Ellen se acostaba siempre a las nueve en punto y era, además, sorda como una tapia. Sebastian indicó que podía ir a su propia casa. Tomaron un taxi.

Sebastian no podía pensar en la pesadilla que siguió sin tener un escalofrío. Los dos en su habitación… Aquel corsé de goma y aquel cuerpo, que respondía tan poco como su caparazón. Aquellos besos aburridos y de pura fórmula y aquel aliento que hedía a cerveza, caries y cebolla. Aquella excitación propia, tan frenética que hizo el efecto de un estupefaciente casi instantáneo. Y después, irremediable, aquella frialdad que trajo con ella la repugnancia por lo que yacía al lado, el mismo horror que se siente ante un cadáver… Y el cadáver se reía y le presentaba sus burlonas condolencias.

En camino hacia la puerta de la casa, la muchacha pidió a Sebastian que le dejara ver el salón. Los ojos de la muchacha quedaron muy abiertos, contemplan do aquellos modestos esplendores. «¡Pintado a mano!», exclamó con admiración, acercándose a la chimenea y pasando su índice por el barniz del retrato del abuelo de Sebastian. Esto pareció decidirla. Se volvió a Sebastian y le anunció que quería otra libra. Pero Sebastian no tenía otra libra. La muchacha se sentó aparatosamente en un sofá. Muy bien; se quedaría allí hasta que Sebastian la encontrara. Sebastian vació sus bolsillos; reunió tres chelines y once peniques. No, insistió la muchacha, no aceptaría nada que no fuera una libra. Y con ronca voz de tiple comenzó a cantar «La libra, la libra, la libra…», con música de «Cuando ojos irlandeses…».

–No hagas eso –suplicó Sebastian. El canto fue subiendo de tono: «La libra, la libra, la libra, la linda libra…». Casi llorando, Sebastian le interrumpió: había una sirvienta que dormía arriba y hasta los vecinos podían oír.

–Bien, que vengan todos –dijo la muchacha–. Serán bienvenidos. –La voz de Sebastian se ahogaba en su garganta; sus labios temblaban. La muchacha miró con desprecio al joven y lanzó una fuerte y perversa carcajada.

–Lo tienes merecido, niño llorón; eso es lo que dirán. ¿Qué es eso de querer acostarse con chicas, cuando deberías quedarte en casa y dejar que tu madre te quitara los mocos? –Comenzó a llevar el compás.– Ahora, uno, dos tres… ¡Todos juntos, muchachos! «Cuando hay unas libras de Irlanda…».

Sobre la mesita inmediata al sofá, Sebastian percibió el cortador de papel de caparazón de tortuga y montado en oro que habían regalado al tío Fred, con ocasión del vigésimoquinto aniversario de su relación con la City and Far Eastern Investment Company. Aquello valía mucho más que una libra. Sebastian lo agarró y trató de ponerlo en las manos de la muchacha. «Toma esto», imploró. «Sí, para que venga la policía a buscarme en cuanto trate de venderlo». La muchacha rechazó el objeto. En tono todavía más alto y con más fuerza que nunca, comenzó de nuevo: «Cuando hay unas libras de Irlanda…». Con desesperación, Sebastian le gritó; «Cállate. Te conseguiré el dinero. Te lo juro». La muchacha se calló y miró en su reloj de pulsera. «Tienes cinco minutos», dijo. Sebastian salió de la habitación y subió por las escaleras. Un minuto después llamaba a una de las puertas que daban al descansillo del cuarto piso. «¡Ellen, Ellen!» No hubo respuesta. Sorda como una tapia. ¡Maldita mujer, maldita mujer! Sebastian golpeó la puerta y gritó. De pronto, sin previo aviso, la puerta se abrió y allí apareció Ellen, en una bata de franela gris, con su cabello gris recogido en dos trenzas unidas con una cinta y sin la dentadura postiza, en forma que el rostro redondo como una manzana parecía haberse hundido. Cuando preguntó si había fuego en la casa, Sebastian apenas pudo entenderla. Con un gran esfuerzo, el muchacho lució la más angelical de sus sonrisas, la sonrisa con que siempre había dominado a Ellen. «Perdóneme, Ellen. No lo hubiera hecho de no ser la cosa tan urgente». «¿De qué se trata?», preguntó Ellen, acercando su oído más sano. «¿Podría prestarme una libra?». Ellen miró sin comprender y Sebastian tuvo que gritarle al oído: «¡Una libra!». «¿Una libra?», repitió Ellen perpleja. «Un amigo me ha prestado una libra y está esperando en la puerta». Sin dientes, pero todavía, con su fuerte acento norteño, Ellen preguntó a Sebastian por qué no pagaba su deuda mañana. «Porque se va», explicó Sebastian. «Se va a Liverpool». Con otro tono, como si viera el asunto bajo otra luz más clara, Ellen exclamó: «¡Ah, a

Liverpool! ¿Es que se embarca?», preguntó. «Sí, se va a América», gritó Sebastian. «Se va a Filadelfia». *A Filadelfia por la mañana*. Sebastian miró su reloj. Otro minuto más o cosa así y la chica comenzaría de nuevo con su canción irlandesa. Sebastian ofreció a Ellen otra encantadora sonrisa. «¿No podría arreglarlo, Ellen?» La vieja mujer devolvió la sonrisa, tomó la mano del muchacho y la puso cariñosamente en su mejilla durante unos instantes y, enseguida, sin decir una palabra, volvió a la habitación en busca de su bolso.

Fue al retorno de aquel fin de semana –el lunes por la tarde, para ser exactos, cuando volvían a casa desde la del viejo Pfeiffer–, cuando Sebastian habló por primera vez a Susan de la señora Esdaile. La exquisita, culta y deliciosamente voluptuosa Esdaile era, en brazos de su joven amante, el reverso de aquella medalla que en su anverso real llevaba la imagen de la muchacha del traje azul y de un niño asqueado, abrumado y gimoteante.

En la esquina de Glanvil Place, se separaron.

–Vete derechamente a casa –dijo Sebastian, rompiendo el largo silencio–. Yo voy a ver si papá ha venido. –Y sin esperar los comentarios de Susan, se alejó rápidamente.

Susan se quedó inmóvil unos segundos, viendo cómo Sebastian se alejaba calle abajo, tan frágil e indefenso, pero marchando con decisión desesperada hacia el inevitable fracaso. Porque, desde luego, si el pobre chico esperaba conmover a tío John, no iba a obtener otro resultado que una nueva humillación.

Bajo el farol de la esquina, el cabello rubio adquirió vida y se transformó en una aureola de llama; después, Sebastian dobló y se perdió de vista. Susan se dijo que así era la vida, una sucesión de esquinas de calle. Se encontraba algo, algo extraño, algo hermoso y deseable, pero, a los pocos segundos, uno estaba en otra esquina. Lo encontrado había desaparecido. Y, aunque no doblara la esquina, estaba en amores con la señora Esdaile.

Subió la pequeña escalinata del número dieciocho y tocó el timbre. Ellen abrió la puerta y, antes de darle entrada, la obligó a que se limpiara el calzado en el felpudo.

–No es cosa que llenes de barro mis alfombras –dijo, en su acostumbrado tono de afecto gruñón.

Escaleras arriba, Susan se detuvo para dar las buenas noches a su madre. La señora Poulshot parecía preocupada y su beso fue formulario.

–Procura no hacer nada que pueda molestar a tu padre –recomendó–. No se siente muy bien esta noche.

«Todo sea por Dios», pensó Susan, que no recordaba un tiempo en que no hubiese padecido con aquellos malos humores paternos.

–Y ponte tu traje azul pálido –añadió la señora Poulshot–. Quiero que tío Eustace te vea muy guapa.

¡Para lo que le importaba a Susan que tío Eustace la viera guapa! Y, hundiéndose en sus reflexiones, la muchacha se dijo, mientras subía las escaleras, que no le era posible competir con quien estaba casada, tenía dinero, compraba las ropas en París y probablemente –aunque Sebastian, cosa extraña, nunca había mencionado el hecho– se perfumaba con los perfumes más indecorosos.

Susan encendió la estufa de gas de su habitación, se desnudó y se dirigió apresuradamente al cuarto de baño.

El placer de enjabonarse en el agua caliente quedaba desagradablemente amortiguado por la insistencia de la señora Poulshot en que sólo se usara en la casa jabón con fenol. El resultado era que una salía del baño oliendo, no como la señora Esdaile, sino como un perro recién lavado. Susan se olfateó mientras alcanzaba la toalla e hizo una mueca de fastidio al oler su propia limpieza.

La habitación de Sebastian estaba frente a la suya, al otro lado del vestíbulo. Sabiendo al muchacho ausente, Susan fue allí decididamente, abrió el cajón superior de la cómoda y tomó la maquinilla de afeitar que Sebastian había comprado dos meses antes para meter en cintura a una barba todavía hipotética.

Minuciosamente, como preparándose para una fiesta y una noche de pasión, Susan se afeitó las axilas; después, recogió los pelos acusadores y dejó otra vez las cosas en su sitio.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO III

Entretanto, Sebastian había caminado plaza Glanvil abajo, frunciendo el entrecejo y mordiéndose los labios. Esta era probablemente su última posibilidad de obtener aquel traje de etiqueta antes de la fiesta de Tom Boveney. Sabía que su padre no iba a cenar en casa aquella noche y que, al día siguiente, se iba a Huddersfield o a otro sitio para dar una conferencia; no volvería hasta el miércoles por la noche, y el jueves por la mañana se iban todos a Florencia. Iba a ser ahora o nunca.

«El traje de etiqueta era un símbolo de clase y resultaba un crimen gastar el dinero en lujos inútiles, cuando gentes que valían tanto como uno estaban muriéndose de hambre». Sebastian sabía de antemano cuáles iban a ser los argumentos de su padre. Pero, tras estos argumentos, estaba el hombre: dominante, recto, duro con los demás porque era duro consigo mismo. Si uno consiguiera acercarse al hombre por el buen camino, cabía que los argumentos no fueran llevados hasta su conclusión lógica. Lo que importaba –Sebastian lo había aprendido a costa de una larga y amarga experiencia– era no mostrarse nunca demasiado anhelante e insistente. Tenía que pedir un esmoquin, pero en forma que su padre no se imaginara que se trataba de una cosa buscada con ansia. Esto –Sebastian lo sabía– era una invitación a la negativa, fundada nominalmente, desde luego, en un cúmulo de motivos económicos y de ética socialista, pero, en realidad –Sebastian había llegado a sospecharlo–, en que su padre hallaba cierto placer en frustrar las manifestaciones de deseo demasiado explícitas. Si se las arreglaba para no caer en la trampa del exceso de vehemencia, el muchacho confiaba en neutralizar las otras confesables razones de la negativa. Pero esto exigiría ser un buen actor, mucha sagacidad y, ante todo,

esa presencia de espíritu que le fallaba de modo tan lamentable en los momentos de crisis. Sin embargo, si se preparaba con antelación el plan de campaña, si se concretaba una estrategia brillante e inspirada…

Sebastian había permanecido con los ojos fijos en el pavimento, pero ahora levantó la cabeza, como si el plan perfecto e irresistible estuviera en el lóbrego cielo, a la espera de ser descubierto y tomado. Levantó la cabeza y, de pronto, en el otro lado de la calle, vio, no el plan, desde luego, sino la Capilla Metodista Primitiva, *su* Capilla, la cosa que merecía que se bajara una noche cualquiera por Glanvil Terrace. Pero hoy, perdido en el laberinto de sus miserias, Sebastian había olvidado todo aquello. Y ahora aquello se le ponía delante, lleno de fe en sí mismo, con la parte inferior de su fachada bañada por la verdosa luz de gas del farol callejero y con la parte superior desvaneciéndose cada vez más, a medida que se alejaba de la luz, hasta que los últimos puntiagudos pináculos de ladrillo victoriano parecían opacamente negros en el oscuro fondo de niebla del cielo londinense. Los detalles desaparecían hacia lo alto en un misterio no diferenciado: era una oscuridad sin techo que llegaba hasta abajo, para absorber aquella débil iluminación. Sebastian quedó inmóvil, en muda contemplación. A pesar del recuerdo de sus humillaciones y del temor a lo que podía reservarle su padre, sintió algo del extraño e inexplicable júbilo que el espectáculo siempre le proporcionaba.

> ¡Oh leve escualidez transfigurada
> en Ely, en Bourges, en belleza santa,
> que, lejos de la escuela trasnochada,
> cambias la luz de gas en Elephanta
> y expresas la Poesía…

Se repitió a sí mismo los versos iniciales de su poema y volvió a contemplar el tema. Construido en el peor período, con los materiales más ínfimos. Horrible a la luz del día, como una pesadilla. Pero una hora después, cuando los faroles se encendían, más bello y significativo que cualquier otra cosa jamás vista: ¿Cuál era la verdadera capilla? ¿Aquella pequeña monstruosidad que recibía al reverendo Wilkins y a su rebaño las

mañanas domingueras? ¿O este insondable misterio que se presentaba ahora ante los ojos? Sebastian meneó la cabeza y continuó su marcha. La pregunta no tenía respuesta y lo único que cabía hacer era formularla en forma poética.

¡Oh leve escualidez transfigurada
en Ely, en Bourges, en belleza santa…

El número veintitrés era una casa alta y de fachada de estuco, idéntica a todas las otras de la cuadra. Sebastian penetró en el pórtico con columnas, cruzó el vestíbulo y, sintiendo que volvía la aprensión momentáneamente desvanecida, subió por la escalera.

Un tramo, dos tramos, tres tramos, otro más, y ya estaba a la puerta del piso paterno. Sebastian levantó la mano hasta el timbre y la dejó caer de nuevo. Se sentía mal y su corazón latía violentamente. Otra vez estaban allí la muchacha del traje azul, el director, la náusea del umbral. Miró su reloj. Las seis y cuarenta y siete y medio. A las seis y cuarenta y ocho llamaría y entraría, pasara lo que pasara.

«Papá, verdaderamente, deberías comprarme un esmoquin…». Levantó de nuevo la mano y apretó con decisión el botón. En el interior, el timbre sonó como una avispa enfurecida. Esperó medio minuto y llamó de nuevo. No hubo respuesta. La última esperanza se había desvanecido. La decepción se mezclaba en el espíritu de Sebastian con una profunda sensación de alivio; la hora de la prueba había quedado pospuesta. La fiesta de Tom Boveney se celebraría al cabo de cuatro semanas, mientras que, si su padre hubiera estado en casa, la temida entrevista se estaría desarrollando ahora, en este mismo instante.

Sebastian había bajado un solo tramo cuando una voz conocida le hizo detenerse.

–Setenta y dos peldaños –estaba diciendo su padre en el vestíbulo.

–*Dio!* –exclamó otra voz, una voz de extranjero–. Vive usted a mitad de camino del paraíso.

–¡Esta casa es un símbolo! –continuó la voz sonora del inglés de la clase culta–. Un símbolo de la corrupción del capitalismo.

Sebastian reconoció aquel gambito de la conversación. Era el que elegía habitualmente John Barnack cuando acompañaba a sus visitantes por aquella interminable escalera.

–En un tiempo fue posesión de una próspera familia victoriana. –Ahí estaba.– Ahora, es un nido de solterones y de mujeres dedicadas a los negocios, con uno o dos matrimonios sin hijos para completar la medida…

La voz se hacia más fuerte y clara a medida que su dueño se acercaba.

–… y es también un producto de la desocupación en aumento y del descenso en el promedio de nacimientos. En pocas palabras, de que donde no hay harina todo es mohina… –Enseguida, se produjo la explosión de la risa fuerte y metálica de John Barnack.

–¡Cristo! –se murmuró Sebastian a sí mismo. Era la tercera vez que oía aquella broma y la carcajada subsiguiente.

–¿Mohína? –indagó la voz extranjera a la cola de aquella alborotada alegría–. ¿Qué significa «mohína»? ¿*Moka? ¿Moine? ¿Mohn?* –Pero ni el italiano ni el francés ni el alemán parecieron arrojar mucha luz.

Con muchos detalles, el acento de Cambridge comenzó su explicación.

No queriendo que pareciese que había estado fisgoneando, Sebastian comenzó de nuevo a bajar la escalera y, cuando los dos hombres quedaron a la vista, dejó escapar una exclamación de asombro bien simulada.

El señor Barnack levantó la vista y vio en aquella frágil figura, no a Sebastian, sino a la madre de Sebastian. A Rosie, disfrazada de lady Caroline Lamb en el baile de los Hilliard, con una esclavina y calzas ceñidas de terciopelo rojo, como paje de Byron. Tres meses después vino la guerra y, dos años después del estallido, Rosie le abandonó por aquel depravado imbécil de Tom Hilliard.

–¡Ah, eres tú! –dijo el señor Barnack en voz alta, sin dejar traslucir sorpresa, satisfacción u otra emoción cualquiera en su rostro curtido y moreno.

Sebastian consideraba que era esta una de las características más turbadoras de su padre; nunca se sabía por la expresión lo que sentía o pensaba. Miraba derecha e imperturbablemente, con ojos grises inexpresivos, como se mira a un perfecto extraño. La primera indicación de su estado de espíritu siempre era verbal y llegaba en aquella voz alta y

autoritaria de abogado, en frases muy medidas, cuidadosamente elegidas y de articulación perfecta. Habría, por ejemplo, un silencio o tal vez una charla sobre cuestiones sin importancia y, de pronto, surgiría de aquella impavidez un pronunciamiento tan inapelable como los del Sinaí.

Sonriendo con incertidumbre, Sebastian bajó para juntarse con los dos hombres.

–Es mi chico –dijo el señor Barnack.

Y el visitante resultó ser el profesor Cacciaguida, el famoso profesor Cacciaguida, según añadió el señor Barnack. Sebastián sonrió con deferencia y estrechó la mano del visitante; debía de ser el antifascista aquel de que había oído hablar a su padre. Bien, en todo caso, era una hermosa cabeza. Un romano del mejor período, pero con una incongruente masa de cabello gris peinado románticamente hacia atrás. Era como si el emperador Augusto hubiera tratado de imitar a Liszt.

Pero, según reflexionó Sebastian siguiendo a los dos hombres escalera arriba por el último tramo, ¡qué extrañamente y hasta qué patológicamente el cuerpo del visitante se alejaba de aquella cabeza dominadora! El emperador-genio declinaba en el pecho y los hombros estrechos de un muchacho; después, incongruentemente, en el vientre y las anchas caderas de una mujer de edad madura y, finalmente, en un par de delgadas piernas y en las botas de charol más diminutas que pudieran existir. Era como una especie de larva que hubiera quedado detenida en su desarrollo, con sólo el extremo delantero convertido en el organismo de un adulto y con el resto del cuerpo sin pasar apenas del estado de renacuajo.

John Barnack abrió la puerta de su piso y encendió la luz.

–Vale más que vaya a ver qué podemos cenar –dijo–. Hay que tener en cuenta que usted se va temprano, profesor.

Era una oportunidad para hablar del esmoquin. Pero cuando Sebastian se ofreció a ayudar, su padre le ordenó en forma que no tenía réplica que se quedara donde estaba y que conversara con el distinguido huésped.

–Después, cuando todo esté listo –añadió–, te largarás con viento fresco. Tenemos que tratar de cosas importantes.

Una vez puesto Sebastian en el lugar infantil que le correspondía, el señor Barnack se volvió y, con pasos rápidos y decididos, como un atleta que entra en combate, salió de la habitación.

Sebastian quedó vacilante durante unos segundos y, enseguida, decidió desobedecer, seguir a su padre a la cocina y tratar allí mismo del asunto, sin ulterior demora. Pero, en aquel mismo momento, el profesor, que había estado examinando inquisitivamente la habitación, se volvió a Sebastian con una sonrisa.

–Pero esto es pura asepsia! –exclamó con voz melodiosa, con un agradable acento extranjero y con un giro excesivamente literario que ponía de relieve un absoluto dominio del idioma.

En aquel recibidor desnudo y frío, todo, excepto los libros, estaba esmaltado de un color de leche desnatada; el piso era una hoja enlucida de linóleo gris. El profesor Cacciaguida se sentó en una de las butacas metálicas y, con dedos temblorosos y manchados de nicotina, encendió un cigarrillo.

–Se espera la llegada del cirujano en cualquier momento –añadió.

Pero el que llegó fue John Barnack, llevando unos platos y un puñado de cubiertos. El profesor se volvió hacia él, pero no rompió a hablar enseguida; en su lugar, se llevó el cigarrillo a los labios, aspiró, con tuvo el aliento durante un par de segundos y, a continuación, despidió voluptuosamente el humo por sus narices imperiales. Tras lo cual, satisfechas momentáneamente sus ganas, habló a su anfitrión a través de la habitación.

–¡Es algo manifiestamente profético! –Señaló la habitación con un gesto de la mano.– Un fragmento del futuro racional e higiénico.

–Gracias –dijo John Barnack sin levantar la vista. Como observó Sebastian, estaba poniendo la mesa con la misma atención concentrada y el mismo exasperante cuidado minucioso con que hacía todas sus cosas, desde la más importante a la más humilde. Ponía la mesa como si estuviera manipulando una complicada serie de aparatos de laboratorio o –sí, cierto, el profesor tenía razón– como si estuviera llevando a cabo la más delicada de las operaciones quirúrgicas.

–De todos modos –continuó el profesor, con una breve risa–, en lo que respecta al arte, confieso que soy un sentimental. Prefiero el ayer al mañana. El departamento de Isabel en Mantua, por ejemplo. Mucho polvo, sin duda, en las molduras. ¡Y toda esa madera esculpida! –Trazó una serie de volutas con el humo de su cigarrillo.– ¡Mucha basura arqueológica! Pero ¡qué cosa tan cálida, tan rica!

–Cierto –dijo el señor Barnack. Se enderezó y quedó inmóvil, muy derecho y afirmativo, mirando a su huésped–. Pero ¿de qué bolsillos salía esa riqueza? –Y sin esperar una respuesta, volvió a la cocina.

Pero el profesor no había hecho más que empezar.

–¿Qué opina *usted?* –preguntó, dirigiéndose a Sebastian. La pregunta fue acompañada de una sonrisa amable, pero, según se manifestó con suficiente evidencia en el discurso que siguió, no tenía el menor interés en lo que Sebastian pensaba. Lo único que quería era un auditorio.

–Tal vez sea el polvo una condición necesaria de la belleza –continuó–. Tal vez el arte y la higiene no puedan nunca vivir bajo un mismo techo. Al fin y al cabo, no hay Verdi si no se escupe en los instrumentos de viento. No hay Duse sin una multitud de burgueses malolientes que se transmitan mutuamente sus corizas. ¡Y piense usted en los excelentes refugios que Miguel Ángel preparó para los microbios en las barbas de Moisés!

Hizo una pausa triunfal, a la espera del aplauso. Sebastian se lo dio en forma de una risa de persona encantada. La virtuosidad sin esfuerzo de la charla del profesor era algo delicioso; además, el acento italiano y el lenguaje inesperadamente pulcro proporcionaban un encanto complementario a la exhibición. Pero, a medida que la improvisación se prolongaba, los sentimientos de Sebastian fueron experimentando un cambio. Cinco minutos después, el muchacho estaba pidiendo a Dios que aquel viejo pesado se callara.

Fueron el olor y el chisporroteo de las chuletas de cordero que se freían lo que finalmente produjo el deseado resultado. El profesor echó hacia atrás su noble cabeza y olfateó con deleite.

–¡Ambrosía! –exclamó–. Veo que tenemos un segundo Baronio junto a los cazos y las sartenes.

Sebastian, que no sabía quién fue el primer Baronio, se volvió y miró por la puerta abierta a la cocina. Su padre, de pie, le daba la espalda, con su cabeza entrecana y sus anchos hombros inclinados sobre el hogar.

–No sólo una gran inteligencia, sino también un gran cocinero –dijo el profesor.

Sí, ése era el fastidio, reflexionó Sebastian. Y no sólo un gran cocinero –a pesar de su profundo des precio hacia aquellos que comían por comer–, sino también un gran limpiador de mesas de escritorio, un gran alpinista, un gran contador, un gran botánico y observador de pájaros, un gran contestador de cartas, un gran socialista, un gran andariego a cuatro millas por hora, abstemio y no fumador, un gran lector de reseñas y conocedor de estadísticas y, en fin, un gran cualquier cosa abrumador, eficiente, meritorio, saludable y de muy despierta conciencia social. ¡Si, por lo me nos, descansara alguna vez! ¡Si hubiera en aquella armadura unas cuantas grietas!

El profesor alzó un poco la voz, con la esperanza, sin duda, de que lo que decía fuera oído en la cocina, a pesar del ruido de la sartén.

–Y la gran inteligencia está asociada con un corazón y un alma aun mayores –exclamó, con tono de vibrante solemnidad. Se inclinó hacia adelante y puso una mano muy blanca, salvo las amarillentas yemas de los dedos, sobre la rodilla de Sebastian.

–Supongo que estará usted orgulloso de su padre –continuó.

Sebastian sonrió vagamente e hizo un débil ruido inarticulado de asentimiento. Pero no le era posible imaginarse cómo aquel que conociera a su padre podría hablar de un gran corazón.

–Un hombre que pudo haber aspirado a los más altos honores políticos bajo el viejo sistema de partidos… Pero tenía sus principios y se negó a hacerles el juego. Y ¿quién sabe? –añadió el profesor como en paréntesis, bajando confidencialmente la voz–. Tal vez obtenga pronto su recompensa. El socialismo está mucho más cerca de lo que todos se imaginan. Y cuando llegue, cuando llegue… –Alzó la mano con ademán expresivo, como profetizando la apoteosis del señor Barnack.– Y cuando uno piensa –continuó– en los muchos miles de libras que pudo ganar en el foro… ¡Miles y miles! Pero lo abandona todo. Como san Francisco. Y lo que tiene lo da

con generosidad heroica. Causas, movimientos, sufrimientos individuales… Lo da todo. Todo –repitió, asintiéndose con un movimiento enfático de su noble cabeza–. ¡A todos!

A todos menos a uno, corrigió Sebastian en su interior. Había dinero suficiente para las organizaciones políticas y, según el muchacho suponía, para los profesores en el destierro, pero, cuando se trataba de enviar al propio hijo a un colegio decoroso, de comprarle ropas adecuadas y un esmoquin, no había nada que hacer. Sonoramente, el profesor reanudó su excitada elocuencia. A punto de que estallara la ira contenida, Sebastian sintió un gran alivio cuando la llegada de las chuletas puso término tajante al encendido panegírico. El muchacho quedó en libertad.

–Dile a tía Alice que iré a verles después de cenar –le gritó el señor Barnack. Sebastian bajaba ya la escalera–. Y que tío Eustace no se vaya. Tengo que arreglar muchas cosas con él.

Ya en la calle, su leve escualidez de capilla seguía allí, perdiéndose en las sombras de la poesía, con un sentido y una belleza inexplicables, pero Sebastian se sentía ahora tan mortificado que ni siquiera la miró.

OceanofPDF.com

CAPITULO IV

Con la copa de jerez en la mano, Eustace Barnack estaba de pie sobre el felpudo inmediato al hogar, contemplando el retrato de su padre colocado sobre el manto de la chimenea. Sobre el fondo oscuro, el rostro cuadrado y vigoroso de aquel filántropo de las filaturas resplandecía como un farol.

Meditativamente, Eustace meneó la cabeza.

–Cientos de guineas… –dijo–. Es lo que pagaron los suscriptores por este objeto. Y tendríais suerte si os dieran ahora por él un billete de cinco libras. Personalmente –añadió, volviéndose hacia su hermana, sentada, muy esbelta y derecha, en el sofá–, estoy muy dispuesto a darte cinco libras por el privilegio de no poseerlo.

Alice Poulshot no dijo nada. Estaba pensando, mientras le observaba, cuán lamentablemente había envejecido Eustace desde la última vez que le vio. Estaba más grueso que incluso hacia tres años. Y el rostro era como una máscara de goma que hubiera perdido su elasticidad y que colgara de los huesos, blanda, con bultos y manchas. En cuanto a la boca… Alice recordaba a aquel muchacho brillante y alegre del que se había sentido tan orgullosa; aquellos labios infantiles y entreabiertos, incongruentes con aquella espléndida estatura, habían sido de un efecto muy curioso y, al mismo tiempo, profundamente patético. No era posible con templarle sin sentir una especie de afecto maternal. Pero ahora… Aquel aspecto producía escalofríos. ¡La húmeda y móvil flojedad de aquella boca, la combinación de la senilidad con el infantilismo, de los rasgos del niño con los del epicúreo! Sólo en los guiños alegres de aquellos ojos cabía descubrir una traza del Eustace que Alice había amado tanto. Pero, ahora, el blanco de aquellos ojos era amarillento y estaba surcado de venas. Y bajo los ojos había bolsas de piel descolorida.

Con un índice muy grueso, Eustace golpeó la tela.

–¡Cómo se enfadaría si lo supiera! Recuerdo qué pésimo efecto le causó entonces. ¡Todo aquel dinero que se gastaba en un cuadro, cuando se podía haber hecho algo útil, como una fuente o unos urinarios!

Al oír la palabra «urinarios», su sobrino, Jim Poulshot, levantó la vista del *Evening Standard* y dejó escapar una fuerte risotada.

–Está muy bien, muchacho –comentó Eustace, con burlona animación–. Es el humorismo inglés lo que ha hecho de nuestro Imperio lo que es.

Se acercó al sofá y, cautelosamente, sentó su blanda y gruesa persona. La señora Poulshot se fue hacia un rincón para hacerle sitio.

–¡Pobre papá! –continuó Eustace, reanudando su conversación anterior.

–¿Qué hay de pobre en él? –preguntó Alice con cierta acrimonia–. Los pobres somos más bien nosotros. Al fin y al cabo, realizó algo. ¿Dónde está nuestra obra? Me gustaría saberlo.

–¿Dónde? –repitió Eustace–. Pues no está en el montón de desechos, que es donde está *la suya*. Las filaturas trabajando con horario reducido, a causa de la competencia india y japonesa. El paternalismo individual reemplazado por la ingerencia del Estado, cosa que él odiaba con toda su alma. El Partido Liberal muerto y enterrado. Y el racionalismo animoso y elevado transformado en un cínico libertinaje. Si nuestro viejo no es digno de lástima, no sé quién pueda serlo.

–No son los resultados lo que importa –dijo la señora Poulshot, cambiando de posiciones.

Había adorado a su padre y, para defender una memoria que todavía reverenciaba como algo casi divino, estaba dispuesta a sacrificar mucho más que una simple consistencia lógica.

–Son los motivos, las intenciones, el duro trabajo… Sí, el espíritu de sacrificio –añadió significativamente. Eustace emitió un leve chasquido.

–Mientras que yo soy un odioso egoísta –dijo–. Y si soy gordo, es culpa mía exclusivamente. ¿Has pensado alguna vez, querida, que, si mamá hubiese vivido, se hubiera puesto quizá tan enorme como tío Charles?

–¿Cómo puedes decir esas cosas? –exclamó la señora Poulshot con indignación. El tío Charles había sido un verdadero monstruo.

–Era cosa que estaba en la familia –respondió Eustace. Y, dándose complacidas palmadas en el vientre, añadió–: y que todavía está.

El ruido de la puerta que se abría le hizo volver la cabeza.

–¡Ajá! –gritó–. ¡Aquí está mi futuro huésped!

Rumiando todavía los motivos de su enfado y sus desdichas, Sebastian levantó la vista con expresión de asombro. El tío Eustace… Las propias preocupaciones le habían hecho olvidar todo acerca de él. Quedó inmóvil, boquiabierto.

–En plena distracción o en plena meditación –continuó Eustace cordialmente–. En acuerdo perfecto con la gran tradición poética.

Sebastian avanzó y estrechó la mano que le alargaban. Era una mano blanda, húmeda y asombrosamente fría. La conciencia de que estaba causando una impresión deplorable en el mismo momento en que debía mostrarse en su mejor aspecto aumentó su timidez hasta dejarle sin habla. Pero su espíritu seguía trabajando. En aquellas exuberancias del blando rostro, los ojitos de su tío parecían los de un elefante. Era un elefantito elegante, con una chaqueta negra cruzada y con pantalón a cuadros de un gris claro. ¡Oh! ¡Y hasta un monóculo en el extremo del cordoncillo, para que se pareciera más al petimetre de edad madura de los escenarios de opereta!

Eustace se volvió hacia su hermana.

–Cada año se parece más a Rosie –dijo–. Es fantástico.

La señora Poulshot asintió sin decir palabra. La madre de Sebastian era un tema que valía más no tocar.

–Bien, Sebastian, supongo que estás preparado ya para unas vacaciones de vértigo. –Una vez más, Eustace se dio unas palmadas en el estómago.– Tienes delante al campeón mundial de los turistas corredores. Autor de «Galopadas a través de Florencia», «El Vaticano en patines», «La vuelta al Louvre en ochenta minutos»… Y mi marca de velocidad en las catedrales inglesas no ha sido batida jamás.

–¡Majadero! –exclamó la señora Poulshot, riendo. Jim soltó también una carcajada y el mismo Sebastian, a pesar de su esmoquin, no pudo menos que unirse al bullicio. La idea de aquel elegantísimo elefante corriendo por Canterbury con pantalones cortos y monóculo era de una comicidad irresistible.

Sin ruido, en medio de aquella alegría, la puerta se abrió de nuevo. Gris, lúgubre, carilargo como un caballo, como su propia imagen en un espejo deformador, Fred Poulshot entró silenciosamente, cual si marchara sobre suelas de fieltro. Al verle, Jim y Sebastian se callaron instantáneamente. Fred Poulshot se acercó al sofá y saludó a su cuñado.

–Tienes muy buen aspecto –dijo Eustace, al estrechar su mano.

–¿Buen aspecto? –repitió el señor Poulshot, con tono de persona ofendida–. Alice puede contarte cómo anda mi interior.

Se alejó y, con el escrupuloso cuidado de quien mide una purga, se sirvió una copa de jerez.

Eustace le miró y sintió, como le había ocurrido otras muchas veces, una profunda compasión por Alice. ¡Treinta años de Fred Poulshot! ¡Había que ver! Bien, tal era la vida de familia. Se sintió muy satisfecho de ser un solterón.

La precipitada entrada que hizo Susan en aquel momento no disminuyó en lo más mínimo esta satisfacción. Era verdad que la muchacha poseía la enorme ventaja fortuita de tener diecisiete años, pero ni los perversos y un tanto cómicos encantos de la adolescencia eran capaces de ocultar el hecho de que se trataba de una Poulshot, indescriptiblemente lerda como los Poulshot todos. Lo más que se podía decir de ella era que, por el momento al menos, valía mucho más que Jim. Pero, a los veinticinco años, Jim no era más que un hueco que sería llenado hacia 1949 por un agente de bolsa más o menos afortunado. Bien, eso ocurría a los que elegían un padre como Fred. En cambio, Sebastian tuvo el ingenio de hacerse engendrar por un Barnack y concebir por la más bonita y loca de las gitanas.

–¿No le has contado nada acerca de mi salud? –insistió el señor Poulshot.

Pero Alice simuló no haber oído a su esposo.

–Por cierto, ya que hablamos de galopadas por Florencia –dijo, en voz muy alta–, ¿no viste allí al chico de nuestra prima Mary?

–¿A Bruno Rontini?

La señora Poulshot asintió.

–No puedo comprender cómo se le ocurrió casarse con ese italiano –comentó, con tono de desaprobación.

–Te advierto que hay italianos que tienen aspecto casi humano…

–No seas majadero, Eustace. Sabes muy bien lo que quiero decir.

–¡Pero cómo te fastidiaría que lo dijera! –replicó Eustace, sonriente.

Porque lo que Alice quería decir era, desde luego, prejuicio puro, el desagrado insular respecto de los extranjeros, la convicción burguesa de que todo aquel que no tiene éxito debe de ser, de uno u otro modo, inmoral.

–Papá no pudo hacer más de lo que hizo por aquel hombre –continuó la señora Poulshot–. ¡Cuando recuerdo todas las oportunidades que le facilitó!

–Y el juicioso Carlo hizo de todas ellas un espantoso lío…

–¿Juicioso?

–¿Por qué no? Hizo que le pagaran cuatro libras semanales para que dejase el negocio del algodón y regresara a Toscana. ¿No es esto ser juicioso?

Eustace acabó de beber su jerez y dejó la copa.

–Su hijo todavía sigue a cargo de su librería de ocasión –continuó–. Me resulta muy simpático Bruno. A pesar de su religiosidad abrumadora. Para él no hay más que el Vertebrado Gaseoso.

La señora Poulshot se echó a reír. En la familia Barnack, la definición que Haeckel había dado de Dios había constituido una broma durante los últimos cuarenta años.

–El Vertebrado Gaseoso –repitió Alice–. Pero piensa cómo fue educado… La prima Mary solía llevarlo de niño a aquellas reuniones de los cuáqueros. ¡*Cuáqueros!* –exclamó, con una especie de énfasis de incredulidad.

La doncella hizo su aparición y anunció que la cena estaba servida. Activa y alada, Alice se puso de pie en un segundo. Su hermano se incorporó más penosamente. Seguidos por el resto de la familia, se

dirigieron a la puerta. El señor Poulshot se acercó a los interruptores y, en cuanto la última persona salió de la habitación, apagó las luces.

Mientras bajaban por la escalera en dirección al comedor, Eustace puso una mano en el hombro de Sebastian.

–Me ha costado muchísimo trabajo persuadir a tu padre a que te dejara venir a vivir conmigo –dijo–. Temía que te acostumbraras a vivir como un rico ocioso. Afortunadamente, pudimos convencerle con una apelación a la cultura, ¿verdad, Alice?

La señora Poulshot asintió con cierta frialdad. No le agradaba la costumbre de su hermano de tratar los asuntos de personas mayores delante de los chicos. Dijo:

–Florencia forma parte de una educación liberal.

–Exacto. Lo que Todo Joven Debe Saber.

De pronto, las luces de la escalera se apagaron. Fred no se olvidaba de ser ahorrador ni en sus momentos más sombríos.

Entraron en el comedor –todavía con su papel rojo y tan horrible como siempre, según observó Eustace–, y tomaron asiento.

–Sopa de tortuga –dijo Alice, en el momento en que la doncella colocaba el plato ante Eustace.

¡Sopa de tortuga de imitación! ¡No había remedio! La buena de Alice desplegaba verdadero genio en servir lo más detestable de la cocina inglesa. Era cuestión de principio. Con una sonrisa a la vez afectuosa y ligeramente irónica, Eustace puso su gruesa mano edematosa sobre los huesudos dedos de su hermana.

–Bien, querida, hace mucho, mucho tiempo que no me sentaba a tu mesa…

–No es culpa mía –respondió la señora Poulshot. El tono de su voz era de una jocosidad susceptible y agresiva–. El asiento del Pródigo siempre estuvo preparado para él. Pero supongo que estaba demasiado ocupado en llenar su panza con el caviar que comían los puercos.

Eustace se echó a reír sin afectación. Veintitrés años antes había abandonado lo que todo el mundo decía que era una prometedora carrera en la política radical para casarse con una rica viuda de corazón sensible y retirarse a Frorencia. Fue un acto que ni su hermana ni su hermano, aunque

por distintas razones, le perdonaron nunca. Para John, fue aquello cuestión de principios políticos ultrajados. Alice sintió, en cambio, que se afrentaba la memoria paterna, que se hería el orgullo de familia. Eran la tercera generación de unos Barnack de vida materialmente modesta y espiritualmente elevada y, con la excepción del tío-abuelo Luke, a quien no se podía mencionar, Eustace era el primero de la familia en pasarse al campo del lujo y del ocio.

–Muy bo-ni-to –dijo Eustace, con las palabras y el tono de quien aplaude una jugada de billar extra ordinaria.

Con seis mil libras. anuales de renta, podía permitirse el lujo de ser magnánimo. Además, su conciencia nunca le había reprochado lo que había hecho. Durante los cinco años de su breve vida matrimonial, fue todo lo buen esposo que la pobre Amy podía esperar. Y no podía comprender por qué una persona de ingenio y de buen juicio tenía que avergonzarse de haber abandonado la política y todas sus sórdidas intrigas. ¡Aquella hipocresía consciente o inconsciente de todas las formas eficaces de expresarse en público! ¡Aquella estupidez abrumadora de la repetición interminable de las mismas simplificaciones excesivas, de los mismos argumentos sin lógica, de las mismas groseras alusiones personales, de la misma historia desnaturalizada y de las mismas profecías sin base! Y se suponía que eso era el más alto deber del hombre. Y, por lo visto, si uno prefería la vida de un ser humano civilizado, tenía que avergonzarse de sí mismo.

–Muy bonito –repitió–. Pero ¡qué puritana implacable eres, querida! Y. sin la menor justificación metafísica.

–¡Metafisica! –exclamó la señora Poulshot, en el tono desdeñoso de quien está muy por encima de tales nonadas.

Entretanto, los platos soperos habían desaparecido y el asado de carnero había hecho su aparición. En silencio y sin alterar su expresión de sufrimiento irremediable, el señor Poulshot se puso a trinchar.

Eustace le miró y después miró a Alice. La pobre Alice miraba a Fred con una expresión de inquietud aprensiva. Estaba deseando, sin duda, que aquella gruñona criatura se comportara debidamente delante de los extraños. Y –Eustace siguió con sus reflexiones– era muy posible que la

agresividad de Alice tuviera su fundamento en aquello mismo. Para ensalzar a su marido, denigraba a su hermano. No era muy lógico, desde luego, pero sí profundamente humano.

–Espero que esté a tu gusto, Fred –dijo Alice a través de la mesa.

Sin responder ni tan siquiera levantar la vista, el señor Poulshot tuvo un encogimiento de sus estrechos hombros…

Con un esfuerzo, la señora Poulshot ajustó su expresión y se volvió hacia Eustace.

–El pobre Fred está pasando muy malos días con su estómago –dijo, tratando de compensar a su marido de la evasiva del salón.

Cuando la vieja Ellen entró con las verduras, se deslizó en el comedor un gatito. El animal fue a frotarse contra las piernas de Alice. Ésta se agachó y lo tomó en sus brazos.

–Bien, Onyegin –dijo acariciando al gatito detrás de las orejas–. Le llamamos Onegin –explicó animadamente a su hermano–, porque es la obra maestra de nuestro muy llorado Puss-kin[1].

Eustace sonrió amablemente.

La pobre Alice –pensaba– no tiene los consuelos de la filosofía, la religión, el arte, el amor o la política. Ninguno de ellos. No, sus consuelos eran los que se derivan de un sentido eduardiano del humor y del número semanal del *Punch*. Sin embargo, valía más hacer malos retruécanos y ser gracioso al estilo de 1912 que incurrir en la compasión de sí mismo o capitular ante el humor sombrío de Fred, como había pasado con todos los demás que se sentaban a la mesa. Y, vive el cielo, era difícil no capitular. Instalado tras su baluarte de carnero, Fred Poulshot difundía por todas partes su signo negativo. Se *sentía* cómo las ondas negativas chocaban contra uno, en una firme y penetrante radiación que era la verdadera antítesis de la vida, la total negación del calor humano. Eustace decidió intentar una desviación.

–¡Bien, Fred! –exclamó en su tono más alegre–. ¿Qué tal va esa City? ¿Cómo está el magnífico Oriente? ¿Marchan bien los negocios?

La señora Poulshot alzó la vista, un tanto fastidiada, aunque comprendiendo y perdonando.

–Difícilmente podrían andar peor –sentenció Fred. Eustace enarcó sus cejas, con alarma ficticia.

–¡Cielos! ¿Cómo puede afectar eso a mis dividendos del Yangtze and South China Bank?

–Hablan de reducirlos este año.

–¡Ay de mí!

–Del ochenta al setenta y cinco por ciento –dijo el señor Poulshot sombríamente. Y, volviéndose para servirse verduras, se hundió de nuevo en un silencio que acabó ahogando a toda la mesa.

Eustace pensaba, mientras comía su carnero y sus coles de Bruselas, que aquel hombre sería mucho menos desagradable si, de cuando en cuando, perdiera los estribos, se emborrachara o se acostara con su secretaria… ¡Aunque habría que compadecer a la pobre secretaria, si tal ocurriera! Pero nunca había habido nada violento o extremo en la conducta de Fred. Salvo el hecho de ser por naturaleza absolutamente intolerable, era el perfecto marido. Era un ser que amaba la rutina del matrimonio y de la vida doméstica –trinchar carnero, engendrar hijos–, del mismo modo que amaba la rutina de ser –¿qué era en realidad?– secretario y tesorero de aquella empresa de la City. Y, en todo lo que se refería a estas rutinas, era el dechado de la probidad y de la regularidad. ¿Jurar, enfadarse, engañar a la pobre Alice con otra mujer? ¡Qué disparate! Era como imaginarle fugándose con la caja de la compañía. No, no; Fred afectaba a las personas de distinto modo. No tenía necesidad de *hacer* nada; le bastaba con *ser.* Se marchitaban y ennegrecían por mera infección.

Bruscamente, el señor Poulshot rompió el largo silencio y, con voz muerta y sin tono, pidió la jalea de grosella.

Como si hubiera recibido una orden de ultratumba, Jim miró ansiosamente por la mesa.

–Aquí la tienes, Jim. –Eustace acercó la fuente al muchacho.

Jim respondió con una mirada de agradecimiento y pasó la fuente a su padre. El señor Poulshot la tomó sin una palabra ni una sonrisa, se sirvió y, a continuación, con la evidente intención de incluir otra víctima en aquel rito angustioso, devolvió la fuente, no a Jim sino a Susan, quien en aquel mismo momento levantaba el tenedor de su plato. Como había previsto y

deseado, el señor Poulshot tuvo que esperar, con la fuente en la mano y con una expresión de paciencia martirizada, mientras Susan, a toda prisa, se llevaba el bocado a la boca, dejaba el tenedor y el cuchillo en el plato con un fuerte repique y, poniéndose como una amapola, aceptaba la jalea ofrecida.

Desde su primera fila de butacas en la comedia humana, Eustace sonreía valorando la escena. ¡Qué exquisito refinamiento de la voluntad de poder, qué crueldad más elegante! ¡Y qué don más asombroso para aquella lobreguez contagiosa, capaz de afectar a los más animosos y de ahogar la misma posibilidad de la alegría! Bien, nadie podría acusar al bueno de Fred de haber enterrado su talento.

El silencio se extendió por todo el comedor, como si hubiese allí un ataúd. La señora Poulshot trató desesperadamente de encontrar algo que decir –algo alegre, algo que fuera valientemente cómico–, pero no encontró nada, absolutamente nada. Fred había irrumpido en sus defensas y había ahogado la fuente del discurso, de la vida misma, con arena y cenizas. Alice quedó silenciosa y vacía, consciente únicamente de la espantosa fatiga acumulada en treinta años de defensa y contraataque incesantes. Como si se hubiese dado cuenta de la derrota de su ama, el gatito, que dormía en el regazo, enarcó el lomo, se estiró y saltó sin ruido al piso.

–¡Onyegin! –gritó Alice, al tiempo que estiraba su mano. Pero el gatito se escapó, sedoso y serpentino, deslizándose entre los dedos. Si hubiese sido más joven y menos razonable, la señora Poulshot se hubiera echado a llorar.

El silencio se prolongó, punteado por el tictac, audible ahora por primera vez, del reloj de bronce instalado sobre el manto de la chimenea. Eustace, que había pensado en un principio que sería divertido observar cuánto podía durar aquella situación intolerable, se sintió invadido bruscamente por la piedad y la indignación. Alice necesitaba ayuda y era monstruoso dejar que aquel ser, aquel gusano, disfrutara de su triunfo. Eustace se echó hacía atrás en su silla, se limpió la boca y, mirando en torno, sonrió alegremente.

–¡Arriba los corazones, Sebastian! –dijo, dirigiéndose al muchacho a través de la mesa–. Espero que no vas a ser así de melancólico cuando estés *conmigo* la semana que viene.

El encanto quedó roto. La fatiga de Alice Poulshot desapareció y la pobre mujer recuperó su facultad de hablar.

–Olvidas –intervino con animación, mientras Sebastian trataba de balbucear algo como réplica al requerimiento de su tío- que nuestro sobrino es de temperamento poético. –Y arrastrando las erres, como una recitadora a la antigua usanza, añadió–: «Lágrimas de lo prrofundo de un hondo dolorr divino».

Sebastian enrojeció y se mordió el labio. Quería mucho a tía Alice, todo lo que tía Alice se dejaba querer. Y sin embargo, a pesar de este afecto, había veces –y ésta era una de ellas– en que la mataría con gusto. No sólo ultrajaba personalmente a uno con aquella observación; ultrajaba también a la belleza, la poesía, el genio, a cuanto estaba por encima del nivel de las cosas comunes y de lo convencional.

Eustace observó la expresión del rostro de su sobrino y sintió pena por el pobre muchacho. Alice podía ser a veces muy cruel, se dijo; por cuestión de principios, por lo mismo que prefería la mala cocina. Con tacto, trató de cambiar de tema. Alice había citado a Tennyson. ¿Qué pensaban hoy de Tennyson los jóvenes?

Pero la señora Poulshot no consintió que el tema se cambiara. Había tomado a su cargo la educación de Sebastian y, si permitía que éste se dejara llevar por sus inclinaciones, no cumpliría con su deber. Si Fred se comportaba ahora así, era porque su madre había cedido siempre a sus caprichos.

–O, tal vez –continuó, con tono cada vez más impertinente, a medida que la intención se hacía más severamente didáctica–, se trata de un primer amor. «Hondo como el primer amor y de amarguras lleno…». A menos, claro está, que no sean Sales Epsom lo que el pobre chico necesite.

Al oír la alusión a las Sales Epsom, el joven Jim soltó una carcajada, cuya extrema violencia quedaba explicada por la contención que había impuesto la proximidad a aquella fuente de melancolía que estaba detrás del

carnero. Susan miró con solicitud el encendido rostro de Sebastian y, a continuación, frunció el ceño a su hermano, quien ni tan siquiera lo notó.

–Voy a mezclar tu Tennyson con algo de Dante –dijo Eustace, acudiendo de nuevo en socorro de Sebastian–. ¿Te acuerdas? Es en el quinto círculo del Infierno:

Tristi fummo
nell'aer dolce che del sol s'allegra.

»Y como estuvieron tristes, se veían condenados a pasar la eternidad en el pantano. Su hórrido y mezquino *Weltschmerz* subía en burbujas, a través del gas de los pantanos parecido a cieno. Vale más, pues, que tengas cuidado, muchacho –terminó jovialmente amenazador y con una sonrisa que significaba que estaba por completo con Sebastian, cuyos sentimientos comprendía.

–No necesita preocuparse por el otro mundo –dijo la señora Poulshot con un dejo de aspereza. Era muy susceptible en cuanto a estas tonterías sobre la inmortalidad, tan susceptible que no le gustaba nunca que se tocara el tema, ni aun en broma–. Estoy pensando en lo que será de él cuando sea mayor.

Jim se echó a reír otra vez. La juventud de Sebastian le parecía algo casi tan cómico como la posible necesidad de un purgante.

Esta segunda risa hizo intervenir al señor Poulshot. Eustace no era, desde luego, más que un hedonista y de la misma Alice no podía en realidad esperar nada mucho mejor. Alice siempre había demostrado ser –era su único defecto, pero defecto enorme– escandalosamente insensible a los sufrimientos interiores de su esposo. Pero Jim, por fortuna, era completamente diferente. En contraste con Edward y Marjorie, quienes a este respecto eran como su madre, Jim siempre había manifestado una simpatía y un respeto decorosos. El que se hubiera descuidado hasta el punto de echarse a reír dos veces era doblemente doloroso. Era doloroso como ultraje a su sensibilidad e interrupción a sus tristes y sagrados pensamientos. Y era doloroso también por representar decepción tan grande, golpe tan violento a la fe que uno tenía en el buen natural del

muchacho. Alzando la vista que había tenido decididamente fija en su plato, el señor Poulshot miró a su hijo con expresión de pena. Jim trató de huir de aquella mirada de reproche y, para ocultar su confusión, se llenó la boca de pan. Casi en un murmullo, el señor Poulshot habló por fin.

–¿Sabes qué día es hoy? –preguntó.

Dándose cuenta de la reprimenda que se avecinaba, Jim enrojeció y balbuceó confusamente que creía que era el veintisiete.

–El veintisiete de marzo –repitió el señor Poulshot. Asintió con la cabeza, lenta y enfáticamente–. Hoy, hace once años, tu pobre abuelo nos dejó para siempre. –Miró fijamente a Jim durante unos segundos y observó con satisfacción los signos del desconcierto del muchacho. Después bajó la vista y se sumergió de nuevo en el silencio, dejando que Jim se sintiera avergonzado de sí mismo.

En el otro extremo de la mesa, Alice y Eustace reían juntos, recordando cosas de su infancia. El señor Poulshot hizo todo lo posible para compadecerlos por la insensibilidad que demostraban ante los nobles sentimientos de los demás. «Perdónalos, porque no saben lo que hacen», se dijo a sí mismo. Después, cerrando los oídos a aquella charla ociosa, se concentró en la tarea de recordar los detalles de sus negociaciones con el empresario de pompas fúnebres, en aquella noche del veintisiete de marzo de 1918.

OceanofPDF.com

CAPITULO IV

En el recibidor, terminada la cena, Jim y Susan entablaron una partida de ajedrez, mientras los demás se agrupaban en torno al fuego. Fascinado, Sebastian miraba las llamas; su tío Eustace encendió el macizo Romeo y Julieta que, conociendo los principios de Alice y los hábitos de economía de Fred, había llevado consigo prudentemente. Primeramente, fue el ritual de cortar la punta; después, en el momento de llevar el cigarro a la boca, la sonrisa de felicidad anticipada. Húmeda y amorosamente, los labios se cerraron en torno a la punta; encendido el fósforo, Eustace atrajo la llama. Y bruscamente Sebastian se acordó del bebé de su prima Marjorie, de aquel bebé que buscaba con ciega concupiscencia el pezón, lo apresaba por fin entre los suaves labios de su boquita y comenzaba después su trabajo de ventosa en un silencioso frenesí de satisfacción. Verdad era que tío Eustace tenía mejores modales y que, en este caso, el pezón era de color café y de seis pulgadas de longitud. Las imágenes flotaban en el espíritu del muchacho; las palabras, entre grotescas y heroicas, comenzaron a combinarse entre ellas:

> Tan sólo un niño que con ansia muerde
> teta morena de pezón rojizo
> de una gigante Reina imaginaria
> de las salvajes tribus hotentotas…

Fue interrumpido por el ruido de la puerta, abierta bruscamente y cerrada inmediatamente después. John Barnack entró en la habitación y se dirigió hacia la señora Poulshot, sentada en el sofá.

–Lamento que no haya podido venir a cenar –dijo, poniendo la mano en el hombro de su hermana–. Pero era la única posibilidad que tenía de verme con Cacciaguida. Quien, por cierto –añadió, volviéndose a su hermano–, me ha dicho que Mussolini tiene un cáncer en la garganta.

Eustace apartó de sus labios el pezón de tabaco y sonrió indulgentemente.

–¿Es en la garganta esta vez? Mis antifascistas prefieren el hígado.

John Barnack se sintió ofendido, pero hizo un esfuerzo para no revelarlo.

–Cacciaguida tiene fuentes de información muy fidedignas –dijo, con cierta sequedad.

–¿No dijo alguien que los deseos eran los padres de las ideas? –preguntó Eustace con suavidad exasperante.

–Cierto que sí –contestó John–. Tú lo recuerdas precisamente porque necesitas una excusa para el abandono que has hecho de una gran causa política y para empequeñecer a sus héroes. –Hablaba a su modo mesurado y perfectamente articulado, pero en un tono que descubría lo que sentía en su interior, en un tono algo más alto y vibrante que el de costumbre.– El realismo cínico… Es la excusa del hombre inteligente para no hacer nada en una situación intolerable.

Alice Poulshot miró al uno y al otro y deseó una vez más que sus hermanos no tuvieran que pelearse cada vez que se encontraban. ¿Por qué John no se resignaba al hecho de que su hermano se hubiera convertido en un epicúreo? Pero no; siempre perdía los estribos en aquella terrible forma contenida que le era propia y, a continuación, pretendía que no era más que indignación moral. Y por su parte, Eustace provocaba deliberadamente, las explosiones, agitando ante el otro trapos rojos y enviando dardos envenenados. Eran verdaderamente incorregibles.

–¿El rey Leño o el rey Cigüeña? –decía calmosamente en este momento Eustace–. Yo siempre estaré con el bueno de Leño. Tratando de no hacer daño a nadie… Es la mayor de todas las virtudes.

De pie ante el hogar, caídos los brazos, separadas las piernas, con el cuerpo muy derecho y tenso, en la postura de un atleta presto a la acción, John Barnack observó a su hermano con la mirada tranquila y fija que

reservaba en las salas de justicia para los testigos hostiles y para los demandados mentirosos. Era una mirada que, aunque se dirigiera a otro, llenaba a Sebastian de espanto. Pero Eustace se limitó a hundirse más en las blanduras del sofá. Entornando los ojos; mordió cariñosamente la punta del cigarro y aspiró el humo.

–Y tú te imaginas, supongo –dijo John Barnack, después de un largo silencio–, que eres uno de los grandes exponentes de esa virtud, ¿verdad?

Eustace despidió una nube de humo aromático y con testó que hacía todo lo posible.

–Haces todo lo posible –repitió John–. Pero creo que posees un buen lote de acciones del Yangtze and South China Bank, ¿no es así? –Eustace asintió con un movimiento de cabeza–. Y, en unión del derecho de explotación en China y Japón, una buena cantidad de acciones de empresas de yute, ¿no estoy en lo cierto? Y, por cierto, muy buenas acciones –observó Eustace.

–Muy buenas, ya lo creo. El treinta por ciento, incluso en los años malos. Ganado para ti por indios a quienes se paga por día la tercera parte de lo que cuesta uno de tus cigarros.

El señor Poulshot, que había permanecido en sombrío silencio y olvidado de todos, intervino bruscamente en la conversación.

–Estaban muy contentos hasta que los agitadores se introdujeron entre ellos –dijo–. Organizaron sindicatos y crearon conflictos a los propietarios. Se les debía fusilar. Sí, se les debía fusilar –repitió con énfasis feroz.

John Barnack sonrió irónicamente.

–Que la cosa no te turbe el sueño, Fred. La City de Londres se encarga de ello.

–¿De qué estáis hablando? –preguntó Alice con irritación–. La City de Londres no está en la India.

–No, pero si sus agentes. Y estos son los tipos que manejan las ametralladoras. Los agitadores de Fred serán liquidados a su debido tiempo y Eustace seguirá sin hacer daño a nadie, con esa gracia inimitable que todos en él admiramos.

Hubo un silencio. Sebastian, que había alimentado la esperanza de ver a su padre en pleno desconcierto, dirigió a su tío una triste mirada llena de congoja. Pero, en lugar de quedarse abatido y abrumado, Eustace se agitaba con una risa silenciosa.

–¡Admirable! –exclamó, cuando recobró aliento para hablar–. ¡Admirable! Y ahora, John, abandona el sarcasmo y dales cinco minutos de simple patetismo e indignación, cinco minutos de cálida emoción viril para sus corazones. Tras lo cual, el jurado me declarará culpable antes incluso de que abandone el banquillo y añadirá una recomendación para que el abogado de los demandantes sea nombrado Tribuno del Pueblo. ¡Tribuno del Pueblo! –repitió sonoramente–. Con las prendas clásicas. Y, por cierto, ¿cuál es el nombre técnico de esa noble toga romana que los políticos ponen encima del ansia de poder cuando quieren que ésta tenga un aspecto respetable? ¿Puedes decírmelo, Sebastian? –Y, al ver que el muchacho movía negativamente la cabeza, añadió–: ¡Cielos! ¿Qué es lo que enseñan ahora a los chicos? Bien, el nombre técnico es Idealismo. Sí, querida –continuó, dirigiéndose ahora a Susan, quien, alarmada, había levantado la vista del tablero de ajedrez–, eso es lo que he dicho: Idealismo.

John Barnack bostezó con ostentación, llevándose la mano a la boca.

–Uno está ya un poco cansado de esta psicología barata del siglo diecisiete –dijo.

–Y dinos ahora –insistió Eustace–: ¿qué es lo que piensas ser cuando los buenos hayan subido al poder? Fiscal general, supongo, ¿no es así?

–Bien, Eustace –dijo la señora Poulshot con firmeza–. Con eso basta…

–¿Basta? –repitió Eustace, en un tono de indignación burlona–. ¿Crees que basta con un insignificante cargo de Fiscal general? Querida, tienes muy en menos a tu hermano. Pero, escucha, John –agregó, ya en otro tono–, vamos a hablar de cosas más serias. No sé cuáles son vuestros planes, pero, de todos modos, tengo que salir para Florencia mañana mismo. El martes llega mi suegra.

–¿La vieja señora Gamble? –Alice levantó la vista de su labor de punto con sorpresa–. ¿Es que sigue viajando por Europa? ¿A su edad?

–A sus ochenta y seis años –confirmó Eustace–. Y, salvo la ceguera casi total que le han provocado sus cataratas, está fuerte como un roble.

–¡Cielos! –exclamó la señora Poulshot–. ¡Espero no durar tanto tiempo! –Alice movió la cabeza con énfasis, abrumada ante las ideas de treinta y un años más de ama de casa, de los malos humores de Fred y de la absoluta inutilidad de todo.

Eustace se volvió hacia su hermano.

–Y vosotros dos, ¿cuándo os ponéis en viaje?

–El próximo jueves. Pero pasaremos una noche en Turín. Tengo que ponerme en contacto con algunos amigos de Cacciaguida –explicó John.

–Entonces, ¿me entregarás a tu chico el sábado?

–Más bien se entregará él mismo. Yo me bajaré del tren en Génova.

–¡Oh! ¿Es que no te dignas venir…?

John Barnack meneó la cabeza. El barco zarpaba de Génova aquella misma noche. Estaría en Egipto tres o cuatro semanas. Después, su periódico quería que se hiciera una información sobre las condiciones de los indígenas en Kenia y Tanganica.

–Hombre, ya que vas allí –interrumpió Eustace–, averigua también por qué están tan bajas mis acciones del café del África Oriental.

–Puedo decírtelo ahora mismo –replicó su hermano–. Hace unos cuantos años se colocó mucho dinero en café. El resultado fue millones de acres de nuevas plantaciones. Todos los puercos de Londres, París, Ámsterdam y Nueva York buscaban un sitio en las inversiones del café. Ahora hay un excedente de grano y el precio del producto es tan bajo que ni la mano de obra negra, escandalosamente barata, es capaz de proporcionar un beneficio.

–¡Mal asunto!

–¿Lo crees así? Espera a que tu no hacer daño a nadie haya provocado la rebeldía entre los pueblos sometidos y la revolución en casa…

–Afortunadamente –observó Eustace–, estaremos entonces bajo tierra.

–No estés tan seguro de ello.

–Podemos ir tirando como la pobre señora Gamble –dijo Alice, quien había estado tratando de imaginarse lo que Fred y ella parecerían en 1950.

–No hará falta –advirtió John Barnack con satisfacción evidente–. Va a llegar la cosa mucho más pronto de lo que os imagináis. –Miró su reloj–. Bien, tengo que hacer varias gestiones –anunció–. Y mañana tengo que

levantarme con el canto del gallo. Tendré que daros las buenas noches, Alice.

El corazón de Sebastian comenzó a latir con violencia; el muchacho se sintió muy mal. Había llegado finalmente el instante, la oportunidad absolutamente última. Respiró profundamente, se levantó y se acercó al sitio donde su padre permanecía de pie.

–Buenas noches, papá –dijo. Y a continuación, en el tono más indiferente que pudo encontrar–: Por cierto ¿no crees que podrías…? Bien, ¿no te parece que debería hacerme ya ropa de etiqueta?

–¿Que deberías? –repitió su padre–. ¿Que deberías? Se trata de un caso de imperativo categórico, ¿no? –Y bruscamente, de forma alarmante, dejó escapar una ruidosa carcajada.

Abrumado, Sebastian balbuceó algo, acerca de que no había sido muy necesaria la cosa cuando la solicitó la vez última, pero que ahora era cuestión muy urgente… Muy urgente, sí; había sido invitado a una fiesta.

–¡Ah! Has sido invitado a una fiesta… –dijo el señor Barnack. Y recordó el tono extático con que Rosie solía pronunciar la odiada palabra; recordó el brillo que había en los ojos de la que fue su esposa cuando se escuchaba la música y el confuso murmullo de la multitud; recordó aquella alegría que solía llegar casi al frenesí, a medida que la noche de fiesta avanzaba.

–Cada vez más categórico –añadió sarcásticamente.

–Tu padre ha tenido muchos gastos últimamente –dijo la señora Poulshot, en un esfuerzo bien intencionado de amortiguar el golpe que asestaba al pobre Sebastian la intransigencia del hermano. Al fin y al cabo, no todo fue culpa de Rosie. John había sido siempre duro y exigente, incluso de muchacho. Y ahora, para hacer las cosas peores, tenía que envenenar la existencia de todos con aquellos ridículos principios políticos. Pero, entretanto, la dureza y los principios eran hechos y otro tanto sucedía con la sensibilidad de Sebastian. La política de Alice consistía en procurar que ambas series de hechos no chocaran. Pero, en esta ocasión, el intento fue algo peor que inútil.

–Mi querida Alice –dijo John Barnack, con el tono de un polemista cortés, pero absolutamente decidido–; no se trata de si *puedo o no* comprar al chico su disfraz. –Las palabras evocaban una imagen de las calzas de terciopelo rojo de lady Caroline Lamb como paje de Byron, o sea, del joven Tom Hilliard–. La cuestión es saber si es *justo o no*.

Eustace retiró el pezón de su boca para protestar de que aquello resultara peor que Savonarola.

John Barnack denegó enfáticamente con la cabeza.

–No tiene nada de común con el ascetismo cristiano; es simplemente una cuestión de decoro, de no explotar las ventajas accidentales que uno tiene. *No blesse oblige*.

–Muy bonito –dijo Eustace–. Pero, entretanto, tú comienzas por *obligar al noble*. Es francamente coactivo.

–Sebastian no tiene el menor sentido de responsabilidad social. Tiene que adquirirlo.

–¿No es eso exactamente lo que Mussolini dice del pueblo italiano?

–Y, en todo caso –intervino la señora Poulshot, satisfecha de aquella oportunidad de luchar por Sebastian con la ayuda de un aliado–, ¿a qué viene tanto barullo por un miserable esmoquin?

–Un ínfimo esmoquin –corroboró Eustace, en un tono que trataba de llevar toda la cuestión al nivel de un simple sainete–, un Tuxedo de tres cuartos. ¡Oh! Esto me recuerda al muchacho de Peoria. ¿No sabías, Sebastian, que yo también fui poeta?

> Quien en aras de su euforia
> se ponía su Tuxedo
> masculándose su Credo,
> con su Sanctus y su Gloria.

«Y he aquí, John, que privas a tu pobre chico del consuelo de los sacramentos…».

Con más fuerza que de costumbre, a causa de sus nervios, Sebastian se echó a reír; después, al observar la expresión seria y los labios apretados de su padre, detuvo la risa bruscamente.

Eustace le hizo un guiño con sus párpados hinchados.

–Gracias por el aplauso –dijo–. Pero me temo que no hemos hecho mucha gracia.

La señora Poulshot intervino una vez más, en un intento de neutralizar los efectos del paso en falso de Eustace.

–En fin de cuentas –manifestó, tratando de llevar de nuevo el asunto a un terreno serio–, ¿qué es un traje de etiqueta? Nada más que una convención insignificante y tonta.

–En lo de tonta estoy de acuerdo –replicó John, en su tono moderado y juicioso–. Pero ninguna convención que suponga un símbolo de clase puede ser llamada insignificante.

–Pero, papá –interrumpió Sebastian–, todos los chicos de mi edad tienen ropa de etiqueta. –La voz era chillona y poco firme, a causa de la emoción.

Inclinada sobre el tablero de ajedrez, Susan lo percibió, reconoció la señal de peligro y, enseguida, levantó la vista. El rostro de Sebastian estaba todo encendido; los labios temblaban. Sebastian parecía más que nunca un niño. Un niño angustiado, un niño indefenso con el que son crueles las personas mayores. Susan se sintió invadida por la piedad y el afecto. ¡Pero en qué lío estaba convirtiendo Sebastian todo el asunto! Susan estaba furiosa con su primo, no a pesar de su cariño y su piedad, sino precisamente por su gran afecto. ¿Por qué Sebastian no sabía dominarse o, si esto le resultaba imposible, no se callaba?

Durante unos segundos, John Barnack miró en silencio a su hijo, miró intensamente la imagen de la mujer infantil que le había traicionado y que ya estaba muerta. Después sonrió sarcásticamente.

–*Todos* los chicos –repitió–, todos y cada uno. –Y en el tono que empleaba en los tribunales para des acreditar al principal testigo de la parte contraria aña dió, desdeñosamente irónico–: En Gales del Sur, los hijos de los mineros en paro forzoso no pueden vivir sin el frac y la corbata blanca. Y, claro está, sin la gardenia en el ojal. Y ahora –ordenó en forma inapelable–, vete a la cama y no vuelvas a hablarme de esa tontería.

Sebastian dio media vuelta y, sin decir una palabra, abandonó la habitación.

–¡Juega de una vez! –dijo Jim con brusca impaciencia.

Susan volvió entonces la vista hacia el tablero, vio el caballo negro inmediatamente delante de su reina y lo tomó.

–¡Lo cacé! –exclamó con ferocidad. El caballo negro era tío John.

Triunfalmente, Jim movió una torre a través del tablero y, mientras metía la reina de Susan en la caja, gritó:

–¡Jaque al rey!

Tres cuartos de hora después, Susan, ya en pijama, estaba sentada en el piso de su dormitorio, frente a la estufa de gas, escribiendo su diario. «Bueno en historia, suficiente en álgebra. Podía ser peor. La señorita C. me ha llamado al orden por falta de pulcritud, pero, desde luego, se cuidó muy mucho de hacer lo mismo con su queridísima Gladys. ¡*Vaya!* Scarlatti fue mejor, pero Pfeiffer trató de hacerse el gracioso con S. acerca de los cigarros y, después, Tom B. se nos acercó y pidió a S. que fuera a su fiesta. Y S. se siente muy desdichado por ese maldito esmoquin. De otro modo, le hubiera odiado, porque estuvo hoy otra vez con la señora E., quien llevaba *encaje negro* como ropa interior. Pero S. me inspira muchísima pena. Y esta noche, tío John ha estado *horrible* con el dichoso esmoquin; en ocasiones, llego a odiarle. Tío E. trató de ayudar a S., pero fue inútil». Fue inútil y, lo que fue peor, ella tuvo que permanecer sentada allí hasta que, primero el uno y después el otro, los tíos John y Eustace se despidieron. Y, aun en el caso de que hubiese podido irse a la cama, no se hubiera atrevido a ir al cuarto de su primo, por miedo de que su madre o Jim los oyeran, subieran y los sorprendieran. En este caso, Jim hubiera soltado una carcajada, como si hubiese descubierto a su hermana en el retrete, y mamá hubiera hecho alguna observación sarcástica, peor que la misma muerte. Pero, ahora –Susan miró al reloj que estaba sobre el manto de la chimenea–, todo parecía seguro. La muchacha se levantó, guardó su diario en uno de los cajones de su escritorio y escondió la llave, como de costumbre, detrás del espejo. Después apagó la luz, abrió cautelosamente la puerta y miró al exterior. Las luces de los descansillos de abajo se habían apagado; la casa estaba tan silenciosa que la muchacha podía oír los latidos de su corazón. Con tres pasos se colocó junto a la otra puerta del descansillo; la manilla giró silenciosamente y, con el mismo silencio, la muchacha entró. La habitación

no estaba completamente a oscuras; las persianas estaban sin correr y el farol de la calle arrojaba una franja de media luz a través del techo. Susan cerró la puerta tras ella y quedó de pie, a la escucha. Al principio, sólo oyó a su propio corazón. Después, los muelles de la cama crujieron levemente y, a continuación, hubo una larga aspiración de aliento, como de persona que llora. Sebastian estaba llorando. Impulsivamente, Susan avanzó; su mano extendida tocó la barra de latón y, después, se deslizó por la frazada de lana, hasta alcanzar la suavidad de la sábana doblada. La ropa blanca tenía un aspecto fantasmal y, contra el fondo tenuemente percibido de la almohada, la cabeza de Sebastian formaba una silueta negra. Los dedos de Susan tocaron la nuca del muchacho.

–Soy yo, Sebastian.

–¡Vete! –murmuró Sebastian con enfado–. ¡Vete!

Susan no dijo nada, pero se sentó en el borde de la cama. Las diminutas púas dejadas por la maquinilla del peluquero hacían un efecto eléctrico en las yemas de los dedos de la muchacha.

–No debe importarte tanto, Sebastian –dijo Susan en un murmullo–. No. tienes que atormentante de ese modo.

Susan actuaba de protectora, desde luego; le estaba tratando como a un niño. Pero Sebastian se sentía terriblemente desdichado; además, la humillación había ido tan lejos que ya no poseía las energías del orgullo para avivar su resentimiento. Se quedó quieto, permitiéndose disfrutar del alivio que le proporcionaba la proximidad de su prima.

Susan apartó la mano de la nuca y la dejó en el aire, vacilante y sin aliento. ¿Se atrevería? ¿Se enfadaría Sebastian? El corazón latió con violencia todavía mayor. Después, tragando saliva, se decidió a correr el riesgo. Lentamente, la mano en el aire se movió hacia adelante y atrás en la oscuridad, hasta que los dedos tocaron los cabellos. Aquellos cabellos pálidos, rizados y alborotados por el viento, pero ahora invisibles, convertidos en una sombra apenas perceptible de seda viva. Susan esperó temblorosa, temiendo a cada instante que Sebastian le ordenara con enfado que le dejara en paz. Pero no llegó orden alguna y, alentada por el silencio, Susan hundió todavía más su mano.

Inerte, Sebastian se abandonó a aquel cariño que en circunstancias ordinarias jamás hubiera consentido a su prima y halló en el mismo abandono cierto consuelo. De pronto, y en forma incongruente, recordó que ésta era una de las situaciones que siempre había buscado en su asunto amoroso con Mary Esdaile o como quisiera uno llamar a la amada de oscuros cabellos de su imaginación. Tendido inerte en la oscuridad, la amada se arrodillaría junto al lecho y le acariciaría el cabello. Y, a veces, se inclinaría y le besaría. O no sería el contacto de los labios, sino el de los desnudos senos. Pero, desde luego, ahora era únicamente Susan, no Mary Esdaile.

Susan pasaba ahora la mano por el cabello abiertamente, sin timidez, como lo había ansiado desde hacía tanto tiempo. Las yemas de los dedos pasaban por la suave piel de atrás de las orejas y subían, abriéndose camino por las raíces de los pelos y a través de los rizos escurridizos, hasta lo alto de la cabeza. Una y otra vez, sin cansarse nunca.

–Sebastian –murmuró Susan finalmente. Pero no hubo respuesta y el respirar del muchacho era de una suavidad casi imperceptible.

Con los ojos acostumbrados a la oscuridad, Susan contempló el dormido rostro, y la sensación de felicidad que experimentó, aquella bienaventuranza indescriptible, fue parecida a la que había sentido en ocasiones al tener en brazos al bebé de Marjorie. Pero aquí se agregaban muchas cosas: el deseo y el temor, aquella terrible sensación de cosa prohibida que proporcionaba el contacto eléctrico de las yemas de los dedos, aquel placer doloroso en sus senos. Inclinándose, Susan toco con sus labios la mejilla del muchacho. Sebastian se movió un poco, pero no se despertó.

–Querido –repitió Susan, segura de que su primo no le oía–. Mi amor, mi precioso amor…

OceanofPDF.com

CAPITULO VI

La mañana de aquel sábado, poco antes de las nueve, Eustace se despertó, después de haber dormido sin sueños, a pesar de que el único narcótico empleado fue una pinta de cerveza negra, tomada con dos o tres bocadillos de anchoa.

Despertarse siempre era algo penoso, desde luego, pero el mal sabor de boca era menos manifiesto que de costumbre a esta negra hora matutina y otro tanto sucedía con la sensación de doloroso cansancio en todos los miembros. Verdad es que tosió un poco y que tuvo que arrojar algunas flemas, pero aquel acceso agotador terminó más pronto que otras veces. Después de su taza de té y de su baño caliente, se sintió joven y rozagante.

Más allá del espejo circular y de la imagen del rostro enjabonado, aparecía la ciudad de Florencia, en el marco de los cipreses de sus bancales escalonados. Sobre Monte Morello colgaban gruesas nubes, como los asientos de los querubines de Corregio en Parma. Sin embargo, el resto del cielo era de un puro azul y, en los macizos de flores que había debajo de la ventana del cuarto de baño, los jacintos brillaban como joyas a la luz del sol, como jade, lapislázuli y pálido coral.

–El gris perla –ordenó Eustace sin volverse a su ayuda de cámara. Después, se puso a meditar qué corbata casaría mejor con el traje y con aquel día radiante. ¿Una blanca y negra a cuadros? Pero recordaría demasiado al agente de bolsa. No, lo que el lugar y la ocasión requerían era algo parecido a esos tartanes de fondo blanco de la Burlington Arcade. O, todavía mejor, aquella corbata rosa salmón de Sulka–. Y la corbata rosa –añadió–; la nueva.

Sobre la mesa del desayuno había rosas blancas y amarillas. ¡Todo dispuesto con mucho gusto! Guido comenzaba a aprender. Arrancó un capullo virginal y lo colocó en el ojal. Enseguida, atacó las uvas de invernadero. Siguieron una escudilla de *pogridge*, dos huevos al plato sobre tostadas, un arenque ahumado y varios bollitos con mermelada.

Mientras comía leía su correspondencia.

La primera carta era de Bruno Rontini. ¿Estaba de vuelta en Florencia? Si era así, ¿por qué no pasaba un día por la librería, para charlar y echar una mirada a lo últimamente publicado? La carta incluía un catálogo de los libros más recientes.

Había después dos solicitudes de índole caritativa procedentes de Inglaterra: aquellos fastidiosos Huérfanos otra vez y una nueva rama de Incurables, a los que habría que dar un par de guineas, porque Molly Carraway estaba en el comité. Pero, como compensación, había una nota muy satisfactoria de su banco italiano. Utilizando las dos mil libras de capital líquido que Eustace le había dado para especular, el banco había obtenido un beneficio de catorce mil liras durante el mes último. Le había bastado para ello con comprar y vender dólares y francos. Catorce mil… Era todo un obsequio. Daría a los Incurables cinco libras y se haría a sí mismo un regalo de cumpleaños.

Tal vez unos buenos libros; abrió el catálogo de Bruno. Pero, verdaderamente, ¿a quién podía apetecer la primera edición del *Combate Espiritual* de Scupoli? ¿O las *Opera Omnia* de san Buenaventura editadas por los franciscanos de Quaracchi? Eustace dejó el catálogo a un lado y se puso a descifrar los largos e ilegibles garabatos de Mopsa Schottelius, tarea que había dejado para el final. A lápiz y en la más desconcertante mezcla de alemán, francés e inglés, Mopsa describía lo que estaba haciendo en Montecarlo. Y lo que esta chica no estaba haciendo podía ser incluido en el reverso de una estampilla de correos. ¡Qué abrumadoramente minuciosos eran siempre estos alemanes! Lo mismo en cuestiones sexuales que en la guerra o en la ciencia. Profundizaban más que cualquiera y salían llenos de barro como nadie. Decidió enviar a Mopsa una tarjeta postal recomendándole que leyera *On Compromise*, de John Morley.

De acuerdo con: estos mismos principios morleyanos, decidió, una vez acabado el almuerzo, fumar uno de aquellos Larrañaga claros. Le gustaron tanto cuando los probó en su cigarrería de Londres que compró en el acto una partida de mil. Los médicos siempre le estaban fastidiando acerca de sus cigarros y había prometido fumar sólo dos al día, después de la comida y de la cena. Pero estos buenos amiguitos eran tan suaves que una docena de ellos producían menos efecto que uno de los enormes Romeo y Julieta. Por tanto, si fumaba uno ahora, otro después de la comida, otro más posiblemente después del té y tan sólo uno de los grandes después de la cena, siempre quedaría muy lejos de la línea del exceso. Encendió su cigarro y se echó hacia atrás, saboreando la deliciosa suavidad del aroma. Después se levantó y, tras ordenar al mayordomo que telefoneara a Casa Acciaiuoli y averiguara si la contessa podría recibirle aquella tarde, Eustace se dirigió a la biblioteca. Los cuatro o cinco libros que estaba leyendo simultáneamente se apilaban sobre una mesa inmediata a la butaca donde ahora solía arrellanarse con cautela. Los *Journals* de Scawen Blunt, el segundo volumen de *Sodome et Gomorrhe*, la ilustrada *History of Embroidery*, la última novela de Ronald Firbank… Después de un momento de vacilación, se decidió por Proust. Diez páginas era lo más que habitualmente podía leer antes de desear un cambio, pero, en esta ocasión, se cansó a las seis páginas y media y pasó a la sección *Opus Anglicanum* de la *History of Embroidery*. Cuando el reloj del salón dio las once, Eustace consideró llegada la hora de ir al ala derecha a dar los buenos días a su suegra.

Muy pintada y vestida con el más elegante de los trajes sastre de color canario, la vieja señora Gamble estaba sentada en su trono, con su mano derecha en las de una doncella francesa, con su mano izquierda acariciando a su pomerano Foxy VIII y escuchando la lectura del *Raymond* de sir Oliver Lodge, que realizaba en voz alta su dama de compañía. Cuando entró Eustace, Foxy VIII saltó de las rodillas de su ama, avanzó hacia el intruso y fue retirándose después aullando furiosamente.

–¡Foxy! –gritó la señora Gamble, en un tono casi tan agudo como el del pomerano–. ¡Foxy!

–¡Fierecilla del demonio! –exclamó Eustace cordialmente. Y volviéndose hacia la lectora, que se había detenido a la mitad de una frase, añadió–: Por favor, no se interrumpa por mí, señora Thwale.

Veronica Thwale alzó su impecable rostro oval y miró a Eustace con decisión serena.

–Es un placer –dijo– pasar de estos fantasmas a un poco de sólida carne. –Las dos últimas palabras, pronunciadas más lentamente, adquirieron una. significación especial.

Eustace pensó, mientras replicaba con un guiño, que era el rostro de una *madama* de Ingres. Suave y serena hasta ser casi impersonal y, sin embargo, con todo su sexo. Y tal vez algo más.

–Demasiado sólida, mucho me lo temo. –Con un chasquido, se dio unas palmadas en la suave convexidad de su chaleco gris perla–. Y ¿cómo se encuentra la Reina Madre? –añadió, acercándose a la butaca de la señora Gamble–. Afilándose las uñas, por lo que veo.

La vieja dama emitió una delgada risa cascada. Estaba orgullosa de su reputación de no tener pelos en la lengua y de su ingenio lleno de malicia.

–Eres un granuja, Eustace –dijo. La voz rota y aguda vibraba todavía con esas entonaciones ásperas de autoridad que hacen parecer a tantas ancianas ricas y aristocráticas el prototipo de un sargento mayor sublimado–. ¿Y quién habla de carne? –añadió, mirando con sus ojos sin vista desde donde se imaginaba que estaba Eustace hasta donde suponía que la señora Thwale estaba sentada–. ¿Es que estás engordando, Eustace?

–Bien, no parezco una sílfide como usted –respondió Eustace, mirando sonriente a la ciega y arrugada momia de la butaca inmediata.

–¿Dónde estás? –preguntó la señora Gamble. Y, dejando una de sus rugosas manos en las de la manicura, tanteó con la otra en el aire, hasta que halló una solapa. Enseguida, la mano bajó hasta la convexidad gris perla–. ¡Cielos! –exclamó la señora Gamble–. ¡No me lo imaginaba! Estás gordo, Eustace, muy gordo… –La delgada voz volvió a raspar, como la de un suboficial.– Ned también era grueso –añadió, comparando mentalmente el estómago bajo su mano con el recuerdo que tenía de aquella mole que había sido su marido–. Por eso se nos fue tan joven. Sólo tenía sesenta y cuatro. Ningún hombre grueso llega a los setenta.

La conversación había tomado un giro que Eustace no podía menos que encontrar un tanto desagradable. Decidió abrirse paso entre risas hacia un tema más conveniente.

–Eso está a la altura de sus cosas mejores –dijo alegremente–. Pero, dígame, ¿qué pasa a los gruesos cuando se mueren?

–No se mueren –contestó la señora Gamble–. Se van.

–Bien, cuando se van –corrigió Eustace, con una entonación que ponía las palabras entre comillas–. ¿Son también obesos en el otro lado? Me gustaría preguntar eso la próxima vez que tenga usted una sesión.

–Eso es una frivolidad –dijo la Reina Madre severamente.

Eustace se volvió hacia la señora Thwale.

–¿Han conseguido ustedes localizar a una buena bruja?

–Por desdicha, la mayoría de ellas sólo hablan italiano –contestó Veronica Thwale–. Pero lady Worplesden nos ha proporcionado ahora una inglesa, de la que dicen que es muy satisfactoria.

–Hubiera preferido un médium clarín –dijo la señora Gamble–, pero, cuando se viaja, hay que contentarse con lo que una encuentra.

Silenciosamente, la doncella francesa se levantó, trasladó su silla y, tomando la otra mano, hundida como una garra en la piel anaranjada de Foxy, comenzó a afilar las uñas.

–Tu joven sobrino llega hoy, ¿no es cierto?

–Esta noche– respondió Eustace–. Es posible que lleguemos algo tarde a la cena.

–Me gustan los chicos –sentenció la Reina Madre–. Es decir, cuando tienen buenos modales, cosa que hoy en día es privilegio de muy pocos. Y esto hace, Veronica, que me acuerde del señor De Vries.

–Vendrá esta tarde a tomar el té –dijo la señora Thwale, con su voz serena.

–¿De Vries? –preguntó Eustace.

–Lo conociste en París –dijo la Reina Madre–. En el cóctel que ofrecí el día de Año Nuevo.

–¿Sí? –El tono de Eustace era vago, Había conocido a otras cinco mil personas en aquella ocasión.

–Un norteamericano –continuó la señora Gamble–. Y se encariñó mucho conmigo. ¿No es así, Veronica?

–Cierto que sí –asintió la señora Thwale.

–Me ha visitado constantemente este invierno… Constantemente. Y ahora está en Florencia.

–¿Dinero?

La señora Gamble asintió con la cabeza.

–Conservas –dijo–. Pero en lo que verdaderamente está interesado es en la ciencia y en cosas así. Sin embargo, como suelo decirle, los hechos son los hechos, diga lo que diga vuestro señor Einstein.

–Y no solamente el señor Einstein –observó Eustace con una sonrisa–. También el señor Platón, el señor Buda y el señor Francisco de Asís.

Un curioso y leve gruñido hizo que Eustace volviera la cabeza. Casi silenciosamente, la señora Thwale se estaba riendo.

–¿Dije algo tan divertido? –preguntó.

El pálido rostro oval recuperó su serenidad habitual.

–Estaba pensando en una broma que solíamos gastar mi marido y yo.

–¿Acerca del señor Francisco de Asís?

Durante unos segundos, la señora Thwale miró a Eustace sin hablar.

–Acerca del Hermano As-s-no.

Eustace hubiera deseado inquirir más, pero pensó que era más prudente, habida cuenta del fallecimiento todavía reciente de Thwale, no insistir.

–Si bajas al centro esta mañana –intervino la señora Gamble–, me agradaría que llevaras contigo a Veronica.

–Encantado.

–Tiene que hacerme unas compras –continuó la vieja señora.

Eustace se volvió hacia la señora Thwale.

–Podemos almorzar juntos en Betti.

Pero fue la Reina Madre la que rehusó la invitación.

–No, Eustace. Quiero que vuelva derechamente. En un taxi.

Etistace miró ansiosamente a la señora Thwale, para observar cómo se tomaba aquello. El rostro de la *madonna* de Ingres continuó sereno.

–En un taxi –repitió Veronica, con su voz clara e igual–. Muy bien, señora Gamble.

Media hora después, en la sobria elegancia de su traje sastre negro, Veronica Thwale salió a la luz del sol. Al pie de la escalinata estaba el Isotta, grande, de un azul oscuro y de aspecto extraordinariamente lujoso. Pero Paul de Vries, se dijo Veronica al tiempo de entrar en el coche, era probablemente tan rico por lo menos como el señor Barnack.

–Confío en que no la moleste –dijo Eustace, sacando el segundo de sus cigarros del día.

Veronica levantó los párpados hacia su acompañante, sonrió sin separar los labios y denegó con la cabeza; después, bajó de nuevo la vista hacia las manos enguantadas, cruzadas e inertes en el regazo.

Lentamente, el coche avanzó cuesta abajo entre los cipreses y siguió, dejadas ya atrás las puertas de la finca, por la sinuosa carretera.

–De todos los ejemplares de mi colección –dijo Eustace, rompiendo el largo silencio–, la Reina Madre es, a mi juicio, el más notable. Es un escorpión fósil del Carbonífero, casi perfectamente conservado.

La señora Thwale sonrió a sus manos cruzadas.

–No soy un geólogo –observó–. Y se da el caso de que el fósil es mi patrona.

–Lo cual resulta lo más sorprendente de todo.

La señora Thwale alzó la vista, con expresión interrogante.

–¿Se refiere a que esté actuando de dama de compañía de la señora Gamble?

Eustace observó que las palabras finales habían quedado levemente recalcadas, en forma que adquirieran su plena significación brontëana.

–Eso es –dijo.

La señora Thwale le examinó de un modo escrutador, pasando la vista por el sombrero ladeado, el elegante traje gris perla, la corbata Sulka y el capullo del ojal.

–*Su padre* de usted no fue un pobre clérigo de Islington –indicó.

–No, fue un anticlerical militante de Bolton.

–Oh, ¡no me refiero a cosas de fe! –repuso la señora Thwale, sonriendo con delicada ironía–. Me refiero a lo que su suegra llama los Hechos.

–¿Por ejemplo?

La señora Thwale se encogió de hombros.

–Los sabañones, por ejemplo. Vivir en una casa fría. Sentirse avergonzada por las ropas viejas y raídas que una tiene. Pero la pobreza no es todo. *Su* padre no practicó las virtudes cristianas.

–Por el contrario –dijo Eustace–. Era un filántropo profesional. Ya sabe usted… Fuentes en los parques públicos, hospitales, sociedades recreativas…

–¡Ah! Pero sólo daba su dinero y su nombre aparecía con grandes letras encima de la puerta. No trabajaba personalmente en las sociedades que creaba…

–Mientras que usted lo ha hecho, ¿no?

–Desde los trece años. Y desde que tuve dieciséis, cuatro noches por semana.

–¿La obligaban?

La señora Thwale se encogió de hombros y no contestó inmediatamente. Pensaba en su padre, en aquellos ojos brillantes del rostro consumido, en aquel cuerpo largo y delgado, encorvado y de pecho hundido. Y a su lado, estaba siempre su madre, menuda y frágil, pero la protectora de aquel ser indefenso, la pequeña Atlas parecida a un pájaro que sostenía todo el peso del universo material paterno.

–Hay una especie de chantaje moral –dijo finalmente–. Si la gente que le rodea insiste en comportarse como los primitivos cristianos, usted no tiene opción posible, ¿no es así?

–No mucha, lo reconozco.

Eustace apartó el cigarro del extremo de su boca y lanzó una nube de humo.

–Ésa es una de las razones –añadió con un chasquido– de que tenga tanta importancia huir de la compañía de los Buenos.

–Uno de los Buenos era su hijastra –dijo la señora Thwale, después de una pausa.

–¿Quién? ¿Daisy Ockham?

Veronica asintió con la cabeza.

–¡Oh! Entonces, su padre debe de ser ese canónigo de quien Daisy habla constantemente.

–El canónigo Cresswell.

–Eso es… Cresswell. –Eustace miró a Veronica.– Bien, lo único que puedo decir es que usted debería oír hablar a Daisy de su padre de usted.

–La he oído –dijo Veronica–. Muchas veces.

Daisy Ockham, Dotty Freebody, Yvonne Graves… las Santas Mujeres. La una gruesa, las otras dos flacas. Veronica había hecho una vez un dibujo en el que las tres aparecían en cuclillas al pie de la cruz donde el canónigo Cresswell había sido crucificado por una tropa de muchachos exploradores.

Eustace rompió el silencio con una risita a costa de su hijastra… e, incidentalmente, a costa del canónigo Cresswell. Pero no parecía que fue preciso tener en cuenta en este caso ningún sentimiento de piedad filial.

–¡Esas lamentables buenas obras de la pobre Daisy! –dijo–. Pero, desde luego –añadió, conmiserativamente–, no le quedaba alternativa alguna, después de la pérdida de su marido y del chico.

–Se dedicaba a eso incluso antes –observó la señora Thwale.

–En tal caso, no hay excusa posible.

La señora Thwale sonrió y meneó la cabeza. Después, al cabo de una pausa, dijo espontáneamente que fue Daisy Ockham quien le había presentado a la señora Gamble.

–¡Raro privilegio! –comentó Eustace.

–Pero fue en su casa donde conocí a Henry.

–¿Henry? –preguntó Eustace.

–El que fue mi marido.

–¡Ah! Cierto.

Hubo un silencio, durante el cual Eustace chupó su cigarro y trató de recordar lo que la Reina Madre le había dicho de Henry Thwale. Era un socio de la firma de procuradores que tenía a su cargo los asuntos de la anciana. Muy agradable y bien educado, pero murió de apendicitis cuando sólo tenía… ¿Qué edad mencionó la señora Gamble, con aquella precisión

de vampiro que tenía para estas cosas? Treinta y ocho, según creyó recordar. En este caso, Thwale debió de tener doce o catorce años más que su esposa.

–¿Qué edad tenía usted cuando se casó? –preguntó.

–Dieciocho.

–La buena edad, según Aristóteles.

–Pero no según mi padre. Hubiera preferido que yo esperara un par de años más.

–A los padres nunca les agrada que se casen sus hijas muy jóvenes.

La señora Thwale bajó la vista hacia sus manos cruzadas y recordó su luna de miel y sus vacaciones veraniegas a orillas del Mediterráneo. La natación, los baños de sol deliciosamente estupefacientes, las largas horas de siesta en la penumbra de acuario del dormitorio de persianas verdes.

–No me sorprende –dijo, sin levantar la vista.

Ante el recuerdo de aquellos extremos de placer, de impudencia y de abandono, Veronica se sonrió a sí misma. «Natura nada sabe; soy yo quien te ha enseñado». A la cita Henry añadió, por experiencia personal, que Veronica había sido una discípula modelo. Pero también él había sido un buen maestro. Lo que no le impidió, por desdicha, tener un genio abominable y ser mezquino en cuestiones de dinero.

–Bien, me alegra que consiguiera usted escaparse –observó Eustace.

La señora Thwale permaneció silenciosa durante un tiempo.

–Cuando murió Henry –dijo finalmente–, parecía que no tenía otro remedio que volver al punto de donde había salido.

–¿A los Pobres y a los Buenos?

–A los Pobres y a los Buenos –repitió Veronica como un eco–. Pero, afortunadamente, la señora Gamble necesitaba de alguien que le leyera.

–De modo que ahora vive usted entre los Ricos y los Malos, ¿no?

–Como un parásito –dijo la señora Thwale serenamente–. Como una especie de doncella distinguida… Pero había que elegir entre dos males.

Abrió su bolso, tomó su pañuelo y, acercándolo a la nariz, aspiró el perfume de algalia y de flores. En la casa de su padre había permanentemente olor a repollo y a cocina, y en el Club de Muchachas, olor… a muchachas.

–Personalmente –explicó, poniendo de nuevo el pañuelo en el bolso–, prefiero ser lo que soy en una casa como la de usted que en la mía propia… ¿Qué ganaría allí? Cincuenta chelines semanales, supongo.

Hubo un breve silencio.

–En su situación –indicó Eustace–, es probable que yo hubiera hecho lo propio.

–No me asombra –comentó la señora Thwale.

–Pero creo que hubiera trazado una línea…

–Sólo lo hacen quienes pueden permitirse ese lujo.

–¿Ni tan siquiera tratándose de escorpiones fósiles?

La señora Thwale sonrió.

–Su suegra hubiera preferido un médium clarín. Pero hasta ella tiene que contentarse con lo que encuentra.

–¡Hasta ella! –exclamó Eustace con risa parecida a un zumbido–. Pero es evidente que ha tenido mucha suerte en dar con usted.

–No tanta como yo en dar con ella.

–Y, si no hubiese usted encontrado a nadie, ¿qué hubiera hecho?

La señora Thwale se encogió de hombros.

–Tal vez me hubiera dedicado a ganar un poco de dinero ilustrando libros.

–¡Ah! ¿Dibuja usted?

Veronica asintió con la cabeza.

–Secretamente –contestó.

–¿Por qué secretamente?

–¿Por qué? En parte, por la fuerza de la costumbre. Mis dibujos no eran muy estimados en casa…

–¿Desde qué punto de vista? ¿Estético o ético?

–¿Quién sabe? –Veronica se sonrió con un encogimiento de hombros.

Pero la señora Cresswell quedó tan turbada al descubrir el álbum de dibujos de su hija que tuvo que guardar cama durante tres días, con una jaqueca terrible. Después de esto, Veronica ya no hizo ningún dibujo, salvo en el retrete y en trozos de papel que pudiera tirar sin riesgo de atrancar el desagüe.

–Además –continuó–, el secreto siempre es un aliciente en sí mismo.

–¿Sí?

–No me diga que tiene usted en esto la misma opinión que mi marido… Henry hubiera sido un nudista, si hubiese nacido diez años después.

–Pero usted no, a pesar de haber nacido diez años después, ¿verdad?

Veronica denegó vigorosamente con la cabeza.

–No escribiría la lista del lavandero con otra persona en la habitación… Pero ¡Henry! Nunca cerraba la puerta de su estudio. ¡Nunca! Me ponía enferma.

Quedó silenciosa durante unos instantes.

–Hay una oración horrible al comienzo del Servicio de la Comunión –continuó–. Ya la conoce usted: «Dios Todopoderoso, para quien todos los corazones están abiertos, que conoce todos los deseos y al que no se oculta secreto alguno». ¡Es algo horrible! Solía hacer dibujos con este tema. Esos fueron los que más turbaron a mi madre.

–Lo creo –dijo Eustace con un chasquido–. Un día –agregó– me enseñará sus dibujos, ¿verdad?

La señora Thwale le miró inquisitivamente y, enseguida, apartó la vista. Durante unos segundos, permaneció silenciosa. Después, lentamente y en el tono de quien ha meditado acerca de un problema y tomado una decisión, dio su respuesta.

–Es usted una de las pocas personas a quienes no me importaría enseñarlos.

–Me siento muy halagado –dijo Eustace.

La señora Thwale abrió su bolso y, de entre las cosas perfumadas que el mismo contenía, sacó media hoja de un cuaderno de notas.

–Aquí tiene usted algo que había comenzado esta mañana, antes del desayuno.

Eustace tomó el papel y se puso el monóculo. El dibujo estaba hecho a tinta y, a pesar de su pequeñez, era extraordinariamente detallado y meticuloso. Eustace se dijo que era un trabajo competente, pero desagradablemente minucioso. Miró detenidamente. El dibujo representaba a una mujer, vestida con el más severo y correcto de los trajes sastre a la moda y que caminaba, libro de oraciones en mano, por la nave de una

iglesia. Tras ella, al extremo de una cuerda, arrastraba un imán en forma de herradura, pero un imán tan curvado y de líneas tan redondas que parecía un par de muslos rematados en las rodillas. En el suelo, un poco detrás de la mujer, había el globo de un ojo, grande como una calabaza, cuya pupila miraba ansiosamente al imán que se retiraba. De ambos lados del ojo, brotaban, parecidos a gusanos, dos brazos que terminaban en un par de enormes garras clavadas en el suelo. Tan fuerte había sido la atracción y tan desesperado el esfuerzo para resistirla que los dedos hundidos habían abierto largos surcos en las losas.

Eustace levanté la ceja izquierda y dejó que el monóculo se cayera.

–Sólo hay una cosa que no entiendo en esta parábola –dijo–. ¿Por qué la iglesia?

–¡Oh, por muchas razones! –respondió la señora Thwale, encogiéndose de hombros–. La respetabilidad siempre aumenta el atractivo de la mujer. Y la blasfemia proporciona al placer una especia más. Y, al fin y al cabo, las iglesias son los sitios donde las mujeres se casan. Además, ¿quién le dice a usted que no es el *Decamerón* lo que esta mujer lleva, aunque encuadernado en cuero negro, como un libro de oraciones?

Veronica tomó el trozo de papel y lo volvió a poner en el bolso.

–Es una pena que los abanicos ya no estén de moda –añadió, en otro tono–. Y aquellas grandes máscaras blancas que solían usarse en tiempos de Casanova. O las charlas tras los biombos, como las de las damas de *El cuento de Genji*. ¡Sería delicioso!

–¿De veras?

Veronica asintió con la cabeza, iluminado el rostro por una animación involuntaria.

–Una podía hacer las cosas más inverosímiles mientras charlaba con el vicario acerca… Bien, por ejemplo, acerca de la Liga de Naciones. ¡Oh, las más inverosímiles!

–¿Por ejemplo?

El leve sonido de una risa casi silenciosa fue la única respuesta. Hubo una pausa.

–Y después –continuó Veronica–, piense en las enormidades que se podían sacar a relucir sin avergonzarse.

–¿Y a usted le agradaría sacar a relucir enormidades?

La señora Thwale hizo un gesto afirmativo.

–Hubiera sido una buena mujer de ciencia.

–¿Qué tiene eso que ver?

–¿No se da cuenta? –repuso Veronica con impaciencia–. ¿De veras no se da cuenta? Cortar trozos de carne a ranas y ratones, injertar cáncer a conejos, mezclar sustancias en tubos de ensayo. Sólo para ver qué pasa, por el placer de ensayarlo. El desenfreno de las enormidades… Eso es la ciencia.

–¿Y usted disfrutaría con ello *fuera* del laboratorio?

–No en público, desde luego.

–Pero escondida tras un biombo, donde los Buenos no pudieran verla…

–Escondida tras un biombo… –repitió la señora Thwale lentamente–. Bien, ahora tengo que bajarme –continuó en tono distinto–. Hay aquí, en Lugarno, una tienda donde se pueden comprar ratas de goma para los perros. Ratas con sabor a chocolate. A lo que parece, Foxy es muy aficionado al chocolate. ¡Ah, ya estamos!

Veronica se inclinó hacia adelante y llamó en el cristal.

Eustace la observó alejarse. Después, mientras volvía a cubrirse, ordenó a su chófer que le llevara a Weyil de la Via Tornabuoni.

OceanofPDF.com

CAPITULO VII

Weyl Frères, Bruxelles, Paris…»

Eustace empujó la puerta y penetró en la tienda llena de gente. «Donde todo cliente agrada», murmuraba Eustace, como solía hacerlo en estas ocasiones, «y el hombre único es *Weyl Frères, Bruxelles, Paris, Florence, Vienne»*.

Pero esta mañana era una mujer, no un hombre. En el momento en que Eustace entraba, Mme. Weyl estaba dedicada a conseguir que un cliente, coronel angloindio por todas las trazas, le comprara un Braque. La representación era tan ridícula y la actriz tan maravillosamente bonita que Eustace simuló interesarse en una mayólica particularmente fea, con el fin de tener una excusa para observar y escuchar de cerca.

Nacarada, dorada, deliciosamente rosada y rellena, ¿cómo esta suntuosa criatura había escapado de la tela de Rubens que era evidentemente su hogar? ¿Y cómo era posible que aquella figura de la mitología de Peter Paul llevara ropas encima? Pero, aun envuelta en aquellos trapos del siglo veinte, la Venus flamenca de Weyl resultaba encantadora. Lo que hacía la cosa más absurda era la comedia que representaba ante el coronel. Con el afán de la niña que hace cuanto puede para repetir, palabra por palabra, la lección penosamente aprendida, estaba reproduciendo escrupulosamente las insensateces con que el marido adornaba una charla incomparable. «Valores táctiles», «ritmo», «formas significativas», «repujados», «líneas caligráficas»… Eustace reconoció todos los estereotipos de la crítica contemporánea y, unidos a ellos, los productos del propio genio lozano de Weyl, como «volúmenes de cuatro dimensiones», *«couleur d'éternité»* o «polifonía plástica». Todo ello dicho

en un francés tan fuerte, tan indecorosamente «lindo», tan parecido a las malicias de una *miss* parisiense en el escenario de la *musical comedy* inglesa, que el rubicundo coronel irradiaba concupiscencia.

De pronto hubo un ruido de pasos apresurados y un grito de entusiasmo: *«Monsieur Eustache!»*. Eustace volvió la cabeza. Bajo, ancho de hombros, asombrosamente rápido y ágil, allí estaba Gabriel Weyl en persona, acudiendo presuroso a través de las estatuas barrocas y de los muebles del *cinquecento*. El hombre tomó la mano de Eustace entre las dos suyas y la estrechó larga y fervientemente, mientras aseguraba, en un torrente de inglés belga, qué feliz, qué orgulloso, qué conmovido y halagado se sentía. Después, bajando la voz, murmuró dramáticamente que acababa de recibir algo que su hermano le había enviado desde París. Era una colección de tesoros que, en cuanto la vio, comprendió que debía esconderla y no enseñársela a nadie, ni a un alma, ni al mismo Pierpont Morgan, hasta que *ce cher monsieur Eustache* gozara la virginidad de la carpeta y obtuviera sus más dulces primicias. ¡Y qué primicias! Dibujos de Degas como nadie los había visto jamás.

Todavía hirviendo de entusiasmo, Weyl guió a Eustace hasta la sala zaguera. Sobre una mesa veneciana muy trabajada, había una carpeta negra.

–¡Aquí está! –exclamó, señalando con el gesto de quien llama la atención, un tanto superfluamente, sobre la Transfiguración o el martirio de san Erasmo de un viejo maestro.

Quedó un momento silencioso; después, su expresión se transformó con la libidinosa mirada de reojo de un tratante de esclavos que trata de colocar unas circasianas a un pachá maduro. Comenzó a desatar la carpeta. Eustace observó que aquellas manos eran hábiles y poderosas, con los dorsos cubiertos de suave vello negro y con los breves dedos perfectamente cuidados. Con un gesto elegante, M. Weyl apartó el pesado cartón.

–¡Mire!

El tono era triunfal y de persona segura de sí misma. A la vista de aquellos pechos de adolescente, de aquel ombligo incomparable, ningún pachá, por muy achacoso que estuviera, podría resistir.

–¡Mire! ¡Mire!

Colocándose el monóculo, Eustace miró y vio el dibujo al carbón de una mujer desnuda, de pie en una bañera parecida a un sarcófago romano. Un pie, muy deformado por el uso de calzado prieto, estaba apoyado sobre el borde de la bañera y la mujer se inclinaba hacia abajo, con el cabello y los senos cayendo en el mismo sentido, con una nalga sobresaliendo sobre la otra, con una rodilla como torcida hacia afuera, en el más desgraciado de todos los ángulos posibles, a fin de restregar un talón que uno adivinaba, a través de una imprecisable sutileza del dibujo, que estaba amarillento y, a pesar del jabón, con aspecto de suciedad permanente.

–¿Era *ésta* la cara …? –murmuró Eustace.

Pero era indudable que no había nadie como Degas, nadie que pudiera reproducir las amables e íntimas escualideces de nuestra fisiología con tanta intensidad y en formas tan exquisitamente bellas.

–No debió usted venderme aquel Magnasco –dijo en voz alta–. ¿Cómo puedo ahora comprarle uno de estos dibujos?

El tratante de esclavos dirigió una rápida mirada a su pachá y comprendió que las circasianas comenzaban a surtir el efecto deseado. «¡Eran tan baratas!», protestó. Y la más sólida de las inversiones… Como si se tratara de acciones del Canal de Suez. Ahora, Monsieur Eustace debía examinar este otro dibujo…

Weyl apartó el primer dibujo. Y ahora, el ser que botaba las mil embarcaciones fue visto totalmente desde atrás, inclinado hacia adelante sobre el sarcófago de estaño y restregándose vigorosamente la nuca.

Gabriel Weyl puso su grueso índice, perfectamente cuidado, sobre las nalgas.

–¡Qué valores! –suspiró en un éxtasis–. ¡Qué volúmenes! ¡Qué caligrafía!

Eustace se echó a reír. Pero, como de costumbre, fue M. Weyl quien se rió el último. Poco a poco, el maduro pachá fue cediendo. Tendría que pensarlo, siempre, claro está, que el precio no resultara exorbitante.

No eran más que ocho mil liras. Y se trataba de algo que no solamente era una obra maestra, sino también una inversión de primera clase… El tratante de esclavos se mostraba insinuante y lagotero.

Era una cifra muy razonable, pero Eustace se sintió en la obligación de protestar.

No, no, ni un *centésimo* menos que ocho mil. Pero, si monsieur Eustace se llevaba dos y pagaba al contado, el precio sería sólo catorce mil.

Catorce, catorce… Después de la carta del banco de aquella mañana, casi podría decir uno que iba a obtener los dos Degas completamente gratis. Salvada su conciencia, Eustace sacó su libro de cheques.

–Me las llevaré conmigo –dijo, señalando a la chica que se lavaba los pies y a la que se restregaba la nuca.

Cinco minutos después, con el plano y cuadrado paquete bajo el brazo, Eustace salió de nuevo al sol de la Via Tornabuoni.

Desde Weyl, Eustace caminó hasta la biblioteca circulante de Vieusseux, con objeto de ver si hallaba un ejemplar de *L'Homme Machine* de Lamettrie. Pero, desde luego, no lo encontró. Y, después de haber pasado las páginas de las últimas revistas francesas e inglesas, con la vana esperanza de hallar algo que pudiera leer, paseó de nuevo por el laberinto de las estrechas calles.

Al cabo de unos momentos de duda decidió pasar por el Bargello y, después, saludar a Bruno Rontini y pedirle que llevara a Sebastian a visitar la Villa Galigai.

Bastaron diez minutos para contemplar los Donatellos y, con la cabeza llena de bronces y mármoles heroicos, subió por la calle en dirección a la librería.

Pensaba en que sería bonito, muy bonito, que una vida tuviera la calidad de aquellas estatuas. Nobleza sin afectación. Serenidad combinada con una energía apasionada. La dignidad unida a la gracia. Pero, ay, no eran estas precisamente las características que la vida de uno presentaba. Algo muy sensible, sin duda. Pero, desde luego, que tenía sus ventajas compensa doras. Ser un Donatello hubiera sido algo muy fatigoso para su gusto. Tales cosas le correspondían mucho más a John, a ese John que siempre se había considerado a sí mismo como una mezcla de Gattamelata y el Bautista. En lugar de todo ello, la vida real de John era… ¿Qué? Eustace buscó la respuesta y decidió finalmente que la vida de John podía compararse a un cuadro de guerra de uno de esos deplorables pintores que habían nacido

para ilustradores de revistas, pero que, habiendo visto por desdicha a los cubistas, se habían dedicado al Arte con mayúscula. ¡Pobre John! No tenía gusto ni sentido del estilo…

Pero aquí estaba la esquina de Bruno. Abrió la puerta y penetró en la reducida y oscura caverna llena de libros.

Sentado a una mesa, un hombre estaba leyendo a la luz de una lámpara con pantalla verde que colgaba del techo. Al oír el timbre de la puerta, este hombre dejó su libro, con movimientos que expresaban resignación ante la interrupción más que satisfacción de ver a un cliente. Se levantó y avanzó al encuentro del recién llegado. Era un joven de veintitantos años, alto, huesudo, con un rostro estrecho y convexo de morueco, de expresión tensa y afanosa, pero no muy inteligente.

–*Buon giorno* –dijo Eustace cordialmente.

El joven respondió al saludo sin la menor traza de una sonrisa. No por el deseo de mostrarse descortés –Eustace estaba seguro de ello–, sino porque en aquella clase de rostro era casi imposible una sonrisa cualquiera.

Eustace preguntó por Bruno y el joven le dijo que Bruno tardaría todavía una hora en llegar.

–¡Callejeando como de costumbre! –comentó Eustace, con aquella jocosidad innecesaria y sin sentido en que el deseo de mostrar su perfecto dominio del toscano le hacía frecuentemente incurrir.

–Si usted lo entiende así, señor Barnack… –dijo el joven con serena gravedad.

–¡Oh! Veo que sabe usted quién soy…

El otro hizo un gesto de asentimiento.

–Entré aquí un día del otoño último, cuando usted estaba hablando con Bruno.

–Y en cuanto me fui, le hizo a usted la vivisección de mi carácter, ¿verdad?

–¡Cómo puede decir eso! –exclamó el joven en tono de reproche–. ¡Conociendo a Bruno desde hace tanto tiempo!

Eustace se echó a reír y dio al joven unas palmadas en el hombro. El muchacho no tenía el menor sentido del humor, desde luego, pero su lealtad a Bruno, en aquella solemne sinceridad ovina de cuanto decía, era

curiosamente conmovedora.

–¡Era sólo una broma! –dijo Eustace en voz alta–. Bruno es la persona más incapaz de murmurar de nadie a sus espaldas.

Por primera vez, el rostro del joven se iluminó con una leve sonrisa.

–Me place que usted lo comprenda así.

–No sólo lo comprendo, sino que a veces lo lamento –repuso Eustace maliciosamente–. No hay nada que eche a perder tanto una conversación como la caridad. Al fin y al cabo, nadie puede divertirse con las virtudes de los demás. Y, por cierto, ¿cómo se llama usted? –añadió, antes de que el otro pudiera traducir en palabras la penosa desaprobación de su aspecto.

–Malpighi, Carlo Malpighi.

–¿No será usted pariente del *avvocato* Malpighi?

El joven vaciló; se dibujó en su rostro una expresión de embarazo.

–Es mi padre –dijo finalmente.

Eustace no dejó que su sorpresa le traicionara, pero vio aumentada su curiosidad. ¿Por qué el hijo de un abogado de fama estaba vendiendo libros de ocasión? Se dispuso a averiguarlo.

–Supongo que Bruno le será de mucha ayuda –comenzó, tomando lo que juzgó el camino más corto hacia las confidencias del joven.

No se equivocó. Al cabo de un rato aquel rostro de morueco estaba casi cotorreando. Acerca de la madre achacosa y convencional, de la preferencia del padre por los dos hermanos mayores y más inteligentes, de la influencia de *il Darwinismo* y de la pérdida de la fe y, finalmente, de la conversión a la Religión de la Humanidad.

–¡La Religión de la Humanidad! –repitió Eustace con deleite. ¡Qué deliciosamente cómica era la gente que todavía creía en la Humanidad!

Desde el socialismo teórico al antifascismo activo, no había más que un paso breve y lógico, particularmente lógico en el caso de Carlo, ya que sus dos hermanos eran miembros del partido y subían rápidamente por la escala jerárquica. Carlo pasó dos años distribuyendo literatura prohibida, asistiendo a reuniones clandestinas, hablando a campesinos y obreros con la esperanza de persuadirlos a que ofrecieran resistencia a aquella tiranía que llegaba a todas partes… Pero no sucedió nada; no hubo resultado alguno que proporcionara una compensación a tanto esfuerzo. En privado, la gente

murmuraba y contaba bromas y obscenidades acerca de sus amos; en público, continuaba gritando *«Duce, Duce!»*. Y entretanto, los compañeros de Carlo iban siendo apresados uno a uno y zurrados a la antigua usanza o enviados a las islas. Esto era todo, absolutamente todo.

–Y si esto no hubiese sido todo –intervino Eustace–, si hubiesen conseguido ustedes mover a la gente y hacer algo violento y decisivo, ¿qué hubiera pasado? La anarquía durante algún tiempo. Y después, para eliminar esta anarquía, otro dictador, que se llamaría comunista, sin duda, pero que en lo demás no se distinguiría del que ahora tienen. No se distinguiría en nada más –repitió con un alegre chasquido de lengua–. A menos, claro está, que resultara peor.

El joven hizo un gesto de asentimiento.

–Bruno dice también algo por el estilo.

–¡Hombre razonable!

–Pero dice también algo más…

–¡Ah, me lo temía!

Carlo no hizo caso de la interrupción y su rostro reflejó un ardor repentino.

–Dice que sólo hay un rincón del universo donde uno puede estar seguro de avanzar y que este rincón es uno mismo. Uno mismo –repitió–. Por tanto, hay que empezar ahí, no en el exterior, no con los demás. Esto viene después, cuando uno ha laborado ya su interior. Uno tiene que *ser* bueno antes de *hacer* buenos a los demás. O, por lo menos, hacer el bien sin hacer el mal al mismo tiempo. Dar con una mano y quitar con la otra… Tal es lo que hace el reformador ordinario.

–Mientras que el hombre verdaderamente juicioso –dijo Eustace– procura no hacer nada con ninguna de las manos.

–No, no –protestó el otro, ardoroso y sin sonreírse–. El hombre juicioso comienza por transformarse a sí mismo, de modo que pueda ayudar a los demás sin correr el riesgo de corromperse en el proceso.

Y, con la incoherencia de la pasión, comenzó a hablar de la Revolución Francesa. Los hombres que la hicieron tenían las mejores intenciones, pero estas intenciones se mezclaron irremediablemente con la vanidad, la ambición, la insensibilidad y la crueldad. Con la inevitable consecuencia de

que aquello que comenzó como un movimiento de liberación degenerara en el terrorismo y en una pugna por el poder, en la tiranía y el imperialismo y en reacciones de amplitud mundial contra éste. Y esto tiene que suceder necesariamente siempre que la gente trate de hacer el bien sin ser buena. Nadie puede hacer una buena tarea con instrumentos sucios o malos. No había otro camino que el que indicaba Bruno. Y, desde luego, el camino de Bruno era el camino que había sido mostrado por…

Se calló bruscamente y, recordando que Eustace era un comprador en potencia, tomó una expresión avergonzada.

–Lo siento –dijo, disculpándose–. No comprendo por qué le estoy hablando así. Debí preguntarle qué deseaba.

–Exactamente lo que usted me ha dado –declaró Eustace, con una sonrisa alegre y de amabilidad levemente irónica–. Le compraré cualquier libro que me recomiende, desde Aretino hasta la señora Molesworth.

Carlo Malpighi miró a Eustace. durante unos instantes, con un silencio de vacilación. Después, decidiendo tomarle la palabra, se dirigió a uno de los anaqueles y volvió con un volumen bastante maltratado.

–Cuesta sólo veinticinco liras –dijo.

Eustace se puso el monóculo, abrió el libro al azar y leyó en voz alta:

> La gracia no dejó de buscarte, pero tú la rehuías. Dios no te privó de la operación de su amor, pero tú privaste a su amor de tu cooperación. Dios no te hubiera rechazado nunca, si tú no le hubieses rechazado.

–¡Vaya! –Eustace buscó la página del título. –«Tratado del Amor de Dios por san Francisco de Sa les» –leyó–. ¡Lástima que no sea de Sade! Pero, en tal caso –añadió, mientras sacaba su billetera–, hubiera costado mucho más de veinticinco liras.

OceanofPDF.com

CAPITULO VIII

Confiando en que hallaría en Betti un amigo con quien sentarse a la mesa, no había dispuesto nada para su almuerzo. Pero no había estado acertado, según pudo comprobarlo al entrar en el restaurante. Porque Mario De Lellis estaba sumergido en un banquete de amigos y sólo pudo dirigirle un distante saludo con la mano. Y el padre de Mopsa, el solemne Schottelius, estaba pontificando acerca de política mundial con otros dos alemanes. Y en cuanto a Tom Pewsey, estaba comiendo tan íntimamente con una belleza nórdica tan excepcional, que ni se dio cuenta siquiera de la entrada de su más viejo amigo.

Sentado a la mesa que le habían asignado, Eustace se disponía, con predisposición sombría, a comer solitariamente, cuando se dio cuenta, mirando por encima del cartón del menú, de la presencia de un intruso. Levantando la cabeza, vio a un joven esbelto que le miraba con toda la intensidad concentrada de dos ojos oscuros muy brillantes y la fijeza de las dilatadas ventanas de una inquisitiva nariz respingona.

–Supongo que no se acordará de mí –dijo el joven.

Era el acento de Nueva Inglaterra; sus entonaciones combinaban curiosamente una vehemencia nata con una monotonía y un desabrimiento estudiadamente académicos.

Eustace movió la cabeza.

–No recuerdo… –admitió.

–Tuve el gusto de conocerle en París, en enero último. En casa de la señora Gamble.

–¡Ah, usted es el señor De Jong…!

–De Vries –corrigió el joven–. Paul de Vries.

–He oído hablar mucho de usted –dijo Eustace–. Usted es el que habla a mi suegra de Einstein.

Muy alegremente, como si encendiera deliberadamente una luz, el joven sonrió.

–¿Puede haber tema más interesante?

–No… Salvo que sea el tema del *menú* cuando el reloj señala la una y media. ¿Quiere usted sentarse conmigo para tratar del asunto?

El joven había estado manifiestamente a la espera de esta invitación.

–Muchas gracias –dijo. Y dejando a un lado los dos gruesos volúmenes que llevaba consigo, se sentó, plantó sus dos codos sobre la mesa y se inclinó hacia su nuevo compañero.

–Todo el mundo debería saber algo de Einstein –comenzó.

–¡Un momento! –interrumpió Eustace–. Comencemos por decidir qué es lo que vamos a comer.

–Sí, sí, eso es muy importante –asintió el joven, aunque con una evidente falta de convicción–. El estómago tiene sus razones, como diría Pascal. –Se echó a reír por pura fórmula y tomó el menú. Cuan do el mozo recibió las órdenes, De Vries volvió a poner los codos sobre la mesa y comenzó de nuevo.

–Decía, señor Barnack, que todo el mundo debería saber algo de Einstein.

–¿Incluso aquellos que no saben de qué está el hombre hablando?

–Pero todos *pueden* saberlo –protestó el otro–. Solamente es difícil la técnica matemática. El principio es sencillo… Y, al fin y al cabo, la comprensión del principio es lo que afecta a los valores y la conducta.

Eustace se echó a reír de buena gana.

–No puedo imaginarme a mi suegra cambiando sus valores y su conducta en forma que se adapten a los principios de la relatividad…

–Bien, desde luego, se trata de una persona de mucha edad –reconoció el otro–. Pensaba más bien en la gente con la juventud suficiente para ser flexible. Por ejemplo, esa señora que acompaña a la señora Gamble…

¡Ah! ¿De modo que éste era el motivo de las atenciones con la Reina Madre? Pero, en este caso, el dibujo del ojo imantado no era posiblemente una parábola tan sólo, sino un trozo de historia.

–Desde el punto de vista matemático, es casi analfabeta –decía el joven–. Pero esto no impide que comprenda el alcance y la significación de la revolución einsteiniana.

¡Y qué revolución! El joven siguió con entusiasmo creciente. Incomparablemente mayor que todo lo sucedido en Rusia o en Italia. Porque era una revolución que había cambiado todo el curso del pensamiento científico, que había traído de nuevo el idealismo, que había incluido el espíritu en la estructura de la Naturaleza, que había terminado para siempre con aquel universo victoriano de pesadilla compuesto por bolas de billar infinitesimales.

–¡Malo, malo! –se dijo Eustace en un paréntesis–. A mí me gustan esas bolitas de billar…

Atacó decididamente al plato de *lasagne verdi*, parecidas a cintas, que el mozo le había puesto delante.

–Son de primera –dijo como un conocedor, con la boca llena–. Casi tan buenas como los del Pappapagallo de Bolonia. ¿Conoce usted Bolonia? –añadió con la esperanza de llevar la conversación a temas más amables.

Pero Paul de Vries conocía Bolonia muy bien. Había pasado allí una semana el otoño último y se había entrevistado con toda la gente interesante de la universidad.

–¿La universidad? –repitió Eustace incrédulamente.

El joven asintió con un gesto y, dejando su tenedor, explicó que, durante los dos años últimos, había estado recorriendo las principales universidades de Europa y Asia. Quería ponerse en contacto con las personalidades auténticas de cada una de ellas. Quería que todos colaboraran en el gran proyecto que tenía entre manos. Se trataba de organizar una cámara de compensación internacional para las ideas, de crear un estado mayor para lograr la síntesis científico-religioso-filosófica en todo el planeta.

–¿Con usted como comandante en jefe? –Eustace no pudo resistir la tentación de hacer esta pregunta.

–No, no –protestó el otro–. Sólo como oficial de enlace e intérprete. Sólo como el ingeniero constructor del puente.

Ésta era su ambición máxima: ser un modesto constructor de puentes, un *pontifex*. No *maximus*, añadió con otra de sus brillantes sonrisas deliberadas. *Pontifex minimus*. Y tenía grandes esperanzas de realizarla. Las gentes se le habían mostrado extraordinariamente amables, serviciales e interesadas. Y, entretanto, podía afirmar a Eustace que Bolonia estaba a la altura de su antigua reputación. Estaban realizando magníficos trabajos en cristalografía y, en sus últimas lecciones sobre estética, Bonomelli utilizaba los últimos recursos de la moderna psicofisiología y las matemáticas de muchas dimensiones. La estética de Bonomelli era algo completamente nuevo.

Eustace se limpió los labios y bebió un trago de Chianti.

–Me agradaría poder decir otro tanto del arte italiano contemporáneo –observó, mientras volvía a llenar el vaso con el contenido del grueso frasco metido en su cuna oscilante.

Sí, admitió el otro sentenciosamente; era muy cierto que la pintura de caballete no representaba mucho en la Italia moderna. Pero había visto, en cambio, productos notabilísimos del arte socializado y cívico. Centrales de correos a la vez clásicas y funcionales, estadios de fútbol gigantescos, pinturas murales heroicas. Y al fin y al cabo, tal iba a ser el arte del futuro.

–Bien –dijo Eustace–. Espero que no viviré para verlo.

–Es usted un ejemplar, si me permite decírselo, del Hombre Individualista. Pero el Hombre Individualista está cediendo rápidamente el paso al Hombre Social.

–Lo sabía –dijo Eustace–. Todo aquel que quiera hacer el bien a la raza humana termina siempre maltratando a todos.

El joven protestó. No hablaba de regimentación, sino de integración. Y, en una sociedad debidamente integrada, tenía que surgir una nueva clase de campo cultural, en el que brotarían nuevas especies de valores estéticos.

–¡Valores estéticos! –repitió Eustace con impaciencia–. Es la clase de expresión que me inspira la más profunda de las desconfianzas.

–¿En qué se basa para decir eso?

Eustace contestó con otra pregunta.

–¿De qué color está empapelada su habitación del hotel?

–¿De qué color? –repitió el joven en un tono de asombro–. No tengo la menor idea.

–No, lo suponía –repuso Eustace–. Por eso tengo tan poca confianza en los valores estéticos.

El mozo trajo las pechugas de pavo con crema y Eustace se calló. Paul de Vries dejó su cigarrillo y tomó dos o tres bocados, masticando con extraordinaria rapidez, como un conejo. Después se limpió los labios, encendió otro cigarrillo y enfocó a Eustace con sus ojos brillantes y sus ventanas de nariz inquisitivas.

–Tiene usted razón –dijo–, muchísima razón. Mi espíritu está tan ocupado en pensar en los valores que no tengo tiempo para experimentarlos.

La admisión fue hecha con tan ingenua humildad que Eustace se sintió conmovido.

–Vayamos un día a los Uffizi. Yo le diré lo que pienso acerca de los cuadros y usted me dirá lo que yo debería saber acerca de sus derivaciones metafísicas, históricas y sociales.

El joven asintió con entusiasmo.

–¡Una síntesis! –exclamó–. El punto de vista organísmico.

Organísmico… La bendita palabreja libertó al joven de la realidad a ras del suelo y le llevó a los amplios espacios de la idea incontaminada. Comenzó a hablar del profesor Whitehead y de cómo no había Simple Posición, sino solamente posición dentro de un campo. Y cuanto más la examinaba uno, más importante y más llena de sugestiones parecía aquella idea de un campo organizado y organizador. Era una de aquellas grandes ideas puentes que conectaban un universo de discurso con otro. Hay el campo electromagnético en física, el campo de la individualización en embriología y biología general, el campo social entre los insectos y los seres humanos…

–Y no se olvide del campo sexual…

Paul de Vries miró a su interruptor con expresión interrogante.

–Es algo que incluso usted habrá observado –continuó Eustace–. Cuando uno se acerca ciertas jóvenes damas. Como los tubos de fuerza de Faraday. Y uno no necesita de galvanómetro para descubrirlo –concluyó

Eustace con un chasquido.

–Tubos de fuerza –repitió el joven lentamente–. Tubos de fuerza…

Las palabras aquellas parecieron impresionarle mucho. Frunció el entrecejo.

–Y, desde luego –continuó, después de una breve pausa–, el sexo tiene sus valores, aunque sé que no le agrada la palabra…

–Pero sí la cosa –observó Eustace jovialmente–. Puede ser algo refinado, sublime… Puede ser referido a algo más amplio…

De Vries movió el cigarrillo en el aire para indicar la amplitud.

Eustace meneó la cabeza.

–Personalmente –dijo–, lo prefiero en carne viva y estrecho.

Hubo un silencio. Eustace abrió la boca para decir que aquella buena señora Thwale tenía un campo poderoso en torno a su persona, pero se contuvo a tiempo. No había necesidad de armarse líos ni de armarlos a los demás. Por otra parte, el ataque de flanco era generalmente más eficaz y, como la Reina Madre iba a permanecer en Bolonia un mes, habría todo el tiempo necesario para satisfacer la curiosidad.

Con expresión meditabunda, Paul de Vries comenzó a hablar acerca del celibato. La gente había llegado a desconfiar de los votos y las órdenes, pero, al fin y al cabo, eran cosas que proporcionaban un mecanismo sencillo y efectivo para librar al intelectual de las complicaciones emocionales y de las responsabilidades perturbadoras de la vida familiar. Aunque, desde luego, había que sacrificar ciertos valores…

–No sucede tal cuando los votos quedan juiciosamente moderados con un poco de fornicación…

Eustace miró jocosamente a su interlocutor por encima del vaso de vino que había llevado a la boca. Pero la expresión del joven continuaba obstinadamente seria.

–Cabe que haya una forma modificada del celibato –dijo De Vries–. Algo que no excluya el amor romántico ni las formas más elevadas del sexo, pero que prohiba el matrimonio.

Eustace se echó a reír.

–Al fin y al cabo –protestó el otro–, no es el amor lo incompatible con la vida del intelectual; lo incompatible es estar dedicado todo el tiempo a una esposa y una familia.

–¿Y usted confía en que ellas participen de su punto de vista?

–¿Por qué no, si ellas se dedican al mismo género de vida?

–¿Quiere usted decir que los intelectuales sólo se acostarían con mujeres matemáticas?

–¿Por qué sólo matemáticas? Con poetisas, mujeres de ciencia, músicas y pintoras.

–En una palabra, con toda muchacha que puede pasar un examen o aporrear un piano. O hasta hacer un dibujo –añadió, después de pensarlo–. ¡Sus célibes necesitan un poco de esparcimiento!

«¡Qué perfecto asno!», pensaba Eustace, sin dejar de comer. «¡Y qué patéticamente transparente! Tomado entre sus ideales y sus deseos, trata de racionalizar una vía de escape de esta situación vulgar con una charla absurda acerca de valores, intelectuales y celibato modificado. Es verdaderamente patético».

–Bien, tratado ya el campo sexual –dijo en voz alta–, pasemos a los otros.

Paul de Vries miró un momento a su compañero sin hablar; después, lució otra de sus brillantes sonrisas y asintió con la cabeza.

–Pasemos a los otros –repitió.

Poniendo a un lado el pavo a medio comer, plantó sus codos sobre la mesa y enseguida volvió a lanzarse al espacio.

Tómese, por ejemplo, el caso de los campos psíquicos y hasta los campos espirituales. Porque, si uno miraba las cosas con amplitud y sin ideales preconcebidos, no había más remedio que aceptar tales cosas como hechos. ¿No?

–¿Sí? –Eustace se encogió de hombros.

Las pruebas eran abrumadoras. Si uno leía las Actas de la Sociedad de Investigación Psíquica, no podía menos que quedar convencido. Ésta era la razón de que la mayoría de los filósofos rehuyeran esa lectura. Tal era la consecuencia de tener que trabajar dentro del anticuado campo académico.

No era posible pensar sinceramente acerca de ciertas cosas, aunque se quisiera… Y, desde luego, si el campo era lo bastante fuerte, uno no solía querer.

–Debería usted hablar a mi suegra acerca de los fantasmas –observó Eustace.

El consejo era innecesario. Paul de Vries había participado ya en algunas de las sesiones de la anciana. Llenar el hueco entre los fenómenos del espiritismo y los fenómenos de la psicología y la física era una de sus tareas de *pontifex minimus*. Y una tarea extraordinariamente difícil, por cierto, ya que nadie había formulado todavía una hipótesis que permitiese abarcar coherentemente las dos series de hechos. Por el momento, lo mejor que se podía hacer era saltar de un mundo a otro, a la espera de que algún día surgiera una idea, una intuición de la gran síntesis. Porque tenía que haber indudablemente una síntesis, una idea puente que permitiera a la inteligencia marchar racional y lógicamente de la telepatía al continuo de cuatro dimensiones, de los duendes y espectros a la fisiología del sistema nervioso. Y más allá de los acontecimientos de la sala de sesiones espiritistas estaban los hechos de las capillas y de los lugares de meditación. Había un campo último que lo abarcaba todo: el Brahma de Sankara, el Uno de Plotino, la Base de Eckhart y Boehme, el…

–El Vertebrado Gaseoso de Haeckel –intervino Eustace.

Y, dentro de este campo último… El joven hizo más vivo el ritmo de su perorata, decidido a no dejarse interrumpir. Y, dentro de este campo último, había campos subordinados, como el que los cristianos llamaban la Comunión de los Santos y los budistas…

Pero Eustace no estaba dispuesto a dejarle en paz.

–¿Por qué detenerse ahí? –preguntó sarcásticamente, mientras elegía un cigarro y se preparaba a encenderlo–. ¿Por qué no la Inmaculada Concepción y la Infalibilidad del Papa?

Dio una chupada a su cigarro y lanzó el humo por la nariz.

–Usted me recuerda –dijo– al Joven de Cape Cod, que aplicaba la Teoría de los Quanta a Dios…

Y ahogando en su iniciación el esfuerzo del otro para lanzarse de nuevo, procedió a recitar una selección de lo que llamó su Serie del Nuevo Mundo: la Joven de Spokane, el Joven de Peoria, las dos Jóvenes de Cheyenne. Observó que la risa de De Vries era forzada y de pura fórmula, pero siguió de todos modos… Era cuestión de principio; no podía dejar que el tipo aquel saliera adelante con sus pretensiones. ¡Un tipo que afirmaba implícitamente su religiosidad sin otro fundamento que el de poder desbarrar acerca de la religión en una jerga de alta clase! Un poco de basura honesta despejaría el ambiente de aquella gazmoñería filosófica y traería al filósofo al viejo corral humano, al que todavía pertenecía. El mucha cho de rostro de morueco de la librería de Bruno podía ser absurdo y el mismo Bruno podía ser un chiflado amable y descarriado, pero, por lo menos, ninguno de los dos tenía pretensiones; los dos practicaban lo que predicaban y, lo que casi era más notable, sabían contenerse en sus prédicas. Mientras que este joven *pontifex minimus.*…

Eustace llevó el cigarro a la boca, despidió una nube de humo y, bajando un poco la voz, recitó su poema jocoso acerca del Obispo de Wichita Fans.

OceanofPDF.com

CAPITULO IX

Acabado el almuerzo, Eustace abandonó el restaurante y se dirigió al banco. Mientras esperaba a que el cajero le diera su dinero, el director le vio y acudió presuroso, para decirle con entusiasmo que esperaban hacer el mes próximo algo todavía mejor con los cambios. El banco tenía un nuevo corresponsal en Berna, un tal Dr. Otto Loewe, quien poseía un don especial para aquella rama de la especulación. Se podía decir que era un verdadero genio, como Miguel Ángel o como Marconi.

Llevando todavía sus dibujos de Degas y su *Tratado del Amor de Dios*, Eustace salió a la Piazza, tomó un taxi y dio al conductor la dirección de Laurina Acciaiouli. El coche inició su marcha; Eustace se arrellanó en un rincón y suspiró resignadamente. Laurina era una de sus cruces. Era ya bastante que fuera una enferma importuna y amargada. Pero esto sólo era el comienzo. Esta ruina fastidiosa y artrítica fue antaño la mujer que Eustace había amado con una intensidad de pasión que nunca más experimentara, ni antes ni después. Otra mujer se hubiera resignado a olvidar aquello. Pero no Laurina. Revolviendo la daga en su herida, se pasaba tardes enteras hablándole de la belleza pasada y de la fealdad presente, de los amores de antaño y del abandono de ahora, de la soledad y de las desdichas actuales. Y cuando lograba excitarse lo suficiente, se volvía contra su visitante y, señalándole en forma acusadora con sus dedos hinchados, con aquella voz de tonos bajos –antes tan encantadoramente ronca y ahora áspera y desagradable por la enfermedad, el exceso de cigarrillos y el odio– le increpaba, diciéndole que había venido a verla sólo por cumplir un deber –no, peor todavía, por mera debilidad–, y que se había interesado por ella únicamente cuando el cuerpo era joven y esbelto, pero que ahora, al contemplarla vieja, impedida y desdichada, apenas era capaz de un poco de

piedad. Instado a que negara todas estas verdades, demasiado y penosamente evidentes, Eustace se veía debatiéndose en un tremedal de vaciedades hipócritas y lo que solía decir era tan poco convincente que Laurina acababa echándose a reír. Solía reírse con una ferocidad sarcástica que, desde luego, era mucho más hiriente para ella que para él, porque, al fin y al cabo, no era él quien tenía la artritis. Pero, aun así, era algo bastante penoso. Con aprensión, Eustace se preguntaba qué podía reservarle aquella tarde. Otra de aquellas insoportables amenazas de suicidio. O, en otro caso…

–*Bebino!* –gritó casi a su oído una voz aguda.

Eustace se volvió bruscamente. El coche iba abriéndose paso lentamente por la calle estrecha y llena de gente y, corriendo a su lado, la mano en el marco de la ventanilla abierta, estaba la inventora –por razones que sólo ella y él podían comprender- de aquel apodo grotescamente infantil.

–¡Mimi! –exclamó Eustace. Y pidió al Cielo que ninguna persona conocida estuviera a distancia que le permitiera ver u oír.

Con aquel extraordinario traje de color morado, la muchacha no solamente parecía la linda trotacalles que era, sino la caricatura de una linda trotacalles en una revista cómica. Esto era precisamente lo que agradaba a Eustace en la muchacha. Aquella vulgaridad sencilla y sin afectación en el estilo era, por cierto, algo perfecto.

Inclinándose hacia adelante, Eustace llamó al conductor. Cuando el coche se detuvo, abrió la portezuela. Mimi llamaría menos la atención dentro que fuera.

–*Bebino mio!* –La joven se apretó contra Eustace y éste se vio envuelto por el perfume barato.– ¿Por qué no has venido a vermel, *Bebino*?

Mientras el coche seguía su marcha, Eustace comenzó a explicar que había estado un par de meses en París y después en Inglaterra. Pero, en lugar de escucharle, la muchacha continuaba abrumándole con reproches y preguntas. ¡Tanto tiempo! Pero así eran los hombres… *Porchi*, verdaderos *porchi*. ¿Es que ya no le quería más? ¿Le estaba poniendo cuernos con otra?

–Ya te dije que estuve un par de meses en París –repitió Eustace.

–¡Sola, sola! –gimoteó la joven, en un tono de dolor auténtico.

– … y después unas cuantas semanas en Londres –continuó Eustace, alzando la voz para hacerse oír.

–¡Y yo que siempre he hecho todo lo que me has pedido! –Había lágrimas en aquellos ojos castaños–. ¡Todo! –insistió en tono de queja.

–¡Pero no te digo que he estado fuera! –gritó Eustace con impaciencia.

Cambiando bruscamente de expresión, la muchacha le dirigió una mirada de la más descarada lascivia y, tomándole la mano, la apretó contra sus pechos jóvenes y lozanos.

-Por qué no vienes ahora conmigo, *Bebino?* –preguntó con zalamería–. ¡Te haría tan feliz! –E inclinándose hasta él, murmuró con hablar de niña–: El cepillo… Mi pequeño *Bebino* necesita el cepillo…

Eustace miró a la muchacha en silencio y consultó después el reloj. No, no habría tiempo para las dos cosas antes de la llegada del tren. El pasado o el presente, la conmiseración o el placer. Hizo su elección.

–Recoge melocotones mientras puedas –expresó en inglés y, tras golpear en el cristal, dijo al conductor que había cambiado de opinión. Quería ir a otro sitio. Y dio la dirección del departamento de Mimi cerca de Santa Croce. El hombre asintió con la cabeza y le hizo un guiño de cómplice.

–Tengo que telefonear –dijo Eustace en cuanto llegaron.

Y mientras Mimi se cambiaba de ropa, llamó a su casa y ordenó que el coche le esperara a la entrada principal de Santa Croce a las seis menos cuarto. Después, fue el turno de Laurina. ¿Podía hablar a la contessa? A la espera de la comunicación, elaboró el engaño.

–¿Eustace? –dijo aquella voz ronca y grave que tenía antaño el poder de ordenarle cualquier cosa.

–*Chère* –comenzó con facundia–, *je sois horriblement ennuyé…* –La insinceridad cortés parecía venir más fácilmente en francés que en inglés o en italiano.

Suministró la cosa gradualmente, en una mescolanza de palabras extranjeras… Había. tenido la mala suerte de que se le rompiera el aparato que sustituía a los dientes que le faltaban. No, no era todavía un *râtelier* en regla, afortunadamente… *Plutôt un de ces bridges… ces petits ponts qui sont les Points des Soupirs qu'on traverse pour aller du palais de la*

jeunesse aux prisons lugubres de la sénilité. Hizo un chasquido, celebrando su elegante broma. Bien, lo cierto era que había tenido que ir en *hâte* al dentista, donde tendría que permanecer hasta que el puente quedara reparado. Y esto, *hélas*, le impediría ir a tomar el té.

Laurina tomó la cosa mucho mejor de lo que cabía esperar. Dijo a Eustace que el Dr. Rossi había traído de Ámsterdam un medicamento nuevo que era algo maravilloso. Durante varios días no se sentía la menor molestia. Pero esto no era todo. Abandonando el tema de su salud, dijo con una indiferencia de tono destinada a ocultar una sensación de triunfo –aunque en realidad la descubría– que D'Annunzio había acudido recientemente a verla… Varias veces… Y había hablado muy poéticamente acerca del pasado… y el viejo Van Arpels le había enviado su último libro de poemas, al que acompañaba la más encantadora de las cartas… Y, hablando de cartas, había estado repasando su colección… Eustace no tenía la menor idea de cuántas eran y qué interesantes…

–Me lo supongo –dijo Eustace. Y recordó aquella intensidad, casi lindante con la locura, de los sentimientos que Laurina provocaba en los días de fascinación, aquellas agonías de deseos y de celos. Y en hombres tan diferentes… Desde profesores de matemáticas puras hasta promotores de empresas, desde poetas húngaros hasta aristócratas ingleses y campeones de tenis estonianos… Y ahora… Recordó la imagen de la Laurina de hoy, de veinte años después: aquella ruina en los huesos instalada en su butaca de inválida, aquellos rizos de un amarillo de latón sobre un rostro que podía ser la máscara funeraria de Dante…

–He separado algunas de tus cartas para leértelas –dijo la voz en su oído.

–Parecerán ahora muy tontas.

–No, no, son deliciosas –insistió la voz–. Tan llenas de ingenio… *Et en même temes si tendres… Così vibranti*!

–*Vibranti?* –repitió Eustace–. ¡No me digas que yo he sido alguna vez vibrante!

Un ruido le hizo volver la cabeza. En la puerta, estaba Mimi. La muchacha le sonrió y le envió un beso; el quimono de color clarete quedó abierto.

Al otro extremo del hilo, se desdoblaba rápidamente un papel.

–Escucha esto –dijo la ronca voz de Laurina–. «Tienes el poder de despertar deseos que son infinitos y que, como infinitos, no quedan nunca saciados con la posesión de un cuerpo y un espíritu que finitos son».

–¡Cielos! –exclamó Eustace–. ¿Escribí yo eso? Parece Alfred de Musset…

Mimi estaba ahora a su lado. Con la mano libre, Eustace dio a la muchacha unas cariñosas palmadas en las nalgas. Recoge tus melocotones…

La voz ronca continuó la lectura.

–«… en forma, Laurina, que la única cura para quien se enamora de ti es convertirse en un sufí o en un Juan de la Cruz. Sólo Dios guarda proporción con los deseos que inspiras…»

–*Il faudrait d'abord l'inventer* – interrumpió Eustace con un chasquido. Pero entonces, lo recordaba muy bien, le había parecido muy razonable decir tales cosas. ¡Lo que revelaba simplemente a qué condición puede reducir el maldito amor a un ser razonable! Bien, afortunadamente, había acabado con semejantes insensateces… Administró otro azote cariñoso y miró a Mimi con una sonrisa.

–*Spicciati, Bebino* –murmuró la muchacha.

–Y aquí hay una cosa adorable escrita por ti –decía la voz de Laurina en aquel mismo instante. Mimi pellizcó a Eustace en la oreja con impaciencia–. «Queriéndote como te quiero, como si hubiese nacido a una vida nueva y más intensa…»

–Lamento tener que interrumpir mis propios raptos de pasión –dijo Eustace–, pero no tengo más remedio que dejarte… No, no, ni un momento más, querida… Tengo aquí al dentista. *Ecco il dentista* –repitió a beneficio de Mimi, acompañando las palabras con un pellizco juguetón–. *Adesso comincia la tortura…*

Colgó el teléfono, se volvió, sentó a la muchacha en sus rodillas y comenzó con sus gruesos dedos a cosquillear aquellas costillas bien cubiertas.

–No, no, *Bebino*… ¡No!

–*Adesso comincia la tortura* –repitió él entre el repiqueteo de la risa histérica de la muchacha.

OceanofPDF.com

CAPITULO X

Sentado al mostrador de su cavernoso tenducho, Bruno Rontini estaba dedicado a poner precios a una partida de libros que acababa de recibir. Quince liras, veinte, veinticinco, cuarenta… Su lápiz se movía de guarda a guarda. La luz, que caía casi verticalmente de la lámpara que colgaba encima de su cabeza, producía grandes sombras en las hundidas ojeras y bajo los pómulos y la prominente nariz. Era un cráneo puntiagudo el que se inclinaba sobre los libros. Pero, cuando levantó la vista, mostró unos ojos azules y brillantes y un rostro que tenía una expresión casi alegre.

Carlo se había ido a casa, y Bruno estaba solo. Completamente a solas con aquello que hacía sus soledades tan llenas de felicidad inexpresable. Había mucho ruido callejero más allá del escaparate, pero el interior del tenducho era, como si dijéramos, el cogollo de la quinta esencia del silencio, ajeno a todo estrépito del exterior y persistente por encima de las interrupciones. Sentado en el corazón de aquel silencio, Bruno pensaba que La Cruzada que trazaba delante de cada número significaba no solamente Liras, sino también Luz y Liberación.

Sonó el timbre de la puerta y entró un cliente. Bruno levantó la cabeza y vio un rostro joven, casi infantil. Pero ¡qué extrañamente escatimado! Como si la Naturaleza, repentinamente parsimoniosa, se hubiera negado a proporcionar el material suficiente para rasgos de tamaño normal. Sólo los dientes desiguales y salientes eran grandes. Los dientes y los lentes cóncavos, a través de los cuales, con mirada tímida, furtiva y aguda, brillaba una inteligencia que era evidentemente utilizada como instrumento, no para el descubrimiento de la verdad, sino para la defensa propia y, sobre todo, para darse alientos en la humillación.

El visitante tosió nerviosamente y dijo que quería un buen libro sobre religión comparada. Bruno presentó lo que tenía: un libro de texto italiano, una obra popular en francés y una traducción, en dos volúmenes, del alemán.

–Le recomiendo el francés –dijo Bruno con voz suave–. No son más que doscientas setenta páginas. Apenas tardará dos horas en recorrerlo.

Se le contestó con una sonrisa desdeñosa:

–Busco algo más sólido.

Hubo un breve silencio, mientras el visitante volvía las hojas de los otros dos libros.

–Va usted a ingresar en la enseñanza, ¿verdad? –dijo Bruno.

El otro le miró con recelo, pero, no viendo traza de ironía o impertinencia en la expresión del librero, asintió inclinando la cabeza.

Sí, iba a ingresar en la enseñanza. Y entretanto, se quedaría con aquella traducción del alemán.

–*Peccato* –repuso Bruno, mientras tomaba los dos gruesos volúmenes–. Y cuando, finalmente, llegue a profesor de universidad, ¿qué, entonces?

El joven tomó en una mano el libro de texto italiano.

–Escribiré –contestó.

Sí, escribiría, se dijo Bruno, con tristeza. Y por desesperación o por un ingenuo respeto por los profesores, habría una mujer que se casaría con él. Y, desde luego, vale más casarse que quemarse, pero este hombre, era manifiesto, continuaría ardiendo después de casado; furtivamente, pero con la permanente violencia característica de esos temperamentos frágiles y nerviosos. Y bajo la corteza de la respetabilidad y hasta de la eminencia, la vida de una fantasía que eclipsa a la Divinidad –la secreta inclinación al placer que uno mismo se proporciona– perduraría hasta casi la vejez. Pero, claro está –pronto lo recordó–, nada podía ser pronosticado con certidumbre de ningún ser humano. Siempre había el libre albedrío, siempre había la gracia suficiente, si uno quería cooperar con ella.

–Escribiré con autoridad –continuó el joven, casi agresivamente.

–Y no como los escribas y fariseos –murmuró Bruno con una leve sonrisa–. Pero, después, ¿qué?

–¿Después? –repitió el otro–. ¿Qué quiere decir con su «Después qué»? Continuaré escribiendo.

No, no había todavía ninguna resquebrajadura en aquel caparazón protector. Bruno se volvió y comenzó a envolver los libros en papel castaño. Huyendo de la vulgar transferencia del dinero de mano a mano, el joven dejó el precio al borde del mostrador. Para él, no había contactos físicos con otros seres humanos, salvo el contacto sexual. E incluso éste, pensó Bruno, incluso éste resultaría siempre decepcionante y hasta un poco repulsivo. Bruno hizo el nudo final y entregó el paquete.

–Muchas gracias –dijo–. Y si alguna vez llega usted a cansarse de esta clase… –vaciló. En las profundas cuencas, los ojos azules brillaron, con una luz casi maliciosa–,… de esta clase de frivolidad erudita –continuó, con un dedo en el paquete–, recuerde que tengo muchos libros verdaderamente serios que tratan del tema. –Señaló a una sección de los anaqueles de la pared opuesta–. Scupoli, el Bhagavatam, el Tao-te-king, la Theologia Germanica, las Gracias de la Oración Interior…

Durante unos segundos, el joven escuchó. Escuchó con una expresión inquieta, como la del hombre que se ve encerrado con un loco que puede ser peligroso. Enseguida miró a su reloj de pulsera, murmuró algo acerca de que era muy tarde y salió del negocio.

Bruno Rontini suspiró y volvió a la tarea de poner precio a los libros. L de Liras, L de Liberación. De diez mil sólo uno llegaría a romper por completo su caparazón. Pero, de todas esas miríadas de huevos, ¿cuántos llegan a arenques adultos? Y los arenques, convenía recordarlo, sufrían únicamente interrupciones externas en su incubación y crecimiento. En cambio, en este proceso de la maduración espiritual, todo ser humano tenía en sí mismo al peor enemigo. Los ataques venían de ambos lados y los de dentro eran incluso más violentos, persistentes y deliberados que los de fuera. En forma que, al fin y al cabo, la marca de uno por diez mil resultaba muy respetable. Algo que debía ser admirado más que deplorado. Algo respecto a lo cual uno no debería, como tantas veces se sentía tentado a hacerlo, rebelarse contra Dios por la injusticia, sino más bien dar las gracias por la divina generosidad que concedía a tantos una recompensa tan inconmensurable.

L de Liberación… A pesar del impaciente griterío, a pesar del estrépito del tránsito, el silencio era para Bruno Rontini como un cristal vivo. Después, el timbre sonó de nuevo. Alzando la vista, Bruno vio, bajo el ladeado Homburg, el ancho y abotagado rostro, de ojos hinchados, de labios fofos y sonrisa relajada, de Eustace Barnack. Y a través del medio del cristal vivo, percibió al hombre como sepultado, como metido en un ataúd, fuera de la luz, emparedado en una impenetrable privación de beatitud. Y las paredes del sepulcro estaban construidas con las mismas debilidades y sensualidades que él había conocido dentro de sí mismo y que todavía conocía y por las que todavía tenía que pedir perdón a Dios. Invadido por una compasión sin límites, Bruno se levantó y acudió a saludar al visitante.

–¡Encontrado al fin! –exclamó Eustace. Habló en italiano, porque era más fácil, cuando uno representaba así el papel de jovial burgués florentino, escapar al peligro de una conversación demasiado seria. Y con Bruno era muy importante no mostrarse serio–. Te he buscado durante todo el día.

–Si, ya sé que has estado aquí esta mañana –con testó Bruno en inglés.

–Y fui recibido –dijo Eustace, representando todavía su comedia toscana– por el más fervoroso de tus discípulos. Llegó incluso a venderme literatura. Edificante… *Qualche trattatino sull' amor* del Vertebrado Gaseoso –terminó con ligereza.

Y ahora, el volumen ocupaba un sitio entre una novela de Pitigrilli y un Libro de los Sueños de esquinas muy dobladas, en la mesilla de noche de Mimi.

–Eustace, ¿te sientes bien? –preguntó Bruno, con una vehemencia que no guardaba relación alguna con la jovialidad del otro.

Eustace comenzó a hablar en su lengua nativa.

–Nunca me sentí mejor –respondió. Y después, al observar que Bruno continuaba mirándole con la misma expresión intensa y angustiosa, hubo en su voz una nota de recelo e irritación–. ¿Qué pasa? –indagó bruscamente.

¿Podía Bruno adivinar algo sobre lo de Mimi? No era que uno tuviera por qué avergonzarse. No, lo intolerable era la intrusión en la vida privada de los demás. Y Bruno siempre había tenido aquel extraño y exaspeante don de adivinar las cosas. Y desde luego, si no era clarividencia, podían ser muy bien algunas manchas de pintura labial.

–¿Por qué me miras así?

Bruno sonrió excusándose.

–Perdona –dijo–. Pensaba al mirarte… Bien, no lo sé. Tenías el aspecto de la persona que va a sufrir un ataque de gripe.

Era el rostro de un hombre sepultado y que, ahora, repentinamente, se veía amenazado en su tumba. ¿Qué le amenazaba?

Con el alivio de comprender que Mimi no había sido descubierta, Eustace sonrió.

–Bien, si caigo con gripe –dijo–, ya sé de antemano quién me la ha deseado. Y ahora –agregó cordialmente–, no creas que he venido aqui solamente para ver tu seráfico rostro. He venido con el propósito de que me pidas permiso para llevar a mi joven sobrino a ver el laberinto de los jardines Galigai. Llega esta noche.

–¿Qué sobrino? –preguntó Bruno–. ¿Uno de los hijos de Alice?

–¿Esos zafios? –replicó Eustace–. ¡Dios me libre! No, no, es el chico de John. Un muchacho muy notable. Tiene diecisiete años y un aspecto muy infantil, pero escribe versos sorprendentes… De mucho talento.

–John debe de ser un padre muy dificil –dijo Bruno, tras una breve pausa.

–¿Difícil? No es más que un bárbaro. Y, desde luego, el muchacho no le tiene simpatía y odia todo lo que el autor de sus días propugna.

Eustace sonrió. Le complacía pensar en los defectos de su hermano.

–Sí, si la gente comprendiera que los principios morales son como el sarampión…

Aquella voz dulce se desvaneció en un suspiro.

–¿Como el sarampión?

–Tienen que ser agarrados. Y sólo la gente que los ha agarrado puede contagiarlos.

–Afortunadamente –dijo Eustace–, no siempre lo consiguen.

Eustace pensaba en la joven señora Thwale. El canónigo y su mujer eran dos focos de contagio, pero no había la menor traza de sarpullido moral o piadoso en la blanca y voluptuosa piel de la hija.

–Tienes razón –convino Bruno–. Uno no agarra la infección del bien, si se opone a ello. La voluntad es siempre libre.

Siempre libre. La gente había sido capaz de decir no, incluso a Felipe Neri y a Francisco de Sales, incluso a Cristo y a Buda. Al citar Bruno estos nombres en su interior, la llamita que ardía en su corazón pareció agrandarse y aspirar, hasta tocar aquella otra gran luz de adentro y más allá; por un instante, estuvo quieta en la intensidad sin tiempo de un anhelo que era también consumación. El sonido de la voz de su primo trajo otra vez a Bruno a las realidades de su tenducho.

–No hay nada que me cause mayor placer –observaba Eustace con deleite– que el espectáculo de los Buenos tratando de propagar sus nociones y produciendo resultados diametralmente opuestos a los que se proponen. Es la forma más elevada de la comedia. –Hizo un ruido entre chasquido y zumbido.

Al escuchar aquella risa que venía de las profundidades y sombras de un sepulcro, Bruno se sintió punto menos que invadido por la desesperación.

–¡Si por lo menos pudieras perdonar a los Buenos! –Aquella voz tranquila se elevó casi a la vehemencia.– Entonces, podrías tú también esperar el perdón.

–¿De qué? –indagó Eustace.

–De ser lo que eres. De ser un ser humano. Sí, Dios podría perdonarte hasta eso, si tú lo desearas. Puede perdonarte de modo tan completo tu apartamiento que te sería posible unirte a Él.

–¡El vertebrado sólido unido con el Gaseoso!

Bruno miró a Eustace en silencio. En aquella carne blanda y cansada, los ojos hacían guiños alegres; los labios infantiles se curvaban en una sonrisa de ironía.

–¿Qué me dices acerca de la comedia de los Inteligentes? –dijo al fin–. Van a su propia destrucción en nombre del interés egoísta y al engaño en nombre del realismo. A veces pienso que su comedia es todavía más elevada que la de los Buenos.

Bruno fue detrás del mostrador y volvió con un saco de mano muy viejo.

–Si. vas a recibir a tu sobrino –dije–, iré contigo a la estación.

Explicó que iba a tomar el tren de las siete y treinta para Arezzo. Había allí un viejo profesor retirado que quería vender su biblioteca. Y el lunes había en Perusa una subasta muy importante. Iban a acudir compradores de todo el país. Confiaba en hacerse con algunos libros que no fueran muy buscados.

Bruno apagó las luces y ambos salieron a la luz del crepúsculo, que iba cediendo rápidamente el paso a la noche. El coche de Eustace esperaba junto a una acera. Los dos hombres entraron y el coche marchó lentamente hacia la estación.

–¿Te acuerdas de la última vez que fuimos juntos a la estación? –preguntó bruscamente Bruno, después de un período de silencio.

–¿La última vez que fuimos juntos a la estación? –repitió Eustace dubitativamente.

Y enseguida, de forma repentina, se acordó. Él y Bruno iban en el viejo Panhard. Era inmediatamente después del funeral de Amy, y Eustace volvía a la Riviera…. Volvía a los brazos de Laurina. No, no había sido muy digno aquel episodio de su vida. Había que colocarlo en el lado malo, sin duda alguna… Hizo una mueca, como si le hubiera llegado una vaharada de repollo podrido. Después, imperceptiblemente, se encogió de hombros. A fin de cuentas, ¿qué importaba? Al cabo de cien años, todos calvos; sería todo lo mismo.

–Sí, recuerdo –dijo–. Me hablaste acerca del Vertebrado Gaseoso. –Bruno sonrió.

–No, no me hubiera atrevido a romper el tabú –dije–. Empezaste tú…

–Tal vez fuera así –admitió Eustace.

La muerte, aquella insana pasión y su propia conducta reprobable se conjuraron en aquella época para inducirle a hacer las cosas más peregrinas. De pronto, se sintió muy deprimido.

–¡Pobre Amy! –dijo en voz alta, obedeciendo a una especie de oscuro impulso, más fuerte que todas sus resoluciones de abstenerse de hablar en serio en presencia de Bruno–. ¡Pobre Amy!

–No creo que Amy necesitara ser compadecida –declaró Bruno–. Amy se había conformado a lo que le sucedía. Uno no tiene que compadecerse de los que están preparados para la muerte.

–¿Preparados? ¿Qué diferencia hay entre unos y otros? –El tono de Eustace era casi truculento–. El morir siempre es morir –terminó, feliz de aquella oportunidad de escapar de la seriedad a la controversia.

–Fisiológicamente, tal vez –admitió Bruno–. Pero psicológicamente, espiritualmente…

El coche se detuvo ante el brazo extendido de un guardia.

–¡Vamos, vamos! –interrumpió Eustace–. ¡Nada de insensateces acerca de la inmortalidad! ¡Nada de pensar conforme al deseo!

–Y, sin embargo –dijo Bruno suavemente–, la aniquilación sería muy conveniente, ¿no es así? ¿Qué me dices acerca del deseo de creer en eso?

Desde el sepulcro de su carencia, Eustace dio su confiada respuesta.

–Uno no *desea* creer en la aniquilación –dijo–. Se limita a aceptar los hechos.

–Quieres decir que uno acepta las deducciones de una determinada serie de hechos y deja de lado otros hechos de los que pueden obtenerse deducciones distintas. Los deja de lado porque quiere realmente que la vida sea un cuento contado por un idiota. Una estupidez tras otra, hasta que se llega a la estupidez final, con la que todo se acaba.

Se oyó el silbido del guardia y, al reanudar el coche su marcha, la luz de un escaparate pasó lentamente por el rostro de Eustace, mostrando todas las bolsas, arrugas y manchas de aquella piel relajada. Después, se hizo de nuevo la oscuridad, como si se hubiese cerrado la tapa de un sarcófago. A Bruno le hizo el efecto de que se había cerrado de modo irrevocable, cerrado para siempre. Impulsivamente, Bruno puso su mano en el brazo de su compañero.

–Eustace –dijo–, te suplico…

Eustace tuvo un sobresalto. Estaba sucediendo algo extraño. Era como si los listones de una celosía hubieran girado para dar paso al sol y al cielo de verano. Libre el camino, el interior se vio invadido por una luz intensa y bienaventurada. Pero esta luz trajo a Eustace el recuerdo de lo que Bruno había dicho en la tienda: «Esperar el perdón… de ser lo que eres». Con una mezcla de ira y de miedo, desprendió su brazo.

–¿Qué estás haciendo? –preguntó agriamente–. ¿Tratas de hipnotizarme?

Bruno no contestó. Había hecho su último y desesperado esfuerzo para levantar la tapa, pero el sarcófago había sido cerrado de nuevo desde dentro. Y, claro está, la resurrección es optativa. Nada nos obliga, salvo para persistir… Para persistir en lo que somos, haciéndonos cada vez peores. Indefinidamente, hasta que deseemos elevarnos a algo distinto de lo que somos. Inexorablemente, a menos que permitamos nuestra propia elevación.

OceanofPDF.com

CAPITULO XI

El tren arribó inesperadamente a la hora y, cuando los dos hombres llegaron a la estación, los pasajeros se abrían paso ya a codazos hacia las puertas.

–Si ves un querubín con pantalones grises de franela –dijo Eustace, mientras permanecía de puntillas para observar por encima de las cabezas–, ése es nuestro hombre.

Bruno señaló con su dedo huesudo.

–¿Se conforma *ése* a tu descripción?

–¿Quién?

–Ese pequeño *non Anglus sed angelus*, detrás de aquella columna.

Eustace percibió aquella conocida cabeza de cabello pálido y rizado y, agitando su mano, se acercó más a la puerta.

–Y éste es tu primo segundo hace tiempo perdido –dijo, cuando volvió un minuto después con el muchacho–. Bruno Rontini, el hombre que vende libros de ocasión y desea que todo el mundo crea en el Vertebrado Gaseoso. –Y mientras los presentados se estrechaban las manos, continuó en un tono solemne de broma–: Quiero advertírtelo… Probablemente, tratará de convertirte.

Sebastian miró de nuevo a Bruno y, bajo la influencia de la presentación de su tío, sólo vio simpleza en aquellos ojos brillantes, fanatismo en aquel delgado rostro huesudo, con los huecos bajo los pómulos y la prominente nariz. Después se volvió hacia Eustace y sonrió.

–De modo que éste es Sebastian –dijo Bruno lentamente. Fatalmente significativo, era el nombre de un blanco predestinado del destino–. No sé por qué, pero me acuerdo de todas aquellas flechas –continuó–. Las flechas de los deseos que esta belleza despertaría y permitiría a su dueño satisfacer; las fl echas de la vanidad, de la satisfacción de sí mismo, de…

–Pero las flechas pueden ir en los dos sentidos –dijo Eustace–. Este mártir dará tanto como reciba, ¿no es así, Sebastian? –Sonrió como al tanto de todo, como de hombre a hombre.

Halagado por aquella muestra de confianza en sus posibilidades, Sebastian se echó a reír y asintió con un movimiento de cabeza.

Con ademán afectuoso y casi posesivo, Eustace puso una mano en el hombro del muchacho.

–*Andiamo!* –exclamó.

Había algo como una nota de triunfo en la voz. No sólo se había desquitado de la escena del coche, sino que también le había quitado a Bruno toda posibilidad de influir en Sebastian.

–*Andiamo!* –repitió Bruno–. Os acompañaré hasta el coche y recogeré mi saco de mano. –Tomó la maleta de Sebastian e inició la marcha hacia la salida. Los otros le siguieron.

Con clamor de melodioso barítono, el Isotta abría lentamente paso por la calle llena de gente. Sebastian subió un poco sobre sus rodillas la manta de piel y se dijo que ser rico era algo maravilloso. Y pensar que, a no ser por las estúpidas ideas de su padre…

–¡Ese bueno de Bruno! –observó su tío en un tono de amable condescendencia–. Hay algo en él que me recuerda a esos absurdos santos anglosajones. San Willibald y san Wunnibald, santa Winna y santa Frideswide…

Los nombres sonaban tan ridículamente que Sebastian se echó a reír.

–Pero es una persona mansa y afectuosa, jovencito –continuó Eustace–. Y habida cuenta de que es uno de los Buenos, no resulta demasiado molesto.

Interrumpiéndose, tocó el brazo de Sebastian y señaló por la ventanilla a su izquierda.

–Las tumbas de los Médicis están ahí arriba –dijo–. ¡Algo Sublime, con mayúscula! No puedo ir a verlas ahora. Estos días, mi frontera es Donatello. Pero, desde luego, nada hay más cierto: esas tumbas son las mejores esculturas del mundo. Y aquí está Rossi, el sastre –continuó sin

transición, señalando de nuevo–. Pídele un traje inglés decoroso y te hará algo tan bueno como los de Savile Row y a mitad de precio. Ya buscaremos unos minutos para que te tomen las medidas de tu ropa de etiqueta.

Sin apenas creer lo que oía, Sebastian miró a su tío con expresión interrogante.

–¿Quieres decir…? ¡Oh, gracias, tío! –exclamó, al observar que Eustace sonreía y asentía.

Eustace miró al muchacho y, a la transitoria luz de un farol, vio que el rostro infantil había enrojecido y que los ojos brillaban. Conmovido, dio unas palmadas al muchacho en las rodillas.

–No necesitas agradecerme nada –dijo–. Si estuviera en *Quién es Quién*, que no estoy, verías que mi principal pasatiempo es «Fastidiar a mi hermano».

Rieron juntos, como conspiradores en pleno trabajo.

–Y ahora –exclamó Eustace–, agáchate y mira por la ventanilla. Verás el segundo huevo, respecto a tamaño, que jamás se haya puesto.

Sebastian obedeció y vio grandes farallones de mármol y, encima de los farallones, una enorme cúpula que flotaba en el espacio y que se oscurecía, a medida que se alzaba, perdiendo poco a poco la débil luz que se adhería a su base, hasta desaparecer en un misterio más impenetrable que la noche misma. Era la transfiguración, no de una leve escualidez, sino de una armoniosa magnificencia.

–Primero la luz –dijo Eustace, señalando con un dedo hinchado que fue subiendo mientras. hablaba–, después, las sombras.

Sebastian miró a su tío con asombro. ¿También él?

–Es como una ecuación en el espejo –continuó Eustace–. Se empieza con los valores de *x* e *y* y se termina en una cantidad desconocida. Es la más romántica de las iluminaciones.

–No sabía que los demás lo habían advertido –observó Sebastian.

–¡Optimista! –Eustace sonrió indulgentemente. ¡Qué bueno era ser joven y estar convencido, cada vez que se perdía una virginidad, de que era algo que nunca había sucedido antes! –Los grabadores victorianos apenas

observaron otra cosa. Todos sus Matterhorn románticos y sus castillos en ruinas son más sombríos en lo alto que en la base. Lo que no hace menos curiosa la ecuación en el espejo.

Hubo un breve silencio. El coche dejó la plaza de la catedral y penetró en una calle todavía más estrecha y concurrida que aquella que habían seguido desde la estación.

–He escrito un poema acerca de esto –confesó finalmente Sebastian.

–¿No será uno de esos que me enviaste en Navidad?

El muchacho denegó con la cabeza.

–Creí que no te gustaría. Es un poco… Bien, no sé… Un poco religioso. Es decir, si se tratara de religión, pero, en realidad, no se trata… Pero, como veo que tú también lo has observado… Me refiero al modo en que las cosas quedan iluminadas desde abajo.

–¿Puedes recitármelo? Luchando entre la timidez y el deseo de expresarse, Sebastian, tras varios gruñidos y tartamudeos, dijo finalmente que sí.

> ¡Oh leve escualidez transfigurada
> en Ely, en Bourges, en belleza santa…

Echado hacia atrás en su rincón, Eustace escuchaba aquella voz serena y casi infantil y, a medida que surgían y desaparecían las luces, observaba aquel rostro apartado que miraba la oscuridad con ojos muy abiertos y gravedad angélica. Si, allí había talento; era indudable. Pero lo que le conmovía profundamente, hasta hacerle casi llorar, era la vehemencia, aquella buena fe sin sombra de engaño, aquella pureza esencial. Pureza, insistió… A pesar de que le era imposible decir lo que la palabra significaba ni tan siquiera justificar su empleo. Porque era manifiesto que el muchacho estaba obsesionado con el sexo. Se masturbaba con seguridad y tendría probablemente algún enredo homosexual o de otra clase, y, sin embargo, había allí pureza, verdadera pureza.

La recitación terminó y hubo un largo silencio, tan largo que Sebastian comenzó a preguntarse con inquietud si la leve escualidez no era tan buena como creía. Tío Eustace tenía buen gusto, y si tío Eustace pensaba que no

era buena… Pero el tío habló finalmente.

–Es algo muy hermoso –dijo con voz tranquila. Las palabras se referían menos al poema que a lo que él mismo había sentido al escucharlo, a aquella explosión inesperada de pura emoción y de afecto protector–. Muy hermoso. –Puso cariñosamente su mano en la rodilla de Sebastian. Después de una pausa, añadió sonriendo–: También yo escribía versos cuando tenía unos pocos años más que tú.

–¿De veras?

–Dowson y agua –dijo Eustace, meneando la cabeza–. Con algunas chispas de Wilde y de orina de gato. –Se echó a reír. Bastaba ya de sentimentalismos.– Ahora, no paso de la letrilla jocosa –continuó–. Pero, como Wordsworth observó con justicia:

> No te olvides de dar a la letrilla
> lo que es justo asignar, pues fue la llave
> con que Shakespeare perdió su acento grave,
> que a Petrarca alivió de su mancilla…

»Y así sucesivamente… Hasta que, desde luego, en manos de Milton:

> Convirtiose en trompeta do soplara
> los acentos más vivos, aunque pocos…

»Y después de esto, me creo en la obligación de contarte algo acerca de la «Joven de Spokane».

Así lo hizo. Entretanto, el coche había penetrado en unas sombras más vastas. Las luces se reflejaban en el agua; cruzaron un puente y, con velocidad cada vez mayor, marcharon durante uno o dos minutos a lo largo de un malecón. Después, su camino torció hacia la derecha, se hizo tortuoso y comenzaron a subir. Sebastian miraba fascinado por la ventanilla, observando cómo los faroles creaban de la nada una serie confluente de menudos universos. Una delgada cabra gris que se levantaba sobre sus patas traseras para tascar las jóvenes plantas que habían brotado en el estuco descortezado; un sacerdote con faldas negras que empujaba una bicicleta de

señora cuesta arriba; un acebo que se retorcía como un pulpo de madera; y, al pie de una escalinata, dos novios sorprendidos, que abandonaban su abrazo y miraban, con ojos brillantes y expresión risueña, la luz que los había evocado y que, ahora, apenas pasado un segundo, los hacía desaparecer.

Un momento después, el coche se detuvo ante unas altas verjas de hierro. Musicalmente, pero con tono imperioso, pidió entrada. Un viejecito brotó presuroso de las sombras y procedió a abrir las puertas.

El coche siguió su marcha bajo altos cipreses. Apareció y se desvaneció un macizo de jacintos; después, una fuente en un nicho en forma de concha. Al dar el Isotta su vuelta final, los focos llamaron a la vida a media docena de ninfas que se exhibían desnudas en sus pedestales. Finalmente, como si fuera la revelación final y que todo lo explicaba, se detuvieron ante un naranjo que crecía en una gigantesca maceta.

–Ya estamos –dijo Eustace. En aquel mismo momento, un mayordomo, vestido con chaqueta blanca, abrió la puerta y saludó con una deferente inclinación de cabeza.

Entraron en un vestíbulo alto y cuadrado, con columnas y bóvedas como una iglesia. El mayordomo tomó las cosas de los recién llegados y Eustace marchó adelante, por la escalera de piedra.

–Aquí está tu habitación –dijo, al tiempo que abría una puerta–. Que no te alarme *esto* –agregó, señalando al enorme lecho con pabellón–. Sólo el tallado es antiguo. El colchón es contemporáneo. Y tu cuarto de baño está ahí. –Señaló otra puerta.¿Crees que te será posible lavarte y arreglarte en cinco minutos?

Sebastian estaba seguro de ello y, en efecto, cinco minutos después bajó al vestíbulo. Una puerta entreabierta le invitaba; entró por ella y se encontró en el salón. Había un leve aroma picante en el ambiente y las arañas que colgaban del techo artesonado se reflejaban, con innumerables destellos, en las superficies de la porcelana y de la plata, en la madera tallada y en los bronces y marfiles. Montañas de lustroso quimón y enormes butacas y sofás alternaban con la muy tallada y alegremente pintada incomodidad de los muebles venecianos del siglo dieciocho. En el piso, se extendía una alfombra china de color amarillo, como una superficie de

suave sol antiguo. En las paredes, los marcos eran puertas que llevaban a otros mundos. El primer cuadro que Sebastian contempló era un universo extraño y brillante, muy vivo y, sin embargo, estático, definitivo y sereno… Un mundo en el que cada cosa estaba hecha de innumerables notas de color puro, en el que los hombres llevaban grandes tubos como sombreros y en el que los tontillos de las mujeres eran monumentales, como el granito de Egipto. Junto a este cuadro había otro que introducía en un mundo veneciano, donde un grupo de damas instaladas en una góndola arrastraba sus rasos rosas por el jade complementario del Gran Canal. Y ahí, sobre el manto de la chimenea, en un universo alocado de candelabros y sombras bituminosas, un grupo de monjes estilizados celebraba un festín bajo las bóvedas de una catedral…

La voz de su tío trajo al muchacho a la realidad.

–¡Ah! Veo que has descubierto mi Magnasco. –Eustace se acercó y le tomó del brazo.– Divertido, ¿verdad? –Pero, antes de que el muchacho pudiera contestar, continuó–: Ven ahora a ver lo que hice ayer. –Y arrastró al muchacho. – ¡Mira ahí!

Señaló. En un nicho arqueado, una mesa negra de cartón piedra, taraceada con dorados y madreperla. Sobre ella había un ramillete de flores de cera bajo una campana de cristal y una jaula alta y cilíndrica llena de pájaros cantores disecados. En la pared, entre estos dos objetos y a una altura algo mayor, colgaba una pequeña pintura del siglo catorce, representando a unos jóvenes de cabellera rizada que lanzaban sus flechas contra un San Sebastián atado a un manzano en flor.

–En homenaje a tu nombre –dijo Eustace–. Pero lo importante es que uno ha descubierto con esto el modo de utilizar estos primitivos de orden menor. Evidentemente, es ridículo tratar esta basura como arte serio. Pero, por otra parte, se trata de una basura deliciosa; no es posible desecharla. Bien, aquí está el modo de salir del dilema. ¡Mezclarla con el estilo de la época victoriana media! Resulta una ensalada deliciosa. Y ahora, muchacho, vamos a comer. El comedor está por aquí. Pasaremos por la biblioteca.

Echaron a andar. Desde atrás de la puerta que había en el otro extremo del largo túnel de libros, llegaba una voz agria y cascada y el repiqueteo de la plata y la porcelana.

–¡Bien, henos aquí por fin! –exclamó Eustace alegremente, al tiempo que abría la puerta.

Vestida con un traje de noche de un azul acerado y adornado su cuello de momia con siete hileras de perlas, la Reina Madre miró sin ver hacia los recién llegados.

–Conoces mis costumbres, Eustace –dijo, con su voz de sargento mayor–. Nunca espero a nadie para cenar más allá de las siete y cuarenta y cinco. A nadie –repitió con énfasis–. Estamos casi terminando…

–¿Algo más de fruta? –preguntó suavemente la señora Thwale, poniendo en la mano de la anciana un tenedor en el que había sido clavado un cuarto de pera. La señora Gamble tomó un bocado.

–¿Dónde está el muchacho? –preguntó con la boca llena.

–Aquí.

Sebastian fue llevado hacia adelante y, cautelosamente, estrechó la garra enjoyada que se le ofrecía.

–Conocí a tu madre –dijo la señora Gamble con su voz áspera–. Bonita, muy bonita. Pero muy mal educada. Espero que te hayan educado a ti mejor. –Terminó el trozo de pera y abandonó el tenedor.

Sebastian se encendió hasta las orejas e hizo un ruido inarticulado y de lamentación para expresar que así lo esperaba.

–¡Habla! –dijo la señora Garnble con brusquedad–. No puedo soportar los gruñidos. Hoy en día los jóvenes no saben más que mascullar. ¡Veronica!

–Diga, señora Gamble…

–¡Ah, por cierto! Muchacho, la señora Thwale…

Sebastian avanzó en el aura perfumada y, al levantar la vista de los pliegues del traje gris paloma, casi dio un grito de asombro ante lo que vio. Aquel rostro oval enmarcado por el suave cabello oscuro… era el rostro de Mary Esdaile.

–¿Qué tal está usted, Sebastian?

Aunque era bastante extraño, nunca había percibido claramente, con su oído interior, el sonido de la voz de Mary. Pero era manifiesto que los tonos eran precisamente éstos. Más bien graves, pero claros y exquisitamente bien articulados.

–¿Qué tal está usted?

Se estrecharon las manos.

Solamente en los ojos había una diferencia entre la fantasía y la encarnación. La Mary Esdaile de sus sueños siempre había bajado la vista al sentirse mirada. Y Sebastian podía mirar en sus sueños de modo firme, dominante, seguro de sí mismo. Como miraba su padre. Pero esto no era un sueño, sino la realidad. Y en la realidad seguía tan tímido como siempre. Aquellos ojos oscuros se fijaban en él, escrutadores y levemente irónicos. La mirada de Sebastian vaciló y, finalmente, se apartó temerosa.

–Usted sabe hablar el inglés como Dios manda, Veronica –rechinó la señora Gamble–. Cuide de darle unas cuantas lecciones mientras esté aquí.

–Será para mí una gran satisfacción –contestó Veronica Thwale, como si estuviese leyendo un libro sobre etiqueta victoriana. Levantó de nuevo la vista hacia el rostro de Sebastian, mientras en sus labios de líneas perfectas se dibujaba una leve sonrisa. Después, volviéndose de nuevo, se dedicó a pelar el resto de la pera de la señora Gamble.

–Dejen al muchacho que se sienta y coma –dijo Eustace, quien ya se había instalado y estaba a la mitad de su sopa. Agradecido, Sebastian se dirigió al lugar que le habían asignado.

–Debí haberte prevenido acerca de nuestra Reina Madre –continuó Eustace jocosamente–. Su mordedura es todavía peor que su ladrido.

–¡Eustace! ¡Nunca oí semejante impertinencia!

–Eso es porque usted nunca se escucha a sí misma –replicó Eustace.

La anciana hizo oír un rechinamiento a guisa de risa aprobatoria y hundió sus falsos dientes en otro trozo de pera. El jugo corrió por la barbilla y cayó en el manojo de flores que adornaba el busto.

–En cuanto a la señora Veronica Thwale –prosiguió Eustace–, no la conozco lo suficiente para darte consejos respecto a ella. Tendrás que averiguarlo por tu exclusiva cuenta cuando te dé las lecciones. ¿Le agrada dar lecciones, señora Thwale?

–Depende de la inteligencia del discípulo –respondió Veronica con gravedad.

–¿Y cree que este discípulo es inteligente?

Una vez más Sebastián se vio obligado a rehuir la mirada de aquellos ojos oscuros y escrutadores. Pero era una mujer muy bonita con aquel traje gris, con aquel cuello tan blanco y aquellos pechos menudos.

–Muy inteligente –dijo la señora Thwale al fin–. Pero, desde luego –añadió–, en lo que se refiere a mascullar, nunca se puede tener seguridad. Mascullar es algo muy especial, ¿no lo cree usted así?

Y antes de que Eustace pudiera contestar, emitió su curiosa risita, entre bufido y estertor. Fue un segundo solamente; enseguida, el rostro recobró su serenidad de mármol. Delicadamente, Veronica comenzó a pelar una mandarina.

La señora Gamble se volvió hacia su yerno.

–El señor De Vries vino a verme esta tarde. Por él he sabido dónde has comido.

–Y al que no se oculta secreto alguno… –comentó Eustace.

La señora Thwale levantó los párpados para dirigir a Eustace una rápida mirada de complicidad. Enseguida, puso de nuevo la vista en el plato.

–Un joven muy culto –continuó Eustace.

–Me resulta muy simpático –sentenció con énfasis la Reina Madre.

–Y él la adora –dijo Eustace, con ironía apenas velada–. Y, entretanto, ¿qué tal marchan las cosas con su Einstein, señora Thwale?

–Hago lo que puedo –contestó Veronica sin levantar la vista.

–No lo dudo –repuso Eustace en un tono de malicia cordial.

La señora Thwale le miró, pero esta vez no había complicidad ni indicio alguno de réplica alegre en los ojos; sólo una frialdad de piedra. Con tacto, Eustace cambió de tema.

–He tenido esta tarde una larga conversación con Laurina Acciaiuoli –dijo, volviéndose de nuevo hacia la señora Gamble.

–¿Cómo, todavía no se nos ha ido? –La Reina Madre parecía decepcionada, casi ofendida.– Creí que estaba muy enferma, sin cura posible –añadió.

–Aún no se halla en ese estado –observó Eustace.

–A veces, tiran en esa forma muchos años –rechinó la señora Gamble–. Tu madre se fue hace ya algún tiempo, ¿verdad, Sebastian?

–En 1921.

–¿Qué? –gritó la anciana–. ¿Qué? ¿Ya estás mascullando de nuevo?

–En 1921 –repitió Sebastian, con voz más fuerte.

–¡No grites así! –rugió el sargento mayor fantasmal–. No soy sorda. ¿Has tenido desde entonces alguna comunicación con ella?

–¿Comunicación? –repitió Sebastian con asombro.

–A través de un médium –explicó Eustace.

–¡Ah, *comprendo!* No, ninguna.

–No a causa de objeciones religiosas, supongo…

Eustace se echó a reir.

–¡Qué observación más absurda!

–No tiene nada de absurda –replicó la Reina Madre–. Mi propia nieta hace objeciones religiosas. Principalmente, por culpa de su padre, Veronica –añadió.

La señora Thwale trató de excusarse.

–No es culpa suya –dijo la Reina Madre generosamente–. Pero Daisy es una estúpida en hacer caso a su padre de usted. Ahí está entre un marido y un hijo deseosos de comunicarse con ella y no hace absolutamente nada. Me pone enferma.

Empujó hacia atrás su silla y se levantó.

–Nos vamos arriba –dijo–. Buenas noches, Eustace.

Como la anciana no podía verle, Eustace no se molestó en levantarse.

–Buenas noches, Reina Madre –saludó.

–Y tú, muchacho, tendrás tu primera lección mañana, ¿me oyes? Vamos, Veronica.

OceanofPDF.com

CAPITULO XII

La señora Thwale tomó el brazo de la anciana y la condujo a través de la puerta que Sebastian había abierto para ellas. Al pasar ambas a su lado, Sebastian aspiró el perfume de Veronica. Era un perfume agradable, pero, al mismo tiempo, oscuramente animal, como si una vaharada de sudor se hubiese mezclado perversamente con las gardenias y la madera de sándalo. Sebastian cerró la puerta y volvió a su sitio.

–Es toda una diversión, esta Reina Madre. –dijo Eustace–. Pero siempre se siente un alivio cuando se va. La mayoría de la gente no debería estar presente más de cinco minutos seguidos. Pero esta pequeña Thwale, en cambio… Es una pieza de museo.

Se interrumpió para protestar de las pobres proporciones del filete de lenguado que Sebastian se había servido. Era una receta de los *Trois Faisans* de Poitiers. Tuvo que sobornar al *chef* para conseguirla. Obedientemente, Sebastian se sirvió más. El mayordomo volvió al extremo de la mesa.

–Una verdadera pieza de museo –repitió Eustace–. Si yo tuviese veinte años menos o tú cinco años más… Salvo, desde luego, que tú no necesites ni un ario más… ¿Qué me dices? –Miró al muchacho alegre y significativamente. Sebastian trató de responder con la clase adecuada de sonrisa.

–*Verb. sap*. –continuó Eustace–. Y nunca dejes para mañana el placer que puedas disfrutar hoy.

Sebastian no dijo nada. *Sus* placeres, pensaba amargamente, eran únicamente los de su fantasía. Cuando la realidad se presentaba, solía quedar aterrorizado. ¿Por qué no pudo tan siquiera sostener la mirada de ella?

Tras limpiarse los grandes labios relajados, Eustace bebió un trago del champaña que habían servido en su copa.

–Roederer 1916 –dijo–. Me agrada muchísimo.

Representando el papel de un catador consumado, Sebastian tomó uno o dos traguitos y, enseguida, se echó al coleto media copa. Se dijo que tenía el gusto de una manzana pelada con un cuchillo de acero.

–Es buenísimo –dijo en voz alta. Enseguida, recordando la última pieza de Susan, agregó–: Es… es como la música de clavicordio de Scarlatti. –Se puso encendido, porque comprendió que aquello parecía forzado, muy poco natural.

Pero Eustace se mostró encantado de aquella comparación.

–Y me alegra mucho –añadió– que no sigas el camino de tu padre. Esa indiferencia ante los refinamientos de la vida es verdaderamente escandalosa. Puro calvinismo, nada más. Calvinismo sin la excusa de la teología de Calvino.

Tomó el último bocado del pescado que se había servido por segunda vez y, echándose hacia atrás en su silla, miró satisfecho en torno, recorriendo con la vista la mesa bellamente puesta, los muebles estilo Imperio, el paisaje de Domenichino que había sobre el manto de la chimenea, las cabras de tamaño natural que, firmadas por Rose da Tivoli, estaban instaladas sobre el aparador y a los dos domésticos que trabajaban con la silenciosa precisión de un jugador de manos.

–Nada de Calvino para mí –dijo–. Preferiré siempre el catolicismo. El pobre Trasíbulo con su turíbulo; el padre Cantos con su liturgia y sus santos. ¡Poco que se divierten con sus charadas y sus acertijos! Si no fuera por el cristianismo que mezclan con todo eso, me convertiría mañana mismo.

Se inclinó hacia adelante y, con una maña y una delicadeza de tacto asombrosas, arregló la disposición de las frutas del cuenco de plata que había entre dos candelabros.

–La belleza santa… –dijo–. La belleza santa… Me encanta que hayas empleado esa expresión en tu poema. Y recuerda que eso no se aplica solamente a las iglesias. Así… Está mucho mejor. –Dio el último toque a las uvas de invernadero y volvió a arrellanarse en su silla.– Tuve una vez un

viejo mayordomo que era una joya. No espero tener otro igual. –Suspiró y meneó la cabeza.– Aquel hombre te organizaba una gran cena con la solemne perfección de una misa cantada en la Magdalena.

El pollo con crema sucedió al pescado. Eustace, tras una breve digresión acerca de las trufas, volvió a la belleza santa y, poco después, pasó a considerar la vida como una de las bellas artes.

–Pero es un arte que todo el mundo se niega a reconocer –se lamentó–. No se admira a sus maestros; se les considera como unos holgazanes y despilfarradores. Los códigos morales han sido hechos siempre por hombres como tu padre. O, en el mejor de los casos, por hombres como Bruno. Las gentes como yo apenas pueden meter baza. Y cuando metemos baza, como sucedió una o dos veces durante el siglo XVIII, nadie nos toma en serio. Y, sin embargo, hacemos mucho menos daño que los demás. No hacemos guerras, ni cruzadas contra los albigenses, ni revoluciones comunistas. «Vive y deja vivir» es nuestro lema. Mientras que su idea de la bondad es «muere y mata», hazte matar por una causa estúpida y mata a todo aquel que no esté de acuerdo contigo. El infierno no está empedrado meramente de buenas intenciones; también está amurallado y techado con ellas. Sí. Y también amueblado.

Sebastian había tomado ya su segunda copa de champaña y esta observación le pareció, por una u otra razón, extraordinariamente cómica, por lo que le entró una risa nerviosa que terminó fastidiosamente en un eructo. Aquello era tan malo como la cerveza de jengibre.

–¿Conocerás, supongo, al Hombre de Moldavia?

–¿Te refieres al que no quería creer en el Salvador?

Eustace asintió con la cabeza.

–«En su vista» –citó–, «poniéndose como jefe y cabeza, fundó el culto del Comportamiento Decoroso». Observa que esto no es muy propio; no *quería* ser cabeza de nada, sino simplemente disfrutar en paz y tener buenas maneras. En otras palabras, era el confucianismo. Pero, por desgracia, China estaba también llena de budistas, taoístas y señores de la guerra de todas clases. Había gente con temperamentos agresivos y gente con temperamentos inhibidos y escrupulosos. Gentes horribles como Napoleón y gentes horribles como Pascal. Había el Hombre de Córcega que sólo creía

en el poder. Y el Hombre de Port Royal que se torturaba a sí mismo creyendo en el Dios de Abraham e Isaac y no en los filósofos. Entre unos y otros, nuestro pobre Hombre de Moldavia no tenía la menor oportunidad. Ni en China ni en parte alguna.

Hizo una pausa para servirse el chocolate *soufflé*.

–Si tuviera conocimiento o energía bastantes –continuó–, escribiría un esbozo de historia universal. No en función de la geografía, el clima, la economía o la política. Nada de eso es fundamental. En función del temperamento. En función de la eterna lucha triangular entre el Hombre de Moldavia, el Hombre de Córcega y el Hombre de Port Royal.

Eustace se interrumpió para pedir un poco más de crema; después, continuó. Cristo, desde luego, había sido un Hombre de Port Royal. Otro tanto fueron Buda y la mayoría de los hindúes. Lo mismo podía decirse de Laotsé. Pero Mahoma tenía dentro muchas cosas del Hombre de Córcega. Y otro tanto sucedía con muchos santos y doctores de la Cristiandad. Es así como se llegaba a la violencia y la rapiña, practicadas por prosélitos crueles y justificadas por una teología ideada por introvertidos. Y entretanto, todos abusaban del pobre Hombre de Moldavia. Salvo tal vez entre los indios pueblos, nunca había habido una sociedad predominantemente moldava, una sociedad en la que fuera de mala educación alimentar ambiciones, herético tener una religión personal, criminal ser caudillo *y* virtuoso darse buena vida en paz y quietud. Aparte de Zuñi y Taos, el Hombre de Moldavia había tenido que contentarse con consignar su protesta, con aplicar los frenos y con sentarse y negarse a marchar como no fuera a rastras. Confucio era el que más éxito había tenido en moderar las furias de las gentes de Córcega y de Port Royal. En cambio, en el oeste, Epicuro se había convertido en un mote, Bocaccio, Rabelais y Fielding eran considerados como meros hombres de letras, y nadie se preocupaba ya de leer a Bentham ni tan siquiera a John Stuart Mill. Y, recientemente, el hombre de Port Royal comenzaba a ser tratado tan mal como el Hombre de Moldavia. Nadie leía ya a Bentham, pero nadie tampoco leía el Kempis. El cristianismo tradicional llevaba camino de quedar tan desacreditado como

el epicureísmo. La filosofía de la acción por la acción, del poder por el poder, se había convertido en la ortodoxia establecida. «Has triunfado, ¡oh rapaz Babbit!».

–Y ahora –terminó–, vayamos a tomar café donde podamos estar más cómodos.

Moviéndose delicada y reflexivamente dentro de su frágil mundo de incipiente embriaguez, Sebastian si guió a su tío al salón.

–No, gracias –dijo, cuando su tío le ofreció un cigarro todavía más largo y negro que los del Dr. Pfeiffer.

–Entonces, fuma un cigarrillo –dijo Eustace, mien tras escogía para sí un Romeo y Julieta. Húmeda y amorosamente, los relajados labios se cerraron en torno al objeto de sus ansias. Aspiró en la llama de la lamparilla de plata y, un momento después, el pezón estaba cediendo su aromática leche y la boca estaba llena de humo. Eustace dejó escapar un suspiro de satisfacción. El tabaco le sabía como algo nuevo, como la exquisita revelación que le había, parecido en su juventud; parecía que su paladar era virgen y que se trataba de su primera y asombrosa introducción al placer–. Debes darte prisa –dijo– a adquirir la costumbre del cigarro. Es una de las mayores satisfacciones. Una satisfacción que dura mucho más que el amor y que cuesta mucho menos en quebrantos y lágrimas emocionales. Aunque, desde luego –agregó, recordando a Mimi–, el amor puede ser muy simplificado. Muy simplificado. –Tomó afectuosamente el brazo de Sebastian.– Todavía no has visto lo mejor de la exposición. –Y, después de conducir al muchacho a través de la habitación, encendió una luz. Bajo la luz, apareció un bello fragmento de mitología. En un claro verde, con el Mediterráneo y un par de islas de Capri como fondo, Adonis dormía entre sus perros. Inclinada sobre él, una Venus rubia y anhelante estaba apartando el velo de gasa bordado en oro, única prenda que cubría el cuerpo tendido, mientras, en primer término, un Cupido apuntaba maliciosamente al seno izquierdo de la diosa con una flecha tomada del carcaj del joven cazador.

«La cópula incandescente de los dioses…», se dijo Sebastian, mientras contemplaba el cuadro con arrobamiento. Vinieron a su mente otras frases. «Ardiendo en ansias divinas». «La pura y lasciva inocencia del cielo». Pero lo que hacía esta determinada incandescencia tan deliciosa era que había

sido expresada con cierto dejo de ironía, con una leve indicación –hecha sutilmente por un par de conejos que aparecían en el primer término de la izquierda, por el pinzón real que asomaba entre las hojas de roble y los tres pelícanos y el centauro que se divisaban en la playa distante– de que todo ello era un poco absurdo.

–Hacerse el amor –observó Eustace– es raras veces en la realidad tan bonito como la idea que del acto tiene Piero di Cosimo. –Se alejó un poco y comenzó a quitar el papel que envolvía los dibujos que había comprado aquella mañana en casa de Weyl. Se parece mucho más a Degas. –Pasó a Sebastian el esbozo de la mujer que se secaba la nuca.

–Cuando te seduzcan –dijo–, ella se parecerá probablemente más a *esto* que a *eso*. –Señaló con la cabeza a la Venus de Piero.

Dentro de su privado universo de champaña, Sebastian contestó con una risita.

–¿O es que ya te han seducido? –El tono de Eustace era de broma–. Claro está que no es asunto mío –añadió, mientras Sebastian dejaba escapar otra risita y se ponía colorado–. Te daré un consejo, sin embargo. Recuerda que tu talento importa más que tu diversión. Recuerda también que la diversión de una mujer puede a veces ser incompatible, no sólo con tu talento, sino también con tu propia diversión. Y recuerda que, si esto sucede, la única estrategia es la huida.

Sirvió coñac en dos enormes copas que habían traído, puso azúcar en una de las tazas de café y, sentándose pesadamente en un sofá, invitó al muchacho a que se sentara a su lado.

Con ademanes de profesional, Sebastian agitó el licor de su copa y sorbió un traguito. Aquello olía a alcohol de metilo. Mojó un terrón de azúcar en su café y empezó a morderlo, como lo habría hecho tras una dosis de quinina amoniacal. Después, volvió a contemplar el dibujo.

–¿Cuál es su equivalente en poesía? –dijo reflexivamente–. ¿Villon? –Meneó la cabeza.– No. Esto no es trágico. Donne se parece algo más… Pero Donne es un satírico y este hombre no lo es.

–Y Swift –observó Eustace– no sabe expresar la belleza de sus víctimas. Las curvas fascinadoras de la mujer hecha y derecha, los deliciosos verdes y magentas de la adolescente… No llega ni a ver estas

cosas y, como es natural, no sabe enseñárnoslas…

Rieron juntos. Enseguida, Eustace acabó con el coñac que quedaba en su copa y se sirvió por segunda vez.

–¿Qué te parece Chaucer? –preguntó Sebastian, después de otro examen del dibujo.

–¡Tienes razón! –exclamó Eustace con entusiasmo–. Tienes muchísima razón. Él y Degas… Los dos conocían el mismo secreto: la belleza de la fealdad, la comedia de la beatitud. Ahora bien, supongamos que te dan a elegir –continuó–. *La Divina Comedia* o *Los Cuentos de Canterbury*… ¿Qué hubieras preferido escribir? –Y sin dar tiempo a Sebastian para contestar, dijo–: yo hubiera elegido *Los Cuentos de Canterbury*. ¡Oh, sin vacilación! Y como hombre, ¡cuánto más hubiera preferido ser Chaucer! Vivir a través de los desastrosos cuarenta años que siguieron a la Muerte Negra sin más que una sola referencia a los disturbios en todos sus escritos… ¡Y esa referencia es de carácter cómico! Ser administrador y diplomático y no considerar que el hecho tenía la suficiente importancia para quedar mencionado… En cambio, Dante tuvo que intervenir en la política de los partidos y, por haber apostado al mal caballo, que pasar el resto de su vida odiando y compadeciéndose. Se venga de sus enemigos políticos poniéndolos en el infierno y recompensa a sus amigos situándolos en el purgatorio y en el paraíso. ¿Hay algo más tonto y más mezquino? Y, desde luego, si no hubiese sido el segundo de los grandes virtuosos del lenguaje de todos los tiempos, nadie hubiera acertado a decir nada bueno de él.

Sebastian se echó a reír y asintió con la cabeza. El alcohol y el hecho de que su tío le hablara seriamente y escuchara sus opiniones con respeto le hacían sentirse muy feliz. Bebió un poco más de coñac y, mientras mordía el terrón de azúcar con que quería quitarse el sabor, miró de nuevo al dibujo de la mujer de la toalla. La alegría activó sus facultades y, casi repentinamente, surgió una cuarteta. Sacando su lápiz y su papel, comenzó a escribir.

–¿Qué estás haciendo?

Sebastian no contestó con palabras, sino que arrancó la hoja y la entregó a su tío. Eustace se puso el monóculo y leyó en voz alta:

Para algunos pintores no hay bastante
con todo Ovidio más Nicea entera;
Degas nos pide sólo una bañera,
dos nalgas y dos pechos pendulantes.

Dio una palmada en la rodilla de Sebastian.

–¡Bravo! –exclamó–. ¡Bravo!

Repitió el último verso y rió hasta tener un acceso de tos.

–Vamos a hacer un cambio –dijo, terminado el acceso y tras haber bebido otra taza de café y un poco más de coñac–. Yo me quedaré con estos versos y tú te llevarás el dibujo.

–¿Yo?

Eustace asintió con la cabeza. Era un placer manifiesto hacer algo por quien replicaba a uno de modo tan cordial, con simpatía tan sincera.

–Cuando vayas a Oxford, te lo llevarás contigo. Un dibujo de Degas sobre el manto de la chimenea… Te proporcionará casi tanto prestigio como el formar parte del equipo de remo. Además –agregó–, sé que te agradará la cosa por sí misma.

Enseguida pensó que no podía decir otro tanto de su hijastra. Al fin y al cabo, él no tenía más que el usufructo; después de su muerte, todo iría a parar a Daisy Ockham. No solamente los valores y acciones, sino también aquella casa y cuanto había en ella: los muebles, las alfombras, las porcelanas… Sí, hasta los cuadros. Su absurdo san Sebastián, sus dos deliciosos Guardi, su Magnasco, su Seurat, su Venus y Adonis… Su Venus y Adonis, que Daisy encontraría seguramente demasiado indecente para su salón, pues las muchachas Exploradoras o cualesquiera otras que entraran lo verían y se formarían ideas perniciosas. Y tal vez instalara a las muchachas allí mismo, en la villa. Enjambres de hembras adolescentes, de caras de pastel y llenas de granos, andarían por toda la casa, riéndose con incomprensión bárbara de todo lo que viesen. La sola idea le ponía enfermo. Pero, al fin y al cabo, no estaría en condiciones de enfadarse. Y enfadarse por adelantado, sin que hubiera razones inmediatas, era simplemente estúpido. No menos tonto que pensar en la muerte. Mientras uno vivía, la muerte no existía, salvo para otras gentes. Y cuando uno

moría, no existía nada, ni la misma muerte. Entonces ¿para qué molestarse? Especialmente, si tenía en cuenta que hacía todo lo posible para posponer el acontecimiento. Fumaba sólo uno de esos celestiales Romeo y Julieta, bebía sólo una copa de coñac después de la cena… Pero no; ya había bebido dos. Esta que llevaba ahora a los labios era la tercera. Bien, no importaba; procuraría no volverlo a hacer. Esta noche estaba celebrando la llegada de Sebastian. No todos los días había que dar la bienvenida a un niño prodigio. Tomó un sorbo e hizo que el licor recorriera toda su boca; en la lengua y el paladar consumaba el más feliz de los matrimonios con el adherente aroma del cigarro.

Se volvió hacia Sebastian.

–¿En qué piensas?

El muchacho se echó a reír con cierto embarazo y contestó que no valía la pena decirlo. Pero Eustace insistió.

–Bien, para empezar –dijo Sebastian–, diré que estaba pensando… Bien, estaba pensando en el magnífico comportamiento que has tenido conmigo. –No era completamente exacto; la imaginación de Sebastian había estado más ocupada en los dones que en el donante.– Y después –continuó muy de prisa, comprendiendo, tarde como de costumbre, que su tributo formulario no parecía muy convincente–, pensaba en las cosas que he de hacer cuando tenga ropa de etiqueta.

–¿Llevar, por ejemplo, a todas las coristas del Gaiety a cenar a Ciro’s?

Sorprendido en este sueño no muy elevado, Sebastian se puso encendido. Se había imaginado que estaba en el Savoy, no precisamente con todas las coristas del Gaiety, sino concretamente con las dos muchachas que iban a ir a la fiesta de Tom Boveney. Y una de las muchachas se había convertido en la señora Thwale.

–¿He acertado?

–Te diré… Exactamente, no –contestó Sebastian.

–*Exactamente*, no –repitió Eustace, con ironía, benevolente–. Bien ¿ya te das cuenta que siempre quedarás decepcionado?

–¿De qué?

–De las muchachas, de las fiestas, de la vida en general. Nadie que tenga una u otra especie de imaginación creadora puede escapar a la decepción en la vida real. Cuando era joven, solía sentirme muy desdichado porque no tenía ningún talento. Solamente un poco de gusto y de inteligencia. Ahora no estoy seguro de que eso no sea lo mejor para ser feliz. La gente como tú no resulta conmensurable con el mundo en que vive. Mientras que los que son como yo saben adaptarse siempre. –Apartó el pezón de sus húmedos labios para tomar otro sorbo de coñac.

»Tu misión no es hacer cosas –resumió–. No es tan siquiera vivir. Es escribir versos. *Vox et praeterea nihil*, tal es lo que tú eres y lo que debes ser. O más bien *voces*, no *vox*. Todas las voces del mundo. Como Chaucer. Como Shakespeare. La voz del Molinero y la del Cura, la de Desdémona y la de Caliban, la de Kent y la de Polonio. Todas ellas imparcialmente.

–Imparcialmente –repitió Sebastian, con lentitud.

Sí, estaba muy bien; era exactamente lo que había tratado de concretar acerca de sí mismo, pero sin lograrlo nunca, porque tales pensamientos no casaban con los patrones éticos y filosóficos que le habían enseñado a considerar como axiomáticos. Voces, todas las voces imparcialmente. Quedó encantado con la idea.

–Desde luego –continuaba Eustace–, siempre podrás alegar que vives más intensamente en tu sustitutivo mental del mundo que los que nos revolvemos en el mundo real. Y me siento inclinado a admitirlo. Pero el fastidio es que no te contentarás con recluirte en ese hermoso *ersatz*. Tendrás que descender a la ropa de etiqueta, a Ciro y a las coristas. ¡Y tal vez a la política y a las reuniones de comité, Dios nos valga! Con resultados lamentables. Porque no te sentirás a tus anchas con esos trozos de materia. Te deprimirán, te desconcertarán, te escandalizarán, te enfermarán y te inducirán a mil tonterías. Y, sin embargo, te seguirán tentando, durante toda la vida. Tentándote a acciones que sabrás por adelantado van a hacerte desdichado y a distraerte de lo que tú sabes hacer bien, de aquello por lo que la gente ha de estimarte.

Era interesante oír todo aquello, pero los efectos estimulantes del alcohol habían desaparecido, y Sebastian se sentía ahora repentinamente invadido por una especie de estupor que ahogaba todos los pensamientos

sobre poesía, voces y ropas de etiqueta. Disimuladamente, bostezó. Las palabras de su tío llegaban hasta él a través de una niebla que alternadamente se espesaba y aclaraba, dejando que el significado brillara por unos momentos, pero volviendo enseguida a oscurecerlo todo.

–… *Fascinatio nugacitatis* –decía Eustace–. Está traducido de modo muy diferente en la versión inglesa de los Apocrypha. ¡Pero qué maravilloso resulta en la Vulgata! La fascinación de lo trivial…. El ser movido por meras nonadas. ¡Qué bien conozco esa fascinación! ¡Y qué intensa puede llegar a ser! Hacer tonterías por el placer de hacerlas. Y, sin embargo, ¿cuál es la alternativa? Comportarse como el Hombre de Córcega o como algún terrible fanático…

Una vez más, las sombras invadieron el espíritu de Sebastian; era un estupor turbado solamente por temblorosas sensaciones de vértigo y leves náuseas. Tenía ganas de estar en la cama. De modo muy claro y sonoro, el reloj dio la media.

–Las diez y media –proclamó Eustace–. Tiempo y medio tiempo. La inocencia y la hermosura no tienen más enemigo que el tiempo. –Dejó escapar un eructo.– Eso es lo que me gusta del champaña… Hace a uno ser poeta. Todos los residuos de cincuenta años de lectura suben a la superficie. *O lente, lente currite, noctis equi*!

O lente, lente.… Con ritmo fúnebre, los caballos negros desfilaron a través de la niebla. Y bruscamente Sebastian se dio cuenta de que su barbilla había tocado el pecho. Se despertó con un sobresalto.

–La fe… –estaba diciendo su tío–. Nada pueden hacer sin una fe. Siempre necesitan alguna idea insensata que los aparte de la realidad y les haga comportarse como chiflados. ¡Y mira los resultados en nuestra historia! –Tomó otro sorbo de coñac y chupó voluptuosamente su cigarro.– Primeramente, creyeron en Dios. No en los tres Vertebrados Gaseosos, sino en el Vertebrado Gaseoso único. ¿Y qué sucede? Van desfilando el Papa, el Santo Oficio, Calvino, John Knox y las guerras de religión. Después se cansan de Dios y hacen la guerra y matan en nombre de la Humanidad. Humanidad y Progreso, Progreso y Humanidad. A propósito, ¿has leído *Bouvard et Pécuchet*?

Con retraso, Sebastian salió de su coma y dijo que no.

–¡Qué libro! –exclamó Eustace–. Sin comparación, es lo mejor que ha hecho Flaubert. Es uno de los gran des poemas filosóficos del mundo… Y probablemente el último que se escriba jamás. Porque es manifiesto que después de *Bouvard et Pécuchet* no queda ya nada que decir. Dante y Milton se limitan a justificar los modos de Dios. Pero Flaubert desciende hasta la raíz de las cosas. Justifica los modos del Hecho. Los modos del Hecho en cuanto afectan, no solamente al hombre, sino también a Dios… Y no solamente al Vertebrado Gaseoso, sino también a los demás fantásticos productos de la imbecibilidad humana, incluso, desde luego, nuestro viejo amigo, el Progreso Inevitable. ¡Progreso In evitable! –repitió–. Una indispensable matanza más de capitalistas, comunistas, fascistas, cristianos o herejes y ya estamos…, ya estamos en el Dorado Futuro. Pero, es innecesario decirlo, está en la misma naturaleza de las cosas, el futuro *no puede* ser dorado. Por la sencilla razón de que nadie consigue nunca nada por nada. La matanza ha de pagarse siempre y su precio es un estado de cosas que garantiza absolutamente contra la posibilidad de lograr el bien que la matanza pretendía. Y eso mismo pasa con las revoluciones incruentas. Todo avance notable en la técnica o en la organización exige un precio y es frecuente que el débito sea más o menos equivalente al crédito. Salvo en el caso en que sea más que equivalente, como ha sucedido con la educación universal, con la telegrafía inalámbrica o con esos malditos aeroplanos. En cuyo caso, desde luego, el progreso es un paso hacia atrás y hacia abajo. Hacia atrás y hacia abajo –repitió. Y, retirando el cigarro de la boca, se echó hacia atrás y rió de buena gana. De pronto se interrumpió, y su rostro de gruesas facciones se contrajo en una mueca de dolor. Se llevó una mano al pecho.

–Acedía –exclamó, meneando la cabeza–. Es lo que pasa con el vino blanco. Tendré que dejar el Hock y Riesling por completo. Y también, a veces, el champaña.

Eustace hizo otra mueca y se mordió los labios. El dolor cedió un poco. Con cierta dificultad, abandonó su profundo asiento.

–Por fortuna –añadió, con una sonrisa–, no hay como el bicarbonato para poner a uno como nuevo.

Volvió a colocar el pezón en la boca y, atravesando el salón y el vestíbulo, penetró en el pasillo que llevaba al lavabo del piso bajo.

En cuanto se vio solo, Sebastian se levantó, descorchó el coñac y vertió en la botella el licor que todavía le quedaba en la copa. Después bebió un poco de soda y se sintió mucho mejor. Se acercó a una de las ventanas, descorrió la cortina y miró al exterior. Brillaba la luna. Contra el fondo del cielo, los cipreses eran obeliscos de oscuridad sólida. A sus pies estaban las pálidas estatuas gesticulantes y, atrás y abajo, muy lejanas, se veían las luces de Florencia. Era indudable que allí habría tugurios como los de Camden Town, trotacalles de traje azul en las esquinas y toda clase de hedores y estupideces, toda clase de miserias y humillaciones. Pero aquí sólo había orden e intención, significación y belleza. Esto era uno de los fragmentos del mundo donde los seres humanos *deberían* vivir.

De pronto, en un acto de pura percepción intelectual, se dio cuenta del poema que iba a escribir acerca de aquel jardín. No de los accidentes –el arreglo métrico, las palabras y las frases–, sino de la forma esencial, del espíritu animador. La forma y el espíritu de un largo lirismo meditativo, de una reflexión poética intensificada hasta el punto del lamento y del canto y sostenida en su intensidad por una especie de milagro duradero. Durante unos instantes percibió perfectamente su poema no escrito… Este conocimiento originó en su interior una extraordinaria felicidad. Enseguida, todo desapareció.

Dejó caer la cortina, volvió a su butaca se sentó para luchar con los problemas de la composición. Dos minutos después estaba profundamente dormido.

* * *

Había un cenicero de ónix en la repisa de la ventana. Muy cuidadosamente, a fin de no perturbar la perfecta combustión, Eustace dejó su cigarro, se volvió y abrió la puerta del botiquín que había sobre el lavabo. Era un botiquín bien provisto, a fin de que, si tenía durante el día necesidad de

algún remedio in mediato interno o externo, no le fuera preciso subir hasta su cuarto de baño. Le gustaba decir que, en diez años, se había ahorrado el trabajo necesario para llegar a la cumbre del Everest.

De la fila de medicamentos del anaquel superior tomó el bicarbonato, destornilló el frasco y puso en su palma izquierda cuatro de las tabletas blancas. Estaba colocando el frasco en su sitio, cuando otro acceso de aquella violenta acedía le indujo a duplicar la dosis. Llenó un vaso de agua y comenzó a tragar las tabletas, una a una, con un sorbo cada vez. Dos, tres, cuatro, cinco, seis… Y, en aquel mismo momento, el dolor fue como si un hierro candente hurgara dentro del pecho. Sintió un vahído y un negro torbellino oscureció el mundo exterior. A ciegas sus manos tantearon la pared hasta que hallaron la superficie suavemente esmaltada de la tapa del retrete. Con torpe movimiento se sentó y, enseguida, se sintió mucho mejor. «Ha debido de ser ese maldito pescado», se dijo. La receta exigía mucha salsa y se había servido dos veces. Tragó las dos últimas tabletas, bebió el resto del agua y, extendiendo el brazo, puso el vaso sobre la repisa de la ventana. Pero, cuando el brazo se estiró, volvió el dolor, esta vez en nueva forma. Porque ahora era un dolor a un tiempo indecente y angustioso. E inmediatamente Eustace se vio braceando en busca de aliento e invadido por un terror más intenso que cualquier otro miedo que hubiera antes experimentado. Durante unos segundos, fue un terror absolutamente puro y ajeno a todo motivo. Después, bruscamente, el dolor hizo caer su brazo izquierdo; fue algo odioso, nauseabundo, como recibir un golpe bajo, como un terrible impacto en las partes pudendas… Y, en un relámpago, el miedo sin causa se cristalizó en el miedo a un ataque al corazón, en el miedo a la muerte.

La muerte, la muerte, la muerte… Recordó lo que el Dr. Burgess le había dicho la última vez que fue a consultarle. «La vieja bomba no aguantará un constante abuso». Y su mujer… También ella… Pero aquello no fue repentino. Hubo años y años de sofás, enfermeras y drogas. En realidad, una existencia muy agradable. No le importaría quedar así; hasta abandonaría por completo el tabaco.

Más violento que nunca, el dolor volvió. El dolor y el espantoso miedo a la muerte.

«¡Socorro!», trató de gritar. Pero todo lo que pudo emitir fue un débil y ronco aullido. «¡Socorro!». ¿Por qué no venían? ¡Esos malditos domésticos! Y ese maldito muchacho, allí en el salón, al otro lado del vestíbulo…

«¡Sebastian!». El grito no fue más que un murmullo. «¡No me dejes morir! ¡no me dejes…!». De pronto comenzó a emitir extraños sonidos entrecortados. No había aire, no había aire. Y bruscamente se acordó de aquel maldito glaciar por donde le habían hecho trepar cuando tenía doce años. Medio desvanecido, dando boqueadas en la nieve, devolviendo el desayuno, mientras su padre, de pie junto a John y el guía suizo, sonreía con aires de superioridad y le decía que no era más que el mareo de montaña. El recuerdo se desvaneció y no quedó nada más que el roncar en busca de aliento, la presión en los ojos nublados, los zumbidos de la sangre en los oídos y el dolor que aumentaba y aumentaba, como si una mano implacable estuviera ahondando gradualmente un tornillo… Hasta que, al fin –¡oh, Cristo, Cristo!, no había modo de gritar–, algo cedió y se rompió y hubo como un desgarramiento. El aguijón de la angustia puso a Eustace de pie. Tres pasos hacia la puerta; vuelta a la llave… Pero antes de que con siguiera abrir la puerta, Eustace sintió que las rodillas se le doblaban y cayó al suelo. Tendido boca abajo en el piso de baldosas, continuó durante algún tiempo emitiendo sonidos entrecortados, cada vez más parecidos a estertores. Pero no había aire; sólo el olor a humo de cigarro.

* * *

Con brusco sobresalto, Sebastian se despertó con la sensación de mil alfilerazos en su pierna izquierda. Miró en torno y, durante unos segundos, fue incapaz de recordar dónde estaba. Enseguida, todas las cosas ocuparon su respectivo lugar: el viaje, tío Eustace y aquella extraña y turbadora encarnación de Mary Esdaile. Su mirada se detuvo en el dibujo, el cual estaba donde su tío lo había dejado, sobre el sofá. Se inclinó y lo tomó. «Dos nalgas y dos pechos pendulantes». ¡Un Degas auténtico y tío Eustace iba a regalárselo! ¡Y la ropa de etiqueta también! Tendría que usarla secretamente, escondiéndola en los intervalos, pues su padre sería muy capaz de quitársela. Susan se la guardaría en su habitación. O tía Alice, si

vamos a ello; en estas cosas, tía Alice estaba a su lado tanto como Susan. Y, por fortuna, su padre estaría todavía de viaje cuando Tom Boveney diera la fiesta.

Musicalmente, el reloj que estaba sobre el manto de la chimenea hizo oír su ding-dong. Lo repitió dos veces. Sebastian alzó la vista y quedó asombrado de ver que eran las doce menos cuarto. Y tío Eustace había abandonado la habitación poco después de las diez y media…

Se levantó, se dirigió a la puerta y miró afuera. El vestíbulo estaba vacío y toda la casa silenciosa.

Con cuidado, con miedo de despertar a alguien, Sebastian llamó discretamente.

–¡Tío Eustace!

No hubo respuesta.

¿Habría subido arriba y se habría quedado en su cuarto? O tal vez había vuelto, le había encontrado dormido y le había dejado allí, como una broma. Sí, esto era lo más probable. ¡Y mañana serían las vayas! ¡Se había quedado dormido en una butaca, como un niño cansado! Sebastian se enfadó consigo mismo por haberse dejado vencer tan fácilmente por dos copas de champaña. Su único consuelo era saber que tío Eustace no se mostraría desagradablemente sarcástico. Un poco burlón, nada más. Pero el peligro estaba en que le gastara las bromas en presencia de los demás, delante de aquella vieja bruja, delante de la señora Thwale. La perspectiva de ser tratado como un chiquillo delante de la señora Thwale era especialmente desagradable y humillante.

Frunciéndose a sí mismo el entrecejo, Sebastian se frotó la nariz en perpleja incertidumbre. Como era evidente que tío Eustace no tendría la intención de bajar a esta hora, decidió irse a la cama.

Tras haber apagado las luces del salón, subió la escalera. Ya en la habitación, halló que alguien le había preparado sus cosas durante la cena. Un ajado pijama rosa estaba cuidadosamente extendido sobre el majestuoso lecho, el peine de celuloide al que faltaban tres dientes y los cepillos de madera habían ocupado un incongruente lugar entre los numerosos objetos

de cristal y plata del tocador. A la vista de aquello, tuvo un sobresalto. ¿Qué pensarían los domésticos? Mientras se desnudaba, se preguntó qué gratificación tendría que darles al marcharse.

Era tarde, pero la lujosa oportunidad de tomar un baño de medianoche no era de despreciar. Llevando su pijama al brazo, Sebastian entró en el cuarto de baño y, tras haber cerrado, por hábito inconsciente, la puerta con llave, abrió el grifo. Tendido en aquel suave calor que le envolvía, meditó en el jardín a la luz de la luna y en el poema que pensaba escribir. Sería algo como *Tintern Abbey*, como aquello de Shelley acerca del Monte Blanco, pero, desde luego, distinto y contemporáneo. Porque emplearía todos los recursos de la dicción poética y de la no poética: mezclaría lo lírico con lo irónico, lo hermoso con lo grotesco. «Una sensación de algo mucho más profundamente combinado…». Esto resultaría bien en 1800, pero no ahora. Sería ahora algo demasiado fácil, demasiado complaciente. Ahora, la combinación tenía que ser presentada con los horrores que se mezclaban en ella. Y esto, desde luego, exigía una clase de versificación completamente distinta. Algo cambiable y desigual, algo que se adaptara a un tema cuyas modulaciones pasarían del tono menor de la Divinidad al tono mayor del Sexo, a través de la Escualidez natural. Chasqueó la lengua en homenaje a su invención y conjuró la imagen de Mary Esdaile en aquel jardín iluminado por la luna. Mary Esdaile entre las estatuas, tan pálida como ellas, y entre las mallas de su encaje negro, mucho más desnuda que ellas.

Pero ¿por qué Mary Esdaile? ¿Por qué no su encarnación, su presencia real? Real hasta el punto de ser turbadora, pero bella y terriblemente deseable. Y era posible que la señora Thwale fuera tan apasionada como su duplicado imaginario, tan voluptuosa y ajena al pudor como la Venus del cuadro de tío Eustace. Tres cómicos pelícanos y un centauro… Y en primer término, la pura y lasciva inocencia del cielo, la incandescente cópula de una diosa, quien sabía con certeza lo que quería de su amante mortal. ¡Qué abandono de sí misma, qué risa cordial y qué ligereza de ánimo! Voluptuosamente, Sebastian se imaginó que era un Adonis consentidor.

OceanofPDF.com

CAPITULO XIII

Ya no había dolor, ya no había necesidad de dar boqueadas en busca de aliento. El piso de baldosas del lavabo había dejado de ser frío y duro.

Todos los ruidos habían desaparecido y las sombras eran impenetrables. Pero, en el vacío y en el silencio, había todavía una especie de conocimiento, una leve conciencia.

Conciencia, no de un hombre o una persona, no de cosas presentes, no de recuerdos del pasado, no tan siquiera de aquí o de allí… Porque no había lugares, sólo había una existencia cuya dimensión única era este conocimiento de estar sin propietario, sin posesión y en soledad.

La conciencia se conocía únicamente a sí misma y solamente como ausencia de todo lo demás:

El conocimiento avanzaba en la ausencia que era su objeto. Avanzaba en la oscuridad, más y más. Avanzaba en el silencio. Sin límites. Allí no había linde alguno.

El conocimiento se conocía a sí mismo como una ausencia ilimitada dentro de otra ausencia ilimitada, la cual no era tan siquiera consciente.

Era el conocimiento de una ausencia siempre más total, de una privación cada vez más penosa. Y se manifestaba como una especie de ansia creciente, pero ansia de algo que no existía, porque era un conocimiento únicamente de ausencia, de pura y absoluta ausencia.

Ausencia sufrida a través de duraciones que siempre se alargaban. Duraciones de inquietud. Duraciones de ansia. Duraciones que se extendían y extendían a medida que el frenesí de lo no saciado se hacía más y más intenso, que se alargaban en eternidades de desolación.

Eternidades de lo insaciable, conocimiento desesperante de una ausencia dentro de una ausencia, en todas partes, siempre, en una existencia de una sola dimensión…

Y después, bruscamente, hubo otra dimensión y lo perdurable dejó de ser perdurable.

Aquella dentro de la cual la conciencia de la ausencia se conocía a sí misma, por la cual quedaba incluida e interpenetrada, ya no era una ausencia, sino que se había convertido en la presencia de otra conciencia. La conciencia de la ausencia se supo a sí misma conocida.

En el oscuro silencio, en el vacío de toda sensación, algo comenzó a conocerlo. Muy vagamente en un principio, desde una distancia inconmensurablemente gran de. Pero, gradualmente, la presencia se acercó. La vaguedad de ese otro conocimiento se hizo más brillante. Y, de pronto, la conciencia quedó convertida en una conciencia de luz. La luz del conocimiento por el que era conocida.

Al tener conciencia de que había algo más que ausencia, la ansiedad se aplacó y el ansia halló satisfacción.

En lugar de privación, había esta luz. Había este conocimiento de ser conocido. Y este conocimiento de ser conocido era un conocimiento satisfecho y hasta alegre.

Sí, había gozo en ser conocido, en ser así incluido en una brillante presencia, en ser así interpenetrado por una brillante presencia.

Y, como la conciencia estaba incluida, interpenetrada, había una identificación. La conciencia no solamente era conocida, sino que conocía con aquel conocimiento.

Conocía, no la ausencia, sino la luminosa negación de la ausencia; no la privación, sino la beatitud.

Había ansia todavía. Ansia de mayor conocimiento todavía de una negación más total de la ausencia.

Ansia, pero también satisfacción del ansia, también beatitud. Y después, a medida que la luz aumentaba, ansia otra vez, ansia de más profundas satisfacciones, de una beatitud inás intensa.

Beatitud y ansia, ansia y beatitud. Y a través de las duraciones que se alargaban cada vez más, la luz fue abrillantándose de belleza en belleza. Y la alegría de conocer, la alegría de ser conocido, aumentaba con cada incremento de aquella belleza envolvente e interpenetrante.

Era un brillo cada vez mayor, a través de duraciones sucesivas, y que se extendió finalmente por una eternidad de alegría.

Una eternidad de conocimiento radiante, de beatitud que ya no cambiaba en su intensidad última. Eterna, eterna.

Pero, gradualmente, lo incambiante comenzó a cambiar.

La luz aumentó de brillo. La presencia se hizo más apremiante. El conocimiento, más completo.

Con el choque de esta intensificación, la alegre conciencia de ser conocido, la gozosa participación en este conocimiento, era clavada en los límites de la beatitud. Era clavada con presión creciente, hasta que los limites comenzaron a ceder y la conciencia se halló fuera de ellos, en otra existencia. Una existencia en la que el conocimiento de estar incluido dentro de una presencia brillante se había convertido en el conocimiento de estar oprimido por un exceso de luz. En la que la interpenetración transfigurante era percibida como una fuerza destructora interior. En la que el conocimiento era tan penetrantemente luminoso que la participación en él estaba más allá de la capacidad de aquello que participaba.

La presencia se acercó; la luz se hizo más brillante.

Donde había habido una beatitud eterna, había una inquietud inmensamente prolongada, una duración inmensamente prolongada de dolor y, más y más largas, a medida que el dolor aumentaba, duraciones de intolerable angustia. La angustia de ser obligado, por la participación, a conocer más de lo que como participan te se podía conocer. La angustia de ser aplastado por la presión de aquella luz excesiva, aplastado en una densidad y una opacidad siempre crecientes. La angustia, simultáneamente, de ser roto y pulverizado por el impulso de aquel conocimiento interpenetrante del interior. Des integrado en fragmentos cada vez más pequeños, en mero polvo, en átomos que nada representaban.

Y este polvo y esta densidad siempre crecientes de la opacidad fueron percibidos por el conocimiento en que había participación como algo repugnante. Fue ron juzgados repulsivos, una negación de toda belleza y toda realidad.

Inexorablemente, la presencia se aproximaba, la luz se hacía más brillante.

Y con cada aumento de urgencia, con cada intensificación del conocimiento invasor del exterior, de la destructora brillantez que impulsaba desde el interior, la angustia aumentaba, el polvo y la oscuridad compacta se hacían más vergonzosos, eran percibidos por participación, como la más repugnante de las ausencias.

Vergonzosos de modo perdurable, en una eternidad de vergüenza y dolor.

Pero la luz se hacía más brillante, angustiosamente más brillante.

Toda la existencia era esplendor… Todo, salvo este reducido coágulo de ausencia opaca, salvo estos átomos dispersos de una nada que, por conciencia directa, se sabía opaca y separada y, al mismo tiempo, por una atormentadora participación en la luz, se conocía a sí misma como la más repugnante y vergonzosa de las privaciones.

Una brillantez más allá de los límites de lo posible y, después, una incandescencia todavía más intensa y próxima, que presionaba desde fuera y desintegraba desde dentro. Y, al mismo tiempo, había este otro conocimiento, cada vez más penetrante y completo, a medida que la luz se hacía más brillante, de una coagulación y una desintegración que parecían progresivamente más vergonzosas, a medida que las duraciones se alargaban interminablemente.

No había escape, era una eternidad de falta de escape. Y a través de duraciones cada vez más largas y retardadas, de imposible en imposible, la brillantez aumentaba, se hacía más apremiante y más angustiosamente próxima.

De. pronto hubo un nuevo conocimiento contingente, una conciencia condicional de que, si no hubiese participación en la luz, la mitad de la angustia desaparecería. No habría la percepción de la fealdad de esta

privación coagulada y desintegrada. Habría solamente una separación opaca, conocida de sí misma como algo distinto de la luz invasora.

Un desdichado polvo de no ser, un menudo coágulo inofensivo de mera privación, aplastado desde fuera, dispersado desde dentro, pero resistiendo todavía, negándose todavía, a pesar de la angustia, a abandonar su derecho a una existencia separada.

De un modo brusco hubo una nueva y abrumadora llama de participación en la luz, en el angustioso conocimiento de que no había tal derecho a una existencia separada, de que aquella ausencia coagulada y desintegrada era vergonzosa y debía ser prohibida, debía ser aniquilada, puesta de modo inflexible ante el brillo de aquel conocimiento invasor y totalmente aniquilada, disuelta en la belleza de aquella incandescencia imposible.

En una duración inmensa, las dos conciencias permanecieron como equilibradas… Eran el conocimiento que se conocía como separado, que conocía su propio derecho a la separación, y el conocimiento que conocía lo vergonzoso de la ausencia y la necesidad de la angustiosa aniquilación de la misma en la luz.

Era como un equilibrio, como el filo de un cuchillo entre una imposible intensidad de belleza y una imposible intensidad de dolor y vergüenza, entre un ansia de opacidad, de separación y de ausencia y un ansia de una participación todavía más total en el esplendor.

Y, después, al cabo de una eternidad, hubo una renovación de aquel conocimiento contingente y condicional: «Si no hubiese participación en la luz, si no hubiese participación en la luz…»

Y, repentinamente, ya no hubo participación en la luz. Hubo una conciencia de polvo coagulado y des integrado, y la luz que conocía estas cosas era otro conocimiento. Había todavía la angustiosa invasión de dentro y de fuera, pero ya no había vergüenza, sólo una resistencia al ataque, una defensa de derechos.

Por grados, la brillantez comenzó a perder algo de su intensidad, a iniciar, como si dijéramos, un reflujo, a hacerse menos apremiante. Y súbitamente hubo una especie de eclipse. Entre la insufrible luz y la

dolorosa conciencia de la luz como presencia extraña a aquella privación coagulada y desintegrada, intervino algo de modo brusco. Algo que tenía la naturaleza de la imagen, algo que participaba de un recuerdo.

Una imagen de cosas, un recuerdo de cosas. Cosas relacionadas con cosas de un modo benditamente conocido que no podía ser percibido todavía con claridad.

Casi completamente eclipsada, la luz se demoró débil e insignificante en los lindes de la conciencia. En el centro, sólo había cosas.

Cosas que todavía no era posible reconocer, no imaginadas o recordadas plenamente, carentes de nombre y hasta de forma, pero que estaban allí concretamente, que eran concretamente opacas.

Y ahora, eclipsada la luz y no existiendo participación, la opacidad no era ya vergonzosa. La densidad era felizmente consciente de la densidad y la nada de la opaca nada. El conocimiento carecía de beatitud, pe ro era hondamente tranquilizador.

Y gradualmente, el conocimiento se hizo más claro y las cosas conocidas más conocidas y concretas. Más y más conocidas, hasta que la conciencia llegó a los lindes del reconocimiento.

Una cosa coagulada aquí, una cosa desintegrada allí. Pero ¿qué cosas? ¿Y qué eran estas opacidades correspondientes por las que tales cosas iban siendo conocidas?

Hubo una vasta duración de incertidumbre, un largo, largo tanteo en un caos de posibilidades no manifestadas.

Después, bruscamente, fue Eustace Barnack quien tuvo conciencia. Sí, esta opacidad era Eustace Barnack, esta danza de polvo agitado era Eustace Barnack. Y el coágulo fuera de él, esta otra opacidad de la que tenía la imagen, era su cigarro. Eustace Barnack recordaba cómo su Romeo y Julieta se había desintegrado lentamente en la nada azul entre sus dedos. Y con el recuerdo de su cigarro, vino el recuerdo de una frase: «Hacia atrás y hacia abajo…». Y el recuerdo de la risotada.

¿Con qué motivo las palabras? ¿A costa de quién la, risa? No hubo respuesta. Sólo «hacia atrás y hacia abajo» y aquel trozo de opacidad que se desintegraba. «Hacia atrás y hacia abajo» y, después, la carcajada y la repentina gloria.

Lejos, más allá de la imagen de este baboseado cilindro de tabaco, más allá de la repetición de estas cinco palabras y la risa acompañante, el esplendor se demoraba, como una amenaza. Pero, en esta alegría de haber hallado de nuevo el recuerdo de las cosas, en este conocimiento de una individualidad que recordaba, Eustace había punto menos que cesado de tener conciencia de que el esplendor existía.

OceanofPDF.com

CAPITULO XIV

Sebastian había descorrido las cortinas al irse a la cama y, poco después de las siete y media, una franja de sol tocó su rostro y le despertó. Fuera había ruido de pájaros y campanas y, entre las nubecillas grises y blancas, el cielo era tan azul que decidió, a pesar de la delicia de aquel enorme lecho, salir y explorar un poco antes de que los demás se levantaran.

Se levantó, tomó un baño, examinó su barbilla y sus mejillas para ver si necesitaba una afeitada y, tras decidir que no había tal necesidad, se puso una camisa limpia, el más nuevo de sus pantalones grises de franela y la menos raída de las dos chaquetas deportivas que le venían ya pequeñas y que su padre había dispuesto que duraran hasta junio. Después, una vez peinados sus rebeldes cabellos, bajó y salió por la puerta principal.

Apenas menos romántico que como se mostraba a la luz de la luna, el jardín reveló todos los detalles de su trazado arquitectónico y todos los colores de su follaje y sus flores de abril. Seis diosas montaban la guardia en la terraza y, entre el par central, se iniciaba una gran escalinata que, de un descanso pavimentado y abalaustrado a otro, descendía, entre columnatas de cipreses, a un verde césped limitado por un bajo muro semicircular, más allá del cual la vista bajaba hasta un distante caos de tejados morenos y rosados, en cuyo mismo centro, muy por encima, se mostraba la cúpula de la catedral. Sebastian caminó hasta el final de la escalinata y miró por encima del muro de separación. Por debajo se extendía un empinado viñedo, todavía sin follaje, como un acre de brazos de cadáveres que se elevaran frenéticamente hacia la luz. Y aquí, más allá de los cipreses, crecía una vieja higuera, toda nudos y recodos, cuyas ramas, pálidas como huesos, se recortaban en el cielo. ¡Qué combinación intrincada de azul y de blanco! «Trozos de cielo», murmuró Sebastian,

«vistos a través de un osario». Un osario colgante de artrópodos. Y había aquel campaneo, el olor a humo de leña y a jacintos y la primera mariposa amarilla. Y cuando uno miraba desde el pie de la escalinata hacia arriba, era como si se encontrara dentro de una cosa de Milton. Como caminando en Lycidas, a través de uno de los símiles del *Paraíso Perdido*. ¡Simetrías majestuosas! Y allá arriba, en sus altos pedestales, Ártemis y Afrodita se mostraban pálidas, recortando sus siluetas en la escorzada fachada de la casa. Hermoso y, al mismo tiempo, un poco absurdo. Comenzaron a venir las frases apropiadas.

> Son Diana con su perro y madre Venus
> que oculta pudorosa con las manos
> los líquenes del pubis y los musgos
> de senos regios de caliza piedra…

Y, de pronto, se dio cuenta de que, sin quererlo, había descubierto la clave de todo su poema. «Caliza piedra…». Había surgido casualmente, como un mero epíteto descriptivo. Pero, en realidad, era el santo y seña de la obra maestra por escribir, la estrella orientadora. El viejo Macdonald de las patillas, el profesor de ciencias, iba a ser su Ariadna. Recordó las palabras que le habían sacado momentáneamente del coma en que se sumergía por costumbre durante las clases de física y química. «La diferencia entre un trozo de piedra y un átomo consiste en que el átomo está muy organizado y la piedra no. El átomo es un patrón, la molécula es un patrón y el cristal es un patrón, pero la piedra, aunque está hecha con estos patrones, es pura confusión. Sólo cuando aparece la vida comienza la organización en gran escala. La vida toma los átomos, las moléculas y los cristales, pero, en lugar de armarse con ellos el lío que se arma la piedra, los combina en nuevos y más complicados patrones propios».

Los demás sólo oyeron las rarezas del acento del viejo Macdonald. Durante semanas, los «padlones de los átomus» constituyeron una broma divertida. Pero Sebastian veía en la broma un sentido que no podía identificar. Y ahora, repentinamente, este sentido resultaba claro y comprensible.

El patrón original. Y después, el caos hecho de patrones. Y después, los patrones vivos elaborados con fragmentos del caos. ¿Y qué después? ¿Patrones vivos de patrones vivos? Pero el mundo del hombre era caóticamente feo, injusto y estúpido. Más desesperadamente refractario que el trozo de piedra. Porque la piedra admitía que se la esculpiera en senos y rostros. Mientras que cinco mil penosos años de civilización habían dado como resultado los tugurios, las fábricas y las oficinas. Llegó a lo alto de las escaleras y se sentó en las pulidas losas al pie del pedestal de Venus.

«Y los individuos humanos…», pensaba. Como patrones vivos en el espacio, eran increíblemente sutiles, ricos y complejos. Pero la huella que dejaban en el tiempo, el patrón de sus vidas privadas… ¡Cielos, qué cosa más rutinaria! Era como las repeticiones del dibujo de un linóleo, como la sucesión de azulejos ornamentales idénticos a lo largo de la pared de unos retretes públicos. Y cuando trataban de mostrarse originales, las volutas y retorcimientos resultantes eran por lo general atroces. Y, en todo caso, en su mayoría terminaban en el fracaso completo. Después, sólo había linóleo y azulejos, linóleo y azulejos, hasta el amargo final.

Miró hacia la casa y se preguntó cuál de todas aquellas cerradas ventanas sería la de la habitación de la señora Thwale. Si aquella horrible bruja quería realmente que tomara lecciones de bien hablar, tendría ocasión de conversar con su dama de compañía. ¿Tendría valor para hablarle de Mary Esdaile? Sería evidentemente un magnífico comienzo. Se imaginó una conversación que comenzaba con una ingeniosa e irónica confesión de sus fantasías de adolescente y que conducía… Bien, que podía conducir a cualquier parte.

Suspiró, miró hacia abajo, entre los cipreses, y, tras contemplar unos momentos la distante cúpula, alzó la vista hacia la estatua. ¡Qué curiosa apreciación la que un gusano puede tener de una diosa! Un escarabajo verde e iridiscente se arrastraba lentamente por la rodilla izquierda de Venus. ¿Qué diría aquel escarabajo? Estaría sintiendo el impulso séxtuple de sus patas, el tirón de la gravedad en su lado derecho, la fascinación de la fuerte luz en su ojo izquierdo, él calor y la dureza de una superficie diversificada por hoyos, estalagmitas melladas y excrecencias vegetales, de un olor muy fuerte, pero sin interés, pues no era el olor que hacía, velis nolis, abrir

agujeros en las hojas o encerrarse entre los pétalos de las flores. ¿Y qué estaba haciendo uno mismo ahora?, se preguntó Sebastian. ¿Estaba arrastrándose por otra enorme rodilla? ¿Hacia qué acontecimiento futuro, hacia qué papirotazo del gigante?

Se levantó, se quitó el polvo de los pantalones y dio al escarabajo un leve papirotazo. La bestezuela cayó sobre el pedestal y quedó boca arriba, moviendo desesperadamente las patas. Sebastian se inclinó para observarla y vio que el vientre plateado estaba cubierto de diminutos parásitos. Asqueado, puso al escarabajo en posición normal y caminó hacia la casa. El sol, que se había ocultado tras una nube, volvió a salir. Todo el jardín resplandeció, como si las hojas y las flores hubiesen sido iluminadas por dentro. Sebastian sonrió de placer y comenzó a silbar la tonada del primer movimiento de la sonata de Scarlatti que tocaba Susan.

Al abrir la puerta principal quedó sorprendido al oír un confuso murmullo de conversaciones y, una vez cruzado el umbral, halló el vestíbulo lleno de gente… Media docena de domésticos, dos viejas campesinas tocadas con pañuelos y una muchachita de ojos oscuros y de unos diez o doce años, con una criatura en brazos y sosteniendo con la mano libre, agarrada de las patas, cabeza abajo e inerte, una gran gallina moteada.

Bruscamente, se hizo un profundo silencio. Del oscuro y abovedado pasillo de la derecha, llegó un ruido de pasos, de pies que se arrastraban laboriosamente. Un momento después, caminando hacia atrás, con un par de piernas en pantalones grises bajo su brazo, apareció el mayordomo y, enseguida, doblados por el peso del cuerpo, el lacayo y el chófer. Una mano gruesa y amarillenta se arrastraba palma abajo por el piso y, en el momento en que los hombres se volvieron para subir con su carga por la escalera, Sebastian pudo ver el negro hueco de una boca abierta y dos ojos sin brillo ni color, que miraban fija e inconscientemente. Después, paso a paso, el cuerpo fue izado, hasta que se perdió de vista. Balanceada por la mano de la niña, la gallina emitió un leve cacareo y trató de batir las alas. La criatura en brazos se echó a reír.

Sebastián se volvió y corrió al salón. La primera reacción animal de sorpresa y de horror le había revuelto el estómago y trastornado la circulación. Se sentó y se cubrió el rostro con las manos. Aquello era tan horrible como los momentos que pasó en el colegio, cuando el viejo Mac le obligó a la disección de un pez y le dejó finalmente hecho un trapo junto a uno de los sumideros del laboratorio. Y ahora era el pobre tío Eustace. Aniquilado de modo repentino, reducido a aquella Cosa espantosa que habían subido por la escalera. Era como los hombres que trasladan un piano. Y todo debió de suceder mientras él estaba durmiendo, allí mismo, en aquella misma butaca. Tal vez tío Eustace le había llamado y, tal vez, si hubiese oído, hubiera podido hacer algo por salvarle la vida. Pero no había oído; se había limitado a dormir. A dormir como un cerdo, mientras aquel hombre que había sido su amigo, aquel hombre que se había portado con él como ningún otro, que se había mostrado tan extraordinariamente generoso…

De pronto, como un rayo, le vino el pensamiento de que ya no tendría su traje de etiqueta. Ayer, tío Eustace se lo había prometido, pero hoy ya no había nadie que pudiera cumplir la promesa. Había que decir adiós a la fiesta de Tom Boveney; había que decir adiós a aquellas muchachas antes de conocerlas. Toda la estructura de esta serie de ilusiones –tan racionales y fundadas, pues tío Eustace le había señalado la sastrería cuando venían de la estación–, se había desintegrado hasta convertirse en algo menos que nada. La decepción y la compasión de sí mismo llenaron de lágrimas los ojos de Sebastian. ¿Había alguien con tanta mala suerte como él?

Enseguida volvió a acordarse de su tío Eustace. Se acordó de él, no como del dispensador de ropas de etiqueta, sino como de la persona amable y cordial que anoche había sido el amigo y era ahora únicamente una cosa repugnante. Se acordó y quedó abrumado por la vergüenza de aquel monstruoso egoísmo.

–¡Dios! Soy un ser odioso –se dijo. Y para con servar el espíritu en la verdadera tragedia, murmuró una y otra vez–: Muerto, muerto…

Después, sin saber cómo, se descubrió preguntándose qué excusa inventaría para Tom Boveney. ¿Que estaba enfermo? ¿Que estaba de luto por su tío?

Sonó un timbre y, a través de la puerta abierta, Sebastian vio que el lacayo cruzaba el vestíbulo, camino de la puerta principal. Se cambiaron unas cuantas frases en italiano y, después, un hombre alto y delgado, elegantemente vestido y llevando un saquito de mano negro, fue conducido escaleras arriba. Evidentemente, era el doctor, llamado para que certificara el fallecimiento. Pero, si hubiese sido llamado anoche, tío Eustace hubiera podido ser salvado. Y la razón de que no hubiese sido llamado era –Sebastian se lo repetía– que él se había quedado dormido.

El doméstico bajó de nuevo y desapareció en las regiones de la cocina. Pasó el tiempo. Después, el reloj sobre el manto de la chimenea, al cabo de un ding-dong repetido tres veces, dio las nueve. Un momento después el lacayo entró por la puerta de la biblioteca, se detuvo frente a la butaca en que Sebastian estaba sentado y dijo algo que, a causa del distante aroma a café y a panceta frita, el muchacho interpretó como un anuncio del desayuno. Dio las gracias, se levantó y marcho hacia el comedor. La náusea de la sorpresa y del horror había desaparecido y Sebastian volvía a sentir apetito. Se sentó a comer. El revuelto de huevos estaba delicioso, la panceta crujía entre los dientes y picaba en forma exquisita… El café era un sueño…

Se acababa de servir mermelada por segunda vez, cuando le asaltó una luminosa idea. Aquel dibujo de Degas que su tío le había regalado… ¿Qué podía hacer con él en los próximos años? ¿Colgarlo sobre su lecho para que la vieja Ellen se quejara de que aquello era una «grosería»? ¿Tenerlo apartado hasta que llegara el momento de ir a Oxford? Pero ¿no sería mucho más razonable venderlo y adquirirse con el dinero el traje de etiqueta tan necesario?

El ruido de una puerta que se abría le hizo alzar la vista. Vestida de negro, con fruncidos blancos en el cuello y los puños, la señora Thwale entró silenciosamente. Sebastian se levantó de un salto y, limpiándose apresuradamente la boca, dio los buenos días. Con la hoja de papel que tenía en la mano, la señora Thwale le indicó que volviera a sentarse. Ella misma se sentó a su lado.

–Ya sabe lo que ha sucedido, ¿verdad?

Sebastian asintió con la cabeza, con expresión de culpa.

–Uno se siente… Bien, siento casi vergüenza de mí mismo.

Estaba buscando una expiación por no haber pensado ni un momento en el pobre tío Eustace durante todo el desayuno.

–Uno se avergüenza de vivir…

La señora Thwale le miró unos segundos en silencio y, a continuación, se encogió de hombros.

–Así es la vida, sin embargo –dijo–. La negación fisiológica de la reverencia, de los buenos modales y del cristianismo. Y usted ni tan siquiera es cristiano, ¿no?

Sebastian denegó con la cabeza. La señora Thwale prosiguió con una pregunta que, al parecer, nada tenía que ver con el asunto.

–¿Qué edad tiene usted?

–Diecisiete.

–¿Diecisiete?

Una vez más, la señora Thwale le miró. Le miró tan atentamente, con una expresión de curiosidad objetiva tan inquietante, que Sebastian comenzó a ruborizarse y bajó la vista.

–En ese caso –continuó ella–, es doblemente tonto que usted se avergüence de vivir. Tiene usted ya suficiente edad para saber lo que es verdaderamente la esencia de la vida. Desvergüenza, eso es todo; pura desvergüenza.

Su bello rostro de grabado se puso una máscara cómica y dejó escapar el leve y delicado gruñido de la risa. Enseguida, serena otra vez, Veronica abrió su bolso y tomó un lápiz.

–Hay que enviar un montón de telegramas –prosiguió, con voz tranquila y decidida–. Usted puede ayudarme facilitándome algunas direcciones.

Pocos minutos después se acercó el mayordomo y anunció que había podido hablar por teléfono con el señor Pewsey y que el señor Pewsey se había ofrecido a tomar todas las disposiciones necesarias para el entierro.

–Gracias, Guido.

El mayordomo inclinó la cabeza casi imperceptiblemente, se volvió y se alejó de modo silencioso. El ritual de su servicio continuaba sin tacha, pero Sebastian pudo advertir que el hombre había estado llorando.

–Bien, eso es un gran alivio –dijo la señora Thwale.

Sebastian asintió con la cabeza.

–Todo ese jaleo de los entierros –comentó–. Es espantoso.

–Pero, evidentemente, menos espantoso que darse cuenta de que morir es todavía más desvergonzado que vivir.

–¿Más desvergonzado?

–Bien… Por lo menos, uno no se pudre cuando hace el amor, cuando come o cuando elimina sus materias residuales… –Veronica hizo una mueca.– En cambio, cuando se muere… Tal es la razón de que la gente esté dispuesta a gastarse una fortuna en últimos sacramentos, en embalsamamientos y ataúdes de plomo. Pero volvamos a nuestros telegramas. –Miró de nuevo la lista de nombres.– La señora Poulshot –leyó en voz alta–. ¿Dónde cabe encontrarla?

Sebastian no estaba seguro. Tía Alice y tío Fred estaban haciendo una excursión en automóvil por Gales. Valía más enviar el telegrama directamente a Londres.

La señora Thwale escribió la dirección que le dictó Sebastian.

–Hablando de desvergüenza… –dijo, mientras alcanzaba otro formulario de telegrama–. Conocí una muchacha que sacrificó su virginidad una noche de Viernes Santo, en Jerusalén… Justamente encima de la Iglesia del Santo Sepulcro. Bien, ¿dónde está su padre de usted?

–Partió para Egipto ayer por la noche…. –comenzó Sebastian.

De pronto, a través de la puerta abierta, llegó una áspera e imperiosa llamada. «¡Veronica, Veronica!».

Sin responder ni hacer la menor observación, la señora Thwale se levantó y, seguida de Sebastian, pasó al salón. Les saludó una tormenta de agudos aullidos. Retirándose paso a paso a medida que avanzaban, Foxy VIII les lanzaba su desafío. Sebastian recorrió con la vista el perro y su dueña. El pintado rostro resultaba más fantásticamente llamativo que la noche anterior, por contraste con el traje y el sombrero negros. La Reina Madre estaba de pie, menuda y arrugada, junto a la impasible figura de su doncella.

–¡Quieto! –gritó ciegamente, en la dirección de los ladridos–. Tómale en brazos, Hortense.

En los brazos de Hortense, Foxy se contentó con alguno que otro gruñido.

–¿Está también el muchacho? –indagó la señora Gamble. Y, al acercarse Sebastian, añadió, con tono casi triunfal–: ¿Qué piensas de todo esto?

Sebastian murmuró que le parecía algo horrible.

–Se lo dije ayer mismo –continuó la Reina Madre en el mismo tono–. Ningún hombre grueso ha pasado nunca de los setenta. Y mucho menos ha llegado nunca a una edad razonable. Habrán enviado un telegrama a Daisy, ¿verdad?

–Va a salir con los demás dentro de unos minutos –dijo la señora Thwale.

–¡Y. pensar que esa pava va a heredarlo todo! –exclamó la Reina Madre–. ¿Qué va a hacer con todo esto? Me gustaría saberlo… ¡Todos los cuadros y los muebles de Eustace! Siempre dije a Amy que no dejara todo a la chica…

Bruscamente, se volvió hacia su doncella.

¿Qué diablos estás haciendo aquí, Hortense? Vete y haz algo útil. ¿No ves que no te necesito?

Silenciosamente, la mujer inició su marcha.

–¿Dónde está Foxy? –gritó la Reina Madre, en dirección a los pasos que se retiraban–. ¡Dámelo!

Alargó dos garras enjoyadas. El perro cambió de manos.

–Mi Foxy chiquitín –rechinó la señora Gamble cariñosamente, inclinando la cabeza para frotarse la mejilla en la piel del animal. Foxy respondió con un lametón. La Reina Madre emitió un agudo cacareo y se limpió el rostro con los dedos, extendiendo la pintura por su áspera y muy poblada barbilla–. Sólo cincuenta y tres –continuó, volviéndose hacia los demás–. Es ridículo. Pero ¿qué cabía esperar de un estómago como el suyo? ¡Muchacho! –exclamó ásperamente–. Dame tu brazo.

Sebastian obedeció.

–Quiero que me enseñes el sitio exacto donde se nos fue.

–¿Quiere decir…? –comenzó Sebastian.

–Sí, eso… –aulló la Reina Madre–. Puede quedarse aquí, Veronica.

Lenta y cautelosamente, Sebastian se puso en marcha hacia la puerta.

–¿Por qué no hablas? –preguntó la señora Gamble, recorridos ya unos metros en silencio–. Entiendo mucho de fútbol, si es eso lo que te interesa.

–Bien, no… Me interesa más… Bien, la poesía y cosas así.

–¿Poesía? –repitió la señora Gamble–. ¿Haces versos?

–Un poco.

–Muy curioso –comentó la Reina Madre. Y, al cabo de una pausa, continuó–: Pasé un tiempo en una casa donde el señor Browning era uno de los invitados. Nunca vi a nadie comer tanto a la hora del desayuno. Nunca. Salvo tal vez el rey Eduardo.

Cruzaron el vestíbulo y penetraron en el oscuro pasillo. La puerta estaba todavía entornada. Sebastian la abrió del todo.

–Fue aquí –dijo.

La señora Gamble abandonó el brazo del muchacho y, llevando todavía el perro, avanzó. Su mano tocó el lavabo y abrió y cerró uno de los grifos; después se agachó, tocó el retrete e hizo correr el agua. Foxy comenzó a ladrar.

–¿Qué emperador romano fue el que acabó así? –preguntó, entre ladridos y el ruido del agua que corría–. El que se fue en un retrete… ¿Fue Marco Aurelio o Julio César?

–Creo que fue Vespasiano –se aventuró a decir Sebastian.

–¿Vespasiano? Nunca he oído hablar de él –dijo la Reina Madre con énfasis–. Huele aquí a humo de cigarro –añadió–. Siempre le dije que fumaba demasiados cigarros. Dame otra vez el brazo.

Cruzaron de nuevo el vestíbulo y volvieron al salón.

–Veronica –dijo la Reina Madre, hablando al azar en las sombras que constituían su mundo–, ¿volvió usted a llamar a esa fastidiosa mujer?

–Todavía no, señora Gamble.

–¿Por qué no habrá contestado? –El tono de la anciana era irritado y de enfado.

–Estaba fuera –dijo la señora Thwale calmosamente–. Tal vez en una sesión.

–Nunca hay sesiones a las nueve de la mañana. Y, en todo caso, debió dejar a alguien que acudiera al teléfono.

–Probablemente no tendrá servicio.

–¡Qué insensatez! No he conocido ningún buen médium que no tenga servicio. Especialmente en Florencia, donde los criados son tan baratos. Llámela de nuevo, Veronica. Llámela de hora en hora, hasta dar con ella. Y ahora, muchacho, quiero pasear un poco por la terraza y que me hables de poesía. ¿Cómo empezaste a escribir poemas?

–Bien –comenzó Sebastian–, yo, generalmente… –Se interrumpió.– Pero resulta muy difícil de explicar. –Dirigió a la anciana una de sus angelicales sonrisas.

–¡Qué contestación más estúpida! –exclamó la Reina Madre–. Puede ser difícil, pero no imposible.

Acordándose demasiado tarde que la anciana no podía verle sonreír y sintiéndose verdaderamente un estúpido, Sebastian distendió sus músculos faciales y tomó una expresión seria.

–¡Vamos! –ordenó la anciana.

Balbuceando, Sebastian se las arregló como pudo.

–Bueno… Es como si… Es decir, es como si, repentinamente, *oyera* algo. Y después, todo marcha por sí solo… ¿Sabe? Como un cristal en una solución supersaturada…

–¿En qué?

–En una solución supersaturada.

–¿Qué es eso?

–¡Oh! Bien, es… Es aquello donde se forman los cristales. Pero, en realidad –añadió presuroso–, no es esa la metáfora acertada. Se parece más bien a las flores que brotan de las semillas. O también a una escultura: se van añadiendo trozos de arcilla, hasta que finalmente aparece la estatua. O, todavía mejor, cabe comparar la cosa a…

La Reina Madre le interrumpió.

–No entiendo una palabra de lo que estás diciendo –rechinó–. Y estás mascullando más que nunca.

–Lo siento muchísimo –murmuró Sebastian, en forma todavía menos audible.

–Voy a decir a Veronica que te dé una lección de pronunciación inglesa todas las tardes, mientras yo echo mi siesta. Y sigue ahora con tu poesía…

OceanofPDF.com

CAPITULO XV

«Hacia atrás y hacia abajo», la risa y el cigarro. En largas duraciones, no hubo nada más. Esto era todo lo que de sí mismo poseía, todo lo que había sido capaz de hallar de sí mismo. Nada más que el recuerdo de cinco palabras, de una repentina alegría y de un baboseado cilindro de tabaco. Pero bastaba. El conocimiento era delicioso y tranquilizador.

Entretanto, en los bordes de la conciencia, la luz todavía se demoraba. Bruscamente, entre dos recordaciones, percibió que algo había cambiado en aquella luz.

En un principio, la brillantez había estado en todas partes, la misma por doquiera, como un silencio resplandeciente, sin límites y uniforme. Y, esencialmente, todavía seguía sin tacha, indeterminada. Pero, aunque continuaba siendo lo que había sido, parecía que la tranquila infinitud de beatitud y conocimiento había quedado limitada por la interpenetración de una actividad. Una actividad que era al mismo tiempo un patrón, una especie de celosía viva, ubicua, infinitamente compleja, exquisitamente delicada. Una vasta red ubicua de anudamientos y divergencias, de paralelas y espirales, de figuras intrincadas con proyecciones curiosamente deformadas… Todo brillante, activo y vivo.

Una vez más, el fragmento único del yo volvió a él… Era el mismo de siempre, pero esta vez asociado, en cierto modo, con una figura determinada de la brillante celosía de intrincadas relaciones, figura situada, como si se dijera, en uno de los innumerables nudos de los movimientos que se cruzaban.

«Hacia atrás y hacia abajo». Y después, la gloria repentina de la risa.

Pero este patrón de intersecciones era la proyección de otro patrón y, dentro de este otro patrón, halló repentinamente otro y mayor fragmento de sí mismo. Halló la recordada imagen de un muchachito, saliendo laboriosamente del agua de una zanja, mojado y lleno de barro hasta por encima de las rodillas. Y se recordó gritando: «¡Límpiate, John, límpiate!» Y cuando el muchachito exclamó: «¡Salta tú, cobarde!», él volvió a gritar: «¡Límpiate!», y se echó a reír.

Y la risa trajo con ella otra vez el cigarro todo baboseado y, en unión del cigarro, algo más que quedó en el centro de la celosía ubicua, el recuerdo de la sensación de un pulgar entre los labios, el recuerdo del placer de sentarse interminablemente en el retrete, leyendo el *Periódico de las Chicos* y chupando un largo y fibroso palo de regaliz.

Y aquí, volviendo de la proyección al proyector, estaba la imagen de una enorme presencia de carne y hueso que olía a jabón desinfectante. Y cuando no hacía en el *Töpfchen*, *fräulein* Anna le tomaba deliberadamente en sus rodillas, le daba dos azotes y le dejaba boca abajo sobre la cama, mientras iba a buscar el *Spritze*. Si, el *Spritze*, el *Spritze.*… Tenía también otros nombres, nombres ingleses, porque, a veces, era su madre la que le infligía el tormento agradable del enema. Y cuando esto ocurría, la presencia no olía solamente a desinfectante, sino también a raíz de lirio. Y desde luego, uno hubiera podido hacer en el *Töpfchen* si hubiese querido, pero había aquella atracción del tormento…

Las líneas de la luz viva se abrieron y, a continuación, volvieron a juntarse en otro nudo. Ya no se trataba de *fräulein* Anna o de su madre; ahora, era Mimi. *Spicciati, Bebino! Y* con una sensación de júbilo, recordó la bata de color clarete y el calor y la elasticidad de la carne bajo la seda.

A través de los intersticios de la celosía, se daba cuenta del otro aspecto de la luz…, del vasto silencio no diferenciado, de la belleza austeramente pura, pero fascinadora, deseable, irresistiblemente atractiva.

El resplandor se acercó, cada vez más intenso. Se convirtió en parte de la beatitud, se hizo idéntica al silencio y la belleza. Para siempre, para siempre.

Pero, con la participación en la belleza, vino la participación en el conocimiento. Y, repentinamente, se dio cuenta de lo vergonzosos que eran estos recuperados fragmentos de sí mismo, se dio cuenta de que se trataba de meros coágulos y desintegraciones, de meras ausencias de luz, de meras privaciones opacas, de nona das que debían ser aniquiladas, puestas en la incandescencia, examinadas en toda su fealdad a la luz de aquel esplendoroso silencio, examinadas y comprendidas y, a continuación, repudiadas y aniquiladas, para que hicieran sitio a la belleza, al conocimiento y a la beatitud.

La bata de color clarete se abrió, y él descubrió otro fragmento de su ser…, el recuerdo de unos senos redondos, de un blancor de cera, coronados por un par de botones morenos. Y en la firme carne, profundamente hundido, el ombligo mostraba el absurdo remilgo de una boca victorianas. Ciruelas y prismas. *Adesso comincia la tortura*.

En forma brusca, casi violenta, la belleza de la luz y la angustia de participar en su conocimiento se intensificaron hasta más allá de los límites de lo posible. Pero, en el mismo instante, comprendió que podía apartar su atención, negarse a participar. Deliberadamente, limitó su conciencia a la bata de color clarete. La luz se desvaneció hasta quedar reducida otra vez a una insignificancia. Fue dejado en paz con su pequeña propiedad de recuerdos e imágenes. Para que los atesorara y disfrutara con ellos de modo interminable. Para que disfrutara hasta el punto de identificarse con ellos, de transustanciarse en ellos. Una y otra vez, a través de agradables duraciones de cigarros, batas, risas y *fräulein* Anna. Y después, otra vez cigarros y batas…

Después, repentinamente, dentro del armazón de la celosía, hubo un brusco desplazamiento de la conciencia y descubrió otro fragmento de sí mismo… Estaba sentado en aquella iglesia de Niza y el coro cantaba el *Ave Verum Corpus* de Mozart… Las voces de los hombres llenaban la hueca oscuridad con una pasión de dolor y de ansia, y los agudos de los jovencitos pasaban entre ellas, armoniosos y bellamente inconexos, con la virginal diferencia de las cosas antes de la Caída, antes del descubrimiento del bien y del mal. Sin esfuerzo, la música se desplazaba de belleza en belleza. Hubo el conocimiento de la perfección, de una beatitud de éxtasis y, al mismo

tiempo, triste, triste hasta la desolación. *Ave Verum, Verum Corpus.*… Antes de que se llegara a la mitad del motete, las lágrimas corrían por sus mejillas. Y cuando abandonó con Laurina la iglesia, el sol se había puesto y, por encima de los oscuros tejados, el cielo se mostraba luminoso y sereno. Hallaron su coche y volvieron a Montecarlo a lo largo de la Corniche. En una curva, entre dos altos cipreses, vio el lucero de la tarde. «¡Mira!», dijo. «¡Como los niños del coro!». Pero, veinte minutos después, estaban en el Casino. Fue la noche en que Laurina tuvo aquella suerte loca. Veintidós mil francos. Y en su habitación, a medianoche, Laurina extendió el dinero sobre la alfombra: cientos de monedas de oro, docenas y docenas de billetes de cien francos. Se sentó al lado de ella, sobre el piso, la abrazó por los hombros y la atrajo hacia sí. *Ave Verum Corpus*, dijo, riendo. Aquél era el verdadero cuerpo.

Y ahora estaba en otra, aunque casi idéntica, intersección de la celosía. Se recordaba tendido sobre la alta hierba inmediata al campo de *cricket* del colegio. Mirando somnoliento, con los párpados entornados, al neblinoso y casi tangible azul de una tarde de verano inglés. Y, mientras miraba, ocurrió algo extraordinario. Nada se movió, pero fue como si hubiera habido un enorme gesto circular, como si se hubiera corrido algo parecido a una cortina. Aparentemente, el azul y nostálgico dosel que se extendía inmediatamente por encima de los árboles permanecía sin cambio. Y, sin embargo, todo era repentinamente distinto, todo había caído en pedazos. La tarde festiva, las incidencias del juego, el tono amable de las cosas y los hechos conocidos…, todo estaba en pedazos. Destruido, a pesar de hallarse físicamente intacto, por un terremoto interior e invisible. Algo había irrumpido a través de la corteza de apariencias habituales. Un chorro de lava de un orden de existencia distinto y más real. Nada había cambiado, pero percibió que todo era totalmente diferente, que él mismo era capaz de pensar y actuar de modos completamente nuevos, adecuados a aquella diferencia revolucionaria en el mundo.

–¿Qué te parece que bajemos a la ciudad cuando acabe el partido?

Levantó la vista. Era Timmy Williams… Pero hasta Timmy Williams –lo comprendió enseguida– era algo distinto, mejor y más importante que aquel ser con cara de hurón con el que le gustaba hablar de literatura y de

obscenidades.

–Me ha sucedido algo muy curioso esta tarde –confesaba media hora después, mientras tomaban fresas con crema en la confitería.

Pero, cuando contó la historia, Timmy se limitó a reír y dijo que todo el mundo ve puntos negros de cuando en cuando. Era probablemente estreñimiento.

No era esto verdad, desde luego. Pero ahora, cuando el mundo destruido había quedado recompuesto, cuan do la cortina había vuelto a su sitio y el chorro de lava había retornado a su punto de origen, ¡qué bonitas y agradables resultaban todas las cosas! Más valía dejar todo como estaba. Más valía comportarse como uno se había comportado siempre, sin correr el riesgo de tener que hacer algo extraño o desagradable. Al cabo de un momento de vacilación, unió su risa a la de su amigo.

Probablemente era estreñimiento. Sí, estreñimiento. Y, como animado de vida propia, el estribillo comenzó a cantar por sí mismo, con la música de «Y bajo aquel bambú».

Probablemente es,
probablemente es,
probable estreñimiento;
probablemente es,
probablemente es,
probable estreñimiento, miento, miento.

Y *da capo, da capo.*… Como el organillo que tocaba esta misma tonada frente al Registro Civil de Kensington, la mañana en que él y Amy se casaron.

Y bajo aquel bambú,
y bajo aquel, bambú,
probable estreñimiento…

OceanofPDF.com

CAPITULO XVI

–Bien –dijo la señora Thwale, cuando los ladridos de Foxy y la aguda y cascada voz de la Reina Madre se perdieron en la distancia–, ahora usted es mi discípulo. Tal vez debiera haberme provisto de una palmeta. ¿Recibía usted palmetazos en el colegio?

Sebastian denegó con un movimiento de cabeza.

–¿No? ¡Qué lástima! Siempre he pensado que dar palmetazos es algo delicioso.

Miró al muchacho con una leve sonrisa; después, volvió la cabeza para saborear su café. Hubo un largo silencio.

Sebastian levantó la vista y estudió subrepticiamente el rostro apartado… El rostro de Mary Esdaile en vida, el rostro de la mujer con la que, en su imaginación, había explorado lo que creía que eran las zonas más extremas de la sensualidad. Y aquí estaba ella, correctamente vestida de negro, en medio de la riqueza llena de colorido de la habitación, completamente inconsciente del papel que había representado en aquel universo privado, de las cosas que había hecho y se había dejado hacer. Mesalina en el interior de uno y Lucrecia en el interior de ella. Pero, desde luego, ella no podía ser Lucrecia, con aquellos ojos, con aquel modo de impregnar silenciosamente el espacio en torno con su presencia físicamente femenina.

La señora Thwale alzó la vista.

–Evidentemente –dijo–, lo primero es descubrir por qué usted masculla, cuando es tan fácil hablar clara y coherentemente… ¿Por qué hace usted eso?

–Bien, cuando uno siente timidez…

–Cuando uno siente timidez –dijo la señora Thwale–, lo mejor, siempre lo he comprobado, es imaginarse a la persona que origina esa timidez tomando un baño de asiento.

Sebastian dejó escapar una risita.

–Es casi infalible –continuó la señora Thwale–. Las personas viejas y feas parecen tan grotescas que es difícil mantenerse serio. Y las jóvenes y de buen parecer resultan tan atractivas que desaparece la alarma y se les pierde todo respeto. Ahora, cierre los ojos y pruébelo.

Sebastián miré a la señora Thwale y se puso todo encendido.

–¿Quiere decir…? –No supo cómo terminar la pregunta.

–No tengo que hacer objeción alguna –dijo la señora Thwale sosegadamente.

Sebastian cerró los ojos. Y allí apareció Mary Esdaile con sus encajes negros, sobre un diván rosa, en la actitud de la *Petite Morphil* de Boucher.

–Bien, ¿se siente ahora menos tímido? –preguntó la señora Thwale en cuanto el muchacho abrió los ojos.

Sebastian miró a Veronica durante unos segundos; después, turbado por la idea de que ella sabía ya algo de lo que estaba sucediendo en el mundo de su fantasía, denegó vigorosamente con la cabeza.

–¿Que no? –dijo la señora Thwale, con una voz que moduló una subida de tono–. Mala cosa. Parece usted un caso de cirugía. Sí, de cirugía –repitió mientras tomaba otro sorbo de café, sin dejar de mirar al muchacho con brillantes ojos irónicos por encima de la taza–. Sin embargo –añadió, secándose los labios–, cabe todavía intentar la cura por procedimientos psicológicos. Hay, por ejemplo, la técnica del ultraje.

Sebastian repitió estas palabras con tono interrogante.

–Bien, ya sabe lo que es un ultraje –dijo la señora Thwale–. Un *non sequitur* en acción. Por ejemplo, recompensar a un niño que se ha portado bien con un buen azote y enviándole a la cama. O todavía mejor, azotarle y enviarle a la cama sin motivo alguno. Esto es el ultraje perfecto, es decir, completamente desinteresado, absolutamente platónico.

Verónica se sonrió a si misma. Las últimas palabras eran las que utilizaba su padre para hablar de la caridad cristiana. Maldita caridad, con la que su padre le había envenenado toda la infancia y toda la adolescencia.

En nombre de esta caridad, su padre se había rodeado siempre de una chusma de desgraciados y de beneméritos. Había convertido el hogar en una sala de espera y en un pasillo de edificio público. La había educado entre las escualideces y fealdades de la pobreza. La había forzado a prestar un servicio que no le agradaba en lo más mínimo. La había obligado a pasar los ocios con desconocidos zafios e ignorantes, cuando todo su afán era estar a solas. Y, como para añadir la injuria al daño, le, había hecho recitar todas las noches de domingo el capítulo XIII de la primera a los Corintios.

–Absolutamente platónico –repitió la señora Thwale, mirando de nuevo a Sebastian–. Como Dante y Beatriz. –Y después de unos segundos, añadió meditativamente:– Algún día, esa cara bonita que tiene usted le proporcionará un disgusto.

Sebastian se echó a reír con turbación y trató de cambiar de tema.

–Pero ¿de dónde viene la timidez? –preguntó.

–No viene –contestó Veronica–. Se va. Sale. El ultraje le hace salir.

–¿Qué ultraje?

–¿Cuál? El ultraje que se decide cometer cuando ya no se sabe qué decir o hacer.

–Pero ¿cómo es posible? Quiero decir, cuando uno es tímido…

–Hay que hacerse violencia. Como si uno se suicidara. Llevarse el revólver a la sien. Cinco segundos más y el mundo habrá acabado. Entretanto, nada importa.

–Pero sí importa –objetó Sebastian–. Y el mundo no se acaba…

–No, pero queda transformado. El ultraje crea una situación completamente nueva.

–Una situación desagradable.

–Tan desagradable –convino la señora Thwale–, que ya uno no piensa en su timidez.

Sebastian miró a Veronica con expresión dubitativa.

–¿No me cree? –preguntó Veronica–. Bien, haremos un ensayo. Soy la señora Gamble que le pregunta cómo se escribe un poema.

–¡Cielos! ¡Qué ridículo fue aquello!

–¿Por qué fue ridículo? Porque no se dio usted cuenta de que era la clase de pregunta que sólo podía ser contestada con un ultraje. Me estuve riendo al oírle balbucear acerca de sutilezas psicológicas que la anciana no podía comprender, aunque lo hubiese querido. Pero, desde luego, no lo quiso.

–Pero ¿qué otra cosa podía hacer? Ella quería saber cómo escribía.

–Se lo diré –dijo la señora Thwale–. Usted debió mantener silencio durante cinco segundos por lo menos. Después, lenta y claramente, usted debió decir: «Señora, suelo escribir con lápiz indeleble en un rollo de papel higiénico». Vamos, repítalo.

–No, no puedo…. Es imposible.

Sebastian dirigió a Veronica una de sus encantadoras e irresistibles sonrisas. Pero, en lugar de enternecerse, la señora Thwale meneó la cabeza con actitud desdeñosa.

–No, no –dijo–. No me gustan los niños ni poco ni mucho. En cuanto a usted, debería darle vergüenza apelar a tales recursos. A los diecisiete años, un hombre debe engendrar niños, no tratar de imitarlos.

Sebastian se incendió hasta las orejas y emitió una risa nerviosa. Aquella franqueza le había hecho mucho daño y, sin embargo, había una parte de su ser que se alegraba de oír hablar así, que se alegraba de que Veronica no le tratara, como hacían todos los demás, como a un chiquillo.

–Y ahora –continuó la señora Thwale–, va usted a decirlo, ¿me oye?

El tono era tan fríamente imperioso que Sebastian obedeció sin más protestas ni demoras:

–Señora, suelo escribir con lápiz indeleble…

–Eso no es un ultraje –dijo la señora Thwale–. Eso es un balido.

–Suelo escribir con lápiz indeleble… –repitió Sebastian subiendo de tono.

–*Fortissimo*!

– … Con lápiz indeleble en un rollo de papel higiénico.

La señora Thwale dio unas palmadas.

–¡Magnífico! –emitió el delicado gruñido de su risa. Más estrepitosamente, Sebastian le hizo coro.

–Y ahora –continuó Veronica–, voy a darle un tirón de orejas. Fuerte, para que duela. Y usted que dará tan sobrecogido y enfadado que gritará: «¡Zorra del demonio!», o algo por el estilo. Yo comenzaré a chillar como un guacamayo y usted comenzará a…

La puerta del salón se abrió.

–*Il signor De Vries* –anunció el lacayo.

La señora Thwale se calló en mitad de la frase e, instantáneamente, reajustó su expresión. Era una seria *madonna* que miraba al recién llegado, quien se acercaba presuroso.

–He estado fuera toda la mañana –dijo Paul de Vries, mientras estrechaba la mano que le alargaban–. No me han transmitido su aviso telefónico hasta que he vuelto al hotel, después de almorzar. ¡Qué noticia más lamentable!

–Lamentable –repitió la señora Thwale, asintiendo con el gesto–. Por cierto –añadió–, le presento a Sebastian, sobrino del pobre señor Barnack.

–Ha debido de ser un rudo golpe para usted –dijo De Vries, al estrechar la mano del muchacho. Sebastian asintió con un movimiento de cabeza y, sintiéndose un hipócrita, murmuró que así era, en efecto.

–Muy rudo, muy rudo –insistió De Vries–. Pero, desde luego, uno no debe nunca olvidar que incluso la muerte tiene sus valores. –Se volvió hada la señora Thwale.– He venido para ver si podía ayudar en algo.

–Es usted muy amable, Paul.

Veronica levantó sus párpados y miró a De Vries de modo intenso y significativo; los labios, sin separarse, temblaron en una leve sonrisa. Después, Veronica bajó de nuevo la vista y miró sus blancas manos cruzadas en el regazo.

El rostro de Paul de Vries se iluminó de placer. De pronto, en un golpe de intuición, Sebastian se dio cuenta de que aquel tipo estaba enamorado de Veronica y de que ésta lo sabía y lo permitía.

El muchacho se sintió invadido por los celos, por celos que resultaban más penosos por su inutilidad y más violentos porque el muchacho comprendía que era demasiado joven para confesarlos sin hacer el ridículo. Si contara a Veronica lo que sentía, Veronica se echaría a reír. Sería una humillación más.

–Tengo que retirarme –murmuró. E inició su marcha hacia la puerta.

–No será eso una fuga, ¿verdad? –preguntó la señora Thwale.

Sebastian se detuvo y miró en torno. Veronica le miró fijarente. El muchacho apartó los ojos de aquella mirada enigmática.

–Tengo que… escribir unas cartas –dijo. Y volviéndose, se apresuró a salir.

–¿Ha visto esto? –dijo la señora Thwale al cerrarse la puerta–. El pobre chico tiene celos de usted.

–¿Celos? –repitió De Vries en un tono de asombro incrédulo.

No había observado nada. Pero, desde luego, rara vez observaba algo. Era un hecho de índole personal que conocía y del que se sentía orgulloso. Cuando el espíritu se ocupa en ideas verdaderamente importantes, no hay posibilidad de dedicar atención alguna a las trivialidades de la vida cotidiana.

–Bien, supongo que tendrá usted razón –dijo, con una sonrisa–. «El deseo que una estrella inspira a una polilla». Es probablemente algo muy bueno para el muchacho –añadió, en el tono de un sabio y benevolente humanista–. Las pasiones sin esperanza forman parte de una educación liberal. Es el modo en que los adolescentes aprenden a sublimar el sexo.

–¿De veras? –dijo la señora Thwale, con una seriedad tan absoluta que un hombre más perspicaz hubiera adivinado la ironía que las palabras ocultaban.

Pero Paul de Vries se limitó a asentir con énfasis.

–Así descubren los valores del amor romántico –dijo–. Es de este modo como logran la sublimación. Havelock Ellis dice cosas muy bonitas acerca de esto en uno de sus…

Dándose repentina cuenta de que lo que decía nada tenía que ver con lo que le había traído junto a Veronica, se interrumpió.

–¡Al diablo con Havelock Ellis! –exclamó. Y hubo un largo silencio.

La señora Thwale permaneció muy quieta en su asiento, esperando lo que sabía que iba a suceder. Y, en efecto, De Vries se sentó bruscamente en el sofá inmediato y tomó una mano de Veronica entre las suyas.

La joven levantó la vista y Paul de Vries devolvió la mirada con una trémula y leve sonrisa donde se reflejaba el deseo más intenso. Pero el rostro de la señora Thwale continuó inalterable en su expresión grave, como si el amor fuera algo demasiado serio para con sentir sonrisas. Con aquellas ventanas de la nariz, se dijo la joven, De Vries parecía uno de esos desdichados perros sentimentales. Ridículos y, al mismo tiempo, un poco desagradables. Pero se trataba de optar entre dos males. Veronica volvió a bajar la vista.

De Vries levantó aquellos dedos que no replicaban y los llevó a sus labios con una especie de reverencia religiosa. Pero el perfume era de una suavidad que abrumaba y oprimía; el cuello era redondo, deliciosamente blanco, perfecto; bajo la estirada seda negra, cabía adivinar la firmeza de los menudos pechos. El deseo adquirió una fuerza concentrada. De Vries murmuró el nombre de la joven y, bruscamente, casi con torpeza, rodeó con un brazo los delicados hombros y, con la otra mano, levantó el sereno rostro hacia el suyo. Pero, antes de que pudiera besarla, la señora Thwale se apartó de él.

–No, Paul. Por favor…

–Pero, Veronica…

De Vries tomó otra vez una de aquellas blancas manos y trató de atraer de nuevo hacia sí a la joven.

–He dicho que no, Paul.

El tono era terminante. De Vries desistió.

–¿Nada supongo para usted, Veronica? –dijo quejosamente.

La señora Thwale le miró en silencio y, durante unos instantes, estuvo tentada de decir a aquel estúpido lo que se merecía. Pero hubiera sido algo muy tonto. Gravemente, hizo un gesto afirmativo.

–Supone usted mucho para mí, Paul. Pero, a lo que parece –añadió, con una sonrisa y un cambio de tono repentinos–, usted se olvida de que soy lo que llaman una mujer respetable. A veces desearía no serlo. Pero así son las cosas…

Sí, así eran las cosas… Un obstáculo insuperable en el camino del celibato modificado. Y mientras tanto, De Vries amaba a aquella mujer como nunca había amado antes. La amaba de modo imposible de dominar,

más allá de todo razonamiento, en los lindes de la locura. La amaba hasta el punto de que sólo pensaba en ella y de que estaba poseído por el demonio del afán de poseerla.

La mano menuda e inerte que había retenido adquirió vida de pronto y se retiró.

–Además –dijo Veronica gravemente–, nos estamos olvidando del pobre señor Barnack.

–¡Al diablo con el señor Barnack! –exclamó De Vries sin poder contenerse.

–¡Paul! –protestó Veronica. Su rostro tomó una expresión de angustia.

–Perdóneme –murmuró De Vries entre dientes.

Con los codos sobre las rodillas y la cabeza entre las manos, De Vries miraba sin verlo el trozo de alfombra china que había entre sus pies. Pensaba, con rencor, en cómo aquel demonio haría su aparición a la hora de la lectura. No había preservativos ni exorcismos; los libros más nuevos e importantes resultaban impotentes contra aquella obsesión. En lugar de la mecánica del quántum, del campo de individuación o de lo que fuera, aparecería repentinamente el óvalo pálido de aquel rostro que llenaba su espíritu, aparecería aquella voz, aparecería aquel modo de mirar, aparecerían aquel perfume y aquellas redondeces del cuello y de los brazos. Y sin embargo, se había jurado siempre no contraer matrimonio, dedicar su tiempo, sus pensamientos y sus energías a aquella gran obra que había emprendido, a aquel tendido de puentes que era tan evidente y providencialmente su vocación.

En aquel instante, sintió el contacto de la mano de Veronica en su cabello y, levantando la vista, vio que la joven le sonreía, casi cariñosamente.

–No debe ponerse triste, Paul.

De Vries meneó la cabeza.

–Triste, loco y, posiblemente, malo también.

–No, no diga eso –susurró Veronica. Y con un rápido movimiento puso levemente sus dedos en los labios de De Vries–. Malo no, Paul; nunca malo.

De Vries tomó aquella mano y la cubrió de besos. Sin protestar, la joven permitió que aquella pasión se desahogara durante unos segundos. Después, retiró la mano.

–Y ahora –dijo–, quiero que me cuente todo acerca de su visita a aquel hombre de que me hablaba ayer.

El rostro de De Vries se iluminó.

–¿Se refiere a Loria?

Veronica asintió.

–¡Oh! Fue una visita verdaderamente, interesante –dijo Paul de Vries–. Es el hombre que está continuando la tarea de Peano en lógica matemática.

–¿Es tan bueno como Russell? –preguntó la señora Thwale, quien se acordaba de una conversación anterior sobre el mismo tema.

–Es precisamente la pregunta que me estaba haciendo yo mismo –exclamó De Vries con entusiasmo.

–Los genios coinciden –dijo la señora Thwale.

Y sonriendo con la más agradable de sus sonrisas, tocó con los nudillos primeramente su frente y después la de su amigo.

–Cuénteme, cuénteme algo acerca de ese interesante profesor Loria…

OceanofPDF.com

CAPITULO XVII

Con la música de «Y bajo aquel bambú» y el acompañamiento de la risa de Timmy Williams, repetía una y otra vez:

> Probablemente es,
> probablemente es,
> probable estreñimiento…

Pero, desde luego, no era verdad. Siempre supo que no era verdad.

Hubo una vez más la conciencia de un silencio que lo invadía todo, que brillaba y estaba vivo. Más bello que la belleza de la música de Mozart, del cielo después de la puesta del sol, del lucero de la tarde que surge entre los cipreses.

Y se descubrió desplazándose desde estos cipreses a través de la celosía, hasta verse en Pesto, a la media luz de un ventoso crepúsculo de otoño; hasta recordar el Valle del Caballo Blanco, bajo un sol de junio que enviaba sus rayos con terrible intensidad, desde un golfo azul que se abría entre montañosos continentes de nubes de tormenta. Y aquí estaba el Dios del Maíz de Copan y *La última comunión de san Jerónimo*. Y aquella cosa de Constable, del Victoria y Albert, y… Sí, *Su sana y los ancianos*.

Pero ésta no era la pálida silueta de una desnudez marmórea y majestuosa de Tintoretto. Ésta era Mimi. Mimi, tal como se arrellanaba en el diván, opacamente blanca entre los chillones almohadones.

Y de pronto se vió participando una vez más en aquel implacable conocimiento de una ausencia tan odiosa que ya no cabía sino odio de sí mismo, nada más que vergüenza, juicio y condenación.

Para escapar de aquel dolor, se volvió una vez más hacia la abertura de la bata, hacia los mimos y juegos, hacia el cigarro y la risa. Pero esta vez la luz se negó a quedar eclipsada. Muy al contrario, se hizo más esplendorosa, imposible; se fue haciendo más bella en forma insoportable.

El terror se moduló en resentimiento, en una pasión de ira y odio. Y como por arte de magia, se vio de golpe en posesión de sus cuatro vocabularios de obscenidades: el inglés nativo, el alemán penosamente adquirido, el francés y el italiano.

El brote de aquel rencor, expresado en un torrente de palabrotas, le proporcionó un alivio inmediato. El apremio de la luz disminuyó y ya no hubo participación en aquel conocimiento que le obligaba a juzgarse como algo vergonzoso. No quedaba más que la belleza, lejos, muy al fondo, como el cielo después de la puesta del sol. Pero ahora, después de haber visto su encanto, sabía que se trataba únicamente de un cebo para inducir a uno a alguna horrible clase de suicidio.

Suicidio, suicidio… Todos estaban tratando de persuadirlo a que se suicidara. Aquí estaba el fragmento de sí mismo representado por Bruno en la librería, por Bruno camino de la estación. Mirando con aquella mirada peculiar, hablando tan suavemente acerca de la necesidad de hacerse perdonar, hasta tratando de hipnotizar a uno. De hipnotizarle hacia la propia destrucción.

Deslizándose lateralmente, como si dijéramos, en otro plano de la celosía, se vio repentinamente en contacto con un conocimiento que reconoció inmediatamente como el de Bruno. El conocimiento, vago e impertinente, de un desnudo dormitorio de hotel y, al mismo tiempo, el conocimiento, abrumador, de la luz. Suavemente azul esta vez. Azul y un tanto musical. Sístole y diástole de un esplendor que cantaba sin voz dentro de las espirales de un caracol marino que no se percibía.

Belleza, paz y ternura… Inmediatamente reconocidas e inmediatamente rechazadas. Conocidas únicamente para ser odiadas, únicamente para ser afrentadas en cuatro lenguas.

San Willibald diciendo sus oraciones en un dormitorio de hotel de cuarta categoría, San Wunnibald con templándose el ombligo. Era estúpido. Era despreciable. Y si el muy tonto se imaginaba que iba a inducir con tales

trucos al suicidio, estaba completamente equivocado. ¿Es que pensaba que uno se dejaba encandilar por aquella maldita luz? Pensara lo que pensara, quedaba el hecho de que no era más que el pobre Bruno, un estropajoso librero de tres al cuarto con una inteligencia a medio hacer y el don del parloteo insustancial.

Y enseguida se dio cuenta de que Bruno no estaba solo, de que el conocimiento de la luz de Bruno no era el único conocimiento. Había toda una constelación de conciencias. Esplendorosas por participación, hechas una por la luz que les daba el ser. Hechas una y, sin embargo, todavía reconocibles, dentro de la Posibilidad Universal, como posibilidades que verdaderamente se habían realizado.

En el dormitorio del hotel, el conocimiento de aquel suave y musical esplendor se hacía cada vez más completo. Y a medida que esto sucedía, el azul se hacía más brillante, hasta alcanzar una incandescencia más pura, y la música se modulaba de significación a significación más elevada, hasta la perfección última del silencio.

«Willibald, Wunnibald. En un hotel de cuarta categoría. Y confiemos en que haya una pareja alemana pasando la luna de miel en la habitación de al lado». ¡Veríamos qué podía hacer entonces con la luz! Pero, de todos modos, nada podía hacer de él otra cosa que un comerciante ínfimo, un vendedor de basura mohosa. «Y si cree seriamente que es capaz de hacer a uno avergonzarse de si mismo…».

Bruscamente, Eustace luyo conciencia de lo que el otro sabía. Tuvo conciencia de ello por una relación no desde el exterior solamente, sino en un acto de identificación. Y en el mismo instante se dio cuenta otra vez de la inexpresable fealdad de su propio ser opaco y fragmentario.

Vergonzoso, vergonzoso… Pero se negó a avergonzarse. Que se lo llevara el demonio si es que se dejaba empujar al suicidio. ¡Sí, que se lo llevara el demonio!

En el esplendor y en el silencio, sus pensamientos eran como trozos de excremento, como el ruido de arcadas. Y cuanto más repulsivos se hacían, más frenéticos se hacían la ira y el odio.

¡Maldita luz! ¡Maldito hombrecito harapiento! Pero ya no había ningún reposo o respiro en dejarse llevar por la ira. Su enfado era una llama, pero una llama enfrente de un esplendor que no se mitigaba. Los cuatro vocabularios obscenos vomitaban sus palabras en un silencio con el que uno estaba en cierto modo identificado, en un silencio que simplemente ponía más en relieve la fealdad de lo que lo interrumpía.

Todo el alivio de la ira y del odio –toda la excitación que distraía– se desvaneció y él quedó sin nada más que la desnuda y negativa experiencia de la re acción. Intrínsecamente dolorosa y, al mismo tiempo, causa de mayor dolor. Porque la luz que no disminuía y el silencio que no admitía interrupción, objetos de su odio, le obligaron una vez más a juzgar y condenar.

Hicieron su aparición otros fragmentos de sí mismo. Diez páginas de Proust y una recorrida del Bargello. San Sebastián entre ornamentos victorianos y el Joven de Peoria. *Fascinatio nugacitatis*. Pero todas las trivialidades que antes le habían encantado eran ahora, no solamente aburridas, sino también, en cierto modo negativo, profundamente malas. Y, sin embargo, había que persistir en ello, porque la alternativa era el propio cono cimiento y el propio abandono, una atención y una exposición totales a la luz.

De modo que aquí estaba Mimi otra vez. Y en el esplendor, con el que estaba ahora identificado de modo ineludible, también tenían que persistir aquellas largas tardes en el pisito de detrás de Santa Croce. Interminables fricciones frías; el cepillo raspando y raspando, pero sin titilación. *Adesso comincia la tortura*. Y nunca se detenía, porque no podía permitir que se detuviera, de miedo a lo que podía pasar. Y no había escape, salvo a lo largo de este sendero que llevaba a una cautividad mayor.

De pronto Bruno Rontini se movió un poco y tosió. Eustace tuvo, en segundo grado, una conciencia más marcada del ínfimo dormitorio y del ruido del tránsito que subía en tercera por los empinados accesos de Perusa. Después, este conocimiento impertinente fue puesto de lado y sólo quedaron de nuevo el esplendor y el silencio.

¿O es que había otro sendero? ¿Había un camino que permitiera sortear aquellos coágulos de excremento de la antigua experiencia y la condenación que imponían? El silencio y el esplendor estaban preñados de una contestación inequívoca: no había camino que sorteara aquello y era preciso atravesarlo. Y, desde luego, lo supo todo, supo con exactitud dónde el camino conducía.

Pero, si seguía aquel camino, ¿qué sería de Eustace Barnack? Eustace Barnack estaría muerto. Muerto, extinto, aniquilado. No quedaría más que aquella maldita luz, aquel odioso esplendor en el silencio. Su odio brotó de nuevo y, después, casi instantáneamente, aquel delicioso y alegre calor quedó sofocado. Ya no hubo más que la frígida y angustiosa reacción y, al mismo tiempo, el atormentador conocimiento de que su odio y su reacción eran igualmente repugnantes.

Pero valía más este dolor que su alternativa; valía más este conocimiento de su propia odiosidad que la extinción absoluta de todo conocimiento. ¡Cualquier cosa antes que esto! Hasta aquellas eternidades de hueca estupidez, hasta aquellas eternidades de ansia desprovista de todo placer. Diez páginas de Proust y la yuxtaposición de las flores de cera y San Sebastián. Una y otra vez. Y después de esto, las repeticiones de aquellas sensualidades frías, los mimos, las caricias, los interminables manoseos obligatorios, con el acompañamiento del «probablemente es» y del «joven de Peoria». Miles de veces, cientos de miles de veces. Y la broma acerca de San Willibald y la broma acerca de San Wunnibald. Y el padre Trasíbulo con su turíbulo y el padre… el padre… Y otra vez las diez páginas de Proust, las flores de cera de san Sebastián, los pezones morenos y la tortura de la concupiscencia forzada, mien tras el Joven de Peoria murmuraba el Credo, murmuraba el Sanctus y murmuraba una cadena ininterrumpida de obscenidades, en un luminoso silencio que hacía que cada una de las mil repeticiones pareciera más sin sentido que la anterior y todavía más repugnante.

Pero no había otra alternativa, salvo la de ceder ante la luz, la de morir en el silencio. Pero cualquier cosa antes que esto, cualquier cosa, cualquier cosa…

Y entonces, repentinamente, hubo salvación. Un conocimiento, antes que nada, de que había otros conocimientos. No como aquella estúpida conspiración de Bruno con la luz. No como aquella constelación de conciencias dentro del conocimiento de toda posibilidad. No, no. Estas otras conciencias eran agradablemente similares a la propia. Y todas ellas se referían a uno, a la propia identidad amada y opaca. Y se referían como la agitada sombra de una infinitud de alas, como el alboroto de innumerables pájaros inquietos que apagaran aquella luz insoportable, que dispersaran aquel maldito silencio y proporcionaran alivio y respiro, el bendito derecho de ser uno mismo y de no avergonzarse de serlo.

Quedó en una deliciosa y temblorosa confusión, de la que se había convertido en el centro. Le hubiera gustado quedarse así para siempre. Pero había reservadas para él cosas mejores. Repentinamente y sin anuncio previo alguno, amaneció una nueva y más beata fase de su salvación. Estaba en posesión de algo infinitamente precioso, de algo de que –ahora lo comprendía– había estado privado durante toda la duración de estas horribles eternidades: era una serie de sensaciones corporales. Había una experiencia, excitantemente directa e inmediata, de una oscuridad cálida y viva detrás de los párpados caídos, de débiles voces, no recordadas, pero oídas realmente ahí enfrente; de un leve punto de lumbago en la espalda; de mil pequeños dolores, presiones y tensiones de dentro y de fuera. ¡Y qué curiosa pesadez en el bajo interior del cuerpo! Qué extrañas y desconocidas sensaciones de peso y contracción sobre el pecho!

* * *

–Creo que ya cayó –dijo la Reina Madre con un ronco murmullo.

–Parece, desde luego, que respira de modo muy estertoroso –asintió Paul de Vries–. Roncar siempre indica relajamiento –añadió en tono profesoral–. Tal es la razón de que las personas nerviosas y delgadas no…

La señora Gamble le interrumpió sin miramientos.

–Suélteme, por favor, la mano –dijo–. Quiero sonarme.

Sus pulseras tintinearon en la oscuridad. Hubo un susurro y un resoplido.

–Bien… ¿Dónde está usted? –preguntó, buscando la mano de De Vries–. ¡Eh, aquí! Supongo que todo el mundo se agarra bien.

–Por mi parte, sí –dijo el joven.

Hablaba con tono alegre, pero el apretón que administró a la suave mano que tenía a su derecha fue tierno y prolongado. Para delicia suya, la presión fue devuelta, débilmente, pero de modo muy perceptible.

Emboscada en la oscuridad, la señora Thwale pensaba en la desvergonzada esencia del amor.

–¿Y usted, Sebastian? –preguntó, volviendo la cabeza.

–Estoy muy bien –contestó el muchacho, con una risita nerviosa–. También me agarro.

Pero otro tanto pasaba con aquel apestoso De Vries… Apretaba y le apretaban. Mientras que si él apretaba la mano de la señora Thwale, ésta no dejaría de anunciarlo a toda la compañía y de provocar una carcajada general. De todos modos, estaba muy dispuesto a hacerlo, pasara lo que pasara. Como una afrenta, tal como ella había dicho. De Vries estaba enamorado de ella y ella, según todas las apariencias, estaba enamorada de De Vries. Muy bien, pues. En tales circunstancias, el mayor *non sequitur* posible sería decir o hacer algo que revelara que también él estaba enamorado de ella. Pero, cuando llegaba al momento de cometer verdaderamente el ultraje de apretar la mano, Sebastian se detenía vacilante. ¿Tenía valor o no lo tenía? ¿Valía o no la pena?

–Dicen que tenerse de la mano influye mucho en las vibraciones –anunció la Reina Madre desde su extremo.

–Bien, no es imposible –observó Paul de Vries como juez entendido–. A la luz de las más recientes investigaciones sobre potenciales eléctricos de los diversos grupos de músculos…

«Dentro de cinco segundos –Sebastian se decía a sí mismo, con el cañón de la imaginaria pistola apoyada en la sien–, dentro de cinco segundos, el mundo habrá terminado. Nada importa ya». Pero siguió sin decidirse. Continuaba repitiéndose desesperadamente que nada importaba, que nada importaba, cuando, de pronto, sintió que la mano de ella entraba en actividad dentro de la suya. Enseguida, en forma alarmante, las puntas de aquellos dedos trazaron círculos en su palma. Una y otra vez,

deliciosamente eléctricos. Después, sin aviso previo, las uñas se clavaron en la carne. Fue un segundo solamente, al cabo del cual los dedos se ende rezaron y aflojaron. Sebastian retenía ahora una mano tan floja, pasiva e inerte como la de antes.

–Y después –decía Paul de Vries–, hay que tener en cuenta la posibilidad de radiaciones mitóticas como un factor en los fenó…

–¡Ss…! Está diciendo algo.

Frente a ellos, brotó de la oscuridad una aguda voz infantil.

–Soy Bettina –dijo–. Soy Bettina.

–Buenas noches, Bettina –gritó la Reina Madre, en un tono que quería ser alegre y complaciente–. ¿Cómo van las cosas en el otro lado?

–¡Muy bien! –chilló la voz, perteneciente, según había explicado la señora Byfleet antes de que se apagaran las luces, a una jovencita que se había ido a raíz del terremoto de San Francisco–. Todo va muy bien. Todos nos sentimos muy bien. Pero aquí, la pobre Gladys… Está muy enferma.

–Sí, todos sentimos mucho que la señora Byfleet no se sienta bien.

–Nada, nada bien.

–¡Es una desdicha! –replicó la Reina Madre, con mal disimulada impaciencia. Era ella la que había insistido en que la señora Byfleet organizara la sesión, pese a la indisposición que la aquejaba–. Pero confío en que esto no perturbará las comunicaciones.

Los chillidos dijeron algo parecido a «haremos lo posible» y se desvanecieron en la incoherencia. A continuación, el médium suspiró profundamente y roncó un poco. Hubo un silencio.

¿Qué quería decir?, se preguntaba Sebastian. ¿Qué demonios significaba aquello? Su corazón latía a martillazos. Una vez más, el cañón de la pistola estuvo apoyado en la sien. Dentro de cinco segundos, el mundo habría acabado. Una, dos, tres… Apretó la mano de Veronica. Esperó un segundo. Apretó de nuevo, pero no hubo presión que replicara ni indicación alguna que revelara que Veronica se había dado cuenta de lo hecho. Sebastian se vio invadido por la más violenta de las turbaciones.

–Siempre me gusta tener mi primera sesión lo más pronto posible después de los entierros –observó la Reina Madre–. E incluso antes, si puede contarse con esa posibilidad. Nada hay como golpear el hierro en

caliente.

Hubo una pausa. Después, vehemente, pero aburrida y monótona, intervino la voz de Paul de Vries.

–Estoy pensando –dijo– en el discurso que ha pronunciado esta tarde el señor Pewsey junto a la sepultura. Muy conmovedor, ¿no es verdad?, y muy acertado. «Amigo del arte y artista en amistad». No podía decirlo mejor.

–Lo que no le impide –raspó la Reina Madre– tener las costumbres más abominables. Si no fuese por Veronica y el muchacho, ya le contaría algunas de las cosas que sé de Tom Pewsey.

–Hay aquí alguien –anunció el chillido en forma impresionante–. Tiene deseos de ponerse en contacto con vosotros…

–Dile que esperamos –dijo la Reina Madre en el tono en que daba órdenes al lacayo.

–Acaba de llegar –continuó el chillido–. Parece que no se da todavía mucha cuenta de que os ha dejado.

Para Paul de Vries, aquellas palabras fueron como el olor a conejo en la nariz de un perro de caza; el hombre salió disparado.

–¡Qué interesante! –exclamó–. No se da cuenta de que nos ha dejado… Pero, según todas las autoridades, desde los budistas del Mahayana hasta…

Pero el chillido estaba diciendo algo más.

–¿Quiere usted no interrumpir? –dijo la Reina Madre.

–Perdone –murmuró Paul de Vries.

En la oscuridad, la señora Thwale presionó con simpatía la mano derecha de De Vries y, en el mismo instante, desinteresada y platónica, dobló un delicado pulgar y, en el centro de la palma izquierda de Sebastian, trazó las cuatro letras A, M, O y R y, a continuación, otras combinaciones inconfesables. En su interior, bullía una efervescencia de risa callada.

–Está contentísimo de que estéis todos aquí –dijo el chillido, haciéndose de modo repentino totalmente articulado–. No puede expresaros cuán feliz se siente.

«No lo hubiera expresado con tanto énfasis –estaba pensando Eustace–. Pero, en esencia, es verdad».

Aquella maldita luz había desaparecido definitivamente y, con las mil sensaciones recuperadas que saltaban y gorjeaban como veinte mil gorriones, el silencio no era ya problema alguno. ¡Y qué deliciosos podían ser hasta el lumbago y aquel desconocido dolor de vientre! ¡Y hasta la cascada voz de la Reina Madre! ¡Ninguna música de Mozart era tan dulce! Desde luego, era una desdicha que, por la razón que fuera, todo tuviera que pasar por el filtro de aquel conocimiento intermedio. O más bien, de aquella ignorancia intermedia, pues se trataba de un trozo de imbecilidad organizada, nada más. Se le proporcionaba lo más selecto de las bromas de uno y cuatro veces de cada cinco transmitía una estúpida insensatez. ¡Qué lío se armó, por ejemplo, con lo que dijo cuando aquel norteamericano comenzó a hablar de factores psíquicos o lo que fuera! Y cuando quiso citar los versos de Sebastian acerca de las nalgas y los pechos pendulantes, anduvo diciendo, en pleno desconcierto, no sé qué cosas sobre los péndulos… Sobre algas y péndulos… ¡Era una idiotez! Sin embargo, consiguió finalmente meter una cuña, casi palabra por palabra, por el lado de la Reina Madre, porque incluso un ser medio imbécil no podía equivocarse con la palabra «garras».

Y después ocurrió una cosa muy curiosa.

–¿Es verdad…? –preguntó la señora Thwale bruscamente, en tono de excesiva e improbable inocencia–. ¿Es verdad que ahí, donde estáis, no hay matrimonios ni esponsales?

Las palabras parecieron tocar un resorte; hubo una especie de sacudida mental, un desplazamiento de la conciencia casi violento… Eustace tuvo conciencia, como a través de una memoria viva, de cosas que no le habían sucedido, de cosas que, según pudo percibirlo de algún modo, no habían sucedido todavía. Con un ancho abrigo de pieles y un sombrero absurdo, según el estilo de un retrato de la emperatriz Eugenia por Winterhalter, la señora Thwale estaba sentada en una plataforma y rodeada de oficiales de marina, mientras un hombre despeinado y con acento del Medio Oeste aullaba ante el micrófono. «Un barco Liberty!», repetía. «¡El cuadringentésimo quincuagésimo nono barco Liberty!». Y era indudable que el enorme precipicio de hierro que se veía a la izquierda era la proa de un barco. Y ahora, la señora Thwale estaba de pie, lanzando una botella de

champaña atada al extremo de una cuerda. Y enseguida, el precipicio comenzó a desplazarse, mientras la gente rompía en aplausos. Y mientras la señora Thwale sonreía a un almirante y varios capitanes, De Vries se acercó presuroso y comenzó a hablar a todos de los últimos e interesantísimos progresos en materia de balística…

–No soy yo el que piensa en el matrimonio –dijo jocosamente.

Pero lo que en realidad dijo aquel ser estúpido fue: «No pensamos aquí en matrimonios».

Eustace comenzó a protestar, pero fue distraído de su irritación por la aparición de otro de aquellos claros recuerdos de cosas que no habían sucedido. La Thwale estaba en un sofá con un oficialito, como aquellos imberbes chiquillos que se veían durante la guerra. Y francamente, francamente, ¡qué cosas se permitía hacer la chica! Y siempre con aquella sonrisa levemente irónica, con aquella expresión de curiosidad despegada en los ojos brillantes y oscuros, que se mantenían abiertos y en observación, sucediera lo que sucediera. Mientras que el muchacho, en un esfuerzo por retener dentro el placer y mantener fuera la vergüenza y la turbación, cerraba los ojos con toda la energía de que era capaz.

Las móviles imágenes se desvanecieron en la nada y, al pensar en los cuernos de De Vries y en la inevitable conexión entre la guerra y la concupiscencia, entre las más santas cruzadas y el copular más promiscuo, Eustace se echó a reir. «Hacia atrás y hacia abajo, soldados de Cristo», dijo, en un intervalo, entre dos paroxismos de risa.

–Dice que todos somos soldados de Cristo –articuló el chillido y, casi inmediatamente–: Adiós, buenas gentes. Nos dice adiós, adiós.

Una carcajada, una carcajada en *crescendo*. Después, repentinamente, Eustace comprendió que aquella bendita experiencia de la sensación se estaba retirando. Las voces del exterior se fueron debilitando y haciendo más confusas; la pequeña y oscura conciencia de la presión, el tacto y la tensión se fue desvaneciendo. Y finalmente, no quedó nada, ni tan siquiera el lumbago, ni tan siquiera aquella estúpida intérprete. No quedaron más que el ansia por lo perdido y, surgiendo de nuevo del largo eclipse tras la opacidad y el delicioso ruido, aquel puro y esplendoroso silencio de la luz. Más brillante, todavía más apremiante, todavía más austera y

amenazadoramente bello. Percibiendo el peligro que corría, Eustace dirigió su atención a la Thwale y a su adolescente en uniforme, a aquella enorme burla cósmica de las cruzadas y las cópulas. «Hacia abajo y hacia atrás, soldados de Cristo», repitió. Y haciendo un deliberado esfuerzo, se rió con más fuerza que nunca.

OceanofPDF.com

CAPITULO XVIII

Apenas eran poco más de las siete cuando Sebastian bajó a la mañana siguiente para dar otro paseo solitario por el jardín, otra excursión a través del «Lycidas», en dirección a su propio poema, todavía sin nombre y sin escribir. Había decidido que el poema comenzara con la Venus de la balustrada, que un espíritu había hecho surgir de la amorfia de la piedra. Un orden nacido del caos, el cual estaba a su vez compuesto de innumerables órdenes menores. Y la estatua sería el emblema de una vida individual en su excelencia posible e ideal, del mismo modo que el conjunto del jardín representaría la vida idealmente excelente de una sociedad. De lo idealmente excelente, pasaría a las realidades de la fealdad, la cruel dad, la ineptitud y la muerte. Tras lo cual, en una tercera parte, el éxtasis y la inteligencia construirían los puentes que llevan de lo real a lo ideal, de la trotacalles del traje azul y de las severidades paternas a la señora Thwale y Mary Esdaile, del cadáver del retrete a Teócrito y Marvell.

No podría precisar una combinación de todo esto que no resultara una pesadez hasta que comenzara a traba jar en las palabras que tendrían que expresarlo. Hasta ahora, las únicas palabras que habían venido a su espíritu estaban relacionadas con el pobre tío Eustace y la sesión de anoche. Esto tendría su sitio en algún trozo de la segunda parte.

«Eso fue un hombre…», se repetía, mientras paseaba por la terraza a la temprana luz del sol.

Eso fue un hombre, y eso es todo, cual viejo piano…

No, no resultaba Mejor era «Bechstein viejo».

Cual Bechstein viejo dado en la subasta
que arrastra resoplando zafia casta,
tosca y brutal, sin artes y sin modo.

Respecto a los versos que seguían, todavía no estaba seguro.

Mas alguien hay en el salón vacío
que torpe toca inexistentes teclas…

Meneó la cabeza. «Inexistentes» era estilo periodísico. La palabra era «ausencia». «Que va a tocar la ausencia de sus teclas…». O, tal vez mejor, «que ausencias toca de las teclas idas…».

Mas alguien hay en el salón vacío
que ausencias hunde de las teclas idas,
que piezas olvidadas y perdidas
ha de tocar con incansable brío,
sin pausa alguna, hasta que el mundo acabe…

Lo que parecía, en efecto, haber sucedido en aquella sesión, con aquel estúpido chillido que reproducía las bromas de tío Eustace e incluso había reproducido mal, como uno se daba cuenta ahora, aquel pequeño esfuerzo suyo acerca del dibujo de Degas. Pero, entretanto, había que analizar ese «que el mundo acabe». Justificaban las circunstancias esta expresión? ¿No sería mejor prolongar la frase un poco y conducirla, tortuosa y serpentina, a través de un interrogador «¿quién sabe?», hacia ulteriores reconditeces del tema?

Sebastian estaba estudiando todavía el asunto, cuando ocurrió algo que cortó el hilo de su discurso. La muchachita que había visto aquella trágica mañana en el vestíbulo apareció de improviso en lo alto de la escalinata, sin criatura ni gallina esta vez, pero sí con una cesta de grandes dimensiones. Sorprendida por aquella inesperada presencia, se detuvo y miró a Sebastian con una expresión de incertidumbre, casi de miedo. Sebastian le dirigió una sonrisa. Tranquilizada por este despliegue de benevolencia por parte de uno

de aquellos imponentes *signori*, la niña devolvió la sonrisa y, caminando, por un exceso de deferencia, sobre las puntas de sus toscas botas, cruzó la terraza y comenzó a quitar la cizaña de un macizo de flores que, como estrecha franja de color y perfume, se extendía a lo largo de la fachada de la villa.

Sebastian continuó su paseo. Pero la presencia de la niña era un obstáculo insuperable para adelantar en la composición. No era que la niña hiciera ruido alguno ni incurriera en violencias de movimiento. No, era algo más hondo. Lo que distraía a Sebastian era el hecho de que la niña estuviera trabajando penosamente con la sucia tierra, mientras él se paseaba con las manos en los bolsillos. La proximidad de los pobres siempre le proporcionaba una sensación desagradable y, cuando los pobres trabajaban mientras él aparentemente no hacía nada, a la sensación desagradable se agregaba otra de vergüenza. Eran sensaciones que, según suponía, tendían a inducirle a seguir las huellas de su padre. Pero la política siempre le había parecido algo inútil y sin importancia. Su reacción ordinaria ante las sensaciones de desagrado y vergüenza era huir de las situaciones que las provocaban. Y aquel día la situación era peor que cualquier otra. Porque la persona que trabajaba era una niña que debía estar jugando, y la pobreza, en contraste con la magnificencia de que estaba rodeada, parecía particularmente escandalosa. Sebastian miró su reloj y, ante la posibilidad de que la muchachita le estuviera mirando –cosa que no sucedía–, representó el papel de quien se acuerda de pronto que va a llegar tarde a un cita de importancia y se alejó a toda prisa. Recorrida la mitad de la distancia que le separaba de la puerta principal, recordó repentinamente que tenía un motivo real para apresurarse. Después de comer pensaba bajar a la ciudad. Nominalmente, por pura curiosidad. Pero, en realidad, con objeto de que le tomaran las medidas para su traje de etiqueta… Siempre, claro está, que pudiera vender antes el Degas.

Subió a su habitación y bajó de nuevo, con su maletín. El salón estaba vacío y el antiguo y persistente olor a los cigarros de tío Eustace se había desvanecido hasta el punto de quedar sólo un olor a pétalos y especias. Un largo pincel de luz solar cruzaba la habitación y, como con un misterioso propósito, iluminaba los tres pelícanos del fondo del cuadro de Piero.

Los dibujos estaban sobre la mesa de mármol que había en el alféizar de la ventana central. Sebastian se acercó, apartó el papel de envolver y, separando los dos cartones protectores, retiró su legado. Dos nalgas y un pecho pendulante. Colocó el dibujo en su maletín y cerró éste. Después, con sumo cuidado, volvió a envolver los cartones y dejó el paquete como estaba antes. Degas y el esmoquin… Muerto el pobre tío Eustace, el asunto era exclusivamente suyo.

Un leve ruido de canto trémulo le hizo detenerse. Miró por la ventana abierta. Allí, casi directamente debajo, estaba en cuclillas la niña de quien acababa de huir. Sus menudas manos manchadas de tierra se movían delicadamente entre los jacintos, quitando una hierba aquí y dos allí, a fin de que todo estuviera perfecto y en orden para los *signori*.

–*Gobbo rotondo* –se cantaba a sí misma la muchachita–, *che fai in questo mondo*?

Después, dándose cuenta de una presencia extraña, levantó la vista y descubrió a Sebastian. Sus ojos adquirieron una expresión de culpa y de terror; sus mejillas pálidas tomaron el color de la amapola.

–*Scusi, signore* –murmuró con voz temblorosa–. *Scusi*.

Sebastian, que estaba casi tan turbado como la niña, retiró su cabeza bruscamente y, alejándose de la ventana, se inclinó para recoger su maletín.

–¿Qué está usted haciendo? –preguntó una voz grave y clara a su espalda.

Sebastian se volvió con sobresalto. Pero, sin esperar su respuesta, la señora Thwale se había acercado a la ventana y miraba afuera.

–*Cosa fai?* –preguntó.

Desde la terraza, una voz asustada contestó algo ininteligible.

La señora Thwale se encogió de hombros y volvió al centro de la habitación.

–¿Qué estaba usted diciendo a la niña?

–No le decía nada… –balbuceó Sebastian–. Estaba… Bien, la escuchaba cantar.

–Usted escuchaba y, ahora, va a sentarse y hacer un poco de Wordsworth acerca de la cosa, ¿verdad?

Sebastian se rió con turbación.

–Y esos serán sus manuscritos, ¿no es así? –Vero nica señaló el maletín.

Muy agradecido por la sugestión, Sebastian asintió.

–Bien, déjelos ahí y venga conmigo al jardín.

Obedientemente, Sebastian siguió a la señora Thwale a través del vestíbulo y de la puerta principal.

–¿Qué? ¿Disfrutó usted mucho con la sesión? – le preguntó Veronica, en cuanto estuvieron en la terraza.

–Sí, fue muy interesante –contestó él, sin comprometerse.

–¿Interesante? –repitió Veronica–. ¿Nada más?

Sebastian se puso encendido y apartó la vista. La señora Thwale le estaba dando la oportunidad de decir algo acerca de lo sucedido anoche, de preguntar qué significaba aquello, de contar todo lo referente a Mary Esdaile. Pero las palabras no venían. Sencillamente, no venían.

La señora Thwale miró aquel rostro encendido y angustiado y casi se echó a reír.

¡Qué situaciones en extremo cómicas se producían cuando una persona era demasiado tímida para hablar! Cabían los actos más escandalosos, pero no se diría una palabra, jamás se haría a ellos la menor referencia. Oficialmente, no sucedería nada, porque no se publicaría comunicado alguno. Pero, en la realidad, en la realidad…

–¡Qué comedia más ridícula! –dijo finalmente Veronica, rompiendo el largo silencio.

–¿Se refiere a la sesión?

La señora Thwale asintió con un gesto.

–Pero, de todos modos, parecía algo auténtico, ¿verdad? Es decir, en algunos momentos –dijo Sebastian, cubriéndose un poco, por miedo de parecer demasiado explícito.

Pero la precaución era innecesaria.

–Perfectamente auténtico –convino Veronica–. La muerte haciendo muecas a la reverencia y a la piedad del mismo modo que la vida.

Habían llegado a la escalinata y Veronica se detuvo para contemplar, entre los cipreses, los tejados de Florencia. La desvergüenza en el cogollo, pero, en el exterior, Brunelleschi y Miguel Ángel, los buenos modales y los

trajes de Lanvin, arte, ciencia y religión. Y el encanto de la vida consistía precisamente en la inconsistencia entre la esencia y la apariencia, en el arte de vivir en una delicada acrobacia de *sauts périlleux* de un mundo a otro, en una prestidigitación que pudiera descubrir siempre una obscenidad de conejos en el fondo del sombrero de copa más lustroso e, inversamente, la elegante decencia de un sombrero ocultando hasta el más fecundo y lascivo de los roedores.

–Bien, no podemos quedarnos eternamente aquí –dijo finalmente la señora Thwale. Echaron a andar. Y, como en forma casual y distraída, Veronica puso su mano en el hombro de Sebastian.

OceanofPDF.com

CAPITULO XIX

–¿Un dibujo para vender?

M. Weyl adoptó la expresión cansada y desdeñosa que dedicaba a tales ocasiones. Pero, cuando el muchacho abrió su maletín y mostró aquel Degas vendido a *ce pauvre monsieur Eustace* sólo cuatro días antes, no pudo contener un movimiento de sorpresa.

–¿Cómo tiene usted este dibujo? –preguntó–.

–Me lo han regalado.

–¿Regalado?

«*Tout es possible*», se dijo M. Weyl. Pero no había tenido nunca la menor indicación de que el pobre hombre fuera homosexual.

Dándose cuenta de que había despertado sospechas, Sebastian enrojeció.

–Me lo regaló mi tío –dijo–. Es probable que usted le conociera. El señor Barnack.

–¿Su tío?

La expresión de M. Weyl cambió. M. Weyl sonrió. M. Weyl tomó la mano de Sebastian entre las suyas y la estrechó fuertemente.

Uno de sus más apreciados clientes. Uno de sus mejores amigos; se atrevía a afirmarlo. Había quedado *bouleversé* por la trágica noticia. Era una pérdida irreparable para el arte. Lo único que podía hacer era presentar sus más sinceras condolencias.

Sebastian balbuceó su agradecimiento.

–¿Y su buen tío le regaló este dibujo?

Sebastian asintió.

–Pocas horas antes…

–Antes del supremo adiós –dijo M. Weyl poéticamente–. ¡Qué valor sentimental más inmenso debe de poseer para usted!

Sebastian se puso todavía más colorado. Para justificarse, murmuró algo acerca de no tener sitio alguno donde colgar el dibujo. Además, tenía que devolver inmediatamente una suma de dinero; se trataba casi de una deuda de honor, según añadió como detalle pintoresco. De otro modo, jamás hubiera pensado en deshacerse del obsequio de su tío.

M. Weyl hizo un gesto de comprensión lleno de simpatía, pero sus ojos brillaban en la actividad del cálculo.

–Y dígame –preguntó–: ¿por qué ha venido usted a mí para este asunto?

–Por ninguna razón –contestó Sebastian. Resultaba que el de M. Weyl era el primer negocio de objetos de arte que se encontraba subiendo por la Via Tornabuoni.

Esto significaba que el muchacho no sabía dónde se había comprado el dibujo. M. Weyl rió alegremente y dio a Sebastian unas palmadas en el hombro.

–El azar –dijo sentenciosamente– es a veces el mejor guía.

Miró el dibujo, levantó los párpados y con aires de crítico ladeó la cabeza.

–Bonito –dijo–, muy bonito. Aunque no de lo mejor del maestro. –Puso su índice en las nalgas–. Uno se da cuenta de que la vista está fallando, *hein*?

–Bien, yo no lo entiendo así –dijo Sebastian, en un esfuerzo viril por defender su propiedad contra la depreciación.

Hubo una breve pausa.

–Si su buen tío le regaló otras cosas –dijo M. Weyl sin levantar la vista y en un tono indiferente–, tendré mucho gusto en hacer una oferta. La última vez que tuve ocasión de visitar su colección, recuerdo que me impresionaron unos bronces chinos. –Sus gruesas y ágiles manos se juntaron al nivel del rostro, como si estuviera tomando y acariciando un objeto casi sagrado–. ¡Qué volúmenes! –exclamó con entusiasmo–. ¡Qué sensualidad rítmica! Pero pequeños, muy pequeños. Casi caben en un bolsillo.

Volviéndose hacia Sebastian, sonrió complacientemente. Dijo:

–Podría hacerle una buena oferta por los bronces.

–Pero no son míos. Es decir… sólo me regaló esto.

–¿Sólo esto? –repitió M. Weyl con tono de incredulidad.

Sebastian bajó la vista. Aquella sonrisa y aquel mirar persistente y brillante le turbaban. ¿Qué trataba el tipo aquel de sugerir?

–Nada más que esto –insistió, lamentando no haber entrado en otro negocio–. Pero, desde luego, si a usted no le interesa…

Hizo un gesto para retirar el dibujo.

–¡Pero no, pero no! –exclamó M. Weyl, poniendo su mano como freno en el brazo del muchacho–. Por el contrario. Me interesan todas las cosas de Degas… Hasta las menores, las menos importantes.

Diez minutos después había terminado todo.

–… diecinueve, veinte, veintiuno y veintidós. Exacto, *hein*?

Gracias –dijo Sebastian. Tomó el grueso fajo de billetes de cien liras y lo puso en su cartera. Su rostro estaba encendido; sus ojos brillaban de excitación, con expresión de triunfo. El hombre comenzó ofreciéndole mil liras. Muy atrevidamente, Sebastian le pidió tres mil. Se habían puesto de acuerdo en dos mil doscientas. Un veinte por ciento por encima de la cifra que hubiera dividido en dos partes iguales la diferencia entre la oferta y la demanda. Sintiendo que tenía derecho de mostrarse orgullos. Sebastian se guardó la cartera y levantó la vista. Vio que el comerciante le sonreía con benevolencia casi paternal.

–Es usted un joven que sabe cómo vender sus artículos de comercio –dijo M. Weyl, mientras le daba nuevas palmadas–. Hará usted una brillante carrera en los negocios.

–Los negocios no son para mí –observó Sebastian. Y como el otro levantara las cejas con expresión interrogante, añadió–: ¿Sabe? Soy poeta…

¿Poeta? Pero esto había sido precisamente la ambición juvenil de M. Weyl. Expresar el lirismo de un corazón que sufre…

Les chants désespérés sont les chants les plus beaux
et j’en sais d’immortels qui sont de purs sanglots.

–*De purs sanglots* –repitió–. *Mais, hélas*, el deber me ha llevado por otros caminos.

Suspiró y volvió a preguntar a Sebastian acerca de la familia. Sin duda, en un medio tan culto, habría una tradición de poesía y bellas artes, ¿verdad? Y cuando el muchacho contestó que su padre era abogado, insistió en que el señor Barnack sería una de esas lumbreras del foro que dedicaban sus ocios a las Musas.

La idea de que su padre fuera capaz de tener ocios y de que, en el supuesto de tenerlos, los dedicara a algo que no fuera informes o documentos oficiales, resultaba tan cómico que Sebastian se echó a reír. Pero M. Weyl pareció ofendido y Sebastian, para deshacer el mal efecto de su risa, trató de explicarla.

–Mire –dijo–, mi padre es muy especial…

–¿Especial?

Sebastian asintió con un gesto y, a su modo incoherente, se embarcó en una reseña de la carrera de su padre. Y en cierto modo, en el estado de espíritu en que se hallaba, parecía la cosa más natural del mundo hacer un cuadro heroico… Contar los triunfos forenses de su padre, poner de relieve su importancia como político, realzar la grandeza de aquella vida de sacrificio…

–¡Qué generosidad! –exclamó M. Weyl.

Sebastian respondió a la exclamación como si las palabras le hubiesen estado personalmente dedicadas. Sintió un cosquilleo de emoción en el espinazo.

–Tiene muchísimo dinero –continuó–. Pero lo da todo. A refugiados políticos y a cosas así.

El placer de jactarse de lo que era su padre le hizo olvidar durante unos instantes el odio que tenía a aquellos gorrones que se quedaban con lo que en justicia le correspondía y le dejaban sin su esmoquin.

–Hay, por ejemplo, ese bueno de Cacciaguida…

–¿Se refiere usted al profesor?

Sebastian asintió. M. Weyl miró en torno recelosamente y reanudó la conversación en tono más bajo.

–¿Es amigo de su padre?

–Vino a cenar con nosotros –contestó Sebastian, dándose importancia–, inmediatamente antes de que partiéramos hacia Florencia.

–Personalmente –murmuró M. Weyl, después de otra mirada en torno–, me parece un hombre magnífico. Pero permítame que le dé un buen consejo. –Hizo un guiño expresivo, puso un índice en sus labios floridamente esculpidos y meneó la cabeza. El silencio es oro –sentenció con tono de oráculo.

El brusco tintineo de la puerta hizo que ambos se volvieran con sobresalto, como un par de conspiradores. Dos damas ya en los cuarenta, la una regordeta y morena y la otra rubia, tostada por el sol y atlética, entraban en la tienda. En el rostro de M. Weyl apareció una expresión de delicioso embelesamiento.

–*Gnädige Baronini!* –exclamé–. ¡Y la reina de Buenos Aires![2]

Apartando a Sebastian, saltó sobre un *cassettone*, se zambulló bajo el brazo derecho de un Cristo crucificado de tamaño natural, corrió hacia las dos damas y, como en éxtasis, les besó las manos.

Procurando no estorbar, Sebastian se deslizó fuera de la tienda y, silbando, marchó ligeramente Via Tornabuoni arriba, en dirección a la catedral y al sastre del tío Eustace.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO XX

¡Soldados de Cristo, soldados. en celo! ¡Y todas esas guerras, esas guerras santas, cuyos ecos responden: «¡Rameras, rameras, rameras…!». El Dios de las Batallas es siempre el Dios de los Lupanares, siempre e inevitablemente el Dios de los Lupanares…

Para Eustace Barnack ya no había necesidad alguna de forzar la risa. Brotaba ésta ahora espontáneamente, destruyendo lo que quedaba de aquel detestable silencio, oscureciendo y disipando los últimos y lejanos destellos de la luz.

Todo el universo vibraba de alegría, hacía resonar estrepitosas carcajadas. Y a través de la risa, el eco repetía: «¡Rameras y Lupanares, Rameras y Lupanares!»

Quedó restaurada repentinamente toda una sección de su ser intelectual. Recordó su colección de Bromas Histéricas. Un millón de bajas, el Discurso de Gettysburg y, a continuación, aquellos humildes y asustados negros que se ven en las pequeñas ciudades de Georgia y la Luisiana. La cruzada por la libertad, la igualdad y la fraternidad y, a continuación, el advenimiento de Napoleón. La cruzada contra Napoleón y, a continuación, el advenimiento del nacionalismo alemán. La cruzada contra el nacionalismo alemán y, ahora, esos hombres sin empleo, de pie, como cadáveres vivos, bajo la lluvia, en las esquinas de calles miserables.

Y ahora llegaba la voz de John, vibrante de entusiasmo contenido, hablando del fin del *laissez-faire,* de la producción para el consumo y de la Revolución Rusa. En otras palabras, el exterminio de dos veces y media la población de Londres, con objeto de que el poder político pasara de un grupo de rufianes a otro, con objeto de que un proceso de industrialización se hiciera de modo algo más rápido y de modo mucho más brusco. «¡Hacia

abajo y hacia atrás, soldados del Anticristo!». La risa fue aumentando de volumen. Eustace sentía un inmenso alivio, estaba poseído por la gloria de la irrisión universal, de un éxtasis de desprecio hacia todos.

¡Necedad y crimen, estupidez y destrucción! Las frases le esperaban. Y el motivo era siempre el idealimo, los instrumentos eran siempre el valor y la lealtad…, el valor y la lealtad heroicos, sin los cuales los hombres y las mujeres nunca serían capaces de perseverar en sus prolongados suicidios y asesinatos.

¡Y que todos esos tesoros del conocimiento quedaran puestos tan sin vacilar al servicio de la pasión! ¡Que el genio y la inteligencia fueran dedicados al intento de realizar fines imposibles o diabólicos! Todos los problemas habían sido heredados de la última cruzada y resueltos por métodos que automáticamente creaban cien problemas nuevos. Y cada nuevo problema exigiría una nueva cruzada, y cada nueva cruzada dejaría problemas nuevos, para que las cruzadas que siguieran los resolvieran y multiplicaran al estilo tradicional.

Y después, estaban los Triunfos de la Religión y de la Ciencia. El Protestantismo Reformista patrocinaba la explotación capitalista. Francisco de Asís sostenía milagrosamente un Cuerpo Místico que era también un instrumento político y una empresa de negocios. Faraday y Clerk Maxwell trabajaban sin descanso para que el éter se convirtiera finalmente en vehículo de mentiras e imbecilidades.

Y después, el Triunfo de la Enseñanza… La deidad a la que su pobre padre había ofrendado cincuenta mil libras esterlinas y un Instituto Politécnico de ladrillo rojo. Enseñanza, obligatoria y gratuita. Todo el mundo había aprendido a leer y el resultado era Northcliffe y anuncios de cigarrillos, purgantes *y whisky*. Todo el mundo iba a la escuela y, en todas partes, los años de escuela habían sido el preludio para la conscripción militar. ¡Y qué cursos más delicados de historia falsa y de halago a la propia vanidad! ¡Qué cimientos más sólidos para las regiones del nacionalismo! Ya no había Dios, sino cuarenta y tantos infalibles Ministerios de Relaciones Exteriores.

Una vez más, el universo todo se vio sacudido por una risa estrepitosa.

OceanofPDF.com

CAPITULO XXI

Era una cena en la intimidad; Eustace, al fin y al cabo, era únicamente pariente por matrimonio, no con sanguíneo. Por tanto, la Reina Madre no tenía motivos para cancelar la aceptación de la invitación de lady Worplesden. Y en cuanto a quedarse en casa con Daisy, cuando ésta llegara a última hora de la tarde… Bien, era una idea que ni siquiera podía ocurrírsele.

–Tendrás que atender a mi nieta completamente solito –anunció a Sebastian a la hora del té.

–¿Solo? Yo creía que la señora Thwale…

–Veronica vendrá conmigo, desde luego.

La señora Thwale trató de tranquilizar al muchacho.

–No tiene nada de imponente.

–¿Imponente? –El tono de la Reina Madre era desdeñoso–. Es gelatina pura.

–Por lo tanto, no hay motivo para mascullar. Ni para quedarse callado –añadió la señora Thwale en tono indiferente, mientras tomaba un terrón de azúcar–. Lo cual es un ligero defecto que he observado en usted.

–Por cierto –dijo la Reina Madre–, ¿cómo va en sus lecciones? ¿Sigue mascullando?

–Espero que podrá hacerle una demostración uno de estos días –respondió la señora Thwale gravemente.

–¿Una demostración? ¿Qué demostración?

No hubo una respuesta inmediata. Sebastian levantó la vista y dirigió a la señora Thwale una mirada suplicante. Pero la sonrisa que le devolvió la señora Thwale fue la de quien se está divirtiendo serenamente, la de quien está presenciando una delicada comedia de costumbres.

–¿Cómo escribe usted un poema? –murmuró en tono muy bajo.

–¿Qué está usted diciendo? –preguntó la Reina Madre con aspereza.

Sobre el cuello de vieja tortuga, la cabeza de la anciana giró interrogante de lado a lado, en una serie de rápidos movimientos ciegos.

–¿Qué significa eso?

–¡Por favor! –suplicó Sebastian, sin apartar apenas sus labios temblorosos–. ¡Por favor!

Durante un espantoso segundo, Sebastian quedó en la incertidumbre de lo que iba a hacer la señora Thwale. Ésta se volvió hacia la señora Gamble.

–No es nada –dijo–. Una broma tonta que nos solemos gastar durante las lecciones.

–No me gustan nada esas bromas en aparte –replicó la anciana en un tono de enfado y resentimiento. Con sus ojos que no veían, miró ferozmente a la señora Thwale, a través de la mesa del té–. No me gustan –repitió–. No me gustan en absoluto.

En silencio, la señora Thwale examinó al escorpión fósil del Carbonífero.

–No volverá a suceder, señora Gamble –dijo finalmente.

Pero, como si pensara en lo que aquellas palabras de sumisión verdaderamente significaban, sus ojos brillaron y sus labios se torcieron en una leve sonrisa de secreto triunfo. Aquella mañana, un mensajero especial le había traído una carta de Paul De Vries. Seis páginas, escritas a máquina, de frenesí y palabras larguísimas. No era todavía propuesta concreta de contraer matrimonio. Pero era evidente que la señora Gamble tendría que buscar pronto una nueva dama de compañía.

Se levantó, avanzó suavemente hasta colocarse detrás de la silla de Sebastian, tomó uno de aquellos rizos escandalosamente bonitos de la cabellera del muchacho y dio un tirón breve, pero muy violento. Enseguida, sin mirar tan siquiera a Sebastian, se acercó a la Reina Madre y retiró la taza de té de aquellas manos parecidas a garras.

–Voy a servirle un poco más de té –dijo con su voz grave y musical.

* * *

Otra mujer cualquiera se hubiera sentido vejada de que la trataran en forma tan displicente y descortés. Pero Daisy Ockham carecía de modo tan singular del sentido de la propia importancia que apenas se sorprendió cuando el mayordomo le transmitió el mensaje de la señora Gamble.

–Mi abuela está cenando fuera –explicó a su compañero–. De modo que estaremos solos esta noche.

El otro inclinó su cabeza y, con acento que revelaba que no había sido educado en uno de los más antiguos y costosos centros de enseñanza, dijo que era un placer que había esperado.

Delgado, de rasgos duros y de mediana edad, con cabellos morenos y lacios peinados hacia atrás sobre la calva de la coronilla, el señor Tendring estaba trajeado para representar el papel de un eminente abogado o de un especialista de Harley Street, pero, por desgracia, sin mucha verosimilitud; los negros pantalones a rayas habían sido de mala tela hasta sus días más lozanos y la chaqueta negra era manifiestamente de confección. Sólo el cuello llegaba a los niveles profesionales: alto, de gran pajarita y muy abierto, en forma que el cuello del señor Tendring, con su protuberante nuez, parecía un manojo de tendones y, al mismo tiempo, desagradablemente desnudo, casi indecente. Una cartera de cuero negro, demasiado importante para ser dejada en manos del lacayo –quien se había llevado el abrigo–, iba bajo el brazo derecho.

–Bien, supongo que querrá usted subir a su habitación antes de cenar –dijo la señora Ockham.

El otro volvió a inclinar la cabeza, esta vez sin hablar.

Mientras seguían al mayordomo hacia la escalera, el señor Tendring observó en torno con sus ojuelos escrutadores. Examinó las columnas y el techo abovedado del vestíbulo, las altas dobles puertas, el rico aspecto de la sala, los cuadros que colgaban de las paredes, la porcelana, las alfombras. La idea de todo el dinero que se había gastado para hacer de aquella casa lo que era le proporcionó un placer casi sensual. Tenía un profundo y desinteresado respeto por la riqueza, un tierno y admirativo amor al dinero como tal y sin referencia alguna a sí mismo o a sus propias necesidades. Rodeado por aquellos esplendores exóticos y poco conocidos, no sentía envidia, sino únicamente veneración, mezclada con la secreta satisfacción

de pensar que él, el hijo del verdulero, el ex mensajero de oficina, estaba disfrutando de todo aquello desde el interior, como un invitado, como el indispensable consejero financiero, técnico en impuestos y contador de la nueva propietaria. De pronto aquel rostro gris de rasgos duros se aflojó, y el señor Tendring, como el chico de escuela que acaba de ganar una partida a sus compañeros, hizo una mueca.

–Toda una mansión –dijo a la señora Ockham, mostrando dos hileras de dientes que el dentista suburbano había abrillantado hasta el punto de hacerlos impropios incluso para la boca de una corista.

–Sí –contestó la señora Ockham vagamente–. Cierto.

La señora Ockham pensaba en qué emotivamente conocido parecía todo. Como si sólo ayer hubiera dejado de ser una colegiala que venía a Florencia a pasar todas las vacaciones de Navidad y de Pascuas. Y ahora, todos habían muerto. Su padre el primero. Tan viejo y enfermo, tan alto, de cejas tan espesas y tan distante que su desaparición no supuso mucha diferencia. Después llegó el turno de su madre. Para Daisy Ockham, su madre había muerto dos veces: una cuando se casó con Eustace y otra cinco años después. Y cuando desapareció esta angustia, vino su matrimonio y aquellos años de felicidad con Francis y el pequeño Frankie. Cerca de catorce años de la vida más rica y más intensa. Y después, una luminosa mañana de vacaciones, con los chillidos de las gaviotas, el aire lleno de espuma de mar y las grandes y brillantes olas verdes reventando a lo largo de la playa, los dos fueron a bañarse. Padre e hijo, la mano del hombre en el hombro del niño, riéndose a coro mientras se alejaban. Media hora después, cuando los siguió hacia la playa con sus termos de leche caliente y sus bizcochos, se encontró con los pescadores que sacaban los dos cuerpos del agua… Y ahora, era el pobre Eustace, al que su madre había amado y al que ella, por este preciso motivo, había odiado intensamente. Pero después, su madre había muerto y Eustace había desaparecido de su vida, convirtiéndose en un conocido más, al que se encontraba de vez en cuando en las casas ajenas… Y una vez al año o cosa así, cuando había algún asunto que debatir, se veían en casa del procurador. Arreglado todo; dejaban Lincoln’s Inn y Eustace la llevaba a almorzar al Savoy. Solía escuchar aquella extraña y desconcertante charla, tan distinta de todo lo que oía en su

casa; se reía de buena gana y pensaba que, al fin y al cabo, se trataba de una persona muy agradable, a su divertido modo. Muy agradable y muy inteligente, por lo que era una vergüenza que no hiciera nada con tantos dones y tanto dinero.

Bien, ahora había muerto y todo aquel dinero era suyo… Todo aquel dinero y, al mismo tiempo, toda la responsabilidad para usarlo como debía ser usado, como Dios quería que fuese usado. Ante la sola idea de la futura carga, la señora Ockham suspiró profundamente. Esta casa, por ejemplo… ¿Qué podría hacer con ella? ¿Y con todos los domésticos? Debía de haber por lo menos una docena.

–Fue terriblemente repentino –dijo en italiano al mayordomo, en el momento en que comenzaban a subir las escaleras.

El hombre meneó la cabeza y apareció en su rostro una expresión de auténtica pena. El *signore* había sido tan bueno. *Tanto buono, tanto buono*. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

La señora Ockham quedó conmovida. Pero le era completamente imposible conservar todo aquel servicio. Tal vez si les ofreciera un año de salarios al darles el aviso. O mejor, lo necesario para mantenerse durante un año… Pero el señor Tendring jamás consentiría una cosa así. Dirigió una mirada llena de aprensión a aquel rostro gris, de prominente nariz y de boca apretada, en la que los labios casi desaparecían. Jamás, se repitió la señora Ockham, jamás. Y en fin de cuentas, para eso estaba allí, para tener las cosas en orden, para impedir que hiciera tonterías. Recordó lo que el canónigo Creswell trataba siempre de inculcarle. «El estafador y el estafado. Si consiente en ser estafa da, es usted cómplice de la estafa… Está induciendo a un inocente a la tentación. Por tanto, no haga eso. ¡No lo haga!». Un consejo magnífico. Pero ¡qué difícil había resultado seguirlo! Y ahora que, en lugar de sus holgadas mil doscientas libras de renta, iba a tener seis mil y toda una fortuna en edificios, muebles y objetos de arte, sería mucho más difícil, porque serían muchas más las manos que se tenderían. Había contratado los servicios del señor Tendring, entre otras razones, para protegerse contra su propio sentimentalismo. Y le era imposible dejar de pensar que aquellos pobres criados debían tener un año de indemnización. Al fin y al cabo, no era culpa de ellos que Eustace

hubiera muerto de aquel modo repentino. Y algunos habían estado al servicio de Eustace durante muchos años… La señora Ockham suspiró de nuevo. ¡Qué difícil era saber lo que era justo! Y después, cuando se sabía, había que actuar de acuerdo con tal conocimiento. Esto sería fácil si sólo una misma tuviera que ver en el asunto. Pero, por lo general, era imposible hacer lo que se debía sin molestar casi a tantos como a los que se daba satisfacción. Y, al observar aquellas decepciones y aquellos resentimientos, una tenía que preguntarse si en verdad había acertado. Y todo el debate comenzaba de nuevo…

Media hora después, descansada con un baño caliente y el cambio de ropas, la señora Ockham entró en la sala. Había supuesto que no encontraría a nadie. Por eso, cuando una menuda figura, surgiendo de las profundidades de un enorme butacón tapizado de zaraza, enderezó bruscamente sus piernas y se puso respetuosamente de pie, no pudo reprimir una exclamación de sorpresa. Recelosamente, la figura avanzó y, al llegar al radio de acción de los ojos miopes, la señora Ockham reconoció al muchacho con el que había hablado en la biblioteca pública de Hampstead. El muchacho que le había recordado a Frankie. El muchacho que hubiera sido verdaderamente Frankie, tan grande era el parecido. El muchacho que hubiera sido su ser idolatrado, si se le hubiese dejado estar junto a su madre un par de años más. ¡Cuán frecuentemente, después de aquel encuentro casual de hacía dos semanas, se había reprochado el no haber tenido presencia de espíritu para preguntarle cómo se llamaba y dónde vivía! Y ahora –parecía imposible– estaba allí, en el salón de Eustace.

–¿Usted? –murmuró sin dar crédito a sus ojos–. Pero…, pero ¿quién es usted? –El fantasma vivo de Frankie sonrió tímidamente.

–Soy Sebastian –contestó–. Tío Eustace era… Bien, era mi tío –dijo el muchacho torpemente.

Bruscamente, con pesadez –pues sentía una extraña debilidad en las rodillas–, la señora Ockham se sentó en la butaca más próxima. Un momento más y se hubiera desmayado. Cerró los ojos y respiró varias veces profundamente. Hubo un largo silencio.

De pie frente a ella, Sebastian se agitaba con inquietud y se preguntaba si debía decir algo: «¡Qué coincidencia!» o «¡Qué rico era el chocolate que me regaló!». Pero, al fin y al cabo, había perdido a su hijo. Debería decir algo relacionado con esto. «No tuve tiempo de decirle cuánto lo sentía». Pero hasta esto sonaba muy mal. ¡Había que ver qué turbada estaba la pobre señora!

La señora Ockham levantó la vista.

–Es la mano de la Providencia –dijo en voz baja.

Había lágrimas en los ojos, pero, al mismo tiempo, la señora Ockham sonreía. Era una sonrisa que transfiguraba aquel rostro blando y romo, hasta hacerlo parecer bonito.

–Dios quiere devolvérmelo.

Sebastian tuvo un escalofrío. ¡Aquello era espantoso!

Dios quería devolver a Frankie y tal vez devolverse Él mismo, pensaba la señora Ockham. Porque Frankie había sido el sacramento vivo, la revelación, la inmediata experiencia de la divinidad.

–Dios es amor –dijo en voz alta–. Pero ¿qué es amor? Nunca lo supe hasta que nació mi pequeño. Desde entonces comencé a aprenderlo. Y cada día aprendía un poco más. Diferentes formas de amor, intensidades más profundas… Cada día, durante casi catorce años…

Quedó de nuevo silenciosa, recordando aquella ven tosa mañana de verano y a los pescadores que subían lentamente por la arena. Recordando aquellas prime ras semanas en los lindes de la locura, semanas de una desesperación rebelde. Después vinieron los meses de vacío, de entumecimiento, de un estado muy semejan te a la muerte. Fue el canónigo Cresswell quien la devolvió a la vida. Después del desastre, se negó a verse con él. Perversamente… Porque sabía en lo íntimo de su corazón que aquel hombre podía ayudarla y ella no quería ayuda. Sólo quería sufrir en la soledad, para siempre. Después, de un modo u otro, la señora Cresswell averiguó dónde estaba. Y una lluviosa tarde de noviembre allí se presentaron los dos, en el umbral de la casita de campo que había elegido como escondite. Y en lugar de condolerse por la tragedia, en lugar de decirle con simpatía cómo se reflejaba el sufrimiento en el rostro, la hizo

sentarse y escuchar, mientras la llamaba cobarde, mujer que se dejaba vencer por las emociones, rebelde contra la Providencia de Dios, pecadora culpable de la desesperación más inexcusable.

Una hora después, la señora Cresswell la estaba ayudando a poner las cosas en orden y a hacer las maletas. Aquella noche volvió al Club de Muchachas, y al día siguiente, que era domingo, acudió a la Comunión temprana. Habíá vuelto a la vida, pero era una vida disminuida. En el pasado, Dios había estado con ella casi todos los días. Por ejemplo, cuando iba a decir las buenas noches a Frankie y el niño abandonaba la cama y se arrodillaba en su pijama rosa para rezar con ella el Padrenuestro. Allí estaba Nuestro Padre, en los cielos de su amor. Pero ahora, ni la Comunión era capaz de acercarla a ti. Y aunque quería a las pobres niñas del Club, aunque estaba dispuesta a hacer por ellas más de lo que hacía antes como agradecimiento a la felicidad de que disfrutaba, siempre era algo secundario; no había nadie que pudiera ocupar el lugar de Frankie. Había aprendido a aceptar la voluntad de Dios, pero era la voluntad de alguien distante… De alguien retirado y que no se revelaba.

La señora Ockham sacó un pañuelo de su bolso y se secó los ojos.

–Sé que usted piensa que soy una sentimental fastidiosa –dijo, con una breve risa nerviosa.

–De ningún modo –protestó Sebastian cortésmente. Pero, por una vez al menos, la Reina Madre había te nido razón; aquello era pura gelatina.

–Es usted el hijo de John Barnack, ¿no es así?

Sebastian asintió.

–Entonces, ¿su madre?…

La señora Ockham dejó la frase sin acabar. Pero el tono y la expresión de pena que apareció en sus ojo grises indicaban suficientemente lo que quería decir.

–Sí, murió –dijo Sebastian.

–Su madre de usted murió –repitió la señora Ockham lentamente.

Se imaginaba a su pequeño Frankie, solo en un mundo duro e indiferente, sin nadie que pudiera quererle como ella sola era capaz de hacerlo… Al amor de su corazón se agregó una compasión infinita.

Pura gelatina, se decía Sebastian. Gelatina con salsa de Niño Jesús. En aquel momento, para su gran alivio, entró el mayordomo y anunció que la cena estaba servida.

Con un suspiro, la señora Ockham apartó su pañuelo y pidió al mayordomo que avisara al *signore*. Volviéndose hacia Sebastian, comenzó a explicar quién era el señor Tendring.

–Le encontrará usted un poco… Bien, no muy… –El gesto de desaprobación indicaba suficientemente qué faltaba al señor Tendring.– Pero es una buena persona en el fondo –se apresuró a añadir–. Es unitario, tiene dos niños y cultiva tomates en un precioso invernadero que tiene al fondo de su jardín. Y en cuanto a negocios… Bien, no sé lo que hubiera hecho sin él en estos cinco años. Tal es el motivo de que le haya traído conmigo en esta ocasión… Para que se las entienda con todo esto.

En un amplio ademán que pretendía abarcar toda su ineptitud, la señora Ockham señaló los tesoros de Eustace.

–No sabría ni cómo empezar –terminó. El ruido de pasos hizo que se volviera.

–Estaba hablando precisamente de usted, señor Tendring. Diciendo a Sebastian… Le presento al sobrino del señor Barnack, por cierto… Diciendo a Sebastian qué desorientada andaría sin usted.

El señor Tendring agradeció el cumplido con una leve inclinación de cabeza, estrechó la mano de Sebastian y, volviéndose, pidió perdón a la señora Ockham por haberse hecho esperar.

–Estaba haciendo el catálogo de los muebles de mi dormitorio –explicó. Y en confirmación de sus palabras, sacó un cuadernito de notas negro de uno de los bolsillos laterales de su chaqueta y lo ofreció para inspección.

–¿Un catálogo? –repitió la señora Ockham con cierto asombro, mientras se levantaba de su butaca.

El señor Tendring apretó todavía más sus labios y asintió con aires de importancia. En la amplia abertura de aquel cuello duro de hombre de leyes, la nuez tuvo una sacudida, como provista de una espasmódica vida propia. Circunspectamente, con frases que recordaban la carta comercial y el documento legal, comenzó a hablar.

–He sido informado por usted, señora Ockham, de que el último propietario no tenía nada asegurado contra incendio o robo.

De modo sorprendente, la señora Ockham dejó escapar una risa alegre como un gorjeo.

–Solía decir que no podía permitirse semejante lujo. A causa de los derechos que pagaban los cigarros habanos.

Sebastian sonrió, pero el señor Tendring frunció el entrecejo y su nuez subió y bajó, como escandalizada de aquella blasfemia contra la Prudencia.

–Personalmente –dijo con severidad–, no me gustan esas bromas sobre asuntos serios.

La señora Ockham se apresuró a aplacarlo.

–Muy bien –dijo–, muy bien. Pero no compren do qué tiene que ver la falta de un seguro por parte del difunto con el catálogo de usted.

El señor Tendring se permitió una sonrisa. Los dientes de corista del Gaiety brillaron triunfales.

–El hecho constituye –dijo– una presunción de que el último propietario no hizo nunca una relación de sus bienes. –Sonrió de nuevo, manifiestamente en cantado de la belleza de su lenguaje.

–¿Y ésa es la razón de que esté usted haciendo la relación en su cuaderno de notas? –preguntó la señora Ockham–. ¿Es necesario verdaderamente?

–¿Necesario? –repitió el señor Tendring casi con indignación–. Es *sine qua non*.

Era algo definitivo y aplastante. Después de un breve silencio, la señora Ockham indicó que podían pasar al comedor.

–¿Quiere usted llevarme, Sebastian?

Sebastian comenzó por ofrecer el brazo izquierdo y quedó terriblemente turbado cuando la señora de Ockham sonrió y le dijo que pasara al otro lado. ¡Hacer el ridículo de esta manera delante de la fastidiosa señora!

–¡Qué tonto soy! –murmuró–. ¡No sé cómo me ha pasado esto!

Pero la señora Ockham estaba encantada con la equivocación.

–¡Igual que Frankie! –exclamó alborozada–. Tampoco Frankie se acordaba nunca del brazo que tenía que dar.

Sebastian no dijo nada, pero estaba ya bastante harto de Frankie.

Cariñosamente, mientras caminaban hacia el comedor, la señora Ockham apretó el brazo de Sebastian.

–¡Qué suerte que los demás se hayan marchado! –dijo. Pero añadió enseguida–: No es que no quiera a la pobre abuelita. Y Veronica es tan…

Vaciló, recordando la preocupación de Cresswell acerca del inquieto espíritu que había comenzado a manifestarse, antes incluso de pasar de la edad de las trenzas, a través de aquellos serenos y bellos ojos de su hija.

–Tan bonita y tan inteligente –terminó–. Pero, de todos modos, me siento muy contenta de que no estén aquí. Y supongo que usted también lo está –añadió, sonriendo a Sebastian, casi maliciosamente.

–¡Sí, muy contento! –respondió Sebastian, sin mucha convicción.

OceanofPDF.com

CAPITULO XXII

Pero, en fin de cuentas, tuvo que admitir, mucho antes de que terminara la cena, que la señora Ockham no era en modo alguno un viejo trasto fastidioso. Un poco blandducha y sentimental, desde luego, pero toda una mujer, de todos modos. Iba a regalarle la colección completa de los Clásicos Loeb que había en la biblioteca de su marido. Y la edición de Dorre publicada por la Imprenta de Oxford. Y los dos volúmenes de *Minor Caroline Poets* de Saintsbury. Y, además, era una mujer que no tenía pelo de tonta. Verdad era que había confesado que no podía cantar «No me abandones» sin echarse a llorar, pero, en cambio, le gustaba George Herbert. Y aunque tenía la exasperante costumbre de referirse a toda persona como al «querido Fulano» o, en el peor y menos caritativo de los casos, como al «pobre Fulano», tenía mucho sentido del humor y alguna de las historias que contó eran verdaderamente graciosas.

Pero su don más precioso era que uno nunca se sentía tímido con ella. En esto era como tío Eustace. A juicio de Sebastian, el secreto consistía en ambos en cierta falta de pretensiones, en que se resistían a reclamar derechos, privilegios o dignidades. En cambio, aquella endemoniada Reina Madre no solamente exigía respeto a su dignidad, sino que pisoteaba la de los demás en forma deliberada. Y en forma más sutil y por muy deseable que fuera, la señora Thwale hacía otro tanto. Era como si siempre estuviera utilizando a uno, de un modo u otro, para sus propios fines. Y estos fines eran siempre misteriosos e imprevisibles. Con la señora Ockham pasaba todo lo contrario: tú eras el fin y todo lo que ella pedía era que se le permitiera glorificarte por todos los medios. Lo que resultaba muy agradable. Tan agradable que Sebastian, al cabo de muy poco tiempo, no se limitó a arrojar la timidez por la borda; comenzó a exhibirse y a imponer la

ley. Salvo Susan –y Susan en realidad no contaba–, no había tropezado con nadie que estuviera tan dispuesto a escucharle respetuosamente. Estimulado por aquella admiración y no estorbado por el señor Tendring, quien permanecía callado y permitía que su presencia fuera totalmente ignorada, Sebastian se hizo –especialmente después del segundo vaso de vino– extraordinariamente locuaz. Y cuando las propias ideas le fallaban, no tenía inconveniente en recurrir a las del tío Eustace. Sus observaciones acerca de la afinidad entre el inglés del período medio victoriano y del italiano primitivo debieron de ser impresionantes y brillantes. Sin embargo, pese al vino que le daba valor y ahuyentaba la discreción, no se atrevió a repetir lo que tío Eustace había dicho acerca de la Venus y del Adonis de Piero. Fue la señora Ockham quien rompió finalmente el silencio que se produjo cuando ambos quedaron contemplando el cuadro después de la cena.

–El arte es algo curioso –dijo la señora Ockham, meneando la cabeza con expresión pensativa–. Muy, muy curioso, a veces.

Sebastian le dirigió una sonrisa burlona y compasiva. Se sintió deliciosamente superior ante aquella observación.

–Las obras de arte no son opúsculos morales –sentenció.

–¡Oh, ya sé, ya sé! –convino la señora Ockham–. Pero, de todos modos…

–¿De todos modos, qué?

–¿Para qué preocuparse tanto por estas cosas?

La señora Ockham no se había preocupado por estas cosas, salvo, desde luego, negativamente, pues siempre había considerado que todo aquello era profundamente desagradable. Y, a pesar de todas las vagas y terribles advertencias de su madre acerca del sexo masculino, su querido Francis tampoco se había preocupado mucho. ¿Por qué, pues, hallaban necesario otras gentes pensar y hablar tanto acerca de aquello, escribir todos esos libros y poemas, pintar cuadros como el que estaban contemplando ahora? Cuadros que, si no fuesen Gran Arte, nadie toleraría en una casa decente, donde muchachos inocentes como Frankie, como Sebastian…

–A veces –continuó–, me resulta incomprensible.

–Perdón… Un momento –intervino el señor Tendring, colocándose entre los dos y las desnudeces mitológicas.

Horizontalmente primero, verticalmente después, aplicó al cuadro una cinta de medir. A continuación, tomando el lápiz que mordían sus dientes nacarados, hizo las oportunas anotaciones en su cuaderno de notas: *Pintura al óleo: Antonio y Cleopatra. Antigua. 41 pulg. × 201/2 pulg. Con marco.*

–Gracias –dijo. Y pasó al Seurat. Veintiséis por dieciséis. Y el marco, en lugar de ser dorado y estar tallado a mano, era del aspecto más baratejo y estaba pintado de distintos colores, como los barcos durante la guerra.

La señora Ockham llevó a Sebastian hacia el sofá y, mientras sorbían su café, preguntó al muchacho acerca de su padre.

–No se las arreglaba muy bien con el tío Eustace, ¿verdad?

–Lo odiaba.

La señora Ockham quedó escandalizada.

–No hay que decir eso, Sebastian.

–Pues es la verdad –insistió el muchacho.

Y cuando la señora Ockham trató de suavizar las cosas con aquellos sus modos blandos y sentimentales, diciendo que eran hermanos que no simpatizaban tal vez, pero sin odiarse, sin olvidar nunca que eran hermanos, Sebastian se impacientó.

–Usted no conoce a mi padre –exclamó.

Y, olvidándose del retrato heroico que había hecho a beneficio de Gabriel Weyl, el muchacho se lanzó a una descripción amarga del carácter y la conducta de John Barnack. Muy turbada, la señora Ockham trató de persuadirle de que se trataba únicamente de falta de comprensión mutua. Cuando tuviera más años, Sebastian comprendería que su padre había actuado siempre con la mejor intención. Pero el único efecto de estas benevolentes intervenciones fue estimular la intemperancia del lenguaje del muchacho. Después, en una natural transición, el resentimiento se fue convirtiendo en lamento. Sentía una extraordinaria compasión por sí mismo y comenzó a manifestarlo.

La señora Ockham quedó conmovida. Aunque el señor Barnack no fuera tan malo como lo pintaban, aunque no fuera más que un hombre muy ocupado, de modales bruscos y sin tiempo para los afectos –lo que bastaba para hacer desdichado a un muchacho sensible–, la señora Ockham estaba convencida de que era Dios quien había decidido aquel encuentro del pobre

chico sin madre y de la madre privada de su hijo… Los había juntado para que se ayudaran mutuamente y para que, de este modo, actuaran conforme a la voluntad divina en este mundo.

Entretanto, Sebastian había comenzado a contar la historia del traje de etiqueta.

La señora Ockham recordó qué guapo estaba Frankie con el esmoquin que le había comprado con ocasión de sus trece años. Tan crecido y, al mismo tiempo, tan infantil. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Realmente, era algo muy duro que su padre sacrificara a Sebastian por un mero prejuicio político.

–¡Oh, qué bueno fue el pobre Eustace en hacerle ese obsequio! –exclamó, cuando el muchacho terminó el relato.

Sebastian se sintió ofendido de aquel tono propio de historia que acaba bien.

–Tío Eustace sólo me prometió –dijo sombríamente–. Después… Bien, pasó lo que pasó.

–¿De modo que se ha quedado en fin de cuentas sin el traje?

Sebastian asintió con un gesto.

–¡Pobre! ¡Qué mala suerte ha tenido!

Para Sebastian, invadido por la compasión que se inspiraba, aquella conmiseración fue como un bálsamo. El que le dijeran, en aquel tono, que había tenido mala suerte era algo delicioso, en forma que hubiera resultado casi sacrílego contar lo del dibujo, las dos mil doscientas liras y la visita al sastre. En realidad, nunca se le ocurrió que tenía que mencionar estas cosas. En aquellas condiciones de humor y sentimiento, eran cosas sin importancia, hasta el punto de parecer inexistentes. Pero, de pronto, saltaron al primer término de la realidad inmediata. La señora Ockham se inclinó hacia adelante y puso una mano en la rodilla del muchacho; el rostro blando y romo estaba transfigurado por una sonrisa de ansia y de cariño.

–Sebastian, tengo que pedirle un favor.

Sebastian sonrió encantadoramente y levantó las cejas con expresión interrogante.

–Eustace le hizo una promesa –explicó la señora Ockham–. Una promesa que no ha podido cumplir. Pero yo *puedo cumplirla*. ¿No me lo permite, Sebastian?

El muchacho la miró unos segundos, poco seguro de haber comprendido bien. Después, cuando resultó manifiesto que las palabras no tenían más que un sentido, sus mejillas se pusieron del color de la amapola.

–¿Quiere usted decir… la ropa de etiqueta? –El muchacho apartó la vista, todo confuso.

–Me gustaría mucho hacerlo –dijo la señora Ockham.

–Es usted buenísima –murmuró Sebastian–. Pero, mire…

–Al fin y al cabo, fue uno de los últimos deseos de Eustace…

–Ya lo sé, pero…

Sebastian vaciló, no sabiendo si debía confesar lo del dibujo. Pero la señora Ockham podía pensar, como había pensado indudablemente aquel tipo de Weyl, que hizo mal en venderlo… Por lo menos, tan rápidamente, tan inmediatamente después del funeral. Además, a la señora Ockham no se le podía decir que había sido por una deuda de honor. Y por otra parte, toda mención del dibujo debía haber sido hecha mucho antes. Mencionar la cosa ahora significaría admitir que había estado despertando la simpatía y apelando a la generosidad con alegaciones falsas. Y parecería a la vez un estúpido y un embaucador.

–Al fin y al cabo –dijo la señora Ockham, quien había estado atribuyendo la vacilación a la comprensible resistencia a aceptar un regalo de un extraño–, al fin y al cabo, formo parte de su familia. Soy una prima política, para ser precisa.

¡Qué delicados sentimientos tenía aquel muchacho! Con más cariño que nunca, la señora Ockham sonrió a Sebastian.

Desde las profundidades de su inquietud, Sebastian trató de devolver la sonrisa. Era ya demasiado tarde para entrar en explicaciones. No había más remedio que seguir adelante.

–Si usted lo cree así… –dijo.

–¡Claro, claro! –exclamó la señora Ockham–. Iremos al sastre juntos. Será muy divertido, ¿no le parece?

Sebastian convino en que sería muy divertido.

–Tiene que ser el mejor sastre de la ciudad.

–Me he fijado en uno de la Via Tomabuoni –apuntó Sebastian, decidido a mantenerse lejos de la sastrería próxima a la catedral.

Pero ¡qué tonto había sido en deshacerse del dibujo con aquellas prisas! ¡Cuánto mejor hubiera sido esperar y ver qué giro tomaban las cosas! Ahora, iba a tener dos trajes. No había posibilidad de conservar uno para más adelante. En un par de años, los dos quedarían pequeños. Bien, de todos modos, no importaba.

–Cuando volvamos a Londres –dijo la señora Ockham–, espero que vendrá usted a cenar conmigo con su ropa de etiqueta.

–Ya lo creo que lo haré –dijo Sebastian cortésmente.

–Será usted la excusa que tendré para ir al teatro y a los conciertos, cosa que nunca he tenido el valor de hacer a solas.

Teatros y conciertos… Los ojos de Sebastian brilaron ante la perspectiva.

Comenzaron a hablar de música. A lo que parecía, la señora Ockham había sido muy aficionada a los con ciertos en vida de su marido y había ido a Salzburgo para oír a Mozart, a Bayreuth para oír a Wagner y a Milán para *Otelo y Falstaff* . Frente a estas hazañas, Sebastian sólo podía enumerar algunas asistencias al Queen’s Hall. En defensa propia, se vio obligado a explayarse, con una especie de jactancia posesiva, acerca de las manos prodigiosas de un viejo pianista amigo suyo, retirado ya de las salas de concierto, pero tan brillante como siempre… Se llamaba el Dr. Pfeiffer. Tal vez la señora Ockham había oído hablar de él… ¿No? Pues tuvo en sus tiempos una reputación europea…

Allá al fondo, el señor Tendring había medido ya todos los cuadros y estaba ahora dedicado a la porcelana, el jade y el marfil. Miles de libras, se decía a sí mismo de cuando en cuando, recreándose voluptuosamente en las sílabas pronunciadas con el acento de los barrios bajos londinenses… Miles de libras… Se sentía extraordinariamente feliz.

A las diez y cuarto hubo una repentina conmoción en el vestíbulo, y un momento después, como procedente de un mundo fantasmal, llegó la voz de la Reina Madre.

–Ahí está la pobre abuelita –dijo la señora Ockham, interrumpiendo a Sebastian en la mitad de una frase.

Se levantó y corrió hacia la puerta. En el vestíbulo, la doncella de la señora Gamble acababa de quitar a su ama el abrigo y procedía a entregar el pomerano.

–¡Mi Foxy chiquitín! –exclamaba la Reina Madre–. ¿Echaste muy de menos a tu amita? ¿Verdad que sí?

Foxy VIII lamió aquella barbilla y, a continuación, se volvió para ladrar a la recién llegada.

–¡Abuela!

Centelleante como un candelabro de diamantes, la señora Gamble giró en dirección a la voz.

–¿Es Daisy? –raspó su voz.

Y cuando la señora Ockham dijo que sí, ofreció su mejilla marchita y pintada, bajando a Foxy y poniéndolo fuera de alcance, a fin de que no mordiera a su nieta en los momentos en que ésta rendía homenaje.

La señora Ockham besó a su abuela sin contratiempo.

–¡Cuánto me agrada el verla, abuelita! –exclamo entre ladrido y ladrido.

–¿Por qué tienes la nariz tan fría? –preguntó la Reina Madre con aspereza–. Supongo que no estarás acatarrada…

La señora Ockham afirmó que nunca se había sentido mejor y, enseguida, se volvió hacia la señora Thwale, quien permanecía un poco en segundo término, silenciosa, con los ojos brillantes y con una leve sonrisa de espectadora.

–Y aquí está la querida Veronica –exclamó, alargando las dos manos.

La señora Thwale ofreció las dos suyas.

–¡Más guapa que nunca! –continuó la señora Ockham, con admiración cordial.

–¡Vamos, Daisy! –rechinó la Reina Madre–. Por amor de Dios, basta de expansiones de colegiala.

No agradaba nada a la Reina Madre que se hicieran en su presencia cumplidos a otras personas. Pero, en lugar de darse cuenta de la situación, la señora Ockham procedió a agravar la ofensa.

–No son expansiones –protestó, mientras tomaba del brazo a su abuela y la acompañaba hacia la sala–. Es la pura verdad.

La Reina Madre gruñó con enfado.

–Nunca he visto a Veronica tan guapa como esta noche.

La señora Thwale estaba pensando, entretanto, que, si aquello era verdad, se había engañado a sí misma como el más tonto de los tontos. Se había jactado en su interior de haberse creado como coartada una imperturbable máscara de hierro y ahora resultaba que podían leer en su rostro como en un libro abierto.

Frunció el entrecejo. Era ya bastante desagradable que hubiera un Dios hipotético para el que todos los corazones estuvieran abiertos y todos los deseos fueran conocidos. Pero que estuvieran abiertos y fueran conocidos para Daisy Ockham representaba la más terrible de todas las humillaciones.

Verdad es que había excusas. No todas las noches se presentaba un Paul de Vries proponiendo casarse. Pero, en cambio, era precisamente en las ocasiones excepcionales e importantes cuando había que mantener a los demás en la ignorancia de los propios sentimientos. Y había permitido que la satisfacción se reflejara de tal modo en su rostro que hasta aquella infeliz de Daisy había podido descubrirla. No tenía aquello mucha importancia. Pero mostraba qué cuidado era preciso tener, qué vigilante había que estar en todo instante.

La señora Thwale frunció una vez más el entrecejo; después, aflojados ya los músculos faciales, hizo un esfuerzo consciente para adquirir una expresión de indiferencia distante. Había que suprimir aquella expresión radiante que lo revelaba todo. Para el mundo exterior, bastaba el opaco símbolo de una cortesía reservada y burlona. Pero en el interior, para ella misma, ¡qué alegres secretos, qué efervescencia de risas reprimidas y de triunfo íntimo!

Sucedió después de cenar, cuando el viejo lord Worplesden, que era aficionado a la astronomía, insistió en llevar a la señora Thwale y a la pequeña contessina a lo alto de la torre, donde había instalado el telescopio refractor de seis pulgadas. Un instrumento de primerísima, según se jactó. Un Zeiss de Jena. Pero el telescopio era celebrado entre las jóvenes damas de la vecindad por otras razones. El observador de estrellas tomaba a su

discípula y la instalaba bajo la bóveda de su observatorio en miniatura y, después, con el pretexto de poner a dama y telescopio en la posición adecuada para ver a los satélites de Júpiter, palpaba que era un primor, sin dejar de hablar de Galileo. Después, si no se había hecho mucha objeción, mostraba los anillos de Saturno. Y finalmente, estaban las nebulosas en espiral. Éstas exigían por lo menos diez minutos de los más complicados ajustes. Las damas que habían llegado a ver una nebulosa en espiral recibían al día siguiente un gran frasco de perfume, con una amable invitación, realzada por una corona nobiliaria en relieve y un «muy suyo, W.», a volver para hacer una detenida exploración de la luna.

Era indudable que la contessina estaba muy necesitada de perfume, porque pasó media hora antes de que ella y el anciano caballero salieran del observatorio. Tiempo suficiente para que Paul, que había subido a la torre sin invitación, con objeto de contemplar el cielo estrellado y charlar un poco de Eddington; de mirar las luces de Florencia y observar en voz alta que la tierra también tenía sus constelaciones; de permanecer en silencio unos instantes, de decir después algo acerca de Dante y de la *Vita Nuova* y de callarse otra vez, se decidiera al fin a tomar la mano de la señora Thwale y, casi sin aliento y en forma, por una vez, punto menos que inarticulada, pidiera a la joven que se casara con él.

La ridiculez intrínseca de lo que habia ocurrido y la brusca sensación de alegría estuvieron a punto de provocar la risa de Veronica.

¡Por fin! El imán había realizado su obra; el Ojo filosófico había sucumbido finalmente ante la esencial desvergüenza de la vida. En el tiro de cuerda entre la apariencia y la realidad, la realidad había ganado, como debía suceder siempre.

¡Qué espectáculo más ridículo! Pero en cuanto a ella, por lo menos, la broma tendría importantes y serias consecuencias; Significaba la libertad; significaba dominar el ambiente; significaba un breve mundo privado lleno de comodidades, tanto en el exterior como en el interior de una misma… Una casa propia y, al mismo tiempo, una actitud; un departamento en el Ritz y, al mismo tiempo, un estado de espíritu y un capricho lozano.

–¿Quiere casarse conmigo, Veronica? –repetía Paul con ansiedad, al observar que el reservado silencio persistía–. ¡Oh, por favor, dígame que sí!

Segura finalmente de que podía hablar sin traicionarse, Veronica se volvió hacia Paul.

Querido Paul… Estaba conmovida en forma que no podía expresar… había sido una sorpresa completa… ¿No le importaría esperar uno o dos días antes de una respuesta definitiva?

La puerta del pequeño observatorio se abrió y se pudo oír a lord Worplesden que recomendaba a la contessina que leyera las obras más populares de sir James Jeans, miembro de la Real Sociedad. Veronica se dijo que, en el caso del anciano, el Ojo era astronómico y proconsular, pero el imán el mismo de siempre, la idéntica desvergüenza. Y al cabo de unos cuantos años llegaría la desvergüenza final de la muerte.

Entretanto, en el salón, la Reina Madre había reaccionado ante el acento del señor Tendring en exactamente la misma forma que había supuesto y temido la nieta. A las corteses palabras con que el buen hombre se interesó por su salud, la anciana contestó pidiéndole que deletreara su nombre y, cuando fue obedecida, exclamó «¡Qué raro!» dos o tres veces, con un tono de repugnancia extrema, como si se viera obligada a hablar muy a su pesar de mofetas o excrementos. Después, en un áspero aparte de escenario, se volvió a Daisy y le preguntó por qué diablos había traído con ella a un tipo tan ordinario. Por fortuna, la señora Ockham pudo ahogar las últimas palabras de la anciana con la primera frase de la vibrante y entusiasta reseña que inició acerca de su anterior encuentro con Sebastian.

–¡Oh! ¿Se parece a Frankie? –preguntó la Reina Madre, después de escuchar un rato en silencio–. Entonces, debe de parecer muy joven, muy niño.

–¡Es un encanto! –exclamó la señora Ockham con una unción sentimental que Sebastian encontró todavía más humillante que el ataque de la abuela.

–No me gusta que los chicos sean un encanto –continuó la señora Gamble–. Y menos cuando hombres como Tom Pewsey andan por las cercanías. –Bajó su voz–. ¿Qué tal es este personajillo que viene contigo, Daisy? ¿Es persona decente?

–¡Abuela! –exclamó la señora Ockham con horror. Miró en torno con aprensión y quedó tranquilizada al ver que el señor Tendring se había ido al otro lado de la habitación y estaba catalogando las figuras de Capo di Monte que estaban en la vitrina instalada entre las dos ventanas.

–A Dios gracias –suspiró–, no ha llegado a oírla.

–No me importaría que lo oyese –dijo la Reina Madre con énfasis–. El presidio… Eso es lo que esta gente merece.

–Pero el señor Tendring no es de esa gente –protestó la señora Ockham, en un agitado murmullo de indignación.

–Eso es lo que tú crees –replicó la Reina Madre–. Pero, si te imaginas que conoces algo acerca del tema, te equivocas de medio a medio.

–No quiero conocer nada –dijo la señora Ockham con un escalofrío–. ¡Es un tema espantoso!

–Entonces ¿para qué lo provocas? Especialmente, delante de Veronica. ¡Veronica! –llamó–. ¿Ha escuchado usted?

–Algo –admitió la señora Thwale con gazmoñería.

–¿Ves? –repuso la Reina Madre, en tono de triunfal reproche–. Pero, por fortuna, es una mujer casada. Lo que no puede decirse del muchacho. ¡Chico! –continuó, hablando imperiosamente en la oscuridad–. Dime, ¿qué piensas de todo esto?

Sebastian se puso encendido.

–¿Acerca del presidio?

–¿Del presidio? –repitió la Reina Madre con irritación–. Te pregunto qué piensas de haberte encontrado por segunda vez con mi nieta.

–¡Ah! Bien, es algo extraordinario. Es decir, es la cosa más curiosa, ¿no es así?

Impulsivamente, la señora Ockham alargó el brazo, tomó a Sebastian por los hombros y lo atrajo hacia sí.

–No es exactamente curioso –dijo–. Es algo feliz, un verdadero obsequio de Dios. Sí, un verdadero obsequio de Dios – repitió. Sus ojos se llenaron de aquellas lágrimas fáciles y su voz vibró de emoción.

–Dios por aquí, Dios por allí –rechinó la Reina Madre–. Hablas demasiado de Dios.

–Pero ¿cómo se puede hablar bastante?

–Es blasfemo.

–Pero es Dios quien me lo ha enviado.

Y para dar énfasis a lo que decía, la señora Ockham estrechó el abrazo. Inerte, Sebastian sufría con aquellas expansiones. Se sentía terriblemente turbado. Le estaba haciendo hacer el ridículo en público. Y adivinaba en qué medida por la expresión del rostro de la señora Thwale. Era la misma expresión que observó aquella tarde, en que le atormentó con la charla acerca de la conveniencia de descararse con la señora Gamble… Una expresión burlona, objetiva, de espectador que asiste a una deliciosa y divertida comedia de costumbres.

–Y no solamente es algo blasfemo –continuó la Reina Madre–. Es también de muy mal gusto estar siempre hablando de Dios. Como usar las perlas todo el día, en lugar de reservarlas para la noche, cuando una se viste para cenar.

–A propósito de vestirse para cenar –dijo la se ñora Ockham, tratando de desviar la conversación–. Sebastian y yo hemos convenido en ir juntos a teatros y conciertos cuando volvamos a Londres. ¿Verdad que sí, Sebastian?

El muchacho asintió con un gesto y sonrió con embarazo. Después, para su gran alivio, la señora Ockham le soltó y pudo alejarse.

Tras las cortinillas de su palco privado espiritual, la señora Thwale observaba y se mostraba encantada de la comedia. La Santa Mujer estaba padeciendo el ansia de la maternidad no satisfecha. Pero el muchacho –era bastante natural– no estaba muy contento de verse convertido en la víctima de aquella clase especial de concupiscencia. Por ello, la Beata Daisy tenía que sobornarle. Teatros y conciertos, para que el muchacho accediera a ser su *gigolo* filial, el instrumento de aquella ansia maternal. Pero, al fin y al cabo, había otras formas de la desvergüenza esencial… Formas que un adolescente encontraría más atractivas que los desvelos de una madre. Veronica se decía, halagada, que había imanes más poderosos que la cara de torta y los senos castos y voluminosos de Daisy. Sí, tal vez sería muy divertido… Un interesante experimento científico… Veronica se sonrió a sí misma. Sí, doblemente divertido, después de lo ocurrido aquella noche en la torre de lord Worplesden. Algo científico en cuanto a afrenta y enormidad.

Al oír lo de los conciertos, la Reina Madre, que no podía soportar nunca que se la dejara de lado en nada, dijo que ella también formaría parte de la fiesta. Pero, desde luego, no pasaba de la música moderna. Y en cuanto a Bach, le hacía dormir. Y respecto a los cuartetos de cuerda… Bien, no podía soportar todos aquellos chirridos…

De pronto, el señor Tendring hizo una nueva aparición en la escena.

–Perdóneme –dijo, cuando la Reina Madre terminó de enumerar sus antipatías musicales. Y entregó a la señora Ockham una hoja de papel.

–¿Qué es esto? –preguntó la señora Ockham.

–Una diferencia –contestó el señor Tendring, con toda la gravedad que se debía a una palabra de cuatro sílabas empleada por los contables.

Foxy, que tenía la vista, el oído y el olfato infalibles de los perros ricos para las gentes inferiores, comenzó a ladrar.

–Vamos, vamos…. –dijo la Reina Madre, tratando de calmarle. Y después, volviéndose hacia su nieta, aulló–: ¿Qué dice este hombre?

–Una diferencia –explicó el señor Tendring–, entre este recibo, entregado al último propietario en el día de… este… de su defunción y el número de artículos que verdaderamente contenía el paquete. Compró dos, pero sólo hay uno.

–¿Uno qué? –indagó la señora Ockham.

El señor Tendring sonrió casi picarescamente.

–Bien, supongo que dirán que es una obra de arte –dijo.

Sebastian se sintió bruscamente muy mal.

–Si vienen ustedes aquí… –continuó el señor Tendring.

Todos le siguieron a la mesa inmediata a la ventana. La señora Ockham examinó el Degas que quedaba y, a continuación, la hoja en la que M. Weyl reconocía el pago de dos.

–¡A ver! ¡Denme eso! –dijo la Reina Madre, cuan do le explicaron el asunto.

En silencio, pasó los dedos por el cartón y por el papel del recibo. Después devolvió todo a la señora Ockham y su rostro se iluminó.

–El otro ha sido robado –sentenció con deleite.

¡Robado! Sebastian se repitió la palabra. Ahí estaba, todo el mundo iba a pensar que lo había robado. Y, desde luego, ahora se le ocurría por primera vez que no tenía la menor *prueba* de que tío Eustace se lo hubiera regalado. Hasta aquella broma entre ellos du rante la sesión no constituía en realidad una prueba. «Algas y péndulos». Era, sin duda, algo que le habían dedicado personalmente. Pero ¿resultaría indudable si trataba de explicarlo a los demás?

Entretanto, la señora Ockham había protestado con tra aquella sugestión poco caritativa. Pero la anciana siguió en sus trece.

–Es uno de los criados, desde luego –dijo, casi gozosamente.

Y comenzó a hablar acerca del mayordomo, quien se había bebido por lo menos tres docenas de botellas de su mejor coñac; de la doncella, quien había sido sorprendida con el broche de rubíes de Amy en las manos; del chófer, quien sisaba en la gasolina y las reparaciones, del jardinero, quien…

Y el hecho de que hubiera vendido el dibujo con tantas prisas sería interpretado mal, desde luego. ¡Si hubiera mencionado el asunto el mismo día en que descubrieron el cadáver! O durante la sesión; hubiera sido una oportunidad magnífica. O aquella mañana en que habló con la señora Thwale. O incluso esta misma noche, cuando la señora Ockham le ofreció el esmoquin… Aun en esta última ocasión, aunque hubiese sido a riesgo de parecer que había tratado de despertar simpatía con alegaciones falsas… Si hubiera, si hubiera… Porque ahora era demasiado tarde. Si contara ahora todo, parecería que lo hacía por haber sido atrapado. Y la historia de la generosidad de tío Eustace sonaría a algo inventado para encubrir la falta, una mentira estúpida y poco convincente. Y sin embargo, si callaba la cosa, nadie sabía lo que podía suceder…

–Pero no tenemos ningún derecho a suponer que ha sido robado –dijo la señora Ockham, cuando la señora Gamble terminó de enumerar los manejos poco honrados de la servidumbre–. Es probable que el pobre Eustace sacara el dibujo del paquete y lo colocara en otro sitio.

–No pudo colocarlo en otro sitio –replicó la Reina Madre–, porque no se movió de aquí. Eustace permaneció en esta habitación con el chico, hasta que se dirigió al retrete y se nos fue. Todo el tiempo. ¿No es así, muchacho?

Sebastian asintió con un gesto, sin hablar.

–¿No sabes contestar? –explotó el sargento mayor–.

–¡Oh, perdone! Me olvidaba… Es decir, sí, estaba aquí. Todo el tiempo.

–Escuche esto, Veronica –dijo la Reina Madre–. Está mascullando peor que nunca.

La señora Ockham se volvió hacia Sebastian.

–¿Vio hacer algo con el dibujo al tío Eustace aquella noche? –preguntó.

Durante un segundo, el muchacho vaciló; después, poseído de un pánico absurdo, denegó con la cabeza.

–No, señora Ockham.

Sintiendo que se acaloraba violentamente, apartó el rostro y, para ocultar su turbación, se inclinó como para examinar más de cerca el dibujo sobre la mesa.

–Les digo que lo han robado –dijo la Reina Madre en tono triunfal.

–¡Oh, señor Tendring! ¿Por qué descubrió usted todo esto? –se lamentó la nieta.

El señor Tendring comenzó a decir algo en tono digno acerca de su deber profesional, pero la Reina Madre le interrumpió.

–¡Escucha, Daisy! –dijo–. No quiero verte comportándote como una estúpida sentimental y lamentándote por esta cuadrilla de criados inútiles. Es probable que ahora mismo te estén robando a derecha e izquierda…

–No, no es cierto –exclamó la señora Ockham–. Me niego a creerlo. Y, en todo caso, ¿qué importa ese maldito dibujo? Si es tan feo como este otro…

–Qué importa? –repitió el señor Tendring, en el tono de quien ha sido ultrajado en sus más caros sentimientos–. Pero ¿ya sabe lo que pagó el difunto por esto? –Tomó el recibo y lo entregó a la señora Ockham.– Siete mil liras, señora. Siete mil liras.

Sebastian tuvo un sobresalto y miró al señor Tendring. Abrió ojos y boca. ¿Siete mil liras? Y aquel granuja le había ofrecido mil liras y felicitado por su habilidad en hacer subir el precio hasta las dos mil doscientas. La ira y la humillación volvieron a encender su rostro. ¡Qué estúpido había sido!

–¿Lo ves, Daisy, lo ves? –La expresión de la Reina Madre era de gozo–. Pueden vender eso por el equivalente de un año de sueldo.

Hubo un breve silencio; después, a su espalda, Sebastian oyó la voz grave y musical de la señora Thwale.

–No creo que haya sido uno de los s-sirvientes – dijo, deteniéndose con delicada afectación en la sibilante–. Creo que ha s-sido algún otro.

El corazón de Sebastian tuvo una sacudida y comenzó a latir rápida y violentamente, como después de jugar al futbol. Sí, la señora Thwale le habría visto por la puerta, en los momentos en que metía el dibujo en su maletín. Cuando, un instante después, la señora Thwale pronunció su nombre, el muchacho quedó convencido de que era así.

–Sebastian –repitió suavemente la señora Thwale al no tener respuesta.

Con renuencia, Sebastian se enderezó y miró a la señora Thwale. Ésta sonreía otra vez, con la sonrisa del espectador de una comedia.

–Creo que usted lo sabe tan bien como yo –dijo. Sebastian tragó saliva y apartó la mirada.

–¿No es así? –insistió, siempre suavemente, la señora Thwale.

–Bien –comenzó Sebastian, en forma casi inaudible–. Supongo que usted se refiere…

–Claro que sí –interrumpió la señora Thwale–. ¡Claro que sí! A aquella niña que estaba en la terraza… –Y señaló la oscuridad, más allá de la ventana.

Sorprendido, Sebastian volvió a mirar a la señora Thwale. Los ojos oscuros bailaban con una especie de luz triunfal; los labios sonrientes parecían que se iban a separar de un momento a otro para dar paso a una carcajada.

–¿Una niña? –repitió la Reina Madre–. ¿Qué niña?

La señora Thwale comenzó a explicar. Y de pronto, con una deliciosa sensación de alivio, Sebastian comprendió que le habían salvado por el momento.

OceanofPDF.com

CAPITULO XXIII

La sensación de alivio de Sebastian cedió pronto el paso al desconcierto y la inquietud. A solas en su cuarto, mientras se desvestía y se limpiaba los dientes, se preguntaba cómo había llegado aquel socorro. ¿Creía verdaderamente la señora Thwale que era la niña quien lo había hecho? Trató de convencerse de que así era. Pero una parte de su espíritu se negaba a aceptar tan sencilla explicación. Si era así, ¿por qué la señora Thwale le había mirado de aquel modo? ¿Qué era lo que encontraba tan divertido? Y si no había creído que era la niña, ¿qué le había inducido a decir aquello? La respuesta evidente era que ella le había visto apoderarse del dibujo, se había imaginado una ratería de muchacho y había tratado ahora de escudarlo. Pero esta respuesta evidente no tenía sentido, cuando uno se acordaba de aquella curiosa sonrisa, de aquella expresión alegre y burlona. Nada de lo que había hecho la señora Thwale tenía sentido alguno. Y, por otro lado, estaba aquella maldita jovencita. Sería interrogada y maltratada, se sospecharía de sus padres y, finalmente, la señora Gamble llamaría a la policía.

Apagó las luces, salvo la de la mesilla de noche, y trepó al enorme lecho. Tendido allí, con los ojos abiertos, fabricó por milésima vez una serie de escenas en las que con tono muy natural daba cuenta a la señora Thwale y a la Reina Madre del legado de tío Eustace, decía a la señora Ockham que ya había comprado ropa de etiqueta con el dinero que había sacado del dibujo y, muy sonriente, hacía desaparecer toda sospecha en el espíritu del señor Tendring. ¡Qué sencillo resultaba todo y qué limpio de mancha salía del asunto! Pero la realidad era tan penosa y humillantemente distinta de aquellas consoladoras fantasías como la trotacalles del traje azul lo era de Mary Esdaile. Y ahora era demasiado tarde para contar lo que había pasado.

Se imaginaba los comentarios de la Reina Madre acerca de su conducta; comentarios como papel de lija por su falta de caridad. Y la leve sonrisa y el irónico silencio de la señora Thwale. Y las excusas que en su favor enumeraría la señora Ockham, con una efusión sentimental que enfurecería más a la Reina Madre. No, no era posible contar ahora nada. Sólo cabía hacer una cosa: deshacer la venta con M. Weyl y, a continuación, «encontrar» el dibujo en alguna parte de la casa. Pero el sastre había pedido el pago por adelantado y esto significaba que diez de aquellos veintidós preciosos billetes de banco habían desaparecido a la hora escasa de recibirlos. Y había gastado otras cien liras en libros y sesenta más en una petaca de carey. De modo que ahora apenas tenía más de mil. ¿Le concedería crédito Weyl por el resto? Desalentado, Sebastian meneó la cabeza. Tendría que tomar dinero a préstamo. Pero ¿a quién acudiría? Y ¿con qué pretexto?

De pronto, alguien llamó a la puerta.

–Adelante –dijo Sebastian.

La señora Ockham penetró en la habitación.

–Soy yo –dijo. Y acercándose al lecho, puso una mano en el hombro de Sebastian–. Es muy tarde, mucho me lo temo –continuó, excusándose–. La abuela me ha retenido hasta ahora. Pero no he podido resistir la tentación de llegarme hasta aquí a darle las buenas noches.

Cortésmente, Sebastian se incorporó, apoyándose en un codo. Pero la señora Ockham meneó la cabeza y, sin hablar, le obligó cariñosamente a que volviera a echarse sobre la almohada.

Hubo un largo silencio, mientras la señora Ockham quedaba en contemplación del muchacho. Contemplaba a Frankie y a su felicidad deshecha, a este presente vivo, a esta otra cabeza de cabellos rizados que era la encarnación de la realidad divina. Rosada y dorada, una cabeza infantil llena de vida y de encanto. Y mientras estaba en muda contemplación, la señora Ockham sintió que el amor invadía su interior, en forma arrolladora, como una marea que subiera desde las profundidades de aquel océano del que había estado tanto tiempo separada por los sedimentos de una aridez sin esperanza.

–Frankie también usaba pijamas de color rosa – dijo con voz que, a pesar de los esfuerzos por expresarse en broma, temblaba con la violencia de la emoción.

–¿De veras?

Sebastian dirigió a la señora Ockham una de sus encantadoras sonrisas. No consciente o deliberadamente esta vez, sino porque se sentía en cierto modo conmovido y quería corresponder al afecto de aquella mujer absurda. Y repentinamente comprendió que era el momento de contarle lo del dibujo.

–Señora Ockham… –comenzó. Pero, en aquel mismo instante, impulsada por un ansia tan intensa que le impedía darse cuenta de que el muchacho trataba de decir algo, la señora Ockham también habló.

–¿Le molestaría mucho que le diera un beso? – murmuró.

Y antes de que Sebastian pudiera contestar, se inclinó y tocó aquella tersa frente con sus labios. Retirándose un poco, pasó sus dedos por el rubio cabello… Era el cabello de Frankie. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Una vez más se inclinó y besó al muchacho.

De pronto, inesperadamente, se produjo una interrupción.

–¡Oh, perdón…!

La señora Ockham se enderezó y ambos se volvieron hacia el punto de donde la voz procedía. En la puerta abierta estaba Veronica Thwale. Su cabellera morena caía en dos trenzas sobre los hombros; llevaba una larga bata blanca de raso, toda abotonada, que le hacía parecer una monja.

–Siento interrumpirla –dijo a la señora Ockham–. Pero su abuela…

Dejó la frase sin terminar y sonrió.

–¿Me necesita otra vez la abuela?

–Sí, quiere decirle algo más acerca del dibujo perdido.

–¡Qué fastidio! –La señora Ockham suspiró profundamente–. Bien, creo que vale más que vaya. ¿Quiere que le apague la luz? –añadió, dirigiéndose otra vez a Sebastian.

El muchacho asintió con un gesto. La señora Ockham apagó la luz y, a continuación, puso su mano en la mejilla de Sebastian, murmuró «Buenas noches», salió y se alejó presurosa por el corredor. La señora Thwale cerró la puerta.

A solas en la oscuridad, Sebastián se preguntó con inquietud qué era lo que la Reina Madre quería decir con tanta urgencia sobre el dibujo. Claro que si hubiese tenido tiempo de contarlo todo a la señora Ockham, ya nada hubiera tenido importancia. Pero tal como habían quedado las cosas… Meneó la cabeza. Tal como estaban las cosas, cualquier dicho o hecho de aquella vieja del demonio iba a complicar el asunto, iba a crear nuevos conflictos. Y una ocasión como la que acababa de perder no se presentaría probablemente de nuevo; decir todo a la señora Ockham a sangre fría seria una prueba terrible. Tan terrible que comenzó a preguntarse si no sería mejor, en fin de cuentas, tratar de que Weyl le devolviera el dibujo. Estaba en medio de una entrevista imaginaria con el comerciante, cuando oyó a su espalda el ruido de la puerta que se abría con cautela. En la pared que estaba mirando, la franja de luz fue sucesivamente ensanchándose y estrechándose, hasta que, seguida inmediatamente del ruido del pestillo, se hizo de nuevo la oscuridad. Sebastian se volvió en su lecho hacia el invisible crujido de la seda. La señora Ockham había vuelto y era la ocasión de decírselo todo. Sintió un enorme alivio.

–¡Oh, señora Ockham! ¡Cuánto me alegra…!

A través de la manta, una mano tocó su rodilla. y viajó hasta su hombro. Enseguida con un brusco movimiento, retiró y puso a un lado las ropas de cama. La seda crujió de nuevo en la oscuridad y una ola de perfume envolvió a Sebastian. Era aquel perfume dulce y cálido, mezcla de flores y de transpiración, de frescura primaveral y de animalidad almizcleña.

–¡Oh, es usted! –comenzó Sebastian, en un murmullo de sobresalto.

Pero ya, mientras hablaba, un rostro invisible se inclinaba sobre él; una boca tocaba su barbilla y buscaba sus labios; y los dedos, que se habían posado sobre su garganta, se iban desplazando y comenzaban a soltar los botones del saco de su pijama.

OceanofPDF.com

CAPITULO XXIV

Divinamente inocente, una sensualidad que ascendía jadeante a través de la incandescencia hasta el puro éxtasis… En los intervalos, la tierna y, al mismo tiempo, refinada lascivia de Mary Esdaile… Esto es lo que Sebastian se había imaginado; esto es lo que Sebastian esperaba. No ciertamente aquellas manos, tan seguras de sí mismas en la oscuridad, casi quirúrgicas en la búsqueda de la desvergüenza esencial. Ni tampoco que la delicada glotonería de aquellos labios húmedos cediera repentinamente el sitio a los dientes y a las afiladas uñas. Ni tampoco aquellas órdenes imperiosamente murmuradas, ni aquellos raptos de frenesí silencioso e introvertido, ni aquellas prolongadas agonías de insaciabilidad desesperada, bajo sus tímidas y casi horrorizadas caricias.

En su imaginación, el amor había sido una especie de embriaguez alegre y etérea; en cambio, la realidad de anoche se parecía más a una locura. Sí, pura locura; un par de dementes peleándose en la oscuridad almizcleña.

«Dos caníbales en casa de orates…». La frase vino a su memoria mientras examinaba la marca roja que habían dejado los dientes en su brazo. Dos caníbales devorándose mutuamente sus identidades, arrasando la razón y el decoro, aniquilando las más rudimentarias convenciones de la civilización. Y, sin embargo, estaba precisamente allí, en aquel frenesí de caníbales, el verdadero atractivo. Por encima del placer físico, estaba la sensación todavía más arrebatadora de verse totalmente libre de frenos, el éxtasis de un enajenamiento absoluto.

La señora Thwale se había puesto su vestido gris paloma y llevaba al cuello la crucecita de oro y rubíes que su madre le había regalado el día de su confirmación.

–Buenos días, Sebastian –dijo, al entrar en el comedor–. Parece que la mesa es para nosotros exclusivamente.

Sebastian miró con pánico las sillas vacías y las servilletas plegadas. No sabía por qué razones, había dado por supuesto que la señora Ockham estaría allí para cuidar de aquel terrible encuentro embarazoso.

–Sí, creí… Es decir, el viaje… Deben de estar muy cansados…

Desde su palco privado, la señora Thwale le miró con sus brillantes e irónicos ojos.

–¡Ya está mascullando otra vez! –dijo–. Voy a tener que comprar la palmeta.

Para ocultar su confusión, Sebastian se acercó al aparador y comenzó a mirar lo que había bajo las tapas de las fuentes de plata. Desde luego, lo que debía haber hecho al ver que estaba sola –según lo comprendía mientras se servía el *porridge*– era acercarse, besarla en la nuca y decirle algo acerca de la noche última. Y tal vez no era todavía demasiado tarde. Llevar el revólver a la sien, contar diez y, enseguida, precipitarse a hacerlo. Uno, dos, tres, cuatro… Con el plato de *porridge* en la mano, avanzó hacia la mesa. Cuatro, cinco, seis…

–Supongo que habrá usted dormido bien –dijo la señora Thwale con su voz clara y grave.

Sebastian la miró consternado y, enseguida, bajó la vista.

–¡Oh, sí…! –balbuceó–. Sí… Muy bien, gracias. –Ya no había que pensar en aquel beso.

–¿De veras? –insistió la señora Thwale con aire de asombro–. ¿A pesar de las lechuzas?

–¿Las lechuzas?

–¿No me dirá usted que no ha oído las lechuzas? ¡Muchacho de suerte! Desearía tener el sueño tan profundo como el de usted. He pasado media noche sin dormir.

Tomó un sorbo de café, se secó delicadamente los labios, mordió en su tostada con mantequilla y volvió a pasarse la servilleta por la boca.

–Si yo fuese usted –dijo–, no dejaría hoy de ir a San Marco y ver los Fra Angélicos.

La puerta se abrió y dio paso al señor Tendring. Un momento después apareció la señora Ockham. Ninguno de los dos había oído las lechuzas. A pesar de que la señora Ockham había tardado varias horas en dormirse, fastidiada por aquel maldito dibujo.

Sí, aquel maldito dibujo, aquel hediondo dibujo. En su impotencia, Sebastian, en un acceso de ira infantil, dijo en su interior toda clase de palabrotas, mientras comía sus huevos. Pero las palabrotas no solucionaban sus dificultades y, en lugar de clarear la atmósfera mental, la blasfemia y la obscenidad sólo servían para intensificar aquel estado de opresión que le hacia avergonzarse de sí mismo.

–¿Van ustedes a llamar a la policía? –indagó la señora Thwale.

El corazón de Sebastian pareció que dejaba de latir. Con los ojos fijos en el plato, dejó de masticar para escuchar con la atención máxima.

–Eso quiere la abuela –dijo la señora Ockham–. Pero no creo que sea hora todavía. Antes ha de hacerse una búsqueda completa.

Sebastian volvió a masticar. Pero resultó una decisión precipitada, porque la señora Thwale insistió en que se trajera a casa a la jovencita de la terraza, para interrogarla en debida forma.

–No; iré yo allí. Quiero hablar antes con sus padres –dijo la señora Ockham.

«¡Gracias a Dios!», se dijo Sebastian.

Esto significaba que tendría probablemente todo el día por delante. Lo que era algo. Pero ¿cómo diablos se pondría en acción?

Un leve toque en el codo le hizo salir de su abstracción; el lacayo se inclinaba ante él y le presentaba en la bandeja dos cartas. Sebastian las tomó. La primera era de Susan. Impacientemente, la metió en el bolsillo, sin abrirla, y miró la segunda. El sobre tenía una dirección con escritura desconocida y la estampilla era italiana. ¿Quién diablos…? Y, de pronto, nació una esperanza que fue creciendo y, en un instante, se transformó en una convicción, en la certidumbre de que la carta era de aquel hombre de la galería de arte, quien explicaba que todo había sido una equivocación, pedía mil excusas e incluía un cheque… Anhelosamente, rasgó el sobre, desplegó la única hoja de papel comercial y buscó la firma. «Bruno Rontini», leyó. Su decepción se transformó en ira repentina. ¡Aquel estúpido que creía en

los Vertebrados Gaseosos, aquel rastrero Jesús que trataba de convertir a la gente a sus propias tonterías! Sebastian hizo un movimiento para meter la carta en el bolsillo, pero decidió, pensándolo mejor, ver lo que el hombre decía.

«Querido Sebastian», leyó. «Al volver ayer a ésta, me enteré de la noticia, dolorosa por más de un concepto, del fallecimiento del pobre Eustace. No sé si sus planes han quedado modificados por lo ocurrido, pero, si usted va a seguir en Florencia, le recuerdo que soy uno de los más antiguos habitantes de la ciudad y también una especie de primo y que será para mí un gran placer servirle de guía. Me encontrará, por lo general, en mi departamento por las mañanas y en la tienda por las tardes».

«En la tienda», repitió Sebastian irónicamente. «Y puede quedarse ahí por la consumación de los siglos». Y después, inmediatamente, se le ocurrió que, al fin y al cabo, aquel estúpido podía serle útil. Un librero, un comerciante en grabados… Tal vez se conocieran los dos. Weyl podría estar dispuesto a hacer un favor a su amigo. Y tío Eustace había dicho que el bueno de Bruno era una magnifica persona, a pesar de sus sandeces. Pensativamente, Sebastian plegó la carta y la metió en el bolsillo.

OceanofPDF.com

CAPITULO XXV

Sí, todo él universo le acompañaba en la risa. Todo reia cósmicamente de la broma cósmica de la propia frustración, soltaba la carcajada de polo a polo ante el desastre, grande como el mundo y duradero como el tiempo, que pisaba los talones a la buena intención. Era un contrapunto de hilaridades innumerables: eran voces volterianas, que lanzaban agudos chillidos de triunfo sobre las desconcertadas angustias de la estupidez y de la tontería; poderosas voces rabelesianas, que, como bajones y bajos, se regocijaban con las tripas, los excrementos y las cópulas, retumbando alegremente ante el espectáculo de la ordinariez, de la ineludible animalidad.

Sacudido al unísono con la risa universal, reía a través de largas duraciones de placer creciente, de duraciones de hilaridad y gloria que iban en aumento. Y entretanto, aquí estaba de nuevo la luz, aquí estaba otra vez el cristal del luminoso silencio, inmóvil y brillando en todos los intersticios de la mellada risa. No era nada formidable ahora, sino algo suave, tiernamente azul, como se había manifestado cuando el bueno de Bruno había sido sorprendido haciendo trucos con ella. Un silencio azul acariciador, presente en todas partes, a pesar de los chillidos y de los bajos, pero ahora sin su carácter apremiante; hermoso, no con una intensidad austera e insoportable, sino implorante, como suplicando humildemente que le prestaran atención. Y no había participación en su conocimiento, no había aquella compulsión a la vergüenza y a la condenación. No había más que ternura. Pero Eustace no era de los que se dejan atrapar fácilmente; Eustace estaba prevenido contra todas aquellas pequeñas estratagemas. A las invitaciones de aquel cristal azul de silencio, con testaba únicamente con las explosiones de su burla, más y más estridentes a medida que la luz se hacía más tiernamente hermosa, a medida que el silencio solicitaba su

atención más humildemente, más amable y acariciador. ¡No, no, nada de eso! Pensó de nuevo en los Triunfos de la Enseñanza, en los Triunfos de la Ciencia, la Religión y la Política, y su júbilo llegó a una especie de frenesí. Paroxismo tras paroxismo cósmico. ¡Qué placer, qué poder y qué gloria! Pero, de pronto, se dio cuenta de que la risa había escapado a su domi nio y se había convertido en una enorme histeria autónoma, que persistía contra su voluntad y a pesar del daño que le estaba causando; que persistía con una vida propia independiente de la suya, con un propósito propio que era totalmente incompatible con su bienestar.

Allí fuera, aquí dentro, el silencio brillaba con una ternura azul e implorante. Pero ¡no, nada de eso, nada de eso! La luz era siempre su enemigo. Siempre, fuera azul o blanca, rosa o verde. Se vio sacudido por otra larga y atormentadora convulsión de hilaridad.

Después, bruscamente, hubo un desplazamiento de la conciencia. De nuevo se observó recordando algo que todavía no había sucedido a otra persona.

Temblando en la epilepsia universal, apareció una ventana abierta. Y allí estaba el pobre John, de pie junto a ella, mirando a la calle. Y ¡qué confusión había allí abajo, qué gritos en la dorada neblina de polvo! Rostros morenos, bocas abiertas y deformadas, manos sucias, los puños cerrados o en forma de garras. Miles y miles. Y de la plaza iluminada por el sol que había a la derecha y de la estrecha calle lateral directamente enfrente de la ventana, venían escuadras de policías de turbante y negra barba que se abrían paso entre la multitud, sin dejar de dar golpes con sus largas varas de bambú. En cabezas y hombros, en los huesos de las delgadas muñecas que se alzaban para proteger aquellos rostros asustados y gritadores. Golpe tras golpe, metódicamente. Hubo otra convulsión. Las figuras ondularon y se desplazaron, como las imágenes de un estanque cuyas aguas se agitan, pero volvieron a juntarse cuando cesó el ataque de risa. Arriba, la ternura azul no era meramente un cielo, sino el brillante cristal de un silencio vivo. Metódicamente, los policías seguían golpeando. La idea de aquellos golpes agudos o apagados resultaba repugnantemente clara.

–¡Horrible! –decía John entre dientes–. ¡Horrible!

–Sería algo peor si los japoneses llegaran hasta Calcuta –observó otra voz.

Lentamente, con renuencia, John asintió con la cabeza.

¡El liberal profesional estaba disculpando una carga con *lathi*! Hubo otro ataque de risa y otro más. La irrisión continuó desgarrándolo, como las ráfagas de un huracán a los jirones de una vela; continuó arañando en la misma esencia de su ser, como con rastrillos y púas de hierro. Pero, en medio de su tormento, Eustace se daba cuenta imprecisa de que, inmediatamente debajo de la ventana, había caído sin sentido un muchacho, alcanzado en la sien por uno de los golpes. Otros dos jóvenes se inclinaban sobre él. De pronto, a través de los chillidos y los bajos, hubo como un recuerdo de agudos gritos desesperados y de la asustada repetición de una frase incomprensible. Una línea de cascos de acero avanzaba a través de la plaza. Hubo un movimiento de pánico en la multitud, en huida del peligro que se acercaba. Empujados y tambaleantes, los dos jóvenes lograron, sin embargo, levantar del suelo a su camarada. Como en un misterioso rito, el cuerpo inerte del muchacho fue izado, derecho hacia la azul e implorante ternura del silencio. Sólo durante unos segundos. Después, el alud de la asustada multitud los arrastró. Rescatadores y rescatado desaparecieron, tragados, pisoteados y sofocados. Ciegamente, presa del terror, la multitud corría. Un ciclón de risa gozosa y lacerante hizo desaparecer todo en el olvido. Sólo quedó el luminoso silencio, tierno, suplicante. Pero Eustace conocía todas sus tretas.

Y repentinamente apareció otro rostro que sangra ba. No era el rostro del muchacho indio innominado, sino el rostro –¡quién lo pensara!– de Jim Poulshot. ¡Sí, de Jim Poulshot! La casilla vacante obviamente destinada a contener al agente de bolsa, moderadamente próspero, de 1949. Pero Jim llevaba uniforme y yacía al pie de un grupo de bambúes. De pie junto a él, había tres o cuatro hombrecillos amarillos con sus fusiles.

–Herido –decía Jim, con voz delgada y rota–. ¡Un médico, pronto! Herido, herido…

Los tres hombrecitos amarillos lanzaron simultáneamente fuertes risotadas, casi de buen humor. Y como movido por una secreta simpatía, el universo todo coreó la risa entre sacudidas.

Después, bruscamente, uno de los hombres levantó un pie y lo estampó en el rostro de Jim. Hubo un grito. El tacón de la pesada bota con suela de caucho bajó una segunda vez y, todavía con más fuerza, una tercera vez. La sangre corría de la nariz y la boca laceradas. Apenas se podía reconocer el rostro.

Horror, piedad, indignación… Pero, en el mismo instante, un acceso de risa frenética desgarraba su ser. «La casilla vacía», aullaba el recuerdo. Y enseguida, con gozo incontenible: «El agente de bolsa de 1949, el agente de bolsa moderadamente próspero».

Bajo los bambúes, el agente de bolsa de 1949 yacía inmóvil, gimiendo.

Y bajo aquel bambú,
y bajo aquel bambú,
probable estreñimiento…

El organillo junto al Registro Civil de Kensington y la explicación que daba Timmy a lo que le había sucedido en el campo de *cricket*.

Probablemente es,
probablemente es…

Entre los hombrecitos amarillos se había producido un breve y deleitoso silencio. Después, uno de ellos dijo algo y, como para demostrar su significado, hundió su larga bayoneta en el pecho de Jim Poulshot. Sonrientes, los otros le imitaron… En el rostro, en el vientre, en las partes genitales… Una y otra, vez, hasta que cesaron los gritos.

Cesaron los gritos. Pero la risa persistió… Una irrisión lacerante, aulladora, epiléptica, irreprimible.

Y, entretanto, la escena se había repetido. El rostro ensangrentado, el horror de las bayonetas, pero todo mezclado en cierto modo con Mimi en su bata de color clarete. *Adesso comincia la tortura* y, enseguida, los juegos y el manoseo. Y, al mismo tiempo, los pisotones y las cuchilladas. Con san Sebastián entre las flores victorianas, con la pobre Amy, toda trémula ante el registrador de Kensington, y con Laurina en Montecarlo. *Ave verum*

corpus, el verdadero cuerpo, la afectada boca victoriana, los ojos ciegos y morenos de los pechos. Y mientras las bayonetas se clavaban una y otra vez, hubo la vergonzosa impertinencia de un placer que murió finalmente en una fría fricción reiterada, automática y forzosa. Y todo el tiempo los chillidos y los bajos, las púas de hierro que arañaban y rastrillaban la misma esencia de su ser. Eternamente, angustiosamente. Pero él sabía lo que buscaba aquella luz. Sabía lo que aquella ternura azul le imploraba. ¡No, no, nada de eso! Deliberadamente, se volvió una vez más hacia la bata que se abría, hacia el lacerado rostro imposible de reconocer, hacia el intolerable sufrimiento del escarnio y de la concupiscencia, forzándose, por imposición propia, para siempre jamás.

OceanofPDF.com

CAPITULO XXVI

Había allí casi tantos peldaños como en Glanvil Terrace, pero finalmente Sebastian llegó al descansillo del quinto piso. Se detuvo antes de llamar, para recuperar el aliento y para decirse que, en esta ocasión, la angustia del umbral era totalmente injustificada. ¿Quién era al fin y al cabo Bruno Rontini? Nada más que un asno amable, demasiado honrado, según todos los in formes, para mostrarse sarcástico o severo, y sin confianza alguna –a pesar de aquel vago parentesco– que le diera derecho a decir cosas desagradables, aunque tuviera deseos de decirlas. Además, no se trataba de que uno fuera a confesar sus pecados ni de nada por el estilo. No, no, no pediría ayuda en tal concepto. Se limitaría a plantear el tema incidentalmente, como si fuera cosa de poca importancia. «Por cierto, ¿conoce usted a un tipo llamado Weyl?». Y seguiría así, ligero y superficial. Y como Bruno no era su padre, no habría interrupciones desagradables y todo se desenvolvería con forme al plan. De modo que no había motivo para sentirse tan turbado. Sebastian respiró profundamente tres veces y tocó el timbre.

La puerta se abrió casi inmediatamente. Allí estaba el bueno de Bruno, extrañamente cadavérico y anguloso, con un chaleco de lana gris y zapatillas de fieltro carmesí.

Su rostro se iluminó con una sonrisa de bienvenida.

–¡Magnífico! –exclamó–. ¡Magnífico!

Sebastian estrechó la mano que le alargaban, masculló algo acerca de la amabilidad que suponía el haberle escrito y enseguida apartó la vista, dominado por aquella turbación paralizadora que le invadía siempre que hablaba a un extraño. Pero, entretanto, en su interior, el observador y el hacedor de frases estaban en plena tarea. Había observado que, a la luz del

día, los ojos eran azules y muy brillantes. Eran fuegos azulados en cavidades de hueso, muy vivos, no simplemente conscientes y, desde, luego, carentes de aquella distante e inhumana curiosidad que brillaba anoche en los ojos de la señora Thwale, cuando ésta encendió bruscamente la luz y se dejó ver, apoyada sobre manos y rodillas, como envolviéndole en un arco de carne blanca. Durante medio minuto largo, la señora Thwale le estuvo mirando, sonriendo en silencio. En aquellas negras y brillantes pupilas, Sebastian pudo ver su propia reflexión, pálida y microscópica. «Natura nada sabe; soy yo quien te ha enseñado», dijo Veronica finalmente. Después, aquella máscara pura hizo una mueca, dejó escapar su risueño gruñido estertoroso, alargó un esbelto brazo hacia la lámpara y volvió a hundir la habitación en las sombras. Con un esfuerzo, Sebastian expulsó estos recuerdos. Alzó de nuevo la vista hacia aquellos ojos brillantes, serenos y extraordinariamente amigos.

–¿Sabe? –dijo Bruno–. Casi le estaba esperando.

–¿Esperándome?

Bruno asintió con un gesto y, a continuación, se volvió y dirigió la marcha, a través de un oscuro y diminuto vestíbulo, hasta una pequeña sala dormitorio, en la que los únicos artículos de lujo eran la vista de las lejanas montañas, por encima de los tejados, y un cuadrado de luz de sol, que brillaba como un enorme rubí en el piso de baldosas.

–Siéntese. –Bruno señaló la más cómoda de las dos sillas y, una vez instalados, al cabo de una pausa, exclamó pensativamente–: ¡Pobre Eustace! –Sebastian observó que su interlocutor dejaba un espacio entre frase y frase, en forma que todo lo que decía quedaba, como si se dijera, enmarcado en el silencio.– Dígame cómo sucedió.

Sin aliento y con la incoherencia provocada por su timidez, Sebastian comenzó a contar lo ocurrido.

El rostro de Bruno adquirió una expresión de angustia.

–¡*Tan* repentinamente! –dijo, cuándo Sebastian terminó su relato–. ¡Tan sin preparación alguna!

Aquellas palabras hicieron que Sebastian se sintiera deliciosamente superior. Interiormente, sonrió con son risa irónica. Era casi increíble, pero aquel viejo tonto parecía creer verdaderamente en el fuego del infierno y en

el Buen Morir. Con un rostro estudiadamente serio, pero todavía con la broma en su interior, alzó la vista. Los ojos azules estaban fijos en su rostro.

–Parece que encuentra cómico lo que he dicho, ¿no? –dijo Bruno, después del segundo habitual de deliberado silencio.

Sorprendido, Sebastian se puso encendido y balbuceó:

–No, no… ¿Cómo es posible…? Quiero decir, francamente…

–Usted quiere decir lo que todo el mundo quiere decir en estos tiempos –interrumpió Bruno con su voz tranquila–. Ignorar la muerte hasta el último momento; después, cuando ya no pueda ser ignorada, saturarse de morfina y entrar insensiblemente en el coma. Todo muy razonable, humano y científico, ¿verdad?

Sebastian vaciló. No quería ser grosero, porque, al fin y al cabo, quería que aquel viejo tonto le ayudara. Además, temía meterse en una controversia, porque su timidez le haría probablemente quedar en mal lugar. Pero, al mismo tiempo, la insensatez era insentatez.

–No veo qué mal puede haber en ello –dijo prudentemente, pero con un tono punto menos que truculento.

Con gesto adusto y la mirada apartada, quedó a la espera de la réplica. Pero ésta no llegó. Preparado para el ataque, su resistencia se vio enfrentada por un silencio amable y resultó un tanto absurda y fuera de lugar.

Bruno habló finalmente.

–Supongo que la señora Gamble celebrará pronto una de sus sesiones.

–Ya la ha celebrado –indicó Sebastian.

–¡Pobre señora! ¡Qué ansia por asegurarse!

–Pero no me atrevería a decir… Bien, es algo muy convincente. ¿No lo cree usted así?

–¡Oh! Algo ocurre sin duda, si es eso lo que quiere usted decir…

Recordando el comentario de la señora Thwale, Sebastian dejó escapar una risita de persona enterada.

–Algo muy desvergonzado –dijo.

–¿Desvergonzado? –repitió Bruno, mirando al muchacho con sorpresa–. ¡Qué palabra más curiosa! ¿Qué es lo que le induce a aplicarla?

Sebastian sonrió con .embarazo y bajó la vista.

–¡Oh, no lo sé! –dijo–. Me pareció la palabra oportuna; eso es todo.

Hubo otro silencio. A través de la manga de su chaqueta, Sebastian sentía el lugar donde Veronica había dejado la marca de sus dientes. Dolía todavía al tacto. Dos caníbales en casa de orates… Y enseguida recordó aquel maldito dibujo y que el tiempo estaba pasando, pasando… ¿Cómo diablos entraría en materia?

–Desvergonzado –dijo otra vez Bruno, pensativamente–. Desvergonzado… ¿Y todavía es usted in capaz de ver por qué conviene prepararse a la muerte?

–Bien, parecía perfectamente feliz –replicó Sebastian, a la defensiva–. ¿Sabe? Alegre y de buen humor, exactamente como en vida. Es decir, si *era* verdaderamente tío Eustace.

–*Si*… –repitió Bruno–. *Si*…

–¿No creerá usted…? –preguntó Sebastian con cierta sorpresa.

Bruno se inclinó hacia adelante y puso su mano en la rodilla del muchacho.

–Tratemos de poner el asunto en claro –dijo–. El cuerpo de Eustace más cierta *x* desconocida y no corporal es igual a Eustace. Y en aras del argumento, admitamos que Eustace fuera hombre tan feliz y alegre como parece que usted se imagina. Muy bien. Llega un momento en que el cuerpo de Eustace queda abolido, pero, a la vista de lo que sucede en las sesiones de la señora Gamble, nos vemos forzados a creer que la *x* persiste. Pero, antes de ir más adelante, preguntémonos qué es lo que verdaderamente hemos averiguado en la sesión. Hemos averiguado que *x* más el cuerpo del médium es igual a un pseudo-Eustace temporal. Esto es un hecho empírico. Pero ¿qué es exactamente *x? ¿Y* qué sucede a *x* cuando no está conectada con el cuerpo del médium? ¿Qué le sucede? –insistió.

–¿Quién puede saberlo?

–Eso es. Por tanto, no pretendamos saberlo. Y no incurramos en el sofisma de pensar que, como *x* más el cuerpo del médium es algo alegre y feliz, ha de ser también alegre y feliz la misma *x*. –Retiró la mano de la rodilla de Sebastian y se inclinó hacia atrás.– La mayor parte de los consuelos del espiritismo –continuó, al cabo de una pausa– parecen depender de una lógica deficiente, de establecer deducciones de los hechos observados en las sesiones. Cuando la anciana señora Gamble oye hablar de

Summerland y lee a sir Oliver Lodge, se siente tranquilizada; está convencida de que el otro mundo será exactamente como éste. Pero, en realidad, Summerland y Lodge son perfectamente compatibles con Catalina de Génova y… –Vaciló un momento–. Sí, hasta con el *Inferno*.

–¿El *Inferno?* –repitió Sebastian–. Pero supongo que usted no se imagina… –Y haciendo un último y desesperado esfuerzo por asegurarse que Bruno no era más que un perfecto estúpido, se echó a reír.

Aquella burla cayó en un golfo de benevolente silencio.

–No –dijo Bruno finalmente–. No creo en la condenación eterna. Pero no por razón alguna que pueda descubrir con la asistencia a las sesiones. Y todavía menos por razón alguna que pueda descubrir viviendo en el mundo. Por otras razones. Razones relacionadas con lo que sé de la naturaleza…

Se detuvo. Con sonrisa anticipada, Sebastian esperó que se pronunciara la palabra «Dios».

–… dertebrado Gaseoso –terminó Bruno. Sonrió tristemente–. ¡Pobre Eustace! Se sentía mucho más seguro llamándole así. Como si el hecho fuera modificado por el nombre. Y, sin embargo, se reía de otros porque empleaban lenguaje inmoderado.

«Ahora, va a comenzar su campaña de conversión», se dijo Sebastian.

Pero, en lugar de esto, Bruno se levantó, se acercó a la ventana, atrapó diestramente el moscardón azul que zumbaba contra el cristal y lo dejó en libertad. Todavía de pie junto a la ventana, se volvió y dijo:

–Tiene usted algo que decirme, Sebastian. ¿De qué se trata?

Invadido por un pánico repentino, Sebastian negó con un enérgico movimiento de cabeza.

–No, nada… –insistió. Pero, un segundo después, se maldijo por haber desperdiciado aquella oportunidad.

–Y, sin embargo, es para hablarme de eso para lo que usted ha venido a verme…

La sonrisa que acompañó a estas palabras no tenía la menor sombra de ironía o superioridad protectora. Sebastian quedó tranquilizado.

–Bien, en realidad… –Vaciló durante unos segundos y, después, dejó escapar una risita demasiado teatral–. ¿Sabe? –dijo, tratando de tomar la cosa a broma–. He sido estafado. Estafado –repitió con énfasis. Porque

ahora había comprendido cómo podía contar la cosa sin referencia al descubrimiento del señor Tendring o a los humillantes fracasos en el intento de decir la verdad… Era sencillamente la historia de una inexperiencia confiada y también –sí, tenía que reconocerlo– de una estupidez infantil vergonzosamente explotada y que ahora pedía ayuda. Cada vez más tranquilo, Sebastian narró su versión revisada de lo sucedido.

–¡Ofrecerme mil cuando él lo había vendido a tío Eustace por siete mil! –concluyó con indignación–. ¡Eso es una pura estafa!

–Bien –dijo Bruno lentarnente–. Esos negociantes tienen normas peculiares. –Y pudo añadir que especialmente aquel Gabriel Weyl, según llegó a darse cuenta en un anterior trato con él. Pero, si contaba a Sebastian lo que sabía, no se ganaría nada y, en cambio, podría derivarse algún mal–. Pero, entretanto, ¿qué piensa la gente allí arriba, en la villa, de este asunto?

Sebastian se puso encendido.

–¿Qué piensa? –preguntó, esperando y pretendiendo que no alcanzaba a comprender lo que la pregunta significaba.

–¿Qué piensa de que el dibujo haya desaparecido? Y usted debe estar muy fastidiado con todo este asunto, ¿no es así?

Hubo una pausa. Después, sin hablar, el muchacho asintió con la cabeza.

–Es difícil llegar a una decisión –dijo Bruno suavemente–, si no se conocen todos los extremos importantes.

Sebastian se sintió profundamente avergonzado de sí mismo.

–Lo siento –murmuró–. Debí haberle explicado…

Tímidamente, comenzó a proporcionar los detalles que previamente había omitido.

Bruno escuchó sin hacer comentario alguno hasta el final.

–¿Y pensaba verdaderamente contárselo todo a la señora Ockham? –preguntó.

–Había comenzado a hacerlo –insistió Sebastian–. Y en aquel momento la llamaron…

–¿Y no pensó en contárselo a la señora Thwale?

–¿A la señora Thwale? ¡Cielos, no!

–¿Por qué «cielos, no»?

–Bien… –Turbado, Sebastian buscó una respuesta confesable–. No lo sé. Es decir, el dibujo no le pertenecía. No tenía nada que ver en el asunto.

–Y, sin embargo, usted dice que fue ella quien sospechó de la niña.

–Ya lo sé, pero… –Dos caníbales en casa de orates… Y cuando se encendió la luz, aquellos ojos brillaban con la expresión de quien disfruta de una comedia entre las cortinas del más privado de los palcos.

–Bien, sea como sea, no se me ocurrió.

–Comprendo –dijo Bruno. Y quedó silencioso durante unos segundos–. Si consigo que le devuelvan el dibujo –continuó al fin–, ¿me promete que irá derechamente hasta la señora Ockham y le contará toda la historia?

–¡Oh, se lo prometo! –exclamó Sebastian anhelosamente.

Bruno alzó una mano huesuda.

–No tan de prisa, no tan de prisa… Las promesas son cosas serias. ¿Está usted seguro de que será capaz de cumplirla, si la hace?

–¡Seguro!

–También lo estaba Simón Pedro. Pero los gallos tienen la costumbre de cantar en los momentos más intempestivos.

Bruno sonrió, humorísticamente, pero, al mismo tiempo, con una especie de ternura compasiva.

«Como si yo estuviera enfermo…», se dijo Sebastian, mientras miraba a su interlocutor y se sentía simultáneamente conmovido y fastidiado. Conmovido por tanta solicitud a su respecto, pero fastidiado por lo que esta solicitud suponía: es decir, que estaba enfermo –gravísimamente enfermo, a juzgar por la mirada de aquellos brillantes ojos azules–, y que era incapaz de cumplir una promesa. Pero, francamente, aquello resultaba un poco…

–Bien –continuó Bruno–, cuanto antes nos pongamos a trabajar será mejor, ¿no es así?

Se quitó su chaleco de lana y, abriendo el armario, tomó una vieja chaqueta parda. Después, se sentó para ponerse los zapatos. Y mientras se ataba los lazos, comenzó a hablar de nuevo.

–Cuando hago algo malo o simplemente estúpido, encuentro cosa útil hacer… Bien, no se trata propiamente de un balance. No. Se parece más a una genealogía; creo que me entenderá: a una especie de árbol genealógico

de la falta. ¿Quiénes o qué fueron sus padres, sus antecesores, sus colaterales? ¿En qué consistirán sus descendientes, tanto en mi vida como en las de los demás? Es sorprendente lo muy lejos que se va en una investigación honrada. Uno se mete en los agujeros de ratón del propio carácter. Penetra en el pasado, recorre el mundo en torno, avanza hacia las posibles consecuencias…. Uno llega a comprender que nada de lo que hace carece de importancia ni es exclusivamente privado. –Quedó hecho el último nudo; Bruno se levantó.– Bien, creo que es todo –dijo, al tiempo que se ponía la chaqueta.

–Aquí está el dinero –masculló Sebastian con turbación. Sacó su billetera–. Sólo me quedan unas mil liras. Si usted pudiera adelantarme el resto… Se lo devolvería en cuanto pudiera…

Bruno tomó el fajo de billetes y devolvió uno de éstos al muchacho.

–No es usted un franciscano –dijo–. Todavía no, en todo caso… Aunque cabe que algún día, como defensa contra usted mismo… –Sonrió casi maliciosamente y, metiendo él resto del dinero en uno de los bolsillos del pantalón, tomó su sombrero.

–Supongo que no tardaré mucho –agregó, volviéndose, ya en la puerta–. Encontrará muchos libros para entretenerse… Es decir, si quiere usted un narcótico, aunque espero que no. Sí, espero que no –repitió, con repentino e insistente afán. Después, se volvió una vez más y se marchó.

A solas, Sebastian se sentó de nuevo.

Las cosas habían ido de modo muy diferente al imaginado, pero de un modo magnífico. Mejor de lo que nunca se atrevió a esperar. Pero le hubiera gustado no haber comenzado con aquella versión revisada de lo sucedido. Lo hizo con la esperanza de representar un mejor papel y, después, tuvo que reconocer, abyectamente, humillantemente, que no era cierto. Otro cualquiera hubiera aprovechado la ocasión para decirle cuatro cosas muy fuertes. Pero Bruno no. Se sentía profundamente agradecido a la magnanimidad de aquel. hombre. Había tenido la nobleza de ayudarle sin dedicarle antes un sermón… Era algo extraordinario. Y además, era un hombre que no tenía pelo de tonto. Por ejemplo, lo que había dicho acerca de la genealogía de la falta…

–La genealogía de una falta –murmuró en el silencio–, el árbol genealógico…

Comenzó a pensar en todas las mentiras que había dicho y en las ramificaciones antecedentes, concomitantes y consiguientes… No debió haberlas dicho, desde luego, pero, por otra parte, si no hubiese sido por los estúpidos principios de su padre, no hubiera tenido necesidad de decirlas. Y si no hubiese sido por los tugurios y por los ricos con sus cigarros, como el pobre tío Eustace, su padre no hubiera tenido esos estúpidos principios. Y sin embargo tío Eustace había sido un hombre bueno y cariñoso. Mientras que aquel profesor antifascista… Uno no podía fiarse de él ni tanto así. ¡Y qué aburridos eran la mayoría de aquellos amigos de su padre, izquierdistas y de las clases inferiores! ¡Francamente insoportables! Pero aburridos e insoportables –se dijo– para él. Y esto era probablemente culpa suya. Como era culpa suya que aquella ropa de etiqueta pareciera indispensable, sólo porque otros muchachos la tenían, sólo porque iban a ir unas muchachas a la fiesta de Tom Boveney. Pero uno no debía tener en cuenta lo que los demás hacían o pensaban. Y las muchachas aquellas no serían más que otra ocasión para soñar despierto y, en adelante, estos sueños se verían obsesionados por los recuerdos de la realidad de anoche, de desvergüenza y enajenación inverosímiles. Caníbales en casa de orates… Y la puerta del manicomio había cerrado la puerta a la última oportunidad de decir la verdad. Entretanto, en una humilde habitación campesina llena de gente, en algún rincón remoto y nunca visitado del jardín, una niña llorosa estaría haciendo protestas de inocencia ante unos jueces rigurosos. Y cuando los golpes y las amenazas no consiguieran obtener la información que la niña no poseía, aquella bruja de la señora Gamble insistiría en llamar a la policía. Y entonces sería interrogado todo el mundo, incluso él mismo. Pero ¿sería capaz de no incurrir en contradicciones? Y si se les ocurría visitar a Weyl, ¿qué motivos tendría este hombre para no decir la verdad? Y después… Sebastian tuvo un escalofrío. Pero ahora, a Dios gracias, el bueno de Bruno había acudido en su socorro. Recuperaría el dibujo; daría cuenta de todo el asunto a la señora Ockham –en forma irresistible, que la haría llorar y decir que él era exactamente como Frankie–; todo acabaría bien. Los hijos de su mentira no llegarían a nacer o serían ahogados en sus cunas y la misma

mentira se desvanecería como si nunca hubiese existido. En realidad, en cuanto a los efectos prácticos, podía decirse ya que era una mentira que nunca se había dicho.

–Nunca –se dijo Sebastian pon énfasis–. Nunca.

Se sintió animado, comenzó a silbar y, de pronto, en una llama de inspiración extraordinariamente agra dable, se dio cuenta de lo bien que encajaría aquella noción de la genealogía de las faltas en el plan de su nuevo poema. Patrones de átomos, pero caos de las moléculas reunidas en la piedra. Patrones de células vivas, de órganos y de funcionamientos fisiológicos, pero caos de la conducta de los hombres en el tiempo. Y, sin embargo, hasta en ese caos había una ley y una lógica; había una geometría hasta en la desintegración. El cuadrado del deseo, como si dijéramos, es igual a la suma de los cuadrados de la vanidad y del ocio. La más corta distancia entre dos ansias es la violencia. ¿Y qué decir acerca de las mentiras que había estado diciendo? ¿Qué acerca de las promesas incumplidas y de las traiciones? Las frases comenzaron a formarse en su espíritu.

La innoble boca de apretado esfínter
con que Avaricia simula sus pucheros
y de *Belial* los labios administran
de infame Judas prolongado beso…

Sacó su lápiz y su borrador y comenzó a escribir. «… De infame Judas prolongado beso». Y después de Judas, la crucifixión. Pero la muerte tenía muchos antecesores además de la codicia y de la falsedad, muchas otras formas de voluntario martirio. Recordó un artículo que había leído acerca del carácter de la próxima guerra. «Como basura…», escribió.

Como basura, por las calles yacen
los niños que ha segado del bombardeo…
Los ha matado, mientras ronca ufano,
torpe holgazán que vive sin recelos;
los mata cruel desde elevado púlpito,

lógicamente, en silogismo recio,
de mil rameras amoroso padre,
noble figura de Calvin austero…

Una hora después se abrió la puerta. Sorprendido y, al mismo tiempo, fastidiado por aquella inoportuna interrupción, Sebastian subió a la superficie desde las profundidades de su absorbente abstracción y volvió la cabeza.

Bruno interceptó su mirada y. sonrió.

–*Eccolo!* –dijo, sosteniendo un delgado paquete rectangular envuelto en papel castaño.

Sebastian miró y, durante un instante, no pudo darse cuenta de qué se trataba. Enseguida vino la percepción, ¡pero el muchacho estaba tan convencido de que Bruno iba a triunfar y de que habían terminado todos los apuros, que la recuperación real del dibujo le dejó casi indiferente.

–¡Ah, la dichosa cosa! –dijo–. ¡El Degas! –Después, comprendiendo que una mera cortesía exigía cierto despliegue de agradecimiento y júbilo, subió de tono y exclamó:– ¡Oh, gracias, gracias! No podré nunca agradecerle bastante… Ha sido usted extraordinario conmigo…

Bruno le miró sin decir una palabra. «Un querubín en pantalones grises de franela», se dijo, recordando la frase que Eustace había empleado en la estación. Y era cierto: aquella sonrisa era angelical, a pesar de su cálculo. Había en el muchacho una especie de inocencia amable y sobrenatural, incluso cuando, como ahora, estaba representando una comedia. Y, por cierto, ¿cuál era el motivo de que estuviera representando una comedia? Habida cuenta del pánico que había estado experimentando hacía una hora, ¿por qué no se sentía sinceramente agradecido y contento? El examen del rostro delicado y bello que tenía ante sí no proporcionó a Bruno respuesta alguna a estas preguntas. Todo lo que pudo hallar fue el hecho de aquella ingenuidad seráfica que brillaba encantadoramente en medio de la hipocresía infantil, el hecho de aquella franqueza en medio de la deliberada astucia. Y la gente le amaría siempre a causa de esa franqueza. Siempre, fuera lo que fuese lo que hiciera o dejara de hacer. Pero no era ésta en modo alguno la más grave consecuencia de ser un serafín, un serafín fuera del

cielo, privado de la visión beatífica, desconocedor, en realidad, de la misma existencia de Dios. No, la más peligrosa consecuencia radicaba en que, fuera lo que fuese lo que hiciera o dejara de hacer, tendería, a causa de la belleza de su propia inocencia intrínseca, a ahorrarse las saludables angustias de la contrición. Por ser angelical, sería amado no solamente por los demás, sino también por sí mismo, a través de venturas, y desventuras, con un amor inexpugnable para todo lo que no fuera un gran desastre. Una vez más, Bruno se sintió invadido por una compasión profunda. Sebastian, blanco predestinado, delicado y radiante. Sólo Dios sabía qué alegrías y qué triunfos envenenados por el orgullo le esperaban. Y después, si la Providencia tenía la misericordia de enviar un antídoto, vendrían los dolores, las humillaciones y las derrotas…

–¿Estaba escribiendo? –preguntó finalmente al observar el papel y el lápiz y tomando estas cosas como excusa para romper el largo silencio.

Sebastian se puso encendido y metió papel y lápiz en el bolsillo.

–He estado pensando en lo que dijo usted en el momento de marcharse –contestó–. ¿Sabe? Eso de que las cosas tienen una genealogía…

–¿Y ha estado elaborando la genealogía de sus propios errores? –preguntó Bruno con ilusionada esperanza.

–Bien, no es eso precisamente… Era… Bueno, estoy haciendo un nuevo poema y me pareció que eso encajaba perfectamente…

Bruno recordó la entrevista que acababa de celebrar y sonrió con un dejo de triste satisfacción. Gabriel Weyl había terminado por ceder, pero fue una rendición de muy mala gana. Contra su voluntad –porque había hecho todo lo posible para expulsar la escena de su memoria–, Bruno se vio recordando las feas palabras que se habían pronunciado, los apasionados movimientos de aquellas manos hirsutas y bien cuidadas, el rostro deformado y pálido por la ira. Suspiró, dejó su sombrero y el dibujo sobre un anaquel de libros y se sentó.

–El Evangelio de la Poesía –dijo lentamente–. «En el principio, hubo las palabras y las palabras estaban con Dios. Y las palabras *eran* Dios. Aquí termina la primera, última y única lección».

Hubo un silencio. Sebastian permaneció sentado e inmóvil, con el rostro apartado y la mirada fija en el suelo. Se sentía avergonzado de sí mismo y, al mismo tiempo, resentido de que aquel hombre le hubiera hecho avergonzarse. Al fin y al cabo, no había nada malo en la poesía… Entonces, ¿por qué no iba a escribir versos, si le apetecía?

–¿Puedo ver lo que usted ha hecho? –preguntó finalmente Bruno.

Sebastian volvió a ruborizarse y masculló algo acerca de que la cosa no valía nada, pero, por último, entregó el papel.

–«La innoble boca de apretado…» –Bruno comenzó a leer en voz alta, pero continuó en silencio–. ¡Bravo! –exclamó, terminada la lectura–. Desearía poder decir las cosas en forma tan vigorosa como ésta. Si hubiese sido capaz de hacerlo –añadió, con una leve sonrisa–, tal vez hubiera usted pasado su tiempo haciendo la propia genealogía, en lugar de escribiendo algo que puede inducir a los demás a hacer las suyas. Pero, desde luego, usted tiene la suerte de haber nacido poeta. ¿O es una desgracia?

–¿Una desgracia? –repitió Sebastian.

–Toda Hada Madrina es también en potencia el Hada Perversa.

–¿Por qué? –Porque es más fácil para un camello pasar por el ojo de una aguja que para un rico… –Dejó la frase sin terminar.

–Pero yo no soy rico –protestó Sebastian, pensando con resentimiento en las cosas que le había obligado a hacer la cicatería de su padre.

–¿Que no es usted rico? ¡Lea sus propios versos! –Bruno devolvió el papel–. Y una vez hecho esto, mírese en el espejo.

–¡Ah, comprendo…

–Y en los ojos de las mujeres. Son también espejos cuando se acercan mucho –añadió Bruno.

Cuando se acercan mucho… Cohlo cuando miraban la comedia, con la microscópica imagen de aquella naturaleza que nada sabía reflejada en su brillo irónico… Con terrible inquietud, Sebastian se preguntó qué iba a decir aquel hombre a continuación. Pero, para su gran alivio, la conversación tomó un giro menos personal.

–Y sin embargo –continuó Bruno pensativamente–, cierto número de intrínsecamente ricos han logrado, en efecto, pasar por el ojo de la aguja. Bernardo, por ejemplo. Y tal vez Agustín, aunque yo siempre me he

preguntado si no fue víctima de su propio estilo incomparable. Y Tomás de Aquino. Y evidentemente Francisco de Sales. Pero fueron pocos, fueron pocos. La gran mayoría de los ricos no pueden pasar o ni tan siquiera intentan el paso. ¿Ha leído usted a Kant? –preguntó como en un paréntesis–. ¿O a Nietzsche?

Sebastian negó con un gesto.

–Bien, tal vez valga más que sea así –dijo Bruno–. Es difícil, después de leerlos, no incurrir en falta de caridad. Y después, ahí está Dante… –Meneó la cabeza y hubo un silencio.

–Oí hablar al tío Eustace de Dante –indicó Sebastian–. Fue la última noche…, inmediatamente antes… –¿Y qué dijo?

Sebastian hizo lo posible para reproducir la esencia de la conversación.

–Y tenía muchísima razón –comentó Bruno, terminado el relato–. Salvo, desde luego, que Chaucer no es la solución del problema. Ser mundano en un sentido y escribir en forma consumada de este mundo no es mejor que ser mundano en otro sentido y escribir del otro mundo, también consumadamente. Es decir, no es mejor para uno mismo. En cuanto al efecto sobre los demás… –Sonrió y se encogió de hombros.– «Que Agustín quede atado a su destino…». O

> *e la sua volontate è nostra pace*;
> *essa è quel mare, al qual tutto si muove*,
> *ciò ch'ella crea e che natura face*.

Sé muy bien cuál de las dos cosas elegiría. Por cierto ¿puede usted leer a Dante?

Sebastian hizo un gesto negativo, pero inmediatamente trató de compensar de algún modo aquella con fesión de ignorancia.

–Si fuera griego –dijo–, o latín, o francés…

–Pero, por desgracia, es italiano –interrumpió Bruno, sin otro propósito que el de consignar el hecho–. Pero vale la pena aprender el italiano, aunque sólo sea por el bien que pueden hacer esos versos. Y sin embargo –añadió– ¡qué poco hicieron por el hombre que los escribió! ¡Pobre Dante! ¡De qué modo se da palmadas a sí mismo por pertenecer a

tan distinguida familia! Y no mencionemos el hecho de que fue el único hombre al que se permitió visitar el cielo antes de morir. Hasta en el Paraíso tiene que rabiar y lanzar sus dardos acerca de la politica contemporánea. Y cuando llega al círculo de los Contemplativos, ¿qué hace decir a Benito y a Pedro Damián? Nada de amor o liberación, nada de la práctica de la presencia de Dios. No, no; pasan todo el tiempo como solía agradar a Dante pasarlo: denunciando el mal comportamiento de los demás y amenazando con las llamas del infierno. –Con tristeza, Bruno volvió a menear la cabeza.– ¡Qué despilfarro de dones tan enorrnes! ¡Uno siente ganas de echarse a llorar!

–¿Por qué cree usted que hubo tal despilfarro?

–Porque el hombre lo quiso. Y si pregunta *por qué* lo quiso, después de haber escrito que la voluntad de Dios era nuestra paz, la respuesta es que así trabaja el genio. Llega a la percepción de la realidad última y da expresión al conocimiento así obtenido. Da expresión de un modo explícito, en cosas como «*e la sua volontate è nostra pace*», o de un modo implícito, en las entrelíneas de los versos, como si dijéramos… Es decir, por escribir bellamente. Y, desde luego, cabe escribir bellamente acerca de cualquier cosa, desde la Mujer de Bath hasta la *afreuse juive* de Baudelaire y la pensativa Selima de Grey. E, incidentalmente, las declaraciones explícitas acerca de la realidad no significan mucho si no están escritas, también ellas, poéticamente. La belleza es verdad; la verdad es belleza. La verdad de la belleza aparece en los mismos versos, la belleza de la verdad en los espacios que hay entre ellos. Si los espacios no contienen nada, los versos son… meramente Himnos Antiguos y Modernos.

–O Wordsworth de la última época –observó Sebastian.

–Sí, sin olvidar al Shelley de los comienzos –repuso Bruno–. El adolescente puede ser tan inepto como el viejo. –Sonrió a Sebastian–. Bien, como estaba diciendo –continuó en otro tono–, explícita o implícitamente, el hombre de genio expresa su conocimiento de la realidad. Pero rara vez actúa sobre la base de este conocimiento. ¿Por qué no? Porque toda su energía y toda su atención han sido absorbidas por el trabajo de

composición. Se ocupan en escribir, no en actuar o ser. Pero por ocuparse únicamente en escribir acerca de su conocimiento, se incapacitan para un conocimiento ulterior.

–¿Qué quiere usted decir? –preguntó Sebastian.

–El conocimiento es proporcionado al ser –con testó Bruno–. Conoces en virtud de lo que eres. Y lo que eres depende de tres factores: de lo que has heredado, de lo que el ambiente ha hecho de ti y de lo que has decidido hacer con tu ambiente y con tu herencia. Un hombre de genio hereda una capacidad extraordinaria para ver en la realidad última y para expresar lo que ve. Si su ambiente es razonablemente bueno, será capaz de ejercitar sus facultades. Pero si gasta todas sus energías en escribir y no intenta modificar su herencia y su ser adquirido a la luz de lo que conoce, nunca puede llegar a aumentar su conocimiento. Al contrario, conocerá progresivamente menos en lugar de más.

–¿Menos en lugar de más? –repitió Sebastian.

–Menos en lugar de más –insistió Bruno–. Quien no mejora empeora y quien empeora está en condiciones de saber cada vez menos acerca de la realidad última. Inversamente, si uno mejora y conoce más, estará tentado de dejar de escribir, porque la absorbente tarea de la composición es un obstáculo en el camino del ulterior conocimiento. Y tal vez sea esta la razón de que la mayoría de los hombres de genio se tomen tanto trabajo para no ser santos. Es un acto de defensa propia. Así, ve usted a Dante escribiendo versos angélicos sobre la voluntad de Dios y dando rienda suelta inmediatamente después a sus rencores y vanidades. Ve usted a Wordsworth adorando a Dios en la naturaleza y predicando la admiración, la esperanza y el amor, sin dejar de cultivar un egotismo que pasma a todos los que le conocen. Ve usted a Milton dedicando todo un monumento épico a la primera desobediencia del hombre y exhibiendo, al mismo tiempo, un orgullo digno de su propio Lucifer. Y finalmente –añadió, con una breve risa–, ve usted al joven Sebastian percibiendo la verdad de un importante principio general –las interrelaciones del mal–, y usando todas las energías, no para actuar sobre este conocimiento, lo que sería un fastidio, sino para ponerlo en verso, lo que le complace mucho. «De mil rameras amoroso padre, noble figura de Calvino austero…». Muy bonito, se lo concedo; pero

algo personal y práctico hubiese sido mejor. ¿Imposible? Sin embargo, como dije antes, en el principio hubo las palabras y las palabras estaban con Dios. Y las palabras eran Dios. –Se levantó y atravesó la habitación, en dirección a la cocina–. Veamos ahora qué podemos arañar para el almuerzo –dijo.

OceanofPDF.com

CAPITULO XXVII

Después del almuerzo recorrieron un poco la ciudad. Sebastian emprendió el camino de retorno a casa con la imaginación saturada de los frescos de San Marcos y de las tumbas de los Médicis. El sol declinaba ya sobre el horizonte, cuando subió por la empinada y polvorienta carretera que conducía a la villa; había tesoros de sombra azul, extensiones, no de piedra o estuco, sino de ámbar. Los árboles y la hierba resplandecían con significación sobrenatural. Beatamente, en un estado alerta sin esfuerzo y de pasividad, como el de un sonámbulo de ojos abiertos, que ve, pero con sentidos que en cierto modo no son propios; que siente y piensa, pero con emociones que ya no tienen una referencia personal; con un espíritu enteramente libre y no condicionado, Sebastian se desplazaba a través del esplendor que lo envolvía, a través de los recuerdos de lo que acababa de ver y oír… Los enormes y suaves mármoles, los diáfanos santos de las celdas monacales encaladas, las palabras que Bruno había dicho al salir de la capilla de los Médicis.

–Miguel Ángel y Fray Angélico… Apoteosis y deificación.

Apoteosis… La personalidad exaltada e intensificada hasta el punto en que la persona deja de ser mero hombre o mujer y se convierte en un dios, en uno de los Olímpicos, como aquel guerrero apasionadamente pensativo, como aquellos grandes titanes que rumiaban, desnudos, sobre los sarcófagos. Y frente a la apoteosis, la deificación… La personalidad aniquilada en la caridad, en la unión, en forma que el hombre o la mujer puedan decir al fin: «No yo, sino Dios en mí».

Pero, entretanto, aquí estaba de nuevo la cabra. La misma que, iluminada por los focos, comía unos brotes de aquella primera noche, cuando subía en el coche, con tío Eustace. Pero esta vez la cabra tenía en un

extremo de su boca una rosa a medio tascar… Como Carmen en la ópera, en forma que fue al compás de las imaginarias notas de «*Toreador, toreador*» como avanzó el animal hasta la puerta de su jardín, para mirar al muchacho a través de los barrotes. En los ojos amarillos, las pupilas eran dos estrechos trazos del más puro y negro de los vacíos mentales. Sebastian extendió el brazo y acarició la larga curva del morro noblemente semita, jugó con las seis pulgadas cálidas y musculares de colgante oreja y agarró después uno de aquellos diabólicos cuernos. Carmen comenzó a retroceder con impaciencia. Sebastian la sujetó con más fuerza y trató de atraerla hacia sí. Con una brusca y poderosa sacudida de la cabeza, el animal se desprendió y subió a saltos por la escalinata. Las ubres, negras y grandes, se balancearon violentamente durante la carrera. Deteniéndose en lo alto de la escalinata, Carmen dejó escapar una docena de píldoras de excremento y, enseguida, se apoderó de otra rosa para su aparición en el Segundo Acto. Sebastian se volvió y continuó su marcha, a través del último sol de la tarde y de sus recuerdos. Feliz como un sonámbulo. Pero, con inquietud, en el fondo de su espíritu se daba cuenta de las otras realidades puestas de lado: las mentiras que había dicho, la entrevista con la señora Ockham, todavía pendiente. Y tal vez aquella maldita niña había sido ya interrogada, azotada, privada de su alimento. Pero no, no quería abandonar su felicidad mientras no fuese absolutamente necesario. Carmen con su rosa y su barba blanca, mármoles y frescos, apoteosis y deificación. Pero ¿por qué no apotragosis y caprificación? Se echó a reír. Y sin embargo, lo que Bruno había dicho, allí, de pie, en la Piazza del Duomo, a la espera del tranvía, le había impresionado profundamente. Apoteosis y deificación… Los únicos caminos de escape del indescriptible aburrimiento, del horror tonto y degradante de ser meramente uno mismo, de ser solamente humano. Dos caminos, pero, en realidad, sólo el segundo llevaba a campo abierto. Aunque mucho más prometedor en apariencia, aunque mucho más atractivo, el primero resultaba ser invariablemente una magnífica ruta sin salida. Bajo los arcos triunfales, a lo largo de la avenida decorada con estatuas y fuentes, se marchaba con toda pompa hacia el fracaso definitivo. Solemne y heroicamente, se iba a parar al pie del insuperable muro del propio yo. Y el muro, desde luego, era de sólido mármol y estaba adornado

con colosales monumentos a su poder, su magnanimidad y su sabiduría, pero no dejaba de ser tan muro como el más grotescamente odioso de los vicios que hay en la antigua y, por todos conceptos, demasiado humana prisión. En cambio, el otro camino… Pero, en este momento, llegó el tranvía.

–Ha sido usted buenísimo conmigo –balbuceó Sebastian, al estrechar la mano de Bruno. E impulsado por lo que sentía añadió–: Me ha hecho usted ver tantas cosas… Voy a hacer un esfuerzo… Se lo aseguro…

Aquel rostro chupado, anguloso y moreno sonrió. En sus profundas cuencas, los ojos brillaron de ternura y, una vez más, de compasión.

Mientras el tranvía se arrastraba por las estrechas calles en dirección al río, Sebastian se repetía que iba a hacer un esfuerzo. Para ser más honrado, para pensar menos en sí mismo. Para vivir con la gente y los acontecimientos reales y no sólo con las palabras. ¡Qué indigno era! El desprecio de sí mismo y el remordimiento se mezclaban armoniosamente con los sentimientos que evocaban la luz vespertina, el fascinador ambiente extraño que la misma iluminaba, San Marcos, la capilla de los Médicis, el afecto de Bruno y cuanto este hombre había dicho. Y, gradualmente, este estado de ánimo había ido pasando de su apremio ético primitivo a otra tónica, de la exaltación del arrepentimiento y de las buenas resoluciones a la beatitud de la contemplación poética distante, al celestial estado del sonambulismo, en el que se encontraba todavía cuando, al doblar el último repecho del camino, descubrió las puertas de hierro entre los altos pilares de piedra y la solemne sucesión de los cipreses que se dirigía hacia la villa, oculta por la curva de la colina.

Tomó la senda de los peatones. La fina gravilla de la calzada crepitaba de modo delicioso bajo los pies, como simiente de uva.

> Marchar así sobre simientes,
> sobre crujientes imaginaciones,
> entre las mil crucifixiones
> y entre las joyas, limpias, lucientes,
> de la luz del sol horizontal…

De pronto, entre dos cipreses, unas veinte o treinta yardas delante, apareció en la senda una leve figura negra. Con un sobresalto y una horrible sensación de angustia, Sebastian reconoció a la muchachita de la cesta, reconoció a la encarnación de su olvidada con ciencia culpable, presagio de la realidad que, en su apartamiento de sonámbulo, había dejado a un lado. Al verle, la niña se detuvo y le miró con sus ojos negros, muy abiertos. Sebastian observó que aquel rostro estaba más pálido que de costumbre y que evidentemente había llorado. ¡Oh, Dios…! Sonrió, saludó con un «¡Hola!» y agitó afectuosamente la mano. Pero, antes de que diera otros cinco pasos, la niña se volvió y, como un animal asustado, echó a correr hacia arriba por la misma senda que había seguido.

–¡Alto! –gritó Sebastian.

Pero la niña no se detuvo. Y cuando Sebastian llegó al claro entre los árboles, ya no había rastro de ella. Por otra parte, aunque consiguiera darle alcance –se dijo Sebastian–, no se adelantaría nada. Ella no comprendía el inglés y él no hablaba italiano. Sombríamente, Sebastian se volvió y marchó resueltamente hacia la casa.

No había domésticos a la vista y no llegaba ruido alguno de la sala. A Dios gracias, no había moros en la costa. Atravesó de puntillas el vestíbulo y comenzó a subir la escalera. En el último peldaño, se detuvo. Había percibido un rumor. En algún sitio, detrás de alguna de aquellas puertas cerradas, la gente estaba hablando. ¿Rompería el invisible bloqueo o se batiría en retirada? Vacilaba todavía, cuando la puerta de la habitación que había sido del pobre tío Eustace se abrió bruscamente y dio paso a la señora Gamble, quien llevaba en un brazo a su perro y se apoyaba con el otro en la señora Ockham. Fueron seguidas por un ser pálido y de rostro bovino, en el que Sebastian reconoció al médium. Después apareció la señora Thwale, e, inmediatamente detrás de la señora Thwale –¡oh, espanto!–, Gabriel Weyl y Mme. Weyl.

–Algo tan diferente del arte occidental… –estaba diciendo Weyl–. Por ejemplo, no le gustaría *palpar* una *madonna* gótica. ¿Le gustaría, señora?

Se adelantó a la señora Thwale y al médium y tomó a la señora Ockham por la manga.

–¿Le gustaría? –insistió, mientras la señora Ockham se detenía y volvía hacia él.

–Bien, en realidad… –contestó la señora Ockham, vacilante.

–¿Qué dice? –preguntó la Reina Madre con aspereza–. No puedo entenderle una sola palabra.

–Esos pliegues de los cortinajes del *trecento* –continuó M. Weyl–.¡Tan recios, tan enfáticos! –Hizo una mueca de angustia y, con su mano izquierda, rodeó delicadamente los dedos de la derecha, como si hubiesen sido atrapados en una trampa para ratones–. ¡Qué barbaridad!

Todavía con los ojos fijos en la amenaza del otro extremo del corredor, Sebastian bajó silenciosamente del peldaño más alto al inmediatamente siguiente.

–En cambio, un objeto chino… –prosiguió M. Weyl. La expresión de angustia cedió el paso a otra de arrobamiento–. *Un petit bodhisattva, par example…*

Otro peldaño más abajo.

… Con sus cortinajes en licuefacción. Como manteca en agosto. Sin violencias, sin pliegues góticos… Sencillamente, *quelques volutes savantes et peu profondes…*

Voluptuosamente, aquellas manos gruesas, blancas y peludas acariciaron el aire.

–¡Qué delicia para las yemas de los dedos! ¡Qué sensualidad sublime! ¡Qué…!

Otro peldaño. Pero esta vez el movimiento fue demasiado brusco. Foxy VIII se volvió hacia la escalera y, agitándose furiosamente en el brazo de la señora Gamble, comenzó a ladrar.

–¡Oh, es Sebastian! –exclamó la señora Ockham con el rostro iluminado–. Venga aquí. Le vamos a presentar a monsieur y madame Weyl.

Con la sensación de un criminal camino de su ejecución, Sebastian subió lentamente los últimos tres peldaños del patíbulo y marchó hacia el garrote… Los ladridos se hicieron más histéricos.

–Quieto, Foxy –rechinó la Reina Madre. Después, cambiando las órdenes por el razonamiento, dijo–: Al fin y al cabo, es un muchacho completamente inofensivo. Completamente inofensivo.

–Sebastian Barnack, el sobrino de mi padrastro –explicó la señora Ockham.

Sebastian alzó la vista, suponiendo que iba a encontrar una sonrisa irónica, una afluente declaración de que ya se conocían. Pero madame Weyl se limitó a una inclinación cortés de cabeza y monsieur Weyl alargó su mano y dijo:

–Encantado de conocerlo, señor.

–Encantado –masculló Sebastian, tratando de comportarse como si fuera aquello la especie usual de presentación corriente y sin importancia.

–Sin duda –continuó M. Weyl–, tendrá usted las mismas inclinaciones hacia el arte que su tío, ¿no es así?

–¡Oh, sí, desde luego!… Es decir, yo…

–¡Esa colección china es suficiente por sí sola! –M. Weyl juntó las manos y alzó la vista al techo–. Y pensar que la guardaba en su mayor parte en el propio dormitorio –continuó, volviéndose hacia la señora Ockham–, para recreo exclusivo de sus ojos… ¡Qué delicadeza! ¡Qué sensibilidad!

–En tu lugar, Daisy, lo vendería todo –intervino la Reina Madre–. Véndelo por dinero contante y sonante y cómprate un Rolls. Es una economía, en fin de cuentas.

–¡Qué verdad más grande!, –suspiró M. Weyl, en el tono de quien comenta reverentemente una sentencia de Rabindranath Tagore.

–Bien, no sé qué decir acerca del Rolls –declaró la señora Ockham, quien había estado pensando en el modo mejor de utilizar el dinero en beneficio de sus niñas pobres. Enseguida, para evitar discusiones con su abuela, cambió de tema–. Quería hablar a monsieur Weyl acerca del dibujo –continuó, volviéndose hacia Sebastian–. Veronica le llamó después del almuerzo y monsieur Weyl tuvo la amabilidad de venir inmediatamente.

–No es tal amabilidad –protestó M. Weyl–. Es un placer y, al mismo tiempo, un sagrado deber por la memoria de nuestro querido difunto. –Se llevó la mano al corazón.

–Monsieur Weyl es muy optimista –continuó la señora Ockham–. No cree que haya sido robado. En realidad, está convencido de que lo encontraremos.

–Daisy, no digas insensateces –aulló la Reina Madre–. Nadie puede estar seguro acerca del dibujo, salvo Eustace. Por eso he llamado de nuevo a la señora Byfleet. Y cuanto antes celebremos la sesión, mejor.

Hubo un silencio y Sebastian comprendió que había llegado el momento de cumplir su promesa. Si no actuaba ahora, si no entregaba inmediatamente el dibujo y explicaba lo sucedido, tal vez sería después demasiado tarde. Pero confesar en público, ante aquel hombre odioso, ante la Reina Madre, ante la señora Thwale… La perspectiva era aterradora. Y, sin embargo, había prometido, había prometido… Sebastian tragó saliva y se pasó la punta de la lengua por los labios resecos. Pero fue la señora Gamble quien rompió el silencio.

–Nada me convencerá de que no ha sido robado –continuó con énfasis–. Salvo que así lo afirme el propio Eustace.

–¿Ni tan siquiera el hecho de que haya sido ya encontrado? –preguntó M. Weyl.

Sus ojos hacían guiños y su tono y su expresión eran los de un hombre que está a punto de echarse a reír con deleite.

–¿Ya encontrado? –repitió la señora Ockham, con tono interrogante.

Como un mago que saca conejos de la nada, M. Weyl alargó la mano y se apoderó del delgado y plano paquete que Sebastian guardaba bajo el brazo.

–En su envoltura original –dijo M. Weyl, mientras soltaba la liza–. Reconozco mi papel de *emballage*. –Y con un ademán gracioso de la mano, como si ahora no se tratara de conejos, sino de crías de unicornios, descubrió el dibujo y lo entregó a la señora Ockham–. Y en cuanto a nuestro *jeune farceur* –continuó–, que no nos dice una palabra y se queda ahí con un rostro fúnebre, como si estuviera en un entierro… –Soltó una carcajada y dio a Sebastian una palmada en el hombro.

–¿Qué pasa, qué pasa? –gritó la Reina Madre, dirigiendo sus miradas ciegas a todos lados–. ¿Es cierto? ¿El chico lo ha encontrado?

–*Elle est retrouvée* –declaró M. Weyl–.

Elle est retrouvée.
Quoi? L’eternité.

C’est la mer allée
avec le soleil.

Pero, hablando seriamente, amigo, seriamente… ¿Dónde ha sido? ¿No será por casualidad en el sitio donde yo siempre he dicho que debía de estar? ¿No ha sido?… –Hizo una pausa y después, inclinándose hacia adelante, murmuró al oído de Sebastian–: ¿No ha sido en el sitio que todo el mundo, incluso el rey, visita a pie?… *Enfin*, ¿el retrete?

Sebastian vaciló un instante. Enseguida, hizo un gesto de asentimiento.

–Hay un pequeño espacio entre el botiquín y la pared –murmuró.

OceanofPDF.com

CAPITULO XXVIII

Dolor y aullidos de risa. Pesadillas de crueldad y frías ansias y la irrisión irrefrenable que desgarraba sin des canso la misma esencia del ser. Sin término. Y las duraciones se hacían más largas, progresivamente más largas, con cada repetición de la agonía siempre en aumento.

Después de una eternidad, la liberación llegó con una especie de sacudida, como por un milagro. Vino con la súbita caída desde la sucesión incoherente al orden conocido del tiempo. Vino con la agitación multitudinaria de la sensación, con la conciencia alborotada de poseer un cuerpo. Y, afuera, había espacio y, en el espacio, había cuerpos… La sentida evidencia de otros espíritus afines.

–Tenemos con nosotros esta noche a dos antiguos amigos tuyos –oyó que decía la Reina Madre, con su ronca voz de sargento–. Monsieur y madame… ¿Cómo se llaman, por cierto?

–Weyl… Gabriel Weyl… –respondieron simultáneamente una voz masculina y otra femenina.

No cabía duda. Eran la Venus flamenca y su ridículo Vulcano.

–«Donde todo cliente agrada» –cantó–, «y el único hombre es Weyl Frères, Bruxelles, Paris, Florence…».

Pero, como de costumbre, aquella estúpida intérprete lo confundió todo. Entretanto, el negociante había comenzado a hablarle de los bronces chinos. ¡Qué gusto tenía el coleccionador de tales tesoros, qué conocimiento, qué sensibilidad! Después, con una solemne vehemencia que contrastaba ridículamente con su acento francés de nena picaruela, Mme. Weyl dijo algo acerca de la pólifonía caligráfica.

¡Qué absurdo más delicioso!

–Dice que son ustedes muy divertidos –chilló la intérprete. Y dejó escapar una risita.

Pero Eustace advirtió de pronto que estos Weyl eran mucho más que divertidos. De un modo u otro, eran gentes de enorme importancia. Por cierta razón misteriosa, eran gente que hacía época… Sí, ésta era la expresión. Eran absolutamente gente que hacía época.

Parecía estar a punto de descubrir cómo y por qué hacian época, cuando intervino bruscamente la Reina Madre.

–Supongo que comenzarás a sentirte como en tu casa en ese otro lado –rechinó.

–¡Como en mi casa! –repitió él con sarcástico énfasis.

Pero fue una declaración literal lo que aquella estúpida transmitió.

–Dice que sí, que está como en su casa –chilló.

Después, la Reina Madre sugirió que sería una gran cosa que proporcionara una prueba en beneficio de los que no habían asistido antes a una sesión. Y a continuación comenzó una retahila de las preguntas más insulsas. ¿Cuánto había pagado por los dibujos que había comprado a M. Weyl? ¿Cómo se llamaba el hotel en que había estado en París? ¿Qué libros había estado leyendo el día que los dejó? Enseguida, la señora Thwale y los dos Weyl le hicieron otras preguntas, y la conversación se hizo tan incoherente, tan superficial y sin sentido, que resultaba difícil coordinar las ideas y hasta recordar los hechos más conocidos. En defensa propia, apartó su atención del significado de lo que se le decía y la concentró en el mero sonido de las palabras, en el tono, el timbre y el volumen de las distintas voces. Y como contrapunto a estos ruidos del exterior, había los apagados ritmos de la sangre y la respiración, la ininterrumpida corriente de mensajes de aquel cuerpo temporalmente suyo. Calores y presiones, humedades y temblores, una multitud de pequeños dolores y rigideces, de oscuros desagrados y satisfacciones viscerales. Eran tesoros de realidad fisiológica, directamente experimentados y tan intrínsecamente fascinadores que ya no necesitaba molestarse por los demás ni pensar o tratar de comunicarse. Bastaba con aquella sensación de espacio, de tiempo, de los procesos de la vida. No hacía falta nada más. Esto sólo era el paraíso.

Y de pronto, a través del oscuro y leve titilar de sus sensaciones, Eustace tuvo conciencia, una vez más, de aquella quietud azul y brillante. Delicada, de belleza inexpresable, como la esencia de todos los cielos y todas las flores, como el principio y la fuente silenciosos de toda música. Y tierna, anhelante, suplicante.

Pero, entretanto, el aire entraba y salía lentamente por las ventanas de la nariz, frío al llegar y caliente, hasta el punto de ser apenas perceptible, al marcharse. Y mientras el pecho se ensanchaba y contraía, el es fuerzo era sucedido por la dejadez, la tensión por la relajación, una y otra vez. ¡Y qué placer escuchar las olas de sangre que batían los tambores del oído, que latían bajo la piel de las sienes! ¡Qué fascinador resultaba analizar los mezclados sabores de la cebolla y del chocolate, del vino tinto y… sí, de los riñones, todo adherido todavía a la lengua y el paladar! Y después, repentinamente, por una especie de terremoto exquisitamente armonioso y coordinado de todos los músculos de la boca y del gaznate, se procedió a tragar las acumulaciones de saliva. Y un momento después, un leve burbujeo procedente de más abajo del diafragma anunció que los procesos de la digestión avanzaban diligentemente. Esto pareció traer la seguridad definitiva, perfeccionar y consumar su sensación de placer paradisíaco. Y de pronto se descubrió recordando a san Sebastián y los pájaros disecados, recordando el sabor del humo del cigarro en un paladar calentado por el viejo coñac, recordando a Mimi y al Joven de Peoria, recordando su colección de hechos acerca de las ridículas y desastrosas consecuencias del idealismo… Recordándolo todo, no con vergüenza o condenándose, sino con manifiesto deleite o, en el peor de los casos, con risueña indulgencia. La luz persistía, presente en todas partes, pero esta sensación de estar en un cuerpo era una barrera eficaz contra sus asechanzas. Tras sus sensaciones, estaba a salvo de verse obligado a conocerse como era conocido. Y ahora se daba cuenta de que estos Weyl, esta Venus con su moreno Vulcano, podían convertirse en los instrumentos permanentes de su liberación de aquel atroz conocimiento. Había una oscuridad uterina que le esperaba, un refugio vegetativo. Había una providencia que le aguardaba, una providencia de

carne viva, ansiosa de tomarle, anhelante por tenerle en sus brazos y mecerle, por alimentarle con la sustancia misma de su ser deliciosamente carnal y sanguíneo.

Implorante, la luz intensificó su silencio esplendoroso. Pero él sabía lo que aquella luz buscaba y estaba prevenido contra sus tretas. Y, además, era posible sacar partido de Mozart y del Casino, de Mimi y del lucero de la tarde entre los cipreses. Perfectamente posible, siempre que uno poseyera una fisiología para protegerse contra las estratagemas de la luz. Y en cuanto a esta protección, bastaba con pedirla; mejor dicho, le era ofrecida, con una especie de frenesí privado de razón…

De pronto, los chillidos de aquella estúpida dejaron de ser un mero sonido y adquirieron significación.

–Adiós, buenas gentes, adiós…

Y de aquella oscuridad contestó un coro de adioses que se hicieron cada vez más tenues, vagos y confusos. Y todos los deliciosos mensajes de aquel cuerpo suyo también se estaban desvaneciendo. Aquella pajarera de sensaciones quedó silenciosa y sin movimiento. Y bruscamente hubo una especie de tirón y de nuevo se vio fuera del cómodo mundo donde el tiempo es una sucesión regular y donde el espacio es fijo y sólido. Se vio otra vez en el caos y el delirio del espíritu sin trabas. En el vago flujo y reflujo de las imágenes sin dueño, de los pensamientos, palabras y recuerdos autónomos e independientes, hubo dos cosas que conservaron su estabilidad: la tierna ubicuidad de la luz y el conocimiento de que había una oscuridad nutricia de carne y hueso en la que, si optaba por ello, podría verse libre de la luz.

Pero, una vez más, allí estaba la celosía de relaciones. Se vio en medio de ella, moviéndose de intersección a intersección, del patrón de una figura a su proyección extrañamente deformada en otro patrón. Moviéndose, moviéndose, hasta que repentinamente se vio colocando cuidadosamente su cigarro en el cenicero de ónix y volviéndose para abrir el botiquín. Hubo una especie de resbalón o de caída a través de las intrincaciones de la celosía… Y se vio recordando acontecimientos que no habían ocurrido todavía. Recordando un día de fines de verano, cálido y sin nubes, con aeroplanos que rugían en el cielo, a través del luminoso silencio. Porque el silencio seguia allí, esplendoroso, ubicuo y amable; seguía todavía allí, a

pesar de lo que estaba sucediendo en esta larga y derecha carretera entre los álamos. Miles de personas, todas moviéndose en el mismo sentido, todas acuciadas por el mismo miedo. Gente a pie, que llevaba bultos a sus espaldas, que llevaba niños en brazos; gente encaramada en lo alto de carros cargados con exceso; gente que iba en bicicletas, con maletas atadas a los manubrios.

Y aquí estaba Weyl, barrigón y calvo, empujando un verde cochecito de niño, lleno de telas sin marcos, de plata holandesa y de jade chino, con una *madonna* torpemente instalada en el lugar que correspondía a la criatura… Pesada ahora, próxima ya a la edad madura, la Venus flamenca se arrastraba tras Weyl, bajo el peso de un maletín de tafilete azul y de su abrigo de piel de foca. *«Je n'en peux plus»*, mumuraba. una y otra vez, *«je n'en peux plus»*. *Y* a veces, en un acceso de desesperación: *«Suicidons nous, Gabriel»*. Inclinado sobre el cochecito, Weyl no contestaba ni tan siquiera levantaba la vista, pero el espigado muchachito que caminaba junto a ella, absurdo en sus bombachos, apretaba la mano de su madre y mostraba una sonrisa animosa, cuando veía vuelto hacia él el rostro manchado por las lágrimas.

A la izquierda, más allá de una extensión. de rastrojos y huertas, estaba ardiendo toda una ciudad, y el humo de la conflagración, elevándose en espirales por detrás de las torres de aquella iglesia de suburbio besada por el sol, formaba en el luminoso silencio un enorme cono invertido de morena oscuridad. Chocaba contra el aire veraniego el ruido de un cañoneo distante. Desde una abandonada granja cercana, llegaban los frenéticos mugidos de las vacas no ordeñadas. De pronto, aparecieron de nuevo los aviones. Los aviones… Y casi en el mismo instante se dejó oír, tras el grupo de los Weyl, en la carretera, otro rugir. Débil al principio. Pero la columna avanzaba a toda velocidad y, segundo a segundo, el estrépito se hinchaba, impresionante. Hubo gritos, lamentos y un movimiento de pánico hacia las cunetas: la desesperada y ciega violencia del miedo. Y repentinamente, allí estaba Weyl gritando como un loco junto a su cochecito volcado. Un caballo se asustó, se encabritó y retrocedió entre las varas; el carro retrocedió también con una brusca sacudida y dio un golpe de refilón en el hombro a Mme. Weyl. Ésta dio unos pasos vacilantes, tratando de recuperar

el equilibrio, pero sus altos tacones tropezaron en una piedra y la hicieron caer de bruces en la calzada. *«Maman!»*, gritó el muchachito. Pero antes de que pudiera socorrerla, el primero de aquellos enormes camiones pasó por en cima del cuerpo que se agitaba. Durante un segundo, hubo una tregua en la pesadilla, una mirada entre los árboles a aquella iglesia distante, que brillaba en el fondo de humo ondulante como una joya tallada en luz de sol. Después pasó un segundo camión, idéntico al primero. El cuerpo quedó inmóvil.

Pero Eustace estaba otra vez a solas con la luz y el silencio. A solas con el principio de todos los cielos, las músicas y las ternuras, con las posibilidades de todo aquello que el cielo, la música y hasta la ternura eran incapaces de manifestar. Durante un instante, una eternidad, hubo una participación total y absoluta. Después, penosísimo, volvió el conocimiento de hallarse separado, la bochornosa percepción de su propia opacidad horrible e indecorosa.

Pero, al mismo tiempo, hubo el recuerdo de aquellos Weyl que hacían época, el conocimiento de que, si lo decidía, podían proporcionarle la liberación de aquel exceso de luz.

Los camiones seguían rodando, idénticos en su color gris-verde, llenos de hombres y sonoros metales. En el lapso entre el cuarto y el quinto, se pudo retirar el cuerpo de los surcos de las ruedas. Se echó sobre él un abrigo.

Todavía llorando, Weyl volvió, al cabo de un rato, para ver si podía encontrar algún otro fragmento de la corona y los dedos rotos de la *madonna*. Una mujer gruesa, de mejillas rojas, tomó al niño por los hombros y, llevándoselo, le hizo sentarse al pie de uno de los álamos. El muchachito se acurrucó, con las manos ocultando el rostro, con el cuerpo tembloroso y sacudido por los sollozos. Y de pronto ya no se pensó en esto desde el exterior. La agonía de aquel sufrimiento y de aquel horror fue conocida directamente, por una experiencia identificadora… No una experiencia suya, sino mía. La conciencia que Eustace Barnack tenía del niño se había hecho una con la conciencia que el niño tenía de sí mismo; era la misma conciencia.

Después hubo otro desplazamiento y, de nuevo, la imagen del muchachito fue solamente el recuerdo que se tenía de otro. ¡Horrible, horrible! Y sin embargo, a pesar del horror, ¡qué bendición era sentir las olas de sangre batir y batir el interior de los oídos! Recordó la cálida y deliciosa sensación de estar lleno de alimento y bebida, la sensación de la carne, el aromático olor del humo del cigarro… Pero aquí estaba otra vez la luz, el esplendor del silencio… ¡No, no, nada de eso, nada de eso! Firmemente, decididamente, distrajo su atención.

OceanofPDF.com

CAPITULO XXIX

Tan pronto como terminó el almuerzo, Sebastian se deslizó fuera de la casa y, casi corriendo, bajó por la colina, hacia el punto de parada de los tranvías. Tenía que ver a Bruno, cuanto antes, a fin de contarle lo que había sucedido.

Mientras esperaba el tranvía, su espíritu iba de un lado a otro, entre una abrumadora sensación de culpa y el sentimiento, agraviado y quejoso, de haber sido sometido a presiones morales que ningún hombre ordinario era capaz de resistir. Había faltado a su promesa, la promesa que (para coronar el pecado con la humillación) tan jactanciosamente había estado seguro de poder cumplir. Pero ¿quién pudo imaginarse que Weyl iba a estar allí? Y ¿quién podía prever que Weyl iba a comportarse en forma tan extraordinaria? ¡Fue el mismo Weyl quien inventó la historia y materialmente le forzó a aceptarla! Sí, le forzó a mentir. Sebastian se repetía esto como una justificación. Le forzó contra su sentir, contra su voluntad. ¿No estaba acaso a punto de decir la verdad, allí, en el mismo corredor, delante de todo el mundo? Cuando llegó el tranvía, Sebastian estaba medio convencido de que así era como habían pasado las cosas. Estaba ya a punto de abrir la boca para contar a la señora Ockham toda la verdad cuando, por una razón desconocida y siniestra, intervino aquel estúpido y le hizo faltar a su promesa. Pero el fastidio de esta explicación consistía –tal se decía el muchacho mientras el tranvía marchaba con estrépito y sacudidas a lo largo del Lungarno– en que Bruno le escucharía atento y, después de un breve silencio, preguntaría tranquilamente algo que lo echaría todo por tierra, como un globo deshinchado. Y uno se quedaría allí hecho una lástima, recogiendo los vergonzosos vestigios de otra mentira y en la necesidad de confesar la falsedad anterior. No, valía más decir a Bruno toda la triste

verdad: que, en un principio, trató de huir y que, cuando se vio acorralado, se sintió muy agradecido a Weyl por mostrarle el modo de faltar a la promesa y salvar su precioso pellejo.

Pero aquí estaba la esquina de Bruno. El tranvia se detuvo; Sebastian bajó y comenzó a marchar por la estrecha calle. Sí, en el fondo, había agradecido que le hicieran la mentira tan fácil.

–¡Dios! ¡Soy un indecente! –se murmuró a sí mismo–. ¡Un indecente!

Llegó a sus narices el fuerte olor de las salchichas de Bolonia. Levantó la vista. Sí, ya había llegado. Era la pequeña *pizzicheria* inmediata a la casa de Bruno. Entró por una alta puerta y comenzó a subir la escalera. En el segundo descansillo se dio cuenta de que bajaba gente de los pisos altos y, de pronto, vio aparecer una especie de soldado o policía. Con aire presuntuoso de majestad, aquel personaje pasó contoneándose por el descansillo. Sebastian se arrimó a la pared para hacer sitio. Un segundo después, otros tres hombres doblaron el ángulo de la escalera. Iba delante un individuo uniformado y detrás otro; el del medio era Bruno, con su viejo saco de mano. Al ver a Sebastian, Bruno, inmediatamente, frunció el entrecejo, apretó los labios recomendando silencio y, casi imperceptiblemente, meneó la cabeza. Comprendiendo la indicación, el muchacho cerró la boca y trató de mostrarse indiferente. En silencio, los tres hombres pasaron a su lado y desaparecieron escalera abajo.

Sebastian quedó inmóvil, escuchando el ruido de los pasos, cada vez más distante. Donde debía estar su estómago, había un espantoso vacío de aprensión. ¿Qué significaba aquello? ¿Qué diablos podía en efecto significar?

El grupo estaba ahora abajo; estaba cruzando el portal. Después, bruscamente, se hizo el silencio; habían salido a la calle. Sebastian bajó a toda prisa y, al asomarse a la calle, tuvo tiempo de ver cómo el último de los policías montaba en el coche que había estado a la espera. Se cerró la portezuela y el viejo Fiat negro inició su marcha, dobló inmediatamente después de la *pizzicheria* y desapareció. Durante mucho tiempo Sebastian estuvo mirando sin ver hacia el sitio donde había estado el coche; después, lentamente, echó a andar por el mismo camino que le había llevado hasta allí.

La presión de una mano en su codo le hizo volverse con sobresalto. Un joven alto y huesudo caminaba a su lado.

–¿Vino usted a ver a Bruno? –preguntó en mal inglés.

Recordando lo que contaba su padre acerca de es pías y agentes provocadores de la policía, Sebastian no contestó inmediatamente. Su aprensión se reflejaba evidentemente en su rostro, porque el joven frunció el entrecejo y meneó la cabeza.

–No tenga miedo –dijo, casi con enfado–. Soy el amigo de Bruno. Malpighi… Carlo Malpighi. –Señaló con una mano. Entremos ahí.

Cuatro anchos peldaños conducían a la entrada de una iglesia. Subieron y apartaron a un lado el pesado cortinaje de cuero que colgaba a través de la puerta abierta. Al fondo de aquel túnel abovedado, unos cuantos cirios ardían con llama amarilla en una penumbra espesada por el olor del incienso rancio. Exceptuada una mujer vestida de negro, que oraba arrodillada ante la barandilla del altar, el recinto estaba vacío.

–¿Qué ha pasado? –murmuró Sebastian, una vez en el interior.

Luchando con su pobre inglés y la incoherencia de su estado emocional, el joven trató de contestar. Un amigo de Bruno –un empleado en la comisaría de policía– había venido anoche a dar cuenta de lo que se preparaba. Con un coche rápido, Bruno habría podido fácilmente ganar la frontera a tiempo. Había muchos que estaban dispuestos a cualquier cosa por ayudarle. Pero Bruno se negó; no se escaparía, no quería escaparse.

La voz del joven se rompió y, en la penumbra, Sebastian pudo percibir que rodaban gruesas lágrimas por aquel rostro.

–Pero ¿qué es lo que tienen contra él? –preguntó Sebastian.

Bruno había sido denunciado por estar en contacto con algunos de los agentes de Cacciaguida.

–¿Cacciaguida? –repitió Sebastian. Y con una renovación de aquella espantosa sensación de vacío en su estómago, recordó el júbilo con que metió en su cartera los veintidós billetes de banco y aquella estúpida jactancia con que se había referido a la ayuda que su padre prestaba a los antifascistas.

–¿Fue acaso… ese Weyl?

Durante lo que le pareció larguísimo tiempo, el joven le miró sin hablar. Mojado por las lágrimas y extrañamente deformado, el rostro estrecho y alargado hacía muecas nerviosas. El joven estaba quieto, con los brazos caídos, pero los fuertes puños se cerraban y abrían, como provistos de vida propia torturada. Y finalmente, se rompió el silencio.

–¡Todo ha sido por culpa de usted! –dijo el joven, hablando muy lentamente y con acento de odio tan concentrado que Sebastian se apartó con miedo–. Todo por culpa de *usted*.

Y adelantándose un paso, el joven dio al muchacho un golpe con el revés de la mano. Sebastian dejó escapar un grito de dolor y se apoyó contra una pilastra. Enseñando sus dientes apretados y con los puños en alto, el otro se inclinaba sobre él, amenazador. Des pués, mientras Sebastian sacaba su pañuelo para con tener la sangre que le brotaba de las narices, dejó caer bruscamente sus brazos.

–Disculpe –murmuró con voz entrecortada–. Dis culpe.

Volviose rápidamente, se alejó y salió de la iglesia.

A la una menos cuarto, Sebastian estaba de vuelta en la villa, con un labio ligeramente hinchado como único testimonio de sus aventuras matutinas. En la iglesia, se tendió sobre dos sillas hasta que sus narices dejaron de sangrar y, después, hizo con agua bendita un lavado preliminar de su rostro. Hecho esto, salió, se compró un pañuelo nuevo y terminó de lavarse en los lavabos del Instituto Británico.

Al subir por la colina, volvió a ver la cabra, pero, en forma confusa, sentía que no tenía derecho a detenerse y contemplarla y, al mismo tiempo, que sus culpas eran demasiado horribles para dedicarse a fantasías poéticas. Carretera arriba, a través de la puerta y entre los majestuosos cipreses, caminó con la cabeza gacha, sintiéndose un miserable y deseando morirse. En el muro bajo de la terraza, frente a la villa, al pie del pedestal que sostenía una Pomona invadida por el musgo que levantaba su cornucopia llena de frutos, la Reina Madre estaba sentada, sola, y acariciaba el perrito que tenía sobre sus rodillas. Al verla, Sebastian se detuvo. ¿Sería posible penetrar en la casa de puntillas, sin ser oído? En esto, la anciana levantó la cabeza y miró sin ver hacia el cielo. Con asombro y angustia, Sebastian vio que la Reina Madre estaba llorando. ¿Qué podía significar aquello? Y

enseguida observó que Foxy estaba tendido en el regazo, inerte, como una de esas pieles oscuras que las mujeres se ponen al cuello, con las patas colgantes y la cabeza más baja que el cuerpo. Era evidente: el perro estaba muerto. Comprendiendo que no estaría bien pasar a escondidas en estas circunstancias, Sebastian comenzó a marchar sobre la crujiente gravilla con el mayor ruido posible.

La Reina Madre volvió la cabeza.

–¿Eres tú, Daisy? –Y cuando Sebastian se dio a conocer, exclamó, con un tono de decepción y resentimiento–: ¡Ah, eres tú, muchacho! Ven y siéntate aquí.– Tanteó el estuco calentado por el sol y, después, sacó un pañuelo bordado y se secó los ojos y las pintadas mejillas.

Sebastian se sentó al lado de la anciana.

–¡Pobre Foxy! ¿Qué ha pasado?

La anciana apartó su pañuelo y se volvió hacia el muchacho.

–¿No lo sabes?

Sebastian explicó que había pasado toda la mañana en la ciudad.

–Esa tonta de Daisy cree que es un accidente –di jo la Reina Madre–. Pero no hay tal. Sé que no es un accidente. Lo han matado.– La voz delgada y raspante temblaba de odio feroz.

–¿Lo han matado?

La Reina Madre asintió enérgicamente con la cabeza.

–Para vengarse. Porque hemos creído que fue la niña quien había robado el dibujo.

–¿Cree usted que es así? –murmuró Sebastian, con un tono de terrible angustia. Bruno detenido y, ahora, el perrito muerto… Todo a causa de lo que había hecho o dejado de hacer–. ¿Cree usted verdaderamente que sea así?

–Te digo que me consta –rechinó la Reina Madre con impaciencia–. Le han dado veneno de ratas… Eso ha sido. Veneno de ratas. Veronica lo encontró después del desayuno, tendido en la terraza.

De pronto dejó escapar un fuerte grito, horrible, no humano. Tomó aquel cuerpo inerte que yacía sobre sus rodillas y apretó el rostro contra la suave piel.

–¡Foxy pequeñín! –exclamó con voz entrecortada–. ¡Mi pequeño Foxy! –Y enseguida, la mueca de dolor dio paso de nuevo a una expresión de odio intenso.– ¡Malditos! –gritó–. ¡Demonios!

Sebastian la miró con espanto. Era su culpa, todo era culpa suya.

El zumbido de un coche que se acercaba le hizo volver la cabeza.

–Es el Isotta –dijo, satisfecho de tener una excusa para cambiar de tema.

El coche dobló ante la escalinata y se detuvo inmediatamente delante de ellos. La portezuela se abrió de golpe y apareció la señora Ockham.

–¡Abuela! –gritó, toda excitada–. ¡Hemos encontrado uno! –Y de abajo de su abrigo, sacó una pelotita de piel anaranjada, con dos brillantes ojos negros y un morrito puntiagudo.– Su padre ganó tres primeros premios. ¡Tómelo en sus manos!

La señora Gamble alargó dos garras enjoyadas en la oscuridad. El animalito fue colocado entre ellas.

–¡Qué chiquitín! –exclamó la anciana.

–De cuatro meses –se apuró a decir la señora Ockham–. ¿No nos dijo así la mujer? –añadió, volviéndose hacia la señora Thwale, quien había salido tras ella del coche.

–Cuatro meses el martes último –dijo la señora Thwale.

–No es negro, ¿verdad? –preguntó la anciana.

–¡Oh, no! Tiene el verdadero color del zorro.

–De modo que es Foxy también –sentenció la Reina Madre–. Foxy Nono. –Levantó el animalito a la altura de su rostro.– ¡Qué piel más fina! –Foxy IX volvió la cabeza y lamió la áspera barbilla. La Reina Madre emitió un cacareo feliz–. ¿Ya me quiere el chiquitín? ¿Quiere ya a la abuelita? –Después, miró en dirección a la señora Ockham–. Cinco Jorges –dijo–, siete Eduardos y ocho Enriques. Pero nunca ha habido un noveno.

–¿Qué entonces de Luis XIV? –indicó la señora Ockham.

–Estoy hablando de Inglaterra –dijo la Reina Madre con severidad–. En Inglaterra, no han pasado nunca del octavo. El pequeño Foxy es el primer nono. –Bajó sus manos. Foxy IX asomó la cabeza entre los dedos que le aprisionaban y olfateó inquisitivamente el cadáver de Foxy VIII.

–Compré mi primer pomerano el setenta y seis –continuó la Reina Madre–. ¿O fue el setenta y cuatro? De todos modos, fue el año en que Gladstone dijo que iba a suprimir el impuesto sobre la renta. ¡Pero no lo hizo, el muy granuja! Antes, solíamos tener perros dogos. Pero a Ned no le gustaban porque roncaban. Es que Ned roncaba también… Ése era el motivo. Pero mi pequeño Foxy –añadió en otro tono– no ronca, ¿verdad? –Y de nuevo levantó el perrito a la altura del rostro.

Silenciosamente, como un fantasma, apareció el mayordomo y anunció que el almuerzo estaba servido.

–¿El almuerzo? –dijo la Reina Madre. Y sin esperar ayuda alguna, se puso de pie casi de un salto. Con leve ruido apagado, el cuerpo de Foxy VIII cayó a tierra–. ¡Oh! Me había olvidado de que lo tenía en el regazo. Recógelo, muchacho, ¿quieres? Hortense le está preparando un ataúd. Lo va a forrar con el raso rosa de uno de mis vestidos viejos. Déme el brazo, Veronica.

La señora Thwale se adelantó y comenzó el desfile hacia la casa.

Sebastian se agachó y, con repugnancia, recogió el cadáver del perro.

–¡Pobre animalito! –dijo la señora Ockham. Y mientras seguían a los demás, puso afectuosamente su mano en el hombro de Sebastian–. ¿Ha pasado una mañana agradable en la ciudad? –preguntó.

–Muy agradable, gracias –contestó vagamente el muchacho.

–Viendo cosas, supongo –comenzó la señora Ockham. Pero se interrumpió–. ¡Oh! Lo había olvidado por completo. Llegó un telegrama de su padre cuando usted ya se habla marchado. – Abrió el bolso, sacó el papel y leyó en voz alta–: «Aceptada candidatura próximas elecciones parciales. Vuelvo inmediatamente. Dispongan Sebastian este próximo miércoles dieciséis horas en Thomas Cook and son. Génova». ¡Qué fastidio! –comentó, meneando la cabeza–. Yo pensaba retenerle aquí hasta el final de las vacaciones. Y ¡qué desdicha! No hay tiempo de hacer ese traje de etiqueta.

–No, así lo creo.

Sebastian pensaba que no había tiempo ni para el uno ni para el otro de los trajes. Porque el esmoquin que había encargado al sastre de tío Eustace –encargado, sí, y pagado también– tenía señalada su primera prueba para el

mismo día de la salida en dirección a Génova. Todo había sido para nada… Todas las angustias pasadas, todas sus faltas, la detención de Bruno y la muerte de aquel pobre animal que tenía en sus manos. Y entretanto, allí estaba el problema de la fiesta de Tom Boveney todavía sin resolver y cada vez más apremiante, a medida que pasaban los días.

–¡Qué fastidio! –repitió la señora Ockham.

–¿Qué pasa? –preguntó la señora Gamble por encima del hombro.

–Sebastian que se nos va.

–Se acabaron las lecciones para el masculla dor –dijo la señora Thwale, deteniéndose un poco en la última palabra–. Pero quizás esto le alivie.

–Tendrán que aprovechar bien el tiempo que les queda –advirtió la Reina Madre.

–Así lo haremos, así lo haremos –aseguró la se ñora Thwale. Y dejó escapar el delicado gruñido de su risa–. Aquí están los peldaños –continuó gravemente–. Son cinco, recuérdelo. Bajos y muy anchos…

OceanofPDF.com

CAPITULO XXX
EPÍLOGO

Los cañones de Primrose Hill estaban disparando con una especie de frenesí. Y aunque el desierto estaba muy lejos y aunque la pesadilla de aquellos aviones que descendían como rayos sobre uno había terminado hacía tiempo, Sebastian sintió algo de aquella espantosa tensión de entonces. Era como un violín al que se pusieran a tono las tirantes cuerdas, con vibración cada vez más aguda, hacia el chasquido final. El movimiento proporcionaría algún alivio. Se incorporó, con demasiada brusquedad. Los papeles que había en el brazo de su butaca se dispersaron por el suelo. Se había agachado y había tratado de agarrarlos en el vuelo, con la más cercana de sus manos, pero la más cercana de sus manos no estaba allí. ¡Qué tonto! Hacía tiempo que no podía hacer aquello. En un esfuerzo por ser metódico, recogió los papeles con la mano que le que daba. Mientras se dedicaba a esta labor, el ruido del exterior fue cediendo, hasta que, de pronto, se hizo el bendito silencio. Se sentó de nuevo.

¡Era algo odioso! Pero, por lo menos, tenía un lado bueno. Hacía imposible acariciar la ilusión de que uno era idéntico al cuerpo que se comportaba en oposición directa a los propios deseos y resoluciones. *Neti neti.*… Esto no, esto no… No cabía la menor duda. Y desde luego –se dijo–, no cupo tampoco la menor duda en los tiempos pasados, cuando quería y no podía decir no a su sensualidad. La diferencia estaba en que, en aquellas circunstancias, resultaba agradable ceder a las exigencias del cuerpo extraño, mientras que ahora era atroz.

Sonó el teléfono; tomó el auricular y exclamó: «¡Diga!».

–Sebastian, querido…

Durante un segundo pensó que era Cynthia Poyns y, enseguida, comenzó a imaginar excusas para rechazar la invitación inminente.

–¿Sebastian? –preguntó la voz, al no obtener respuesta. Y con enorme alivio, Sebastian comprendió que se había equivocado.

–¡Ah! ¿Eres tú, Susan? –dijo–. ¡Gracias a Dios!

–¿Quién creías que era?

–¡Oh! Otra persona…

–Una de tus examiguitas, supongo. Llamándote para representar una escena de celos. –Susan hablaba en broma, pero también con un tono de sarcasmo y de reproche–. Y no era bastante guapa para ti, ¿no es así?

–Exactamente –convino Sebastian. Pero Cynthia Poyns no era solamente de un buen parecer más o menos limitado, sino también una sentimental con pretensiones literarias y con una manifiesta debilidad, a pesar de tratarse de una madre joven tan ejemplar, por los hombres–. Bien, ¿no debemos desearnos mutuamente muchas felicidades en el nuevo año? –preguntó, en otro tono.

–Para eso te he llamado –dijo Susan.

Y continuó diciendo que esperaba que Sebastian iniciara felizmente el año y que deseaba y rogaba que 1944 trajera finalmente la paz. Pero, entretanto, los tres niños estaban resfriados y Robin hasta tenía un poco de fiebre. Nada importante, desde luego, pero, de todos modos, siempre era un fastidio. Pero, por fortuna, su madre estaba mucho mejor y acababa de saber que Kenneth tenía la posibilidad de ser destinado a un puesto en Inglaterra. ¡Ése sería un espléndido regalo de Año Nuevo!

Después tía Alice tomó el aparato e inició la conversación a su modo favorito:

–¿Qué tal esa literatura?

–Todavía consciente –contestó Sebastian–. Pero se acaba, se acaba…

Las bromas eran de rigor siempre que hablaba con tía Alice acerca de arte, filosofía o religión.

–Espero que tengas a punto de terminar otra co media –dijo aquella voz clara y sonora.

–Afotunadamente –repuso Sebastian–, me que da algo de lo que gané con la última, hace cinco años.

–Bien, sigue mi consejo; no inviertas el dinero en el Lejano Oriente.

Haciendo valerosamente una broma a costa de la ruina financiera, tía Alice dejó escapar una risita: después preguntó a Sebastian si había oído la historia acerca del cabo norteamericano y del arzobispo de Canterbury.

Sebastian la había oído varias veces, pero, no queriendo privar a su tía del placer de contarla, mostró interés por conocerla. Y cuando su tía acabó de contársela, hizo todos los ruidos apropiados en estos casos.

–Pero aquí tienes de nuevo a Susan –concluyó su tía.

Susan se había olvidado de preguntarle si se acordaba de Pamela, la chatita que iba a la escuela progresiva. Susan la había perdido de vista desde hacía años, hasta que la encontró hacía unas semanas. ¡Una muchacha maravillosa! ¡Muy inteligente y muy enterada! Trabajaba en las estadísticas del Gobierno y resultaba muy atractiva, en su original estilo picante… Sebastian ya sabía.

Sebastian sonrió. Era otra de las posibles esposas que Susan andaba siempre buscándole de modo incansable. Bien, era posible que algún día le encontrara la conveniente. Había que agradecerle su afán. Pero, entre tanto…

–Entre tanto –estaba diciendo Susan–, Pamela estaría en Londres la semana próxima. Tenían que salir todos juntos.

Terminada la conversación, Sebastian colgó el teléfono, sintiendo aquella curiosa mezcla de ternura irónica y depresión profunda que las charlas de esta naturaleza le producían siempre. Era el problema, no del mal, sino del bien. El angustioso problema de una bondad sólida, honrada, superior a la media.

Pensó en la pobre tía Alice, siempre ocupada en buenas obras, a pesar de aquella permanente incomodidad de su reumatismo. Soportándolo todo serenamente, sin tratar de representar el papel –¡y qué papel más jugoso!– del que lo soporta. Conllevando sus desgracias con sencillez sin afectación. El pobre Jim muerto en Malaca; la casa quemada con cuanto contenía por una incendiaria; los nueve décimos de la fortuna desaparecidos con la caída de Singapur y de Java; tío Fred hundido por las sacudidas y la tensión y buscando finalmente un refugio en la locura. Tía Alice no hablaba demasiado de estas cosas ni tampoco demasiado poco, con demasiado

esfuerzo para contenerse. Y entre tanto, sus maneras de antes, brillantes, casi metálicas, se mantenían intactas, con sus pequeñas bromas y sus réplicas animosas y atrevidas. Como si hubiese decidido hundirse con su sentido del humor todavía al viento, clavado en lo alto del mástil.

Y allí estaba Susan, con sus tres nenes admirablemente criados, y allí estaban las espléndidas cartas de Kenneth, quien actuaba en alguna parte del Medio Oriente, y allí estaban los comentarios de Susan sobre la guerra y la paz, sobre la vida y la muerte, sobre el bien y el mal, que brotaban, como burbujas, de las profundidades de una tranquila y apenas turbada *Weltan schauung* de la clase media.

Madre, hija, yerno… Vistos con ojos de dramaturgo, podían ser considerados como tres caracteres deliciosamente cómicos. Pero, en el otro sentido de la palabra y desde el punto de vista del moralista, eran tres caracteres de un valor muy sólido. Valientes, dignos de confianza y dispuestos a sacrificarse, factores que a uno siempre le habían faltado y que sólo podía esperar humildemente conseguir algún día. Y de una bondad absolutamente genuina, aunque limitada por una impenetrable ignorancia de la finalidad y del propósito de la existencia.

Sin Susan, Kenneth, tía Alice y todos los de su clase, la sociedad se caería a pedazos. Con ellos, estaba siempre tratando de suicidarse. Eran los pilares, pero también la dinamita; simultáneamente, eran las vigas y la polilla. Gracias a su bondad, el sistema funcionaba con la regularidad con que lo hacía y, gracias a sus limitaciones, el sistema era fundamentalmente disparatado, tan disparatado que aquellas tres preciosas criaturas de Susan se convertirían de mayores en carne de cañón, carne de avión, carne de tanque o carne de cualquier otra máquina de guerra mayor y mejor con que para entonces habrían enriquecido al mundo los jóvenes y brillantes ingenieros como Kenneth.

Sebastian suspiró y meneó la cabeza. Desde luego, había un único remedio, pero este remedio no querían aplicarlo.

Recogió el borrador que estaba en el suelo junto a su butaca. Eran cincuenta o sesenta páginas de notas al azar, escritas a intervalos durante los meses últimos. Este primer día del año era un buen momento para recordarlas. Comenzó a leer:

Hay un utilitarismo de orden superior, del mismo modo que un utilitarismo ordinario, común o de huerta.

«Busca primero el reino de Dios y todo lo demás se te dará de añadidura». Ésta es la expresión clásica del utilitarismo superior, en unión de «Yo te enseño el dolor» (el mundo de la gente ordinaria, agradable, no regenerada) y «el fin del dolor» (el mundo de la gente que ha logrado el conocimiento unitivo del divino Fundamento).

Pongamos frente a éstos los lemas implícitos en el utilitarismo inferior y popular. «Yo te enseño el dolor» (el mundo como es ahora) «y el fin del dolor» (el mundo como será cuando el Progreso y unas cuantas indispensables guerras, revoluciones y liquidaciones hayan hecho su obra). Y después: «Busca primero todo lo demás –virtudes. honorables, reformas sociales, charlas instructivas por radio y las últimas novedades científicas–, y con el tiempo, en el siglo veintiuno o veintidós, se te dará el reino de Dios de añadidura».

Todos los hombres nacen con un derecho igual e inalienable a la desilusión. Por lo tanto, hasta que decidan renunciar a este derecho, demos tres vivas al Progreso Tecnológico y la Enseñanza Universitaria para todo el Mundo.

He leído a Esquilo sobre el tema de la Némesis. Su Jerjes acaba mal por dos razones. Primeramente, porque es un imperialista agresor. En segundo lugar porque trata de dominar con exceso a la naturaleza, especificamente al tratar de llenar el Helesponto. Comprendemos la maldad de las manifestaciones políticas del ansia de poder, pero hemos ignorado de modo tan completo los males y peligros de las manifestaciones tecnológicas que, atrapados por los hechos más evidentes, continuamos enseñando a nuestros hijos que no hay pasivo en la ciencia aplicada y sí únicamente un activo en crecimiento permanente. La idea del Progreso está basada en la creencia de que se puede ser arrogante con impunidad.

La diferencia entre la metafísica de ahora y la metafísica del pasado es la diferencia entre un tejido de palabras que a nadie importa nada y un sistema de pensamientos asociados con una disciplina transformadora. «Falto de lo Absoluto, Dios no tiene base y, habiéndose llegado a esta meta, Dios se ha perdido y la religión con Él». Éste es el punto de vista de Bradley, el punto de vista moderno. Sankara era un absolucionista tan vigoroso como Bradley, pero ¡con qué enorme diferencia! Para él, no sólo es posible el conocimiento discursivo acerca de lo Absoluto, sino que también existe la posibilidad –y la necesidad final– de una intuición intelectual directa, que lleve al espíritu liberado a la identificación con el objeto de su conocimiento. Entre todos los medios de liberación, Bhakti o la devoción es el supremo. Buscar anhelosamente la verdadera naturaleza de uno; a esto se llama devoción. En otros términos, la devoción puede ser definida como la búsqueda de la realidad del propio Atman de uno». Y el Atman, desde luego, es el principio espiritual que hay en nosotros, idéntico al Absoluto. Los antiguos metafísicos no pierden la religión; la encuentran en la más elevada y la más pura de las formas posibles.

La falacia de la mayoría de las filosofías es el filósofo. Teniendo como tenemos el privilegio de conocer al profesor X, sabemos que todo lo que pueda personalmente pensar acerca de la naturaleza y del valor de la existencia no tiene modo de ser cierto. Y ¿qué decir –Dios nos

valga!– acerca de *nuestros* grandes pensamientos? Pero, por fortuna, ha habido santos que sabían escribir. Nosotros y el profesor podemos plagiar a los que saben más que nosotros.

Es maravillosamente fácil escapar a los vicios hacia los que uno no se siente atraído. No me gusta estar mucho tiempo a la mesa, me muestro indiferente ante la «buena cocina» y tengo un estómago que se estropea con una o dos onzas de alcohol; no es extraño que sea un enamorado de la templanza. Y ¿qué puedo decir sobre el amor al dinero? Demasiado remilgado y retraído para mostrarme, demasiado exclusivamente ocupado en palabras y nociones para dedicar atención a bienes in muebles, primeras ediciones u «objetos de arte», demasiado imprevisor y escéptico para que me preocupen las inversiones, siempre he tenido –salvo durante uno o dos años de mi estúpida adolescencia estudiantil– más que suficiente para mis necesidades. Y para una persona de mi musculatura, de mi don especial y de mi desastrosa capacidad para salir bien de todo, el ansia de poder es un problema todavía más insignificante que el ansia de dinero. Pero en cuanto a las formas más sutiles de la vanidad y del orgullo, en cuanto a la indiferencia, a la crueldad negativa y a la falta de caridad, en cuanto a tener miedo y decir mentiras, en cuanto a la sensualidad…

Recuerdo, recuerdo la casa donde *j'ai plus de souvenirs que si j'avais mille ans*, donde la emoción se evoca en la tranquilidad y donde no hay *nessun maggior dolore che* la muerte en vida, los días idos y que no han de volver. Y todo lo demás, todo lo demás. Porque las nueve Musas son las hijas de Mnemosina; la memoria es la verdadera materia prima y sustancia de la poesía. Y la poesía es, desde luego, lo mejor que la vida puede ofrecer. Pero hay también la vida del espíritu, y la vida del espíritu es análoga, en una vuelta más elevada de la espiral, a la vida del animal. La progresión va de la eternidad animal al tiempo, al mundo estrictamente humano de la memoria y la previsión, y del tiempo, si uno opta por continuar, al mundo de la eternidad espiritual, al divino Fundamento. La vida del espíritu es vida exclusivamente en el presente, nunca en el pasado o el futuro; la vida aquí, ahora, no la vida que se espera o la vida recordada. No hay en ella sitio alguno para el sentimiento, para el remordimiento o para la voluptuosa recordación de los deliciosos momentos de hace treinta años. Su Luz Inteligible nada tiene que ver con el esplendor de puesta de sol de los buenos días anteriores a la última guerra –salvo tres más– ni con los rayos de neón de la Nueva Jerusalén tecnológica, más allá del horizonte de la próxima revolución. No, la vida del espíritu es vida fuera del tiempo, la vida en su esencia y en su principio eterno. Tal es la razón de que insistan todos –todos los más calificados para saberlo– en que hay que desprenderse de la memoria y finalmente morir para ella. Cuando uno ha logrado mortificar su memoria, dice Juan de la Cruz, queda en un estado que sólo es en un grado menos perfecto y provechoso que el estado de unión con Dios. Es una afirmación que, en una primera lectura, no pude comprender. Pero se debió a que, en aquel tiempo, mi principal preocupación era la vida de la poesía, no la vida del espíritu. Ahora sé, por experiencia humillante, todo lo que los recuerdos pueden hacer para oscurecer y obstruir el conocimiento del eterno Fundamento. La mortificación es siempre la condición del adelantamiento.

«Mortificación…» La palabra lanzó a su espíritu por una tangente. En lugar de pensar en los peligros de la memoria, estaba recordando. Estaba recordando a Paul de Vries en 1939… Al pobre Paul, sentado, tan monótonamente afanoso, tan inteligentemente absurdo, en el pequeño café de Villefranche, inclinado sobre la mesa y hablando, hablando. El tema,

desde luego, era una de esas ideas puentes con las que quería enlazar las islas-universos del razonamiento. Una idea particularmente «excitante» –insistía Paul, haciendo hincapié en una palabra que siempre había irritado a Sebastian–, una generalización que salvaba, tal vez algo precariamente, las simas que separaban el arte, la ciencia, la religión y la ética. De modo bastante sorprendente, el puente era la mortificación. La mortificación del prejuicio, de la presunción y hasta del sentido común, en aras de la objetividad de la ciencia; la mortificación del deseo de poseer o explotar, en aras de la contemplación de la belleza existente o de la creación de una nueva; la mortificación de las pasiones, en aras de un ideal de racionalidad y de virtud; mortificación del yo en todos los aspectos, en aras de la liberación, de la unión con Dios. Sebastian recordaba que había escuchado con bastante interés, pero en actitud condescendiente, del mismo modo co mo se escucha a un hombre muy inteligente que es también un estúpido y con cuya mujer, además, se ha cometido adulterio la noche anterior. Fue, por cierto, la noche en que Veronica le copió aquel soneto de Verlaine:

O les oarystis, les premières maîtresses,
l'or des cheveux, l'azur des yeux, fleur des chairs;
et puis, parmi l'odeur des corps jeunes et chers,
la spontanéité craintive des caresses…

Pero, en cuanto a Veronica, no había nada de tímido en aquella espontaneidad quirúrgica y, a pesar de Elizabeth Arden, el cuerpo tenía ya treinta y cinco años. Y en cuanto a «caro», nunca lo había sido, nunca. El cuerpo aquel había sido el irresistible vehículo, a un tiempo temido y fascinador, de una enajenación más total que la que había experimentado con cualquier otra mujer que hubiese querido o por la que se hubiese dejado querer. Y en el mismo instante, recordó a su mujer, indescriptiblemente cansada bajo el peso de aquella preñez tan extrañamente incoherente en un ser tan menudo, tan frágil, tan parecido a un pájaro. Recordó las promesas que le había hecho cuando dejó Le Lavandou para pasar una temporada con los De Vries, los votos de fidelidad que sabía, en el mismo momento de hacerlos, que no iba a cumplir, aun sin ignorar que ella descubriría la

verdad. Y, desde luego, la descubrió, mucho antes de lo pensado. Sebastian recordó a su mujer en el hospital, un mes después, ocurrido el aborto, cuando se produjo el envenenamiento de la sangre. «Es todo culpa tuya», murmuró ella en tono de reproche. Y cuando se arrodilló junto al lecho, llorando a lágrima viva, su mujer le volvió el rostro. Y a la mañana siguiente, el Dr. Buloz le salió al encuentro en la escalera: «Un poco de valor, amigo mío… Tenemos que darle malas noticias sobre su esposa».

Malas noticias… Y todo era por su culpa, su culpa *parmi l'odeur des corps*, entre el olor a yodoformo y el recuerdo de nardos sobre el ataúd. El ataúd de Rachel, el ataúd de tío Eustace. Y entre las dos tumbas aparecía Veronica, monásticamente elegante en su luto, con sólo las extremidades de su cálido y blanco instrumento de enajenación saliendo del disfraz. Y pasadas dos semanas desde el funeral de Rachel, otra vez los caníbales en casa de orates… «Todo es culpa tuya». La frase se había repetido hasta en los extremos de una experiencia de extrañación casi tan absoluta, en su propio nivel, como el extrañamiento de Dios. Pero uno había continuado, precisamente porque era tan gran vileza y por el expreso propósito de disfrutar una vez más ese repulsivo sabor de la mezcla de sensualidad, aborrecimiento y odio a sí mismo que se había convertido en el tema fascinador del que había brotado todo un volumen de versos.

Fue aquel día en que estaba luchando deliciosamente con uno de los poemas cuando alguien se sentó a su lado en el banco favorito de la Promenade des Anglais. Se volvió, irritado, para ver quién cruzaba los linderos de su sagrada intimidad. Era Bruno Rontini… Pero Bruno diez años después, Bruno exprisionero, ahora en el destierro y ya muy avanzado en su última enferme dad. Un anciano, doblado y horriblemente consumido. Pero en el picudo cráneo, los brillantes ojos azules estaban llenos de júbilo, llenos de una vida de ternura intensa, aunque en cierto modo desinteresada.

Sin habla, con una especie de terror, estrechó la seca mano de esqueleto que le tendían. ¡Aquello era *su* obra! Y lo que hacía peor las cosas era que, durante todos aquellos años, había hecho lo posible por borrar la conciencia de su culpa. Había comenzado con excusas y coartadas. Había sido un chiquillo y, al fin y al cabo, ¿quién no dice algún embuste ocasional? Y su embuste, convenía tenerlo presente, había sido una mera

debilidad, desprovista de todo interés o malicia. Nadie hubiera pensado en sacarlo a relucir, si no hubiese sido por aquel desdichado accidente. Y evidentemente Bruno no podía esperar otra cosa; hacía años que lo tenían en la lista negra. Aquel lamentable asunto del dibujo se había convertido en el pretexto de una medida que iba a tomarse, tarde o temprano. Ningún retorcimiento de la imaginación podía hacerle a uno responsable de lo ocurrido. Y un par de días después, estaba camino de casa; su padre le llevó consigo en la campaña electoral, lo que fue una gran diversión. Y durante el siguiente curso trabajó como un negro para ganar una beca que, con gran sorpresa propia y de todos, le adjudicaron. Y cuando fue a Oxford el otoño siguiente, Daisy Ockham le dio secretamente un cheque de trescientas libras, corno suplemento de su paga. Y con la excitación embriagadora de gastar aquella suma, con la nueva libertad y con la sucesión de las aventuras amorosas, ya no fue necesario buscar excusas o establecer coartadas; simplemente, olvidó la cosa. El incidente se desvaneció en la insignificancia. Y ahora, de pronto, salido de la tumba del olvido, este anciano moribundo de ojos azules aparecía como un Lázaro irreprimible… ¿Con qué propósito? ¿Para reprochar, para juzgar, para condenar?

–¡Aquellas flechas! –dijo finalmente Bruno–. ¡Todas aquellas flechas!

Pero ¿qué había sucedido con su voz? ¿Por qué hablaba en un murmullo casi inaudible? El terror se transformó en puro pánico.

La sonrisa de Bruno había expresado una especie de compasión irónica.

–Parece que han iniciado bien su vuelo –murmuró–. El blanco predestinado…

Sebastian cerró los ojos; valía más recordar la casita de Vence que tomó para el moribundo. Amueblada y decorada con infalible mal gusto. Pero el dormitorio de Bruno tenía ventanas a tres lados y había un amplio pórtico, sin viento y cálido con el sol de primavera, desde el que se podían contemplar los campos abancalados de trigo joven, los naranjales y los olivares, hasta el mismo Mediterráneo.

«Lo tremolar della marina», murmuraba Bruno cuan do la luz del sol se reflejaba con esplendor enorme en el mar. A veces, le gustaba citar a Leopardi:

…e sovrumani
silenzi, e profondissima quiete.

Y después, una y otra vez, sin voz, en forma que sólo el movimiento de los labios permitía a Sebastian adivinar las palabras:

E il naufragar m'è dolce in questa mare.

La menuda Mme. Louise se encargó de la cocina y de los trabajos de casa, pero, salvo los últimos días, cuando el Dr. Borely insistió en la necesidad de una enfermera profesional, el cuidado del enfermo corrió a cargo exclusivo de Sebastian. Aquellas quince semanas entre el encuentro en la Promenade des Anglais y aquel entierro casi cómicamente modesto –entierro que, de acuerdo con la promesa hecha a Bruno, no podía costar más de veinte libras– fueron el período más memorable de su vida. El más memorable y, en cierto sentido, el más feliz. Había habido tristeza, desde luego, y el dolor de ver un sufrimiento que no era posible aliviar. Y junto a este dolor y a esta tristeza, hubo la desgarradora sensación de culpabilidad, el temor y la previsión de una pérdida irreparable. Pero hubo también el espectáculo de la jubilosa serenidad de Bruno e incluso, en un intervalo, una especie de participación en el conocimiento de que aquel júbilo era la expresión natural e inevitable… El conocimiento de una presencia sin tiempo e infinita; la intuición, directa e infalible, de que, aparte del deseo de separarse, no había separación, sino una identidad esencial.

Con el progreso del cáncer en su garganta, hablar se hizo cada vez más difícil para el enfermo. Pero aquellos largos silencios en el pórtico o en el dormitorio eran elocuentes precisamente acerca de las cosas que las palabras no podían transmitir… Eran realidades afirmadas que un vocabulario inventado para describir apariencias en el tiempo sólo podía indicar indirectamente por medio de negaciones. «Esto no, esto no», era todo lo que discurso podía poner en claro. Pero el silencio de Bruno se había convertido en lo que se sabía. Y podía exclamar triunfalmente y lleno de júbilo: «¡Esto, esto, esto!».

Desde luego, habla circunstancias en que las palabras eran indispensables; entonces Bruno recurría a la escritura. Sebastian se levantó y, de uno de los cajones de su mesa de trabajo, tomó el sobre donde guardaba los trozos de papel en que Bruno había escrito con lápiz sus raros pedidos, sus respuestas, sus comentarios y sus consejos. Sebastian se sentó de nuevo y, eligiendo al azar, comenzó a leer.

«¿Sería excesivo pedir un manojo de claveles?».

Sebastian sonrió, recordando el placer que las flores proporcionaron. «Como ángeles –murmuró Bruno–. Huelen como ángeles».

«No hay que preocuparse», comenzaba el siguiente mensaje. «Tener emociones fuertes es únicamente cuestión de temperamento. Dios puede ser amado sin necesidad de sentimientos… Sólo por la voluntad. Y otro tanto el prójimo».

A esto, Sebastian había unido otras líneas sobre el mismo tema. «No hay fórmula o método secreto. Se aprende a amar amando… Prestando atención y haciendo lo que uno descubre así que debe ser hecho».

Tomó otro de los trozos de papel.

> El remordimiento es el *ersatz* del orgullo para el arrepentimiento, la excusa del yo para no aceptar el perdón de Dios. La condición para ser perdonado es abandonarse. El hombre orgulloso prefiere reprocharse, aunque sea doloroso, porque el que se reprocha no se abandona; permanece intacto.

Sebastian pensó en las circunstancias en que estas palabras habían sido escritas… En aquella pasión por abominarse, en aquel deseo casi histérico de una expiación dramática, de pagar la deuda que tenía con Bruno, que se estaba muriendo, y con la desesperada y amargada Rachel, que habia muerto. ¡Si pudiera someterse a un gran dolor o a una gran humillación! ¡Si pudiera emprender alguna acción heroica! Esperaba encontrar una aprobación incondicional. Pero Bruno le miró durante unos segundos en un silencio inquisitivo; después, con un brillo de repentina malicia en los ojos, murmuró: «No es usted Juana de Arco. Ni tan siquiera Florence Nightingale». Y después, tomando el lápiz y el borrador, comenzó a escribir. Sebastian recordaba que, en el momento, la nota le chocó por su realismo tranquilo y, según lo juzgó entonces, positivamente cínico. «Sería

usted ineficiente, malgastaría sus talentos y su heroico altruismo haría mucho daño, porque se sentiría usted tan fastidiado y resentido que llegaría a odiar la sola idea de Dios. Además, parece ría usted tan noble y patético que, unido esto a su buen parecer, andarían tras usted todas las mujeres a la vista. No el cincuenta por ciento, como ahora, sino todas. Como madres, como queridas, como discípulas, todas ellas. Y desde luego, usted no resistiría, ¿verdad?». Sebastian protestó y dijo algo acerca de la necesidad del sacrificio. La respuesta fue: «Sólo hay un sacrificio efectivamente redentor: el sacrificio de la voluntad propia para hacer sitio al conocimiento de Dios». Y un poco después, en otro trozo de papel: «No trate de representar el papel de otro. Busque cómo convertirse en su no-yo interior en Dios, manteniéndose como su yo exterior en el mundo».

Desconcertado y un tanto decepcionado, Sebastian levantó la vista y vio que Bruno sonreía.

–¿Cree usted que es demasiado fácil? –dijo el murmullo. Enseguida, el lápiz reanudó su trabajo.

Sebastian buscó entre los trozos de papel. Aquí es taba lo que el lápiz había escrito.

«Realizar milagros en una crisis… ¡Mucho más fácil que amar a Dios sin egoísmo todos los momentos de cada día! Tal es la razón de que se produzcan las crisis. Porque la gente encuentra muy difícil comportarse bien en tiempos ordinarios».

Leyendo aquellas líneas, Sebastian se sintió de pronto abrumado por la tarea que echaban sobre sus hombros. Y pronto, muy pronto, no estaría Bruno para ayudarle.

–Nunca seré capaz de hacer esto solo –exclamó. Pero el enfermo era inexorable.

«Ningún otro puede hacerlo», escribió el lápiz. «Nadie puede hacerle ver con ojos ajenos. En el mejor de los casos, le podrán alentar a utilizar los… propios».

Y, después, como completando el pensamiento, escribió: «Y desde luego, una vez que se ha empezado a utilizar los propios ojo, no hay temor de la soledad, Nadie está solo, como no desee estarlo».

Y como para ilustrar este extremo, abandonó el lápiz y miró hacia el paisaje iluminado por el sol y el mar. Moviéronse sus labios. «El grano era trigo resplandeciente e inmortal… *Essa è quel mare al qual tuo si muove. E il naufragar m'è dolce.*… Naufragio en ese mar…». Cerró los ojos. Al cabo de dos minutos los abrió de nuevo, miró a Sebastian con una sonrisa de extraordinaria ternura y alargó su delgada mano huesuda. Sebastian la tomó y apretó. El enfermo le miró un poco más con la misma sonrisa; después cerró otra vez los ojos. Hubo un largo silencio. De pronto, desde la cocina, llegó la delgada voz de Mme. Louise, parecida a un caramillo. Mme. Louise cantaba su vals favorito, vals de hacía cuarenta años. «*Lorsque tout est fini…*». El consumido rostro de Bruno adquirió una expresión risueña…

–¿Acabado? –murmuró–. ¿Acabado? –Sus ojos, cuando se abrieron, brillaban con la risa interior.– ¡Pero si acaba de empezar!

Durante mucho tiempo Sebastian permaneció sentado e inmóvil. Pero, ay, el recuerdo del conocimiento llegado hasta él aquel día era muy distinto del conocimiento. Y, en fin de cuentas, incluso este recuerdo debía ser mortificado. Suspiró profundamente y se volvió hacia su borrador.

> Responsabilidades de guerra… La responsabilidad por lo de Londres y Hamburgo, lo de Coventry, Rotterdam y Berlín. Cierto que uno no estaba en la política y los negocios y que tenía la suerte de no haber nacido en. Alemania. Pero en un sentido menos evidente y más fundamental, uno era culpable de no ser más que impenetrablemente uno mismo, de contentarse con ser un embrión espiritual, sin desarrollo, sin nacer, sin luz. En parte, al menos, soy responsable de mi propia manquera y, en la mano que me queda, hay sangre y la mancha negra y aceitosa de la carne achicharrada.

> Miremos cualquier revista o periódico ilustrado. Las noticias –y las noticias son siempre de algo malo– alternan con la ficción, y las fotografías de armas, cadáveres y ruinas, con las fotografías de mujeres semidesnudas. Farisaicamente, solía pensar que no había relación causal entre estas cosas y que, como un sensualista y esteta estricto, no tenía responsabilidad alguna por lo que sucedía en el mundo. Pero la costumbre de la sensualidad y de la actitud puramente estética es un procedimiento para hacerse impermeable a Dios. Incurrir en ella, es convertirse en un impermeable espiritual, protector del rinconcito de tiempo del que uno es el centro, a fin de que no penetre en él la menor gota de realidad eterna. Pero la única esperanza para el mundo del tiempo está en hallarse constantemente empapado por lo que se halla más allá del tiempo. Cuando somos impermeables a Dios, excluimos de nuestro ambiente la única influencia que es capaz de neutralizar las destructivas energías de la ambición, de la codicia y del ansia de poder. Nuestra responsabilidad puede ser menos espectacularmente evidente que la suya, pero no es menos real.

Ha cesado la lluvia. De las telas de araña cuelgan las gotas inmóviles. Por encima de las copas de los árboles, el cielo es como una tapa cerrada y estos campos son los símbolos desnudos de una total resignación.

Invisible en el seto, el reyezuelo deja oír periódicamente su chirrido leve y acompasado. De las húmedas ramas de lo alto, las gotas caen y caen con el ritmo imprevisible de una música discorde. Pero el silencio otoñal permanece inalterado y hasta el bramar del camión que pasa, hasta el largo crescendo y el rugido que se aleja del vuelo de los aeroplanos, hasta mis recuerdos de aquellas explosiones y de aquellas largas noches de dolor, son en cierto modo de poca importaricia y pueden ser olvidados. En la superficie de la esfera, ¡qué estrépito de forja! Pero aquí, en el centro cristalino, los tres viejos ojaranzos, la hierba, las zarzas y el acebo están a la espera. Y entre las repeticiones de sus inconscientes declaraciones de independencia personal, hasta el reyezuelo se detiene de cuando en cuando, allí, en el fondo del seto, para escuchar un instante el silencio dentro del silencio, inclina su cabeza a un lado y, durante unos segundos, tiene conciencia de sí mismo, a la espera, en la laberíntica oscuridad de las ramas, de una liberación de la que no tiene sospecha. Pero nosotros, que podemos llegar, si queremos, al pleno conocimiento de esta liberación, hemos olvidado por completo que hay algo que tenemos que esperar.

Volvió a Sebastián algo de la felicidad que había sentido en aquella larga soledad bajo los árboles que goteaban. No era, desde luego, una simple comprensión del significado de los paisajes y de las cosas vivas. Wordsworth tenía que ser complementado por Dante, y Dante… Bien, por alguien parecido a Bruno. Pero si uno no tomaba como un idólatra la manifestación por el principio, si se evitaba la glotonería espiritual y se comprendía que estos éxtasis campesinos eran únicamente una invitación para pasar a otra cosa, resultaba muy conveniente deambular solitario como una nube y hasta confiar el hecho al papel. Volvió a leer.

Con sorpresa de humanistas y clérigos liberales, la abolición de Dios ha dejado un vacío muy perceptible. Pero la Naturaleza aborrece los vacíos. La Nación, la Clase, el Partido, la Cultura y el Arte han acudido a llenar el hueco. Para los políticos y para aquellos de nosotros que han nacido con algún talento, las pseudo-religiones nuevas han sido, son todavía y –hasta que destruyan toda la estructura social– continuarán siendo supersticiones en extremo provechosas. Pero contempladlas desapasionadamente, *sub specie aeternitatis*. ¡Qué extravagantes, tontas y satánicas!

Las charlas, el soñar despierto, la preocupación acerca de los humores y los sentimientos propios… Es fatal todo ello para la vida espiritual. Pero, entre otras cosas, la mejor obra literaria es meramente charla gloriosa o imaginación artísticamente disciplinada. ¿Una poesía lírica? Un simple «¡Ah!» , u «¡Oh», o «¡Ay!», o «¡Maldita sea!», o «¡Te quiero!», o «¡Soy un cerdo!», adecuadamente traducido y desarrollado.

Ésta es la razón de que algunos santos centrados en Dios hayan condenado el arte, sus raíces y sus ramas. Y no solamente el arte: también la ciencia, la erudición y la especulación. O recordemos a Aquino, el consumado virtuoso de la filosofía. Después de lograr el conocimiento unitivo del Hecho Primordial, acerca del cual había estado tanto tiempo elaborando teorías, se negó a escribir una palabra más de teología. Pero ¿qué hubiera pasado si la unión se hubiese producido veinte años antes? No hubiera habido *Summa*. ¿Hubiera sido cosa de sentirlo? Hace unos cuantos años hubieran contestado que no. Pero ahora algunos físicos comienzan a preguntarse si el aristotelismo escolástico no es la mejor de las filosofías en función de las cuales puedan organizarse los hallazgos de la ciencia contemporánea. (Pero, entretanto, claro está, la ciencia contemporánea, en manos de los hombres y mujeres contemporáneos, está dedicada a destruir, no solamente cosas y vidas, sino tramas enteras de civilización. De modo que nos vemos frente a otra serie de puntos de interrogación.)

Para el artista o intelectual que se halle también interesado en la realidad y deseoso de liberación, el camino está, como de costumbre, a lo largo del filo de un cuchillo.

Tiene que recordar en primer lugar que lo que hace como artista o intelectual no le lleva al conocimiento del divino Fundamento, aunque el trabajo pueda referirse directamente a este conocimiento. Por el contrario, el trabajo es en sí mismo una distracción. En segundo lugar, ha de tener presente que los talentos son análogos a los dones de sanar y de hacer milagros. Pero «una onza de gracia santificante vale un quintal de esas gracias que los teólogos llaman gratuitas, entre las que está el don de los milagros. Es posible recibir estos dones y hallarse en un estado de pecado mortal; tampoco son estos dones necesarios para la salvación. Como regla general, las gracias gratuitas se dan a los hombres menos para propio beneficio que para edificación de sus prójimos». Pero Francisco de Sales pudo haber añadido que los milagros no edifican *necesariamente*. Como tampoco edifica la mejor de las obras de arte. En ambos casos, la edificación es una posibilidad.

La tercera cosa que ha de recordarse es que la belleza es intrínsecamente edificante; en cambio, la charla, el soñar despierto y el simple expresarse son intrínsecamente no edificantes. En la mayoría de las obras de arte, estos elementos positivos y negativos se anulan entre sí. Pero, de vez en cuando, las anécdotas y las imaginaciones son pensadas en relación con primeros principios y expuestas en forma que los intervalos entre sus elementos componentes crean una cierta especie nueva de belleza desconocida. Cuando esto sucede, las posibilidades de edificación quedan plenamente realizadas y la gracia gratuita del talento halla así su justificación. Verdad es, por otra parte, que la composición de esas obras consumadas de arte puede representar una distracción tan grande como la composición de música de baile o de un cartel anunciador. Es posible escribir acerca de Dios y, en un esfuerzo por escribir bien, cerrar el espíritu completamente a la Presencia Divina. Sólo hay un antídoto para tal olvido: recordar constantemente.

Bien, no podría decir que no se había puesto sobre aviso. Sebastian se hizo esta reflexión sonriendo, mien tras volvía la página. «Hipótesis Mínima» era el título de la siguiente nota.

La investigación, por medio de intuiciones sensoriales, de la realidad material; la investigación motivada y guiada por una hipótesis, lo que lleva, a través de la ilación lógica, a la formulación de una teoría racional y tiene como resultado la adecuada acción tecnológica… Esto es la ciencia natural.

La carencia de hipótesis significa carencia de motivos para iniciar la investigación, carencia de razones para hacer un experimento en lugar de otro, carencia de teoría racional para llevar sentido u orden a los hechos observados.

Por el contrario, demasiada hipótesis significa descubrir solamente lo que uno *sabe*, dogmáticamente, que existe e ignorar todo lo demás.

Entre otras cosas, la religión también es investigación. Investigación, por medio de pura intuición intelectual, de la realidad no sensible, no psíquica, puramente espiritual, lo que lleva a teorías racionales acerca de los resultados y a la adecuada acción moral a la luz de tales teorías.

Para motivar y –en sus fases preliminares– para guiar esta investigación, ¿qué clase y qué cantidad de hipótesis necesitamos?

Ninguna hipótesis, según los humanistas sentimentales; con un poco de Wordsworth basta, dicen las personas enamoradas del azul del cielo. Resultado: no tienen motivos que les impulsen a más detenidas investigaciones; son incapaces de explicar los hechos no sensibles que encuentran en su camino; hacen muy pocos progresos en materia de Caridad.

En el otro extremo se encuentran los papistas, los judíos y los mahometanos, todos ellos con religiones históricas y reveladas en un ciento por ciento. Estas gentes tienen una hipótesis acerca de la realidad no sensible, lo que significa que tienen un motivo para hacer algo por conocerla. Pero, como su hipótesis es demasiado detalladamente dogmática, sólo descubren en su mayoría lo que se les ha enseñado a creer. Pero lo que creen es una mescolanza de bueno, menos bueno y hasta malo. Las constancias de las intuiciones infalibles de los grandes santos en materia de la más elevada realidad espiritual están mezcladas con las menos de fiar e infinitamente menos valiosas intuiciones de los psíquicos en materias inferiores de la existencia no sensible. Y a esto se agregan meras fantasías, razonamientos discursivos y sentimentalismos, proyectados en una especie de objetividad secundaria y adorados como si fueran hechos divinos. Pero, en todos los tiempos y a pesar de la desventaja impuesta por el exceso de hipótesis, unos cuantos, con apasiona miento persistente, continúan la investigación hasta el punto en que adquieren conciencia de la Luz Inteligible y se unen al divino Fundamento.

Para aquellos de nosotros que no somos de modo congénito miembros de ninguna iglesia organizada, que consideramos que el humanismo y el cielo azul no son bastantes y que no nos contentamos con permanecer en las sombras de la ignorancia espiritual, de la escualidez del vicio o de esa otra escualidez de la mera respetabilidad, la hipótesis mínima parece que debería ser como sigue:

Hay un Dios o Fundamento que es el principio no manifestado de todas las manifestaciones.

El Fundamento es trascendente e inmanente.

Es posible para los seres humanos amar y conocer al Fundamento y llegar de la identificación virtual a la identificación real con Él.

Lograr este conocimiento unitivo, comprender esta identidad suprema, es el fin y el propósito finales de la existencia humana.

Hay una Ley o Dharma que debe ser obedecida y un Tao o Camino que debe ser seguido, si es que los hombres han de lograr su fin último.

Cuanto más hay de yo, mí y mío, menos hay de Fundamento; en consecuencia, el Tao es un Camino de humildad y compasión, la Dharma una Ley de mortificación y de conciencia que trasciende de uno mismo. Lo que explica, desde luego, los hechos de la historia humana. Las gentes aman sus yos y no desean mortificarlos; no quieren ver el motivo de que no deban «expresar sus personalidades» y «pasarlo bien». Consiguen pasarlo bien; pero también, de modo inevitable, consiguen guerras, sífilis, revoluciones, alcoholismo, tiranía y, a falta de una adecuada hipótesis religiosa, la opción entre una idolatría de locos, como el nacionalismo, y una sensación de futilidad y desesperación. ¡Indescriptibles miserias! Pero, a través de la historia, la mayoría de los hombres y las mujeres han preferido los riesgos –la positiva certidumbre– de tales desastres a la penosa tarea de todos los momentos de procurar conocer el divino Fundamento de todo ser. A la larga, se nos da exactamente lo que pedimos.

Sebastian se dijo que todo aquello estaba muy bien, pero que una de las tareas del año que comenzaba sería añadir los desarrollos y condiciones que eran necesarios. Estudiar, por ejemplo, las relaciones. entre el Fundamento a sus más elevadas manifestaciones, entre la Divinidad y el Dios personal y entre el Avatar humano y el santo liberado. Y después había que examinar dos métodos de planteamiento religioso: el planteamiento directo, dirigido a un conocimiento identificador del Fundamento, y el indirecto, que ascendía por la jerarquía de las manifestaciones materiales y espirituales, a riesgo siempre de quedarse estancado en el camino. Pero entretanto ¿dónde estaba la nota que había redactado a guisa de comentario sobre aquellos versos de la última oración de Hotspur? Buscó apresuradamente entre las páginas. Aquí estaba.

Si dices absolutamente todo, todo tiende a compensarse en la nada. Tal es la razón de que no pueda sacarse de Shakespeare una filosofía explícita. Pero, como metafísica por inferencia, como un sistema de bellezas-verdades, constituido por las relaciones poéticas de las escenas y los versos e inherente a las entrelíneas, incluso de palabras como «dicho por un necio, sin significado alguno», las piezas equivalían a una gran *Summa* teológica. Y desde luego, si uno opta por dejar de lado los elementos negativos de compensación, ¡qué extraordinarias expresiones aisladas de sabiduría perfectamente explícita se encuentran! Suelo pensar, por ejemplo, en esos tres versos y medio en que Hotspur moribundo sintetiza una epistemología, una ética y una metafísica.

> Pero el pensamiento es esclavo de la vida
> y la vida se deja engañar por el tiempo,
> y el tiempo, que cuida del mundo todo,
> debe detenerse.

Tres cláusulas, de las que sólo la primera ha merecido la atención del siglo XX. El avasallamiento del pensamiento por la vida es uno de nuestros temas favoritos. Bergson y los pragmatistas, Adler y Freud, los hombres del materialismo dialéctico y los behavioristas…. Todos tocan variaciones sobre el mismo tema. El espíritu no es más que un instrumento para hacer instrumentos y está dominado por fuerzas inconscientes, sexuales o agresivas; es el producto de presiones sociales y económicas; es un manojo de reflejos condicionados.

Todo muy cierto, hasta donde llega, pero falso si no llega más allá. Porque, evidentemente, si el espíritu es solamente una especie de «nada más que», ninguna de *sus* afirmaciones puede pretender que posee una validez general. Pero todas las filosofías del «nada más que» tienen tal pretensión. En consecuencia, no pueden ser verdaderas, porque, si lo fueran, constituirían la prueba de que son falsas. El pensamiento es esclavo de la vida. Sin duda. Pero si no fuera algo más, no podríamos ni hacer esta generalización parcialmente válida.

La importancia de la segunda cláusula es principalmente práctica. La vida se deja engañar por el tiempo. Por su mero transcurso, el tiempo quita todo sentido a todos los planes y proyectos conscientes de la vida. Ninguna acción considerable ha obtenido jamás todos o sólo los resultados que de ella se esperaban. Salvo en condiciones reguladas o en circunstancias en que es posible pasar por alto los individuos y considerar únicamente grandes números y la ley de los promedios, toda previsión exacta es imposible. En todas las situaciones humanas reales, existen más variables de las que el espíritu humano puede tener en cuenta y, con el correr del tiempo, las variables tienden a aumentar en número y a cambiar de carácter. Estos hechos son perfectamente conocidos y evidentes. Y sin embargo, la única fe de la mayoría de los europeos y americanos del siglo veinte es la fe en el Futuro, en un Futuro mayor y mejor que *saben* que el Progreso va a presentarles, como quien saca conejos de un sombrero. En aras de lo que su fe les cuenta acerca del Futuro –del que la razón les dice que no puede saberse nada–, están dispuestos a sacrificar su única posesión tangible, el Presente.

Desde que nací, hace treinta y dos años, unos cincuenta millones de europeos y Dios sabe cuántos asiáticos han sido liquidados en guerras y revoluciones. ¿Por qué? Con el fin de que los tataranietos de aquellos a los que ahora se da muerte por la espada o por el hambre puedan disfrutar de unos tiempos maravillosos hacia el 2043 de la era de Cristo. Y –optando, según nuestros gustos o nuestra opinión política, por la planificación wellsiana, marxista, capitalista o fascista– procedemos solemnemente a imaginarnos los tiempos maravillosos de que estos chicos de suerte van a disfrutar. Los mismos tiempos que nuestros tatarabuelos de los primeros tiempos victorianos se imaginaban que nos iban a corresponder a quienes viviéramos a mediados del siglo XX.

La verdadera religión se ocupa de aquello que carece de tiempo. Una religión idolátrica es aquella con que el tiempo sustituye a la eternidad, sea un tiempo pasado, en la forma de una tradición rígida, o un tiempo futuro, en la forma de progreso hacia la Utopía. Ambos son Moloch y exigen sacrificios humanos en enorme escala. El Catolicismo español fue una típica idolatría de tiempo pasado. El Nacionalismo, el Comunismo y el Fascismo, pseudoreligiones sociales del siglo XX, son idolatrías de tiempo futuro.

¿Cuáles han sido las consecuencias del reciente desplazamiento de nuestra atención del Pasado al Futuro? Un progreso intelectual del Jardín del Edén a la Utopía; un avance moral y político de la ortodoxia obligatoria y del derecho divino de los reyes a la conscripción para todos, a la infalibilidad del cacique local y a la apoteosis del Estado. Por delante o por detrás, el tiempo no puede ser adorado impunemente.

Pero la síntesis de Hotspur tiene una cláusula final: el tiempo debe detenerse. Y no solamente *debe*, como un imperativo ético y una esperanza escatológica, sino que también *se detiene*, en el indicativo, como experiencia en bruto. Sólo teniendo en cuenta el hecho de la eternidad podemos liberar el pensamiento de la esclavitud de la vida. Y sólo dedicando deliberadamente nuestra atención y nuestro principal cuidado a la eternidad podemos impedir que el tiempo convierta nuestras vidas en una locura sin Norte o diabólica. El divino Fundamento es una realidad sin tiempo. Busquémoslo ante todo, y todo lo demás –todo, desde una interpretación adecuada de la vida hasta el vernos libres de destruirnos obligatoriamente a nosotros mismos– se nos dará de añadidura. O, transponiendo el tema de la clave evangélica a la shakespeariana, se puede decir: «Cesa de ser ignorante de lo que estás más seguro, de tu esencia cristalina, y cesarás de ser un mono furioso, cuyas fantásticas tretas ante los altos cielos hacen a los ángeles llorar».

Un post scríptum a lo que escribí ayer. En política, tenemos fe tan firme en un futuro manifiestamente incognoscible que estamos dispuestos a sacrificar millones de vidas en aras de una Utopía, una dominación mundial o una seguridad perpetua de sueño de fumador de opio. Pero en lo que afecta a recursos naturales, sacrificamos un futuro previsible con mucha exactitud a la codicia del presente. Sabemos, por ejemplo, que, si abusamos del suelo, el suelo perderá su fertilidad; que, si talamos los bosques, nuestros hijos carecerán de madera y verán sus tierras altas trabajadas por la erosión y sus valles barridos por las inundaciones. Sin embargo, continuamos abusando del suelo y talando los bosques. En pocas palabras, sacrificamos el presente al futuro en aquellos complejos asuntos humanos en que la previsión es imposible, pero, en los asuntos relativamente sencillos de la naturaleza, donde sabemos muy bien lo que probablemente va a suceder, inmolamos el futuro al presente. «Los dioses enloquecen antes a los que quieren perder».

Durante cuatro siglos y medio los blancos europeos se han dedicado activamente a atacar, oprimir y explotar a los pueblos de color que habitan el resto del mundo. Comenzaron los católicos españoles y portugueses; después vinieron los protestantes holandeses e ingleses, los católicos franceses, los ortodoxos rusos, los luteranos alemanes y los católicos belgas. El Comercio y la Bandera, la explotación y la opresión, han seguido o acompañado siempre y por todas partes a la Cruz proselitista.

Las víctimas tienen buena memoria; es éste un hecho que los opresores nunca pueden comprender. En su magnanimidad, se olvidan del tobillo que retorcieron mientras daban un puntapié en el rostro del prójimo y se asombran auténticamente cuando el prójimo no quiere estrechar la mano que le flageló y no muestra ningún entusiasmo por bautizarse.

Pero queda el hecho de que una teología en que todos participen es una de las condiciones indispensables de la paz. Por evidentes y odiosas razones his tóricas, la mayoría asiática no aceptará el Cristianismo. Ni cabe esperar que los europeos y americanos se traguen todo el Brahmanismo o todo el Budismo. Pero la Hipótesis Mínima es también el Mayor Factor Común.

Hay tumbados tres postes de telégrafo en la parcela de altas hierbas que se extiende bajo mi ventana de la hostería. Forman leves ángulos entre ellos, pero todos están escorzados, todos insisten, apasionadamente, en el hecho –ahora, de pronto, indescriptiblemente misterioso– de la tercera dimensión. A la izquierda, el sol se está levantando. Cada poste tiene la sombra que le atiende, de un ancho de cuatro o cinco pies, y los surcos del carro en la hierba, casi invisibles a

mediodía, son como cañones llenos de sombra azul. Como «vista», pocas cosas pueden ser más insignificantes. Y sin embargo, por alguna razón, es algo que contiene toda la belleza, toda la importancia y el tema de toda poesía.

El hombre industrial… Una máquina consciente de movimiento alternativo y producción fluctuante, unida a una rueda de hierro que gira con velocidad uniforme. Y después nos maravillamos de que sea ésta la edad de oro de la revolución y del desarreglo mental.

La democracia consiste en poder decir que no al cacique y no es posible decir que no al cacique si no se tienen bienes suficientes para comer cuando se pierda la protección que el cacique concede. No puede haber democracia allí donde…

Sebastian volvió unas cuantas páginas. Sus ojos se fijaron en las primeras palabras de una nota titulada «Nochebuena».

Hoy hubo una realización casi sin esfuerzo de silencio… Silencio de intelecto, silencio de voluntad, silencio hasta de las ansias secretas y subconscientes. Después, a través de estos silencios, el paso hasta la tranquilidad intensamente activa del Silencio vivo y eterno.

Podría también usar otra serie de inadecuados signos verbales y decir que fue una especie de fusión con el intervalo armonizador que crea y constituye la belleza. Pero, mientras que cualquier manifestación de belleza particular –en arte, en pensamiento, en acción, en naturaleza– es siempre una relación entre existencias que no son en sí mismas intrínsecamente bellas, ésta era una percepción de la paradoja de la Relación como tal, aparte de cualquier cosa relacionada, y una verdadera participación en ella; la experiencia directa del intervalo puro y del principio de armonía, aparte de las cosas que, en este o el otro caso concreto, están separadas y armonizadas. Y en algún sitio, de algún modo, la participación y la experiencia persisten incluso ahora, cuando escribo. Persisten, a pesar del infernal estrépito de los cañones, a pesar de mis recuerdos de miedos y preocupaciones. Si pudieran persistir siempre…

Pero la gracia se había retirado de nuevo y en los días últimos… Sebastian meneó tristemente la cabeza. Polvo y cenizas, los diablos simiescos, las estúpidas frivolidades de la distracción. Y como el conocimiento, el conocimiento genuino más allá de la mera teoría y de los libros, era siempre una participación transformadora en lo que era conocido, no podía nunca ser comunicado, ni tan siquiera a uno mismo cuando se estaba en estado de ignorancia. Lo mejor que cabía esperar hacer por medio de palabras era recordarse a sí mismo lo que uno había comprendido unitivamente antes y, en los demás, evocar el deseo y crear algunas de las condiciones para una comprensión análoga. Volvió a abrir el libro.

He pasado la velada escuchando a la gente hablar acerca de la futura organización del mundo…. ¡Dios nos asista! ¿Se olvidan de lo que Acton dice del poder? «El poder siempre corrompe. El poder absoluto corrompe absolutamente. Todos los grandes hombres son malos». Y podía haber añadido que todas las grandes naciones, todas las grandes clases, todos los grandes grupos religiosos o profesionales son malos… Malos en proporción exacta a la medida en que explotan su poder.

En el pasado, hubo una época de Shakespeare, de Voltaire, de Dickens. La nuestra es una época, no de poeta, pensador o novelista alguno, sino del Documento. Nuestro Hombre Representativo es el corresponsal viajero de periódicos, que publica el libro de mayor venta entre dos misiones. «Los hechos hablan por sí mismos». ¡Ilusión! Los hechos son momias ventrílocuas. Sentados sobre las rodillas del sabio, pueden decir palabras de sabiduría; en otras partes, no dicen nada, dicen insensateces o incurren en fantasías diabólicas.

Tengo que mirar lo que Spinoza dice acerca de la misericordia. Si mal no recuerdo, estima que no es intrínsecamente deseable, en cuanto es una pasión, pero que es relativamente deseable, en cuanto hace más bien que daño. Estuve pensando en esto ayer, todo el tiempo que permanecí con Daisy Ockham. Pobre Daisy. Su apasionada compasión le hace hacer toda clase de cosas buenas y bellas, pero, como se trata solamente de una pasión, también le nubla el juicio, le impulsa a toda clase de errores ridículos y dañosos y se traduce en la interpretación de la vida más absurdamente sentimental y más radicalmente falsa. A Daisy le gusta hablar, por ejemplo, acerca de la gente que se transforma y se hace mejor por el sufrimiento. Pero es evidente, cuando uno no está cegado por la pasión de la misericordia, que esto no es cierto. El sufrimiento puede producir y a menudo produce una especie de elevación emotiva y un aumento temporal de valor, tolerancia, paciencia y altruismo. Pero, si la presión del sufrimiento se prolonga demasiado, se produce un derrumbamiento y se cae en la apatía, la desesperación o el egoísmo violento. Y si la presión desaparece, hay un inmediato retorno a la condición normal de no regeneración. Durante breve tiempo, una guerra relámpago crea sentimientos de fraternidad universal; pero, en cuanto a transformación y mejora permanentes… Sólo ocurre en casos excepcionales. La mayoría de la gente que conozco ha vuelto de la batalla sin cambiar; bastantes son peores de lo que eran; y unos pocos –hombres con una filosofía adecuada y deseosos de actuar de acuerdo con ella son mejores. A Daisy le dan tanta pena que insiste en que todos son mejores. Hablé con ella acerca del pobre Dennis C. y de lo que el sufrimiento ha hecho de él: la bebida, la negligencia, la indiferencia ante la simple honradez, un cinismo total.

Los escritores budistas distinguen entre la compasión y la Gran Compasión, entre la lástima en bruto, como perturbación meramente visceral y emotiva, y la compasión informada por el principio, iluminada por la intuición de la naturaleza del mundo, consciente de las causas del sufrimiento y del único remedio. La acción se basa en el pensamiento y el pensamiento, en gran parte, se basa en el vocabulario. Basado en las jergas de la economía, la psicología y la religiosidad sentimental, el vocabulario en cuyos términos pensamos hoy acerca de la naturaleza y el destino del hombre es poco más o menos el peor…

De pronto sonó el timbre. Sebastian levantó la vista, sorprendido. A aquella hora, ¿quién podía ser? Dennis Camlin probablemente. Y probablemente borracho. ¿Si no le abriera la puerta? Pero no, esto sería poco caritativo. El pobre muchacho parecía encontrar cierto alivio en su presencia. «Es muy

cierto», solía decir. «Siempre he sabido que era verdad. Pero, si uno quiere destruirse a sí mismo, ¿por qué no lo ha de hacer?». Y el tono se hacía truculento y las palabras un tejido de blasfemias y obscenidades. Pero, al cabo de unos días, se presentaba de nuevo.

Sebastian se levantó, cruzó el vestíbulo y abrió la puerta. Un hombre estaba en la oscuridad… Su padre. Dejó escapar un grito de asombro.

–Pero ¿no estabas al otro lado del Atlántico?

–Ése es el encanto de los viajes de tiempo de guerra –dijo John Barnack, en el estudiado tono tranquilo que reservaba para las despedidas y los recibimientos–. Nada de esas insensateces de listas de pasajeros y de cables de aviso. Por cierto, ¿no me puedes admitir esta noche?

–Desde luego –contestó Sebastian.

–No quiero que lo hagas si te causo la menor molestia –continuó su padre, mientras dejaba en el suelo la maleta y se desabotonaba el abrigo–. Pensé que sería más cómodo ir a mi casa de día.

Marchó con paso vivo al salón, se sentó y, sin preguntar a Sebastian cómo estaba ni facilitar la menor información de su persona, comenzó a hablar de su viaje por el Canadá y los Estados Unidos. Un notable desplazamiento hacia la izquierda en el Dominio; algo muy diferente de lo que sucedía al otro lado de la frontera. Pero el que los Republicanos ganaran la elección presidencial era otra cosa. Y, en todo caso, ningún partido o Gobierno iba a dictar la política del país; iban a ser las circunstancias. Fuera quien fuera el vencedor, habría más intervención del Estado, más centralización para hacer frente al caos de la postguerra, impuestos muy elevados …

Sebastian hizo los gestos y ruidos correspondientes a una inteligente atención, pero ésta se dedicaba más al que hablaba que a lo que se decía. ¡Qué cansado y qué viejo parecía su padre! Cuatro años de exceso de trabajo de tiempos de guerra, en el país, en la India y de nuevo en Inglaterra, le habían gastado y quebrantado. Y ahora, estos dos meses de viaje en pleno invierno, con conferencias punto menos que diarias, habían consumado el proceso. Casi repentinamente, John Barnack había basado de la madurez poderosa a los comienzos de la vejez. Pero –reflexionó Sebastian– su padre sería demasiado orgulloso para reconocer el hecho,

demasiado tesonero para hacer la menor concesión a su cuerpo cansado y encogido. Ascético por puro ascetismo, continuaría abusando de sí mismo, sin límites, hasta el derrumbamiento final.

–… El imbécil más consumado –decía John Barnack, con voz a la que el desprecio hacía más sonoramente articulada–. Y desde luego, si no hubiese sido el cuñado de Jim Tooley, nadie hubiera pensado en darle ese puesto. Pero, naturalmente, cuando la mujer de uno es la hermana del campeón mundial de los parásitos, se puede aspirar a las más elevadas posiciones oficiales.

Emitió una fuerte y sonora carcajada de tonos metálicos y, enseguida, se lanzó a una animada digresión acerca del nepotismo en las alturas.

Sebastian escuchaba… No las palabras, sino lo que ocultaban y, sin embargo, exponían con tanta claridad: la amarga sensación de agravio de su padre contra un partido y un Gobierno que le habían dejado todos estos años de soldado raso, sin puesto ni posición de autoridad. El orgullo no le permitía quejarse; tenía que con tentarse con aquellas referencias ferozmente sardónicas a la estupidez y la depravación de los hombres que le habían dejado atrás. Pero, al fin y al cabo, si uno no podía dejar de hablar de sus colegas como de seres subnormales o de chiquillos, nada de extraño tenía que éstos reservaran para otros los dulces.

Viejo, cansado, amargado. Pero Sebastian se decía, mientras observaba aquel rostro rugoso y apergamina do y escuchaba aquella voz ahora incongruentemente fuerte y dominadora, que esto no era todo. No, no era todo. En un modo sutil y apenas explicable, su padre daba la impresión de la deformidad, como si repentinamente se hubiese convertido en una especie de enano o jorobado. «Quien no se hace mejor se hace peor». Pero esto era demasiado amplio y sumario. «Quien no crece se achica». Esto era más apropiado. Un hombre así podía acabar su vida, no como un ser humano maduro, sino como un feto viejo. Adulto en sabiduría mundana y en habilidad profesional, pero embrión en espíritu y hasta –a pesar de las virtudes estoicas y cívicas adquiridas– en carácter. A los sesenta y cinco su padre estaba tratando de ser lo que había sido a los cincuenta y cinco, los cuarenta y cinco, los treinta y cinco. Pero este intento de ser el mismo le hacía totalmente diferente. Porque, en aquellos tiempos, había sido lo que

un político joven o de media edad debía ser. Pero ahora era lo que un anciano no debía ser y, por ello, al tratar de permanecer sin variación, se había convertido en una horrible anomalía. Y desde luego, en una época que había inventado a Peter Pan y elevado la monstruosidad del desarrollo contenido al rango de ideal, no se trataba en modo alguno de una excepción. El mundo estaba lleno de septuagenarios que jugaban a estar en los treinta años o en la adolescencia, cuando debían estar preparándose para la muerte, debían estar desenterrando la realidad espiritual que habían sepultado, en esfuerzo de toda una vida, bajo una montaña de basura. En el caso de su padre, desde luego, la basura era de primerísima calidad: austeridad personal, servicio público, cultura general, idealismo político. Pero la realidad espiritual no quedaba por eso menos enterrada que si se hubiese tratado, por ejemplo, de una pasión por el juego o de una obsesión por el placer sexual. Tal vez estuviera enterrada en el caso de su padre de modo más efectivo. Porque el jugador y el mujeriego no se imaginaban que sus actividades eran loables y tenían la posibilidad de avergonzarse y abandonarlas, mientras que el ciudadano escrupuloso y culto estaba tan seguro de tener moral e intelectualmente razón que raras veces se le ocurría pensar en la posibilidad de cambiar de vida. Fueron los publicanos los que buscaron la salvación, no los fariseos.

Entretanto, la charla abandonó el tema del nepotismo para centrarse, de modo inevitable, en lo que podía suceder cuando la guerra acabara… Sebastian pensaba que, hasta muy recientemente, este fiel idólatra del tiempo futuro había sido recompensado por su dios con la gracia de una energía inagotable al servicio de sus reformas sociales favoritas. Ahora, en lugar del beneficiario, era la víctima de lo que había adorado. El futuro y sus problemas le acosaban como una conciencia culpable o como una pasión agotadora.

Había en primer lugar el futuro inmediato. En el continente, un caos tan espantoso que, para millones de personas, los años de guerra parecerían en compa ración una época de prosperidad. Y hasta en Inglaterra, junto al enorme alivio, habría una especie de nostalgia por las sencilleces de la economía y la organización de guerra. Y entretanto, en Asia, ¡qué con fusión política, qué hambre y qué epidemias, qué abismos de odios raciales,

qué preparativos, conscientes o inconscientes, para la guerra de color! John Barnack levantó los braz.os y los dejó caer en un ademán de total impotencia. Pero esto no era todo. Como espoleado por furias vengadoras, procedió a explorar mayores distancias de tiempo. Y surgían, como la amenaza de un destino ineluctable, las cuasicertidumbres de las tendencias demográficas. Una Inglaterra, una Europa occidental, una América con apenas más habitantes que ahora dentro de treinta años y con un quinto de sus habitantes recibiendo pensiones de vejez. Y contemporánea con esta decrepitud, una Rusia de más de doscientos millones de habitantes, preponderantemente joven y exuberante, segura de sí misma y con un espíritu imperialista, como Inglaterra en su fase ha mucho tiempo pasada de expansión económica y demográfica. Al este de Rusia habría una China de tal vez quinientos millones de habitantes, en el primer impulso del nacionalismo y la industrialización. Y, al sur del Himalaya, cuatrocientos o quinientos millones de indios hambrientos, tratando desesperadamente de cambiar los productos de su mano de obra explotada por lo indispensable a la supervivencia estrictamente necesaria para añadir otros dncuenta millones a la población y sustraer un par de años más al promedio de vida.

El principal resultado de la guerra –continuó sombríamente John Barnack– sería la aceleración de procesos que de otro modo se habrían desenvuelto más gradualmente y, por tanto, de modo menos catastrófico. El proceso del avance de Rusia hacia la dominación de Europa y del Cercano Oriente; el proceso del avance de China hacia la dominación del resto de Asia; el proceso del avance de toda el Asia hacia el industrialismo. Torrentes de artículos baratos inundarían los mercados del hombre blanco… Y la reacción del hombre blanco contra estos torrentes sería el *casus belli* de la guerra de color en ciernes.

–Y lo que *esa* guerra va a ser…

John Barnack dejó la frase sin acabar y comenzó a hablar, en cambio, de las actuales miserias de la India. El hambre en Bengala, la pandemia del paludismo, las prisiones llenas de hombres y mujeres a cuyo lado, unos cuantos años antes, él mismo había combatido por el *swaraj*. Su voz adquirió un tono de indecible amargura. No era solamente que había tenido que sacrificar sus simpatías políticas. No, las raíces de su desesperación

eran más profundas; se hundían en la convicción de que los principios políticos, aunque excelentes, no tenían importancia ante el verdadero problema, meramente aritmético, asunto de relación entre la superficie y la población. Demasiada gente y demasiado poca tierra cultivable. Gracias a la tecnología y a la Pax Britannica, la pesadilla de Malthus se había convertido para la sexta parte de la raza humana en la realidad cotidiana.

Sebastian fue a la cocina a preparar un poco de té. A través de la puerta abierta oyó un momentáneo estrépito de trompetas y saxófonos, después el aflictivo ruido de unas actrices que trataban de expresarse con emoción y, finalmente, las entonaciones más serenas de una voz masculina que hablaba y hablaba. Evidentemente, su padre estaba escuchando las noticias.

Cuando Sebastian volvió al salón, la emisión había terminado. Con sus ojos cerrados, John Barnack estaba echado hacia atrás en la butaca, medio dormido. Al no estar en guardia, el rostro y el cuerpo inerte dejaban al descubierto una fatiga indescriptible. Al dejar Sebastian la bandeja, una taza tintineó. John Barnack tuvo un sobresalto y se incorporó. El rostro tomó de nuevo su acostumbrado aspecto de formidable determinación; cl cuerpo se mostró de nuevo tieso y alerta.

–¿Ya has oído lo de los rusos y los checos? –preguntó John Barnack.

Sebastian hizo un gesto negativo. Su padre le puso al tanto. Iban a darse detalles acerca del pacto de veinte años.

–¿Ves? –terminó, casi triunfalmente–. La cosa ha comenzado ya… La hegemonía rusa en Europa.

Con cuidado, Sebastian le entregó una taza llena hasta el borde. Se decía que, no hacía mucho, no se trataba de la «hegemonía rusa», sino de la «influencia soviética». Pero esto era antes de que su padre hubiese comenzado a interesarse en los problemas demográficos. Y ahora, desde luego, Stalin había dejado de lado la antigua política revolucionaria y se inclinaba hacia la religión. La Iglesia Ortodoxa Griega era utilizada de nuevo como un instrumento del nacionalismo. Había ahora seminarios, un patriarca como Papá Noel y millones de gentes que se santiguaban delante de los iconos.

–Hace un año –continuó John Barnack– no hubiéramos consentido en modo alguno a los checos hacer nada parecido. ¡Nunca! Pero ahora no tenemos opción posible.

–En ese caso –indicó Sebastian, después de un breve silencio–, no estaría mal pensar de cuando en cuando en cosas sobre las que sí tenemos opción.

–¿Qué quieres decir? –preguntó su padre, mirándole con recelo.

–Con rusos o sin rusos, uno siempre está en libertad de dedicar atención a la Naturaleza de las Cosas.

John Barnack asumió una expresión de desdén conmiserativo y, enseguida, soltó una carcajada que sonó como si hubiese sido descargado de golpe un carro de chatarra.

–Cuatrocientas divisiones –dijo, una vez termina do el acceso de risa– frente a unos cuantos elevados pensamientos acerca de los Vertebrados Gaseosos…

Era una observación al buen estilo de antaño… Pero con la diferencia de que el buen estilo de antaño era ahora el nuevo estilo de un enano que se había achaparrado a sí mismo, al consumar su propio aborto espiritual.

–Y sin embargo –dijo Sebastian–, si uno pensase acerca de ello hasta el punto de… –vaciló un momento–, bien, hasta el punto de identificarse con los propios pensamientos… Entonces, uno resultaría muy diferente de lo que es ahora…

–¡No cabe duda! –exclamó John Barnack con sarcasmo.

–Y esa especie de diferencia es contagiosa –continuó Sebastian–. Y con el tiempo, la infección puede extenderse hasta el punto de que las gentes de los innumerables batallones no quieran utilizarlos…

Hubo la descarga de otro carro de chatarra. Esta vez, Sebastian se echó a reír también.

–Sí –admitió–, es muy cómico. Pero, en fin de cuentas, una probabilidad en un millón vale más que ninguna, que es lo que tú supones…

–No, no he dicho eso –protestó su padre–. Habrá una tregua, desde luego… Una tregua muy larga. Pero paz no, ¿verdad?

John Barnack meneó la cabeza.

–No, mucho me lo temo. No habrá verdadera paz.

–Porque la paz no llega a los que meramente trabajan por ella… Es solamente el derivado de algo diferente.

–De un interés por los Vertebrados Gaseosos, ¿no es así?

–Exactamente –dijo Sebastian–. La paz no puede existir, salvo cuando hay una metafísica que todos aceptan y que unos cuantos llegan realmente a comprender. –Y como observara que su padre le miraba con expresión interrogante, añadió–: Por intuición directa, como comprendes la belleza de un poema… o de una mujer, si vamos a ello.

Hubo un largo silencio.

–No creo que te acuerdes muy bien de tu madre, ¿verdad? –preguntó bruscamente John Barnack. Sebastian movió negativamente la cabeza.

–De chico, te parecías mucho a ella –continuó su padre–. Era extraño… Casi daba miedo. –Meneó la cabeza y, al cabo de una breve pausa, añadió–: Nunca me imaginé que hicieras esto.

–¿Hiciera qué?

–Bien… Esto de que hemos estado hablando. Desde luego, creo que todo es una insensatez –agregó rápidamente–. Pero, de todos modos… –Hubo en el rostro una expresión de turbación inusitada. Después, huyendo de una manifestación demasiado viva de afecto, terminó objetivamente–: No es cosa, en verdad, que te haya hecho daño alguno.

–Gracias –dijo Sebastian.

–Me estoy acordando de él cuando era joven – continuó su padre, hablando por encima de su taza de té.

–¿De quién?

–Del hijo del bueno de Rontini. De Bruno… ¿No se llamaba así?

–Exacto.

–No me causó entonces mucha impresión.

Sebastian se preguntó si es que había alguna persona que hubiera hecho mucha impresión a su padre. Su padre había estado siempre demasiado ocupado, demasiado identificado con su trabajo y sus ideas para darse cuenta de los demás. Conocía a las gentes como encarnaciones de problemas legales, como ejemplos determinados de tipos políticos o económicos, no como hombres y mujeres individuales.

–Y sin embargo, debe de haber sido hombre muy notable en algún aspecto –prosiguió John Barnack–. Al fin al cabo, tú lo has creído así.

Sebastian quedó conmovido. Era la primera vez que su padre le hacía el cumplido de admitir que tal vez no era un perfecto insensato.

–Llegué a conocerle mucho mejor que tú –dijo.

Con lo que era evidentemente un penoso esfuerzo, su padre se levantó, abandonando las mullidas profundidades de la butaca.

–Es hora de irse a la cama –declaró, como quien enuncia una verdad general, sin confesar la propia fatiga. Se volvió hacia Sebastian–. ¿Qué es lo que encontrabas en él?

–¿Qué encontraba? –repitió Sebastian lentamente. Vaciló sin saber qué contestar. ¡Había tantas cosas que podía mencionar! Aquel candor, por ejemplo; aquella extraordinaria sinceridad. O su sencillez, la ausencia de toda pretensión. O aquella ternura, tan intensa y, al mismo tiempo, tan poco sentimental y hasta impersonal… Pero impersonal en algo por encima de la personalidad, no por debajo; al estilo de su sensualidad, también por completo impersonal. Y también había el hecho de que, al final, Bruno había sido como una especie de caparazón transparente, que encerraba algo inconmensurablemente distinto de él mismo, una belleza de paz, de poder y de conocimiento ultraterrenos. Pero esto, se dijo Sebastian, sería algo que su padre ni tan siquiera desearía comprender. Levantó finalmente la vista–. Una de las cosas que más me impresionaron –dijo– era que Bruno podía convencerme de que todo tendría sentido. No hablando, desde luego, sino simplemente siendo.

En lugar de echarse a reír, como Sebastian lo había supuesto, John Barnack se quedó inmóvil, de pie en medio de la habitación, frotándose silenciosamente la barbilla.

–Si uno es juicioso –dijo finalmente– no pregunta si hay sentido en las cosas. Uno hace su trabajo y deja el problema del mal al propio metabolismo. *Eso* sí tiene sentido.

–Porque eso no es uno mismo –dijo Sebastian–. No es humano, sino una parte del orden cósmico. Ése es el motivo de que los animales no tengan preocupaciones metafísicas. Como son idénticos a sus fisiologías, *saben* que hay un orden cósmico. En cambio, los seres humanos se

identifican con el afán de hacer dinero, por ejemplo. O con la bebida, o con la política, o con la literatura. Nada de lo cual tiene que ver con el orden cósmico. Es así como descubren que nada tiene sentido.

–¿Y qué cabe hacer?

Sebastian sonrió y, levantándose, pasó un dedo por la rejilla del altavoz.

–Uno puede continuar escuchando las noticias… Y desde luego, las noticias son siempre malas, incluso cuando parecen buenas. O puede decidirse a escuchar otra cosa.

Afectuosamente, tomó a su padre por el brazo.

–¿Qué te parece que vayamos a ver cómo están las cosas en tu dormitorio?

OceanofPDF.com

1 *Puss* significa «minino» y tiene un sentido afectuoso. *(Nota del T.)*

2 En castellano en el original. *(N. del T.)*

OceanofPDF.com

Índice

CITA
CAPITULO I
CAPITULO II
CAPÍTULO III
CAPITULO IV
CAPITULO IV
CAPITULO VI
CAPITULO VII
CAPITULO VIII
CAPITULO IX
CAPITULO X
CAPITULO XI
CAPITULO XII
CAPITULO XIII
CAPITULO XIV
CAPITULO XV
CAPITULO XVI
CAPITULO XVII
CAPITULO XVIII
CAPITULO XIX
CAPÍTULO XX
CAPITULO XXI
CAPITULO XXII
CAPITULO XXIII
CAPITULO XXIV
CAPITULO XXV
CAPITULO XXVI
CAPITULO XXVII
CAPITULO XXVIII
CAPITULO XXIX
CAPITULO XXX. EPÍLOGO

NOTAS
CRÉDITOS

OceanofPDF.com